

See discussions, stats, and author profiles for this publication at: <https://www.researchgate.net/publication/344844258>

MASCULINIDADES Y VIOLENCIA CONYUGAL. MIGUEL RAMOS

Book · October 2020

CITATIONS
7

READS
652

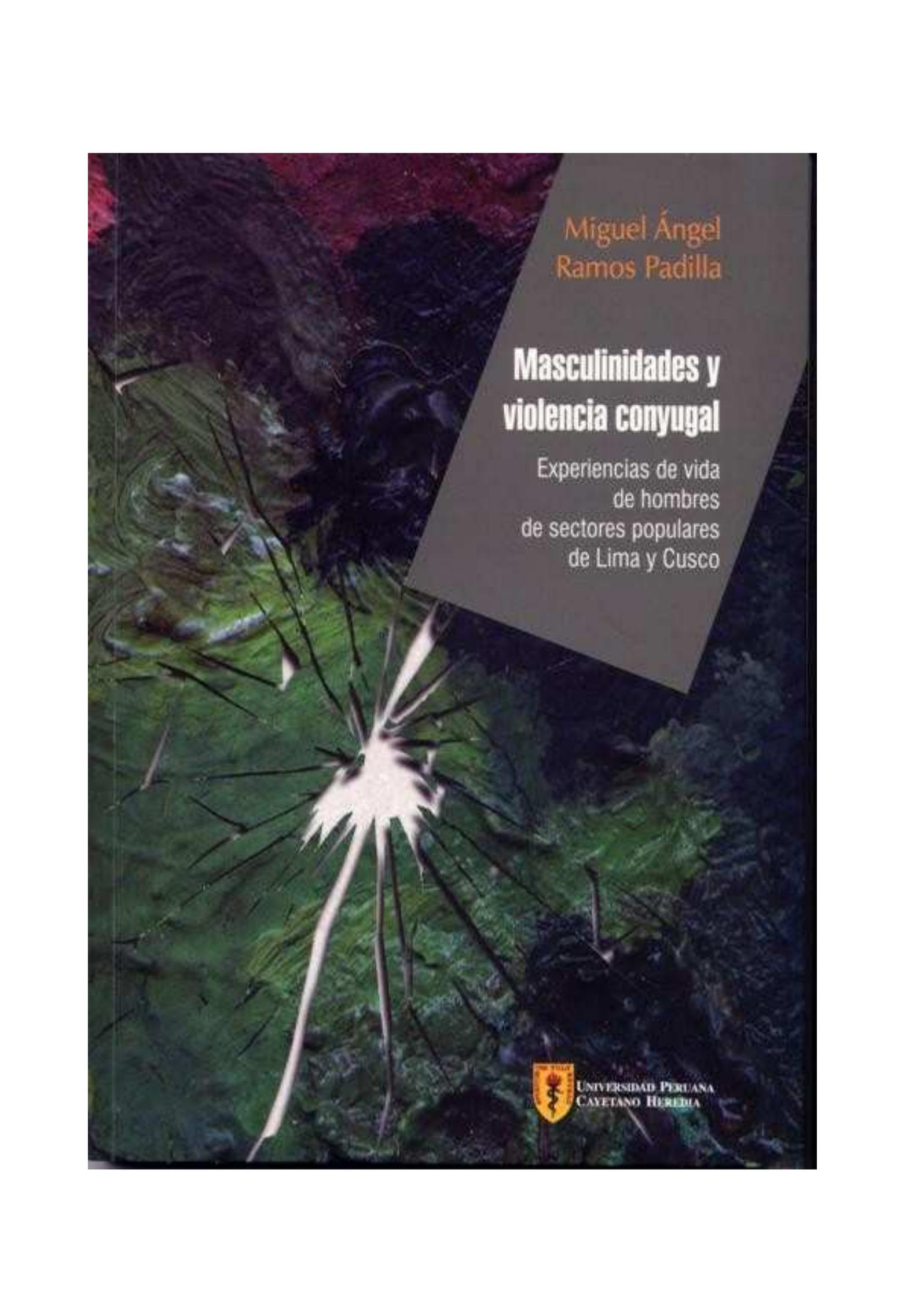
1 author:



[Miguel Ángel Ramos Padilla](#)
Universidad Peruana Cayetano Heredia

16 PUBLICATIONS 169 CITATIONS

SEE PROFILE



Miguel Ángel
Ramos Padilla

Masculinidades y violencia conyugal

Experiencias de vida
de hombres
de sectores populares
de Lima y Cusco



UNIVERSIDAD PERUANA
CAYETANO HEREDIA

Miguel Ángel Ramos Padilla es profesor de la Facultad de Salud Pública y Administración de la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Coordinador del “Programa de Hombres que Renuncian a su Violencia”. Sociólogo egresado de la Pontificia Universidad Católica del Perú, y con grado de Maestro en Demografía otorgado por El Colegio de México. Especialista en temas de población y desarrollo, salud sexual y reproductiva, masculinidad y violencia de género. Es coautor de los libros “Violencia sexual y física contra las mujeres en el Perú”. Estudio multicéntrico de la OMS sobre la violencia de pareja y la salud de las mujeres, Lima, 2002 y “Entre el Placer y la Obligación”. Derechos sexuales y reproductivos de mujeres y varones de Huamanga y Lima. Lima, 2003.

Masculinidades y violencia conyugal

**Experiencias de vida de hombres de
sectores populares de Lima y Cusco**

HQ
809
R24

Ramos Padilla, Miguel Ángel

Masculinidades y violencia conyugal: experiencias de vida de hombres de sectores populares de Lima y Cusco. – Lima: FASPA/ UPCH, 2006
185 P.

ISBN 9972-790-04-5

VIOLENCIA DOMESTICA / HOMBRES / LIMA / CUSCO

© Reservados todos los derechos
Universidad Peruana Cayetano Heredia
Avenida Honorio Delgado 430, Lima 31
Teléfono (51 1)3190041

Primera edición: noviembre 2005
1000 ejemplares

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° : 2006-0192

Edición: Mariella Sala
Diseño de carátula: Iván Larco
Impresión: SERVICIOS GRAFICOS JMD

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Ford en el marco del Proyecto “Fortaleciendo Capacidades para la Investigación y Advocacy en Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos” de la Unidad de Sexualidad y Salud Reproductiva, Facultad de Salud Pública y Administración “Carlos Vidal Layseca”, Universidad Peruana Cayetano Heredia.

*A Jenny mi compañera, y a mis hijas Gabriela y Andrea, con la
esperanza de que vivan en un mundo sin violencia hacia la
mujer*

ÍNDICE

Agradecimientos	6
Prólogo	7
Introducción	9
Masculinidades y Violencia de Género: Elementos conceptuales	13
Aspectos metodológicos	34
Capítulo I. Varones que ejercen violencia física y/o sexual contra sus parejas	41
Lucas: <i>“Tenía derecho a pegarle porque le hablaba y no me entendía”</i>	41
Manuel: <i>“Sentía que me ha faltado, por eso la ira me corroe, la ira me transforma”</i>	48
Mateo: <i>“Pienso que por temor a que la golpee, no camine alegremente con otro”</i>	57
José: <i>“Buscaba que otra vez no se comporte así, trataba de corregirla”</i>	64
Ricardo: <i>“Luego de pegarle me sentía más tranquilo, así me desfogaba”</i>	69
Capítulo II. Varones que ejercen violencia emocional	83
Francisco: <i>“No la golpeo, le doy su mal mirada, la trato con indiferencia”</i>	83
Lucho: <i>“De repente, si me responde ahí puede haber golpe, pero no me responde”</i>	88
Leonardo: <i>“No le controlo económicamente, ella me da cuenta hasta el último”</i>	93
Carlos: <i>“Impongo mis ideas, porque el varón tiene más razón que la mujer”</i>	99
Palito: <i>“Debe pedir permiso, soy el jefe de la familia, merezco respeto”</i>	103
Percy: <i>“Nunca dejo que salga sola, porque tengo miedo de que me saque la vuelta”</i>	108
Capítulo III. Varones que no ejercen violencia contra sus parejas	121
Ignacio: <i>“Siempre he sido un contestatario, hasta para las cosas de las mujeres y del amor”</i>	122
Chino: <i>“Si ella se molesta, saber en qué momento callar y hablar me ha dado bastante”</i>	130
Noel: <i>“Nuestra relación está basada en el diálogo, hay cosas que cada uno tiene que ceder”</i>	137
Santos: <i>“Vivir en relaciones armoniosas con mi pareja fue más por la influencia de mis padres”</i>	142
Roberto: <i>“Lo que hago es no hacerle caso, me callo y que reniegue sola”</i>	147
Reflexiones finales	160
Bibliografía	165

Agradecimientos

El contexto favorable para que esta investigación fuera posible se debió al esfuerzo de una serie de voluntades que creyeron en la utilidad de un estudio sobre la violencia de género desde la mirada de los hombres, en la realidad peruana. Mi primer agradecimiento va para Nancy Palomino, la coordinadora de la Unidad de Sexualidad y Salud Reproductiva de la Facultad de Salud Pública y Administración de la Universidad Peruana Cayetano Heredia, quien desde un principio me alentó con el proyecto y tuvo un papel protagónico en las gestiones para conseguir el apoyo financiero. Posteriormente, la lectura crítica de mis avances, desde su mirada feminista, ayudó a mejorar el material que presento. También reconozco el apoyo de las autoridades de la Facultad de Salud Pública y Administración de la Universidad Peruana Cayetano Heredia quienes siempre me brindaron un respaldo institucional y un espacio adecuado para la ejecución del estudio.

Estaré siempre agradecido a mi querido amigo Benno de Keijzer, investigador mexicano y activista por los derechos sexuales y reproductivos y por la erradicación de la violencia de género desde el trabajo con hombres, que con mucha paciencia y meticulosidad leyó el primer borrador; los aportes que hizo a este trabajo han sido fundamentales para mejorar la calidad del producto final. También agradezco los agudos comentarios críticos de mis amigos José Olavaria, importante investigador chileno teórico de la masculinidad, y de Eloy Neira, filósofo peruano, que con su rigurosidad académica contribuyeron a darle mayor coherencia a mis reflexiones.

Esta investigación se realizó con la cooperación de la Fundación Ford y en especial gracias a la gestión de Gaby Oré, en ese tiempo responsable del Programa de Desarrollo Humano y Salud Reproductiva, quien desde el principio confió en la importancia de esta iniciativa y de su potencialidad como insumo para alimentar una propuesta de trabajo reeducativo con varones en el Perú desde la perspectiva de género.

Agradezco a los varones que participaron en el estudio, pues sin su disposición a confiarnos sus historias de vida, sus sentimientos y malestares – en varios casos nunca antes contados –, esta investigación no hubiera podido realizarse. También mi agradecimiento a Mabel Caro en Lima, y Julio Lazo en la ciudad de Cusco quienes, gracias a su gran conocimiento de las comunidades donde se ejecutó la investigación, nos permitieron realizar los contactos con los hombres que participaron en el estudio. A la vez, quiero expresar mi agradecimiento póstumo a Luz Marina Monteagudo quien también nos brindó un apoyo invaluable en la búsqueda de participantes y en lograr su consentimiento para la participación en el estudio en la ciudad de Cusco. Esta mujer, tan comprometida en la labor de promoción y desarrollo en los sectores pobres de su ciudad, nos dejó definitivamente el año pasado.

Mi agradecimiento al trabajo cuidadoso de edición de Mariella Sala y de Iván Larco en el diseño de la carátula.

Prólogo

Esta es una investigación necesaria, no sólo para el contexto peruano sino para el Latinoamericano. Necesaria porque hay que recuperar e incluir la voz de los hombres mas allá de la visión reduccionista y generalizante de verlos sólo como agresores o perpetradores de violencia. Incluir su voz no equivale a darle todo el crédito a su palabra. Investigar y recuperar su voz sirve para tener una perspectiva de género más completa y relacional en torno al fenómeno de la violencia en la pareja.

¿Cómo entender la violencia de género si no es investigando también a los hombres, su historia de construcción de género, su experiencia y su narrativa? ¿Cómo atender la violencia, además del indispensable trabajo con las víctimas, si no es trabajando también con los que generalmente la perpetran? Además del trabajo de empoderamiento con niñas y mujeres jóvenes, ¿cómo lograr una prevención de fondo de la violencia desde la construcción de las relaciones de equidad, si no es sensibilizando y promoviendo la reflexión también con hombres jóvenes y niños?

La larga trayectoria de Miguel Ramos como investigador, como docente y como hombre hace de esta investigación y su publicación una consecuencia lógica de la misma. No es de extrañar que, aparte de su trabajo académico, impulse desde hace tres años el Programa Hombres Renunciando a su Violencia en diversas zonas de Lima como parte de su apuesta por el trabajo con hombres hacia la equidad de género.

Esta investigación necesariamente parte de la perspectiva de género con el fin de no dar una explicación desde la patología o puramente psicológica, sino incluyendo las relaciones de poder que se establecen en la pareja. Así, la perspectiva de género permite profundizar en las razones y las emociones de los hombres involucrados. El autor no se conforma con analizar las formas físicas y sexuales de la violencia, sino que se aventura a analizar también las emocionales que suelen ser más difíciles de percibir pero que contribuyen a diversas formas de control de la pareja.

El texto final logra una perspectiva de la historia particular de los entrevistados al recuperar los procesos de socialización en especial en la familia y su relación temprana con la violencia ya sea como víctima y/o como testigo. Se intenta entender hasta qué punto estas experiencias sirven para predecir la violencia conyugal futura. El estudio también da buena cuenta de la trayectoria de la relación de pareja y de lo que sucede en algunos de sus ámbitos más importantes como el trabajo económico y doméstico, la crianza, la sexualidad y la administración de los recursos. Estas historias se dan dentro de un contexto sociocultural y económico que el autor también busca recuperar y analizar en los contrastes y semejanzas que se dan entre los hombres del Cusco y los de Villa El Salvador.

Este trabajo viene a dar un necesario complemento a los intentos de cuantificar la violencia a partir de encuestas donde se escapan los procesos personales y sociales que dan cuenta del fenómeno. Desde un abordaje cualitativo la violencia conyugal emerge como una manifestación de las relaciones de poder, como una construcción que logra ciertos efectos y privilegios para los hombres, pero también costos para ellos sintetizados en el concepto de malestar.

Este libro abona entonces no sólo a la comprensión científica y académica de la situación y trayectoria de los hombres en la violencia conyugal, sino que da además pistas para programas de prevención e intervención con hombres y también para políticas públicas en este campo en América Latina. Es necesario felicitar a la Universidad Cayetano Heredia y a la Fundación Ford por su visión al apoyar este esfuerzo.

Benno de Keijzer
México, Octubre de 2005

Introducción

Los orígenes del presente libro pueden remontarse a 1999 cuando fui invitado a codirigir un estudio cuantitativo en Lima y Cusco sobre la violencia contra las mujeres de parte de sus parejas, que formaba parte de un estudio multicéntrico en ocho países del mundo, coordinado por la Organización Mundial de la Salud.¹

A medida que avanzaba en dicha investigación, fueron cayendo muchos de los prejuicios que tenía sobre el tema. La imagen que había construido del agresor era la de un hombre de ceño fruncido y siempre iracundo, generalmente de bajo nivel educativo. Si bien cada vez que escuchaba o leía de algún caso de violencia contra la mujer me indignaba, me parecía un problema muy lejano a mi experiencia personal y al círculo de personas con quienes interactuaba cotidianamente.

Dos casos en especial, que sucedieron durante el periodo de la investigación, me conmovieron profundamente. Se trataba de dos amigas, las dos profesionales, con quienes inicié, en momentos distintos, lo que parecía una conversación de rutina. En ambos casos bastó que les contara sobre el trabajo en el cual estaba involucrado, para que inmediatamente empezaran a relatarme, por primera vez, el drama que estaban viviendo o habían vivido. Una de ellas era violentada física y emocionalmente de manera sistemática por su pareja, quien también era profesional; la otra, había sido violada por su padrastro, un educador con una reputación más allá de toda sospecha, a la edad de 13 años, en el seno de una familia de clase media. Descubrí entonces que estaba rodeado de casos similares que hasta ese momento habían pasado desapercibidos para mí. Posteriormente, la investigación también fue propicia para que varias de las mujeres que actuaron como encuestadoras, todas ellas profesionales, se animaran a contar sus respectivas historias de maltratos y se dieran fuerzas para romper el silencio en el cual estuvieron atrapadas por mucho tiempo.

Los resultados de la encuesta en los dos ámbitos del estudio no hicieron más que corroborar cuán generalizado era este problema, aunque el equipo no había imaginado su real magnitud. El conocer que una de cada dos mujeres en Lima, y dos de cada tres mujeres en Cusco, eran agredidas física o sexualmente por sus respectivas parejas masculinas, nos demostraba con evidencias la existencia de un fenómeno social masivo que, según estos mismos resultados, atravesaba todos los estratos socioeconómicos y todos los niveles educativos. Otro resultado importante que obtuvimos es que no resulta cierto que la ingesta de alcohol sea la causa de la violencia, puesto que los hombres violentan al margen de que estén ebrios o sobrios.

¹ El equipo de investigación estuvo conformado por investigadores de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán y los resultados de esta investigación fueron publicados en el año 2002 en el libro "Violencia Sexual y Física contra las Mujeres en el Perú. Estudio multicéntrico de la OMS sobre la violencia de la pareja y la salud de las mujeres".

Estas conclusiones tan preocupantes me llevaron a indagar sobre lo que se estaba haciendo por enfrentar el problema en el país. Visité algunas ONGs que trabajan en el tema, y también los Centros de Emergencia Mujer del Ministerio de la Mujer y Desarrollo Social (CEM – MIMDES), donde percibí cierto desánimo y frustración de varias de las profesionales que atendían psicológicamente a las mujeres víctimas del maltrato y/o las acompañaban legalmente en sus procesos ante los tribunales. Aunque la ley contra la violencia familiar y sexual había sido mejorada permanentemente, las rutas que seguían las mujeres denunciadas estaban cargadas de obstáculos impuestos por operadores de los servicios de atención (médicos legistas, policías de ambos sexos, fiscales y jueces) quienes en su mayoría compartían una visión machista y patriarcal de la realidad y que, por lo mismo, se coludían con los agresores, haciendo que muchos de estos casos se quedaran en el camino. Los pocos procesos judiciales que llegaban a su término culminaban con una sentencia nada disuasiva de una multa irrisoria que, incluso en algunas circunstancias, podía afectar económicamente a los otros miembros de la familia, y que además en pocos casos se hacía efectiva. En ese periodo conversé con algunas mujeres que se acercaban a los CEM pidiendo asesoría para las denuncias que presentaban por el maltrato de sus parejas, las cuales me manifestaron que no deseaban que ellos fueran a la cárcel, sino que sólo se los conminara a detener la violencia.

Esta situación hizo que me preguntara qué se estaba haciendo con los hombres, protagonistas principales de este problema, más allá de perfeccionar las medidas punitivas. Si el problema es tan masivo claramente se deduce que responde a una cultura que justifica la violencia, a pesar que los discursos oficiales la condenen. En este contexto, el solo trabajar por empoderar a las mujeres – esfuerzo que descubrí que también es escaso en nuestro medio a pesar de su importancia – cuando el problema es de dos, puede llevar a la ruptura de la relación y de esta manera a la resolución momentánea de la situación para algunas mujeres. Sin embargo, al no tener los hombres alternativas ni oportunidades para pensar de manera distinta, ni otros modelos de ser hombres que los que aprendieron desde el nacimiento, probablemente volverán a iniciar un nuevo ciclo de violencia con la próxima pareja. Igualmente, con una prevalencia tan alta de violencia, no sería nada raro que esta mujer separada se vuelva a unir con otro posible agresor. La respuesta fue que en este país nada se estaba haciendo por involucrar a los hombres de manera responsable en este proceso de cambio.

En otros países de América Latina algo se estaba realizando y había que conocer de estas experiencias para aprender de ellas. Gracias al apoyo de la Fundación Ford, pude visitar diversas experiencias de trabajo con hombres agresores en Argentina, Brasil, Chile y México, y la de hombres latinos en Canadá. Me referiré sólo a mis experiencias en dos lugares, porque tienen fuertes implicancias en mi decisión de investigar el problema desde el lado de los hombres, es decir, teniéndolos a ellos mismos como mis informantes.

Apenas llegado a Santiago de Chile fui invitado a una reunión en la sede de FLACSO donde se presentaba una investigación sobre el problema de la violencia contra las mujeres en Chile. Al final de la misma conocí a un psicólogo que me invitó a participar en un taller sobre masculinidad y violencia en un barrio de Santiago. Acudí a la cita donde me encontré con un grupo de hombres muy amables, e incluso muy parecidos a los participantes de la reunión anterior. Varios incorporaban algunas anécdotas personales a la discusión y se referían de manera muy cariñosa a sus esposas e hijos. Sólo al final me

extrañó que firmaran unos registros con un sello especial. Preguntado el amigo psicólogo me contó que todos eran agresores enviados por los tribunales de manera obligatoria a asistir durante cuatro meses a estas sesiones reeducativas. Empecé a preguntarme entonces qué ocurría con estos hombres, tan cordiales, tan “común y corrientes”, que hablaban de sus parejas tan afectuosamente y, a la vez, actuaban violentamente contra ellas y en repetidas oportunidades, a tal punto que eran denunciados judicialmente. El otro tema desconcertante para mí, y que fue también el motivo de que no me diera cuenta en qué grupo me encontraba, fue que todos condenaban la violencia hacia la mujer, lo que me llevó a investigar cómo interpretaban estos hombres sus actos violentos, tan contradictorios con sus discursos.

La otra experiencia que tuvo fuertes implicancias en mi decisión de llevar a cabo el estudio que a continuación presento, fue mi paso por los grupos de hombres que organiza y facilita el Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A.C. – CORIAC de la ciudad de México. Desde otro modelo de intervención, muy distinto al que conocí en Chile, donde se incide fundamentalmente en el aspecto cognitivo, aquí se develan y desmitifican creencias machistas desde la identificación y expresión de las emociones. Tuve la oportunidad de escuchar entonces historias personales de violencia, cargadas de deseos de control y poder, las cuales estaban mezcladas con trayectorias de mucho malestar y dolor. Esto hizo que me preguntara por qué si sus experiencias infantiles – al haber sido testigo de la violencia de sus padres contra sus madres y contra ellos mismos – habían sido tan dolorosas como lo señalaban, reproducían los mismos patrones con sus parejas. Por qué, además, si les producía tanto malestar maltratar a sus parejas, como ellos mismos aseguraban, lo seguían haciendo.

En las historias personales contadas por los participantes, aparecían formas de relacionarse y patrones de conducta violentas tan naturalizadas, tan aceptadas culturalmente, que se hacían invisibles para ellos mismos, haciéndose difícil que identifiquen diversas expresiones de su violencia.

Todas estas preguntas y situaciones apuntaban a realidades muy complejas que había que conocer más en profundidad si pretendíamos alimentar estrategias eficaces de trabajo con varones que suscitara cambios reales y duraderos. Resultaba fundamental conocer y analizar las experiencias de vida desde la niñez para comprender los diversos hitos en las historias personales en que se va naturalizando la violencia, en un contexto en que la sociedad en su conjunto reproduce la creencia en la superioridad masculina y la posición de autoridad del hombre sobre la mujer.

Por último, cinco años atrás, fui invitado a participar en un grupo de hombres que se había formado con el apoyo de la ONG feminista Manuela Ramos para reflexionar sobre las vivencias de nuestras masculinidades. Cada uno de los participantes tenía un compromiso social por el respeto a los derechos humanos, y en la vida cotidiana se esforzaba por entablar relaciones equitativas con sus respectivas parejas. Sin embargo, me sorprendió que al contar las historias personales, varios de los presentes hicieran mención de los contextos tan violentos que les tocó vivir, tanto como testigos del maltrato cotidiano de sus padres contra sus madres, como contra ellos mismos. Desde entonces me he preguntado cuáles son los procesos por los que pasan estos hombres que los impulsa a nadar contra la corriente, no reproduciendo una cultura patriarcal de superioridad masculina y de subordinación femenina. La idea de investigar también a

este tipo de hombres me pareció útil, porque nos podría proporcionar elementos que contribuyan al desarrollo de un trabajo reeducativo con quienes ejercen violencia, aprendiendo de estas experiencias.

Si bien al principio mi propósito era estudiar a estos dos tipos de hombres, en la investigación surgió un tercer grupo, que no violentaba física ni sexualmente, pero que utilizaba diversas formas de violencia emocional con tal eficacia que no hacía necesario el uso de formas más brutales de sometimiento de la mujer. Durante el proceso de investigación pude darme cuenta que constituía un poderoso baluarte para el sistema de dominación masculino, precisamente porque su poder estaba aún basado en la hegemonía, es decir en la aceptación de las relaciones de subordinación por parte de hombres y mujeres.

Este trabajo, por lo tanto, está dividido en tres capítulos, correspondientes a tres tipos de hombres en relación con la violencia: los que ejercen violencia física y/o sexual contra sus parejas, aquellos cuyo ejercicio de sometimiento se basa en la violencia emocional y, por último, los hombres que no ejercen violencia contra las mujeres. Sin embargo, debo anotar que esta tipología se basa sólo en las características predominantes de estos hombres, buscando desarrollar algún tipo de diferencias en su accionar y en sus procesos vividos, pues, como veremos, dentro de las estructuras patriarcales que compartimos serían muy pocos los hombres que estarían exentos del ejercicio de alguna forma de violencia basada en el género. En cada capítulo se hace un seguimiento retrospectivo de la vida de los sujetos, para lo cual describimos las diversas etapas anteriores a la vida conyugal: las vivencias infantiles en la familia de origen, donde los varones presenciaron la relación violenta o no del padre contra la madre, donde también padecieron o no la violencia que ejerció contra ellos cada uno de sus padres u otros familiares; la experimentada en el ámbito extradoméstico, y la de la etapa de noviazgo, para luego hacer un análisis de las relaciones en la convivencia conyugal. Los relatos de vida nos permitieron una lectura vertical en la que se da cuenta del proceso de construcción y reconstrucción de los discursos de los sujetos, a través de diferentes momentos de su ciclo de vida. A la vez, hicimos una lectura horizontal, para posibilitar la búsqueda de significados compartidos en todos los relatos, pero también para ubicar interpretaciones singulares de los propios actos.

Los resultados de este estudio pretenden contribuir a que los diversos actores sociales e institucionales mejoren la comprensión del fenómeno de la violencia de género desde una perspectiva integral y afinen sus propuestas programáticas con el objetivo de erradicar toda forma de violencia contra la mujer. A nosotros, en especial, nos da bases más sólidas para crear espacios donde los hombres agresores se comprometan a renunciar a su violencia y que en este proceso sientan que lo hacen, no sólo por el bienestar de sus seres queridos, sino fundamentalmente por el de ellos mismos.

Lima, enero de 2006

Masculinidades y violencia de género: Elementos conceptuales para abordar el problema

En diversos ámbitos de discusión, académicos, políticos, sociales, judiciales y coloquiales, es común utilizar el término violencia para referirse a una variedad de hechos en los que es utilizada la fuerza contra una o más personas, con intenciones diversas respecto a quien realiza estos actos y con consecuencias distintas para quienes los sufren. Otras acciones, a pesar de sus consecuencias negativas, iguales o mayores que las anteriores, no son catalogadas como violentas por sus grados de sutileza o naturalización. Hay discusiones sobre si la violencia es consubstancial con el ser humano o es una práctica aprendida; si su ejercicio está reducido a un grupo de personas con trastornos psicopatológicos o es una práctica generalizada que responde a construcciones socioculturales y a la necesidad de reproducir desigualdades sociales; si la violencia sólo causa daño a quien es víctima de ella o si quien ejerce violencia también es arrastrado por las consecuencias negativas. Estas posiciones contradictorias nos exigen tomar una posición y plantear una propuesta conceptual, que en buena parte está basada en los aportes anteriores de varios expertos sobre el tema.

La violencia

Diversos autores están de acuerdo con definir la violencia como el ejercicio del poder mediante el uso de la fuerza – ya sea física, sexual, verbal, emocional, económica o política – que afecta de manera negativa la integridad física o psicológica de la otra persona, si se trata de relaciones interpersonales, o que anula el potencial de realización colectiva, si se trata de violencia social o política. Hay quienes plantean que la violencia emerge de lo más hondo de la naturaleza de todos los seres humanos, y ha sido más bien el desarrollo cultural, el de las instituciones y el avance en las legislaciones vigentes en cada país los que se han constituido en frenos de las conductas violentas y que han permitido una mejora en la convivencia entre las personas. Estas afirmaciones confunden violencia con agresividad. Esta última es el recurso instintivo de todo ser por preservar la vida, resistir o enfrentar un medio adverso que le impide satisfacer sus necesidades básicas.

La violencia no representa sólo un conjunto de agresiones, por más que produzca daño físico o psicológico a quien lo recibe, sino que estas agresiones tienen una intencionalidad: la de controlar, intimidar y someter al otro (Jacobson & Gottman, 2001), y quebrar su voluntad hacia los propios designios, justamente intentando anularlo en su calidad de “otro” (Corsi, 1995)

Sin embargo, para que la violencia pueda ser ejercida, no basta la voluntad de someter al otro, tienen que haber condiciones de posibilidad, que se basan en la existencia de un desbalance de poder físico, económico, político o cultural. Entonces, la violencia es

desatada por quien ostenta ese mayor poder cuando interpreta que su posición de superioridad está en peligro o encuentra obstáculos para el ejercicio de ese poder.

Por otro lado, quienes se encuentran en una posición subordinada, no son entes meramente pasivos, pues desarrollan una serie de estrategias de resistencia ante la violencia sufrida, las cuales pueden encerrar un alto componente de agresividad y causar daño. Esto hace que el poder no constituya una posesión inmutable, sino que existe en tanto se hace ejercicio de él². La posibilidad de ejercer violencia varía según la posición que el sujeto ocupe dentro de las jerarquías y por la situación específica que tenga en determinado momento de la vida (M. Ramírez, 2002). El mantener una relación autoritaria y de sometimiento exige a quien detenta el poder, que sus actos tengan un alto componente violento en sus diversas manifestaciones, donde la violencia física puede ser utilizada de manera efectiva, o permanecer en un estado latente.

Uno de los mitos más generalizados es el de considerar que la violencia emerge inevitablemente como la forma de resolver los conflictos de intereses que aparecen en toda interacción social o interpersonal. Quienes conciben que existe un cordón umbilical entre conflictos y violencia, plantean que para prevenir la violencia habría que evitar que surjan los conflictos. Pero, definitivamente, como individualidades diferentes, incluso como colectividades diferentes, siempre tendremos diversidad de intereses, deseos y valores y esto hace casi inevitable el conflicto en cualquier interacción social. Lo que es evitable es resolverlo violentamente. Es posible, mediante la puesta en juego de conocimientos, aptitudes y habilidades comunicativas, lograr acuerdos entre las partes, donde haya concesiones mutuas y satisfacción de ambas partes (Corsi, 1994). Pero, para ello, la condición sigue siendo que las negociaciones sean desde un plano de horizontalidad y no desde el poder, pues desde esa posición la violencia sí resulta inevitable.

La violencia de género

Una de las desigualdades sociales que aún afronta la humanidad es aquella que se erige sobre una diferencia biológica en el plano de las características sexuales. Cuando hablamos de género, no solamente estamos aludiendo a pertenecer a determinado sexo, sino a la valoración que social y culturalmente se le otorga a cada ser humano de acuerdo a sus características sexuales y cómo, a través de esa valoración, se construye una desigualdad social.

Por sus características biológicas las mujeres han sido convertidas socialmente en cuerpos especializados en la maternidad y en la reproducción. Mientras tanto, el varón, con órganos sexuales externos y carente de la capacidad de desarrollar vida humana en su interior, aparece desligado de esa actividad reproductiva. Su rol asignado socialmente es el de ser proveedor del ámbito reproductivo, a través de actividades productivas en la esfera de lo público. Su dominio de lo público, lo único socialmente considerado como creativo, le otorga poder frente a las mujeres, seres especializados en la reproducción, aspecto que es poco valorado en el mundo social y económico.

² Teresita De Barbieri cita la célebre frase de Michel Foucault “*el poder se ejerce, no se posee*” sintetizando muy bien las relaciones de género como espacios contradictorios, inseguros, siempre en tensión (De Barbieri, 1992)

Las actividades reproductivas no son consideradas creaciones culturales, pues se considera que todo les fue dado así por la naturaleza (Lagarde, 1992). Nuestro sistema de géneros considera que la pertenencia a cualquiera de esas clasificaciones hace a los sujetos absolutamente distintos entre sí, cada cual con un conjunto de cualidades, aptitudes, esquemas y destrezas diferenciadas, siendo las del género masculino las más valoradas socialmente. Mediante un largo proceso de socialización, en el cual la sociedad en su conjunto se pone en juego, los roles a jugar por cada género aparecen como “naturales” e inmutables y por tanto, no se cuestionan.

Gracias al avance de los estudios teóricos con perspectiva de género, se ha demostrado fehacientemente que las características asignadas al género son aprendidas y todo lo que es ser mujer o ser hombre, es histórico (M. Lagarde, 1992). Hace varias décadas Simone de Beauvoir afirmaba que “no se nace mujer, se llega a serlo” señalando con esto que las características de las mujeres no son innatas, sino producto de un proceso de socialización orientado por concepciones sociales determinadas (Beauvoir, 1999).

Esta construcción social que otorga mayor poder a los hombres y plantea una posición subordinada a las mujeres, es la base de la violencia de género. Los hombres, que han construido su identidad masculina fuertemente ligada al ejercicio de la autoridad sobre las mujeres basados en una supuesta superioridad, ejercen violencia contra ellas cuando interpretan que esta autoridad es cuestionada o se presentan obstáculos para su ejercicio. Sin embargo, la violencia también puede ser dirigida hacia otros hombres que se alejan del modelo heterosexual masculino porque una de las formas en las que se construye la masculinidad hegemónica es mediante la competencia entre los mismos varones y dentro de esta perspectiva existe la necesidad de derrotar y someter a otro hombre como muestra de mayor virilidad. Así por ejemplo, dentro de la cultura masculina hegemónica en América Latina, el que un varón tome el rol sexual activo frente a otro varón, es una demostración de mayor virilidad, pues incluso es capaz de someter sexualmente a otro varón, el cual es feminizado, por tanto desvalorizado y estigmatizado³.

En términos generales podemos definir la violencia de género como todos los actos de agresión física, sexual y emocional, que se desarrollan en un contexto de desequilibrio de poder basado en la manera como se construyen los géneros en nuestra sociedad, a través de los cuales quien detenta el mayor poder busca doblegar la voluntad del otro u otra para mantener el ejercicio de ese poder cuando encuentra resistencias. Dado que por razones sociales y culturales existen relaciones asimétricas de poder favorables a los varones, la violencia mayormente ha sido dirigida en contra de las mujeres, y también, aunque en menor medida, contra varones considerados más débiles, los cuales se alejan del estereotipo hegemónico del varón heterosexual.

Bases estructurales de la violencia de género

³ Al respecto ver Cáceres y Rosasco, 2000; Fuller, 2001; Palomino et al. 2003)

Las relaciones de dominación y subordinación que tienen como base las desigualdades de género, si bien se expresan en la interacción de individuos concretos, no empiezan ni terminan en ellos, sino que forman parte de una cultura hegemónica, la cual consiste en un sistema de valores, actitudes y creencias que sostienen un orden establecido y los privilegios de quienes detentan el poder, en este caso los hombres. Se trata de una visión del mundo que es difundida en los diversos niveles de la vida cotidiana a través de un largo proceso de socialización que en cada individuo empieza desde el nacimiento mismo. Forman parte de un imaginario colectivo que es compartido no sólo por los hombres, sino también por quienes tienen una posición subordinada, es decir por las mujeres (M. Ramírez, 2002).

Hay que tener en cuenta, como concluye Roberto Castro, que esta posición de subordinación de las mujeres no se inicia en la relación conyugal. Existe un proceso de desempoderamiento de las mujeres desde la experiencia en sus familias de origen (la madre jugaría un papel crucial en la pedagogía de la sumisión y en la frustración de proyectos de superación y autonomía personal). (Castro, 2004). Estos contenidos culturales circulan en todas las instituciones que forman parte de la sociedad – tales como la familia, la escuela, el vecindario y los grupos de amigos, los centros laborales, instituciones estatales, iglesias, etc. – los cuales son medios eficaces para la socialización de cada sujeto, y para reproducir las relaciones de dominación. Igualmente, son estas mismas instituciones las que justifican la violencia de género, cuando las mujeres transgreden la normatividad social que sostiene la dominación masculina, dejando hacer y dejando pasar el maltrato contra ellas, produciendo en muchas de las mismas, un sentimiento de estar atrapadas y sin salidas.

A este sistema de dominación de género, como un todo, se le ha denominado patriarcal, porque alude al poder conferido socialmente a los hombres sobre las mujeres, cuya reproducción es garantizada institucionalmente y mediante una normatividad social que permite que las relaciones jerárquicas se autorregulen. Se denomina machismo al conjunto de creencias, actitudes y conductas basadas en la supuesta superioridad de lo masculino frente a lo femenino, y en el rol de autoridad de los hombres sobre las mujeres. Constituye toda una constelación de valores y patrones de conducta que afecta todas las relaciones interpersonales, el amor y el sexo, la amistad y el trabajo, el tiempo libre y la política (Castañeda, 2002). Si bien hay una gran cantidad de hombres que no comparten la visión hegemónica, directa o indirectamente también ganan con esta hegemonía, ya que se benefician de los dividendos del patriarcado, en lo que se refiere, por ejemplo, al honor, al prestigio y al derecho a dar órdenes (Connell, 2003). También obtienen ganancias materiales por la forma en que está estructurado el sistema patriarcal, por ejemplo, en el sistema inequitativo de remuneraciones que favorece a los hombres, o en las mayores facilidades de ascenso a puestos de decisión política, al margen de las posturas individuales.

La hegemonía del patriarcado que norma la conciencia y las prácticas de hombres y mujeres, hace que no sea necesario ser varón para ser machista, porque el machismo no es un atributo personal sino una forma de relacionarse. Por lo tanto, podemos encontrar hogares regidos por las reglas del machismo, en los cuales no hay un solo hombre. El machismo no necesita de hombres y mujeres como tales: sólo necesita de sus roles. Lo único que requiere es una relación de poder basada en la desigualdad (Castañeda, 2002). En tanto las posibilidades de ejercer violencia están asociadas a las diferencias en la posición de la jerarquía social que puede variar en el tiempo y por las condiciones

específicas en que se dan las relaciones (enfermedad, posición de clase social, edad, personalidad, etc.), los hombres no siempre y en toda circunstancia son dominadores, sino puede haber situaciones en que ellos sean los débiles o subordinados (M. Ramírez, 2002).

Sin embargo, la posición económicamente dependiente de muchas mujeres que no realizan labores remuneradas, o el menor ingreso económico de otras que sí están insertas en el mercado laboral, las hace menos autónomas y más vulnerables frente al poder masculino. De la misma forma, la normatividad social, que las hace principales responsables de las actividades reproductivas domésticas, obliga a quienes se insertaron en el mercado laboral a una doble jornada de trabajo y a tener menor margen de maniobra para el desarrollo personal⁴. Además, la menor fuerza física respecto al hombre, cuyo desbalance es incrementado por cierta minusvalía psicológica de origen cultural⁵, configuran las bases de un desequilibrio de poder que dificulta que las mujeres puedan ejercer violencia contra los hombres y someterlos, a pesar de posibles deseos personales.

La violencia es parte del sistema de dominación, y al mismo tiempo es señal importante de su debilidad. Una jerarquía que estuviera fuertemente legitimada no tendría que hacer uso de la fuerza para imponerse. Pero quizá más que cualquier otra desigualdad, las relaciones de género configuran espacios contradictorios, inseguros, siempre en tensión. No se trata de relaciones similares a los de los amos y las esclavas, sino entre personas con libre albedrío que actúan en el marco de una normatividad social que constriñe pero que a la vez otorga márgenes de maniobra dependiendo de correlaciones de fuerzas entre hombres y mujeres. Los hombres son conscientes que las mujeres son portadoras de ciertos poderes que emergen de sus propias características biológicas, como es el engendrar vida en sus propios cuerpos permitiendo o no a los hombres que se realicen como padres; o poderes emanados del mundo de los afectos, especialmente en los vínculos que establecen con los hijos, campo donde pueden volverse dueñas absolutas y sabias manipuladoras a fin de contrarrestar el poder masculino, aunque esto no necesariamente signifique poner en peligro la hegemonía del hombre (Thomas, 1997). Sin embargo, esta hegemonía está siendo cuestionada de manera creciente por las mujeres, gracias a una serie de transformaciones estructurales que refuerzan sus capacidades de resistencia. La respuesta violenta de los hombres, sobre todo la física, señala tendencias hacia la crisis del sistema de géneros en nuestra sociedad que más adelante vamos a desarrollar.

La violencia conyugal

En esta investigación nos centraremos en el análisis de la violencia de género que es ejercida en el marco de las relaciones de convivencia conyugal entre un hombre y una mujer. Esta violencia, que llamamos conyugal, alude a todas las formas de abuso que tienen lugar en las relaciones entre quienes sostienen o han sostenido un vínculo afectivo

⁴ Estos constreñimientos no sólo se presentan como acciones externas, sino incluso internas, es decir mediante sentimientos de culpa que la obligan a frenar sus deseos de preocuparse por ella misma bajo el temor de ser tildada o de pensarse como “madre desnaturalizada”.

⁵ Al respecto, Giddens cuenta la historia de un deportista quien cambia de sexo, y al ser visto como mujer y ser tratado por lo mismo como una persona físicamente débil, se va percibiendo a sí misma de igual forma, a tal punto que ya no es capaz ni de cargar sus maletas, a pesar de la fortaleza física que mantiene por su práctica deportiva de alto rendimiento (Giddens, 1989).

relativamente estable. Se denomina relación de abuso aquella forma de interacción que, enmarcada en un contexto de desequilibrio de poder, incluye conductas de una de las partes que, por acción o por omisión, ocasionan daño físico y/o psicológico al otro miembro de la relación (Corsi, 1995). En tanto que, por razones sociales y culturales anteriormente señaladas, los hombres son los que generalmente detentan ese mayor poder, la violencia ha sido dirigida principalmente hacia las mujeres.

La violencia por parte de la pareja contra la mujer, está constituida por “actos de coerción y agresión física, sexual y emocional, realizados sin importar la ubicación física donde el acto sucedió y que afecta de una manera negativa el bienestar, la integridad física o psicológica, la libertad o el derecho al desarrollo completo de una mujer” (Güezmes, Palomino y Ramos, 2002).

El ejercicio de la violencia dentro de la relación conyugal, en muchos casos aparece contradictoriamente sobre la base de un vínculo afectivo que no necesariamente desaparece. Esta situación dibuja un escenario complejo que los estudios de género, y dentro de ellos los estudios de masculinidades, han intentado aclarar. Éstos han permitido develar, a través de la escucha a los mismos hombres, la manera cómo se ha construido el género masculino y el papel que juega la violencia en esa construcción.

La construcción de la masculinidad y la violencia de género

Apenas el recién nacido es identificado por sus genitales como varón, la sociedad se pondrá en movimiento para inculcarle lo que entiende por ser varón, alentándole algunos comportamientos y reprimiéndole otros, fomentándole ciertas convicciones de lo que es ser varón y haciéndole sentir que pertenece a un colectivo masculino que ostenta determinados privilegios, superioridad, poder y autoridad frente al colectivo femenino (Marqués, 1997).

Desde muy niño será preparado para cumplir un rol de dominación en su relación con las mujeres, para ejercer autoridad frente a ellas y para proteger su pureza sexual del acecho de otros varones que como él, serán también capacitados para la competencia y la conquista⁶.

Un aspecto fundamental de la preparación a la cual son sometidos los varones es lograr que ellos no muestren signos de debilidad, tanto frente a los pares, como ante quienes se impone la autoridad y, junto con ello, que sus decisiones aparezcan lo más racionales posibles. Así, la expresión de diversos sentimientos como el temor, el dolor, la tristeza, la ternura, el afecto, la compasión, el deseo de ser protegido, etc., son considerados femeninos y contraproducentes para los objetivos de control y dominio y por tanto hay que reprimirlos.

La minimización frecuente que hacen los hombres que ejercen violencia de las consecuencias de su violencia contra sus parejas, podría estar en relación a la poca sensibilidad desarrollada como parte de la construcción de la masculinidad hegemónica. El negarse a muchas necesidades de los cuerpos haría que éstas no sean identificadas y con ello se perdería la capacidad del autocuidado, dependiendo entonces de los cuidados

⁶ Los hombres, en tanto asociados al mundo exterior, protegen políticamente la pureza de las mujeres. El honor de un varón, del que depende su reconocimiento público como varón y por tanto su autoestima, está comprometido en la pureza sexual de su madre, esposa, hijas y hermanas, caso contrario sería objeto de ridículo y de oprobio (Fuller, 1997)

femeninos. Esto haría a su vez remota la posibilidad de percibir y atender las necesidades de otros cuerpos. La “insensibilidad masculina”, esa falta de capacidad inculcada de no percibir una diversa gama de sentimientos en los varones, haría que tampoco puedan ser percibidos en los demás, pues actuaría como una “coraza” (Kaufman, 2002) tanto hacia los otros(as) como hacia ellos mismos⁷. Muchos hombres se sienten como si estuvieran encerrados en sí mismos; tienen el deseo de acercarse a otras personas pero se sienten incapaces. Es como si a lo largo del proceso de crecimiento hubieran aprendido a dejar atrás su ser emocional (Seidler, 2000)

Qué hace, por ejemplo, un niño que cada vez que dice sentir miedo recibe como reacción el enojo de sus padres. Poco a poco aprenderá a reprimir esa sensación, y quizá hasta la percepción del temor, en sí mismo. Dentro del modelo machista de la masculinidad, el verdadero hombre no debe tener miedo, y si lo siente no debe mostrarlo de manera alguna, porque de lo contrario se asemejará a los rasgos de debilidad femenina. Como señala Castañeda, el miedo es una reacción adaptativa que nos ayuda a frenar cualquier emergencia. Si este proceso natural es frenado porque “los verdaderos hombres no le temen a nada”, entonces puede tomar acciones imprudentes al no escuchar los mensajes de peligro que le está enviando su organismo, o puede registrar emociones diferentes que de alguna manera se sobrepone al miedo. Así, muchos hombres sienten y expresan cólera, rabia, cuando en realidad tienen miedo. Del mismo modo, la ira funciona como un disfraz: parece que la persona está enojada, pero en realidad sólo está triste, aburrída o desilusionada (Castañeda, 2002). También la expresión de tristeza o dolor denota vulnerabilidad y debilidad, entonces el verdadero hombre no puede darse el lujo de expresarlos, bajo la pena de ser ridiculizado por los otros hombres o bajo el temor que estas debilidades puedan ser aprovechadas por las otras personas, consideradas como subalternas, para resistir a su autoridad.

No es que estos sentimientos desaparezcan, aun cuando no logran ser sentidos conscientemente, simplemente se frenan o no se les permite desempeñar un papel pleno en las vidas de los varones. Desde la niñez se va construyendo el sentido de culpabilidad por hacer o expresar lo que está prohibido y el temor a perder la autoestima, es decir la valoración positiva de sí mismo, formándose de esta manera un super ego represivo de constante vigilancia psicológica y conductual, lo cual constituye un acto de violencia perpetua contra uno mismo⁸. Son sentimientos contradictorios que conforman el mundo subjetivo de los varones, en donde las sensaciones de poder y privilegios se mezclan con

⁷ Contrariamente, según Bourdieu, la llamada intuición femenina, o esa mayor sensibilidad concebida como un atributo “natural”, no es propia de las mujeres, sino de todos los seres subordinados. Esta resulta de la atención y vigilancia continuas que se requieren para anticipar los deseos de los poderosos, y evitar así el castigo (Bourdieu, 2000).

⁸ Norbert Elías, hace el mismo planteamiento de manera contundente, respecto al proceso que se desarrolla en todos los seres humanos: *“En cierto modo, el ser humano parece enfrentarse a sí mismo. ‘Oculta sus pasiones’, ‘desmiente a su corazón’ y ‘actúa contra sus sentimientos’. Se reprimen la alegría o la inclinación momentáneas en consideración del prejuicio que se puede sufrir si se cede a aquellas. Tal es, por tanto, el mecanismo por el que los adultos –ya se trate de los padres o de otras personas- crean un ‘super yo’ estable en los niños desde pequeños. La incitación momentánea de carácter instintivo o emotivo, aparece reprimida en cierto modo a causa del miedo que produce el prejuicio que ha de producirse hasta que, finalmente, este miedo se convierte en una costumbre contrapuesta a los modos de comportamiento e inclinaciones, incluso cuando no hay nadie presente que los suscite, al tiempo que las energías de estas inclinaciones se orientan en un sentido inocuo que no está amenazado por ningún tipo de prejuicio”* (Elías, 1994. Pag. 484)

la del malestar. Con esto, el niño no está simplemente aprendiendo un rol de género, sino que se está convirtiendo en parte de ese género. Todo su ser, en mayor o en menor grado, será masculino (Kaufman, 1997).

Pero, se hace necesario el desfogue de estos sentimientos, aunque por la falta de vías seguras de expresión, todas ellas se transformarán en ira y hostilidad, las únicas expresiones emocionales socialmente permitidas, pues son funcionales a su rol dominante (Kaufman, 1997). Los hombres aprendieron desde niños que la expresión de ira y enojo no sólo es aceptable, sino altamente provechosa: el hecho de enojarse los enaltece frente a los demás niños, y también es una gran estrategia frente a las niñas, quienes harán todo lo necesario para contentarlos. Los varones comprueban que en muchas ocasiones no es necesario usar la fuerza física para imponerse. Basta con expresar ira para atraer la atención de los demás y “hacerse respetar”. Este privilegio que las mujeres no poseen, les da un margen de poder decisivo en todas sus relaciones interpersonales (Castañeda, 2002)

Sin embargo, la expresión de la ira no podrá hacerse en cualquier circunstancia, pues podría correr peligro su integridad física si esta es desatada ante otros con igual o más poder que él. El miedo a perder el control significa que la liberación de sentimientos sólo deberá tener lugar en una situación segura y ésta se da en el ámbito familiar, frente a las mujeres, consideradas seres con menor poder social y músculos más débiles, por lo que no le representan una amenaza psíquica ni física (Kaufman, 1989).

¿Qué situaciones producen en estos varones esas expresiones de ira que los llevan a ejercer violencia contra sus parejas? Una de ellas, es el inmenso temor a perder su posición de poder y dominio en las relaciones conyugales. Un varón que fracasa en el intento de obtener que su esposa reconozca su autoridad última sobre ella y sobre la familia, pierde su condición masculina, es un “saco largo” (Fuller, 1997), apelativo popular peruano que alude a que no se es suficientemente hombre. Por lo general, esta inhabilidad de mantenerse como superior tiene un castigo, siendo entonces víctima del oprobio y de la vergüenza por no haber dado con la medida que se espera en todo hombre. Llamarlo “mandilón” en México es una forma de definirlo como inferior por no imponerse (A. Ramírez, 2000). Estos hombres permanentemente se sienten amenazados en su autoestima y su poder, así cualquier situación conflictiva dentro del hogar los lleva a sospechar y temer que pueden perder el control de la relación, lo que les provoca un estado de gran tensión (momento al que algunos han denominado riesgo fatal⁹), e intentan retomar rápidamente el control con el uso de la fuerza (Corsi, 1995). En un instante, en décimas de segundo, deciden que tienen que luchar para recuperar su identidad de superior, su supervivencia y control, y lo hacen de manera violenta (A. Ramírez, 2000). La violencia proporciona, por lo menos, una vivencia temporal de poder.

Una de las razones a la que más recurren los varones agresores para explicar y justificar sus actos de violencia contra las mujeres son los celos que sienten ante cualquier sospecha, real o imaginaria de un acto de infidelidad de parte de la pareja. Estos hombres se sienten dueños de la sexualidad de sus parejas, y del control que logren ejercer sobre aquellas, dependerá el reconocimiento de su masculinidad por parte de sus pares. La virilidad de un varón depende en parte del comportamiento de su mujer. Se considera poco viril a un hombre que no sabe “cuidar a su mujer”, de ahí la enorme humillación y vergüenza del hombre cuya esposa le es infiel: ahí donde una mujer engañada es una víctima, el marido engañado es una figura patética que no ha sabido

⁹ Al respecto ver CORIAC, 2002.

satisfacer a su mujer ni vigilar sus movimientos, y esto afecta en lo más hondo su honor masculino (Castañeda, 2002). Como él siempre está en posición de conquista de otras mujeres, cree que su pareja será presa fácil de otros hombres, que como él están en el mismo propósito, esto al margen de si ella quiera o no acostarse con todo hombre que encuentra, pues asume que ella es un ser débil e incapaz de tomar decisiones, por lo que supone que se dejará seducir por cualquier hombre (A. Ramírez, 2000). En estos casos, la violencia es utilizada como un acto preventivo que disuade de cualquier intento, más imaginario que real, de infidelidad. Se trata entonces de una violencia preventiva, más que sancionadora: es el “por si acaso” (Amorós, 1990). Es frecuente, en estos casos, la utilización de la violencia sexual como un intento desesperado de apropiarse del cuerpo de ella, dándole de esta forma al varón una sensación momentánea de control y poder.

Como dice Castañeda, la emoción de la vergüenza es la razón primera y principal de toda violencia. El propósito de la violencia es disminuir la intensidad de la vergüenza y reemplazarla, en la medida de lo posible, por su opuesto, el orgullo, asegurando así que en este caso el varón no se sienta desbordado por ella. La vergüenza sería el talón de Aquiles del machismo. Es el punto más débil de la psique machista, porque al hombre machista le importa sobremanera lo que piensan de él los demás, y es extraordinariamente sensible a cualquier señalamiento (Castañeda, 2002). La sensibilidad de estos hombres resultaría sumamente selectiva, estando referida fundamentalmente a situaciones en las que percibe con mucha suspicacia que está en peligro de ser desenmascarado como un menos hombre por no lograr alcanzar lo que la sociedad espera del verdadero hombre, tal como afirma Kimmel (1997), poniéndolo en alerta cualquier fragmento de información que le haga revivir los momentos de dolor por las veces que fue humillado por lo mismo, fundamentalmente durante la infancia. Este es un elemento que intentaremos ahondar con especial cuidado en esta investigación.

En las últimas décadas la imagen del “macho” al estilo de las películas de charros mexicanos, donde se presentaban modelos estereotipados del sometimiento absoluto de las mujeres por parte de varones quienes defendían su honor y superioridad mediante el ejercicio cotidiano de la violencia física, ha sido devaluada. Las reivindicaciones de igualdad de oportunidades para las mujeres, enarboladas por el movimiento feminista a nivel mundial, han avanzado en conquistas importantes, y hace tiempo forman parte de los discursos oficiales la condena a toda forma de discriminación y violencia contra la mujer. Gracias a ello se han promulgado leyes específicas contra la violencia doméstica hacia la mujer y se desarrolla una deslegitimación de su práctica en la mayoría de los países. Sin embargo, ocurre un desfase entre la prohibición oficial a la violencia contra la mujer y las prácticas cotidianas, lo que ha producido la convivencia de un doble discurso; por un lado, el de la condena pública y por otro, el de la permisividad soterrada del entorno en el ámbito cotidiano de lo privado.

En un estudio sobre masculinidades en el Perú, Fuller encuentra permanencias y cambios, respecto a la violencia conyugal. Así, a pesar que los varones de clase media de Lima se perciben a sí mismos como democráticos en sus relaciones de pareja y probablemente intenten serlo, el principio de autoridad última del varón sigue vigente. Según la mayoría de los testimonios, las decisiones deben ser tomadas en común, pero si ella no accede con razonamientos él seguirá adelante, lo que puede conducir al enfrentamiento entre ambos, aunque pocos reconocen haber utilizado la violencia. Mientras en Cusco, donde se reconoce más hechos de violencia contra las mujeres, estas agresiones están cada vez más desprestigiadas porque consideran que los animaliza, al

no haber impuesto su autoridad por la fuerza persuasiva de la razón. El acto violento ocurriría en un lapso en el que dejaron de ser ellos mismos. En estos testimonios hay elementos contradictorios donde la violencia está cada vez más deslegitimada pero perdura un contexto donde la autoridad respecto a la mujer sigue siendo un pilar fundamental de su reconocimiento social como varón, entonces, la violencia constituye un último recurso de dominación, de salvar el honor y el prestigio social, al costo de producirle sentimientos de culpa y propósitos de no volverlo a cometer (Fuller, 2001). Al respecto, Gutmann encuentra en varones de sectores populares de México una condena en sus discursos a la violencia contra la mujer y un cambio de actitudes frente a ella, pero descubre que aunque las actitudes puedan cambiar, no necesariamente llevan a un cambio en el comportamiento (Gutmann, 2000).

Qué ocurre entonces en este número creciente de hombres que por un lado condena la violencia y que por otro decide utilizarla ante la aparición de algún conflicto en el que se pone en cuestión la autoridad masculina. El recurso de la violencia en muchas ocasiones aparecería, al igual que diversos comportamientos que se establecen en las relaciones entre géneros – como lo señala Bourdieu refiriéndose a la violencia simbólica, pero que se aplica a la violencia física también – a manera de resortes en lo más profundo de los cuerpos. No siempre se realizarían como actos voluntarios, conscientes, premeditados, sino como un disparador que se limita a desencadenar las disposiciones duramente inscritas en lo más íntimo de los cuerpos, por el inmenso trabajo previo de inculcación y de asimilación de las relaciones y estructuras de dominación que el orden social ha realizado en ellos¹⁰ (Bourdieu, 2000). Esto explicaría el que muchos hombres actúen impulsivamente, distinguiendo automáticamente al objeto de su agresión, que casi siempre será alguien con menos poder físico y social y que culturalmente es subalterno. Hay fibras muy sensibles en los hombres que están en lo más recóndito del inconsciente, que cuando son tocados producen dolor, miedo, sentimientos que no son reconocidos, y son confundidos con la ira, haciendo que en facciones de segundo se decida violentar. Como lo señala Seidler, uno de los aportes de Freud precisamente fue demostrar cómo las emociones y los sentimientos pueden actuar en un nivel inconsciente y por lo tanto, más allá de nuestra percepción consciente. Este fue un descubrimiento importante que ayudó a cuestionar el dominio del racionalismo que insiste en que las razones de las que somos conscientes proporcionan las “causas” de nuestro comportamiento. (Seidler, 2000).

Lo psicológico versus lo social: Una falsa dicotomía

Existe cierta tendencia a minimizar o desestimar la importancia que tendría el estudio de los comportamientos individuales para las Ciencias Sociales, porque éstos corresponderían al campo de la psicología, entendiendo que la dimensión psicológica de los individuos es lo intrínsecamente particular, lo que existe con absoluta autonomía de los procesos históricos y sociales. En este trabajo consideramos la dimensión psicológica y a su expresión en los comportamientos individuales, no como instancias ajenas a la

¹⁰ Entiendo que Bourdieu se refiere a la dimensión psicológica de los seres humanos y a un plano más allá de lo consciente cuando se refiere al desencadenamiento de las disposiciones inscritas en lo más íntimo de los cuerpos. Consideramos en este trabajo que lo psicológico es una dimensión fundamental de lo corporal, pues es el impulso íntimo de los cuerpos, ya que sin esa dimensión estaríamos ante cuerpos inertes, es decir ante cuerpos muertos.

realidad social, sino como una de las dimensiones a través de las cuales también se manifiesta aquella.

En primer lugar, fundamentando la importancia del estudio de los comportamientos individuales, hay que decir que, en cada acción individual y en cada historia de vida se expresa lo social. Específicamente, en cada comportamiento violento se manifiestan las construcciones socioculturales de género, las desigualdades sociales y las organizaciones jerárquicas. También está expresada la manera en que interactúa cada individuo con las instituciones sociales creadas históricamente para reproducir y perpetuar esas estructuras sociales hegemónicas de acuerdo a los intereses de quienes detentan el poder en la sociedad. A la vez, esos comportamientos están impregnados de las experiencias de interacción con otros individuos en cuyas acciones también se expresa la realidad social. Sin embargo, la interacción con las instituciones y las personas produce una gama importante de posibilidades y experiencias diversas, cuyo resultado condiciona una tendencia mayoritaria a perpetuar la situación hegemónica, pero no siempre deriva en la reproducción de la misma. Esto ha hecho que puedan existir contraculturas emanadas de quienes se sienten perjudicados por el estatus quo, las cuales también interactúan con las hegemónicas, haciendo que los individuos de acuerdo a la diversidad de sus experiencias también produzcan comportamientos diversos. Todas ellas, aún los transgresores, forman parte de manera dinámica de la realidad social.

En segundo lugar, enfrentar la tarea de comprender un problema eminentemente social, como es la violencia basada en el género, circunscribiéndonos sólo al estudio del sistema patriarcal, a la cultura y creencias que reproduce, a la manera como se traslucen en la conciencia de los individuos y en las acciones de los mismos, resulta absolutamente incompleta, si no tenemos en cuenta que los comportamientos de los seres humanos no sólo responden a actos conscientes, sino que también con gran fuerza a lo que se ha llamado el ámbito de lo inconsciente, donde las emociones, también impregnadas de lo social juegan un papel fundamental. Norbert Elías ha señalado, de manera muy fundamentada, que toda investigación que quiera entender la conciencia de los seres humanos, sus ideas “sin considerar al mismo tiempo la estructura de los impulsos, la orientación y la configuración de los sentimientos y de las pasiones sólo conseguirá resultados limitados puesto que ignorará necesariamente gran parte de lo que es imprescindible para la comprensión de los seres humanos. La racionalización de los contenidos de la propia conciencia, así como los cambios estructurales de las funciones del yo y del super-yo, resultarán difícilmente comprensibles para la reflexión posterior en tanto la investigación se limite a los contenidos de la conciencia y a las formas del yo y el super-yo con ignorancia del cambio correspondiente de las estructuras afectivas e impulsivas. Solamente se alcanza una comprensión verdadera de la historia de las ideas y de los pensamientos cuando, además del cambio de las relaciones interhumanas, se estudia la estructura del comportamiento, el entramado de la estructura espiritual en su conjunto” (Elías, 1994. Pag. 494).

La probable resistencia a estudiar, desde las ciencias sociales, los impulsos inconscientes, los sentimientos y las emociones, se debería a que éstos son considerados absolutamente ahistóricos ya que enfocan las estructuras psíquicas del ser humano contemporáneo como si se tratara de algo inmutable y que no ha sufrido proceso alguno y como si la orientación de los seres humanos por medio de los impulsos inconscientes tuviera forma y estructura propias. Al respecto Norbert Elías señala que el sistema emotivo del individuo se transforma de acuerdo con los cambios de la sociedad y la

transformación de las relaciones interhumanas. Las formas en que los seres humanos acostumbran a convivir se transforman y, por lo tanto, cambia su comportamiento, se modifica su conciencia y el conjunto de su estructura impulsiva. Las “circunstancias” que se modifican no son algo procedente del “exterior” de los seres humanos: son las relaciones entre los propios seres humanos. Elías afirma que, a lo largo de la historia, y consecuentemente con el entramado de dependencias en que transcurre toda una vida humana, también se moldea de modo distinto la “physis” del individuo en conexión inseparable con lo que llamamos su “psique”. Añade que en cada individuo concreto la configuración de su orientación impulsiva y la de su orientación del yo y del super-yo se modifican en su conjunto en el curso del proceso civilizatorio en correspondencia con una transformación específica de las relaciones entre los seres humanos (Elías, 1994).

Con todo lo anteriormente expuesto no queremos caer en un determinismo social sino enfatizar la gran importancia que los procesos sociales tienen en todas las dimensiones de los seres humanos, no sólo a nivel colectivo sino también individual. No negamos el papel que jugarían las características innatas o de herencia genética en cada individuo, como por ejemplo el temperamento, pero consideramos que éstas solo brindarían potencialidades que facilitarían o dificultarían las respuestas frente a los estímulos que cotidianamente le presenta el medio, pero de ninguna manera las determinan. Son más bien las décadas de experiencias cotidianas en un contexto histórico y social determinado las que resultan preponderantes en el comportamiento humano, específicamente en el ejercicio de la violencia de género, como discutiremos a continuación.

Elementos que condicionan el ejercicio de violencia física contra la pareja

Todos los hombres vivimos inmersos, en mayor o menor grado, en un sistema patriarcal y nos alimentamos de una cultura machista hegemónica que mediante “hábitos normativos sociales”¹¹ establece roles por género, desigualdad social por razones de género y trata de reproducir cotidianamente la subordinación de la mujer y la dominación masculina. Sin embargo, no todos ejercemos violencia física o sexual. ¿Qué hace que unos hombres la utilicen de manera cotidiana y otros no?

Uno de los elementos importantes sería el aprendizaje. Niños que fueron testigos de violencia del padre contra la madre y contra ellos mismos, reproducen de adultos esos mismos comportamientos aprendidos. Como señala Martha Ramírez, antes de ser agresores, estos hombres vivieron relaciones asimétricas y ocuparon posiciones subordinadas en la escala social en la niñez, lo que más tarde formaría parte de sus representaciones de poder basado en las jerarquías. Los hombres, al igual que las mujeres, han mantenido posiciones subalternas y padecieron formas de subordinación, de parte de sus padres, familiares, maestros. Desde esta posición, aprendieron a mirar y

¹¹ Llamamos “hábitos normativos sociales” a la conformación de un discurso moral basado en jerarquías asignadas por la naturaleza o por designios divinos, que norma la vida cotidiana de las personas y que se manifiesta en hábitos considerados correctos y que supuestamente están referidos a lo que se considera un comportamiento normal. Estos, no necesariamente se expresan en la conducta de los individuos, pues los hábitos pueden, con variable frecuencia, ser transgredidos, pero actúan como coacciones no sólo externas, es decir de parte de su entorno social, sino también como coacción interna, a la manera de una autointerpelación de lo bueno o malo de su accionar, y que generalmente no producen actitudes críticas ante tales normalizaciones, a pesar del dolor y el malestar que puedan experimentar los sujetos por su cumplimiento o su contravención. (Palomino, Ramos, Valverde y Vásquez, 2003)

registrar en su imaginario que la imposición de criterios, arbitrarios o no, es ejercida por los varones sobre las mujeres y los niños, aun en contra de su voluntad. Aprendieron a respetar, es decir, a no retar la posición del padre-controlador. Y a pesar de que estas imposiciones muchas veces fueron con violencia física y les produjeron un gran malestar, existía en el horizonte la promesa de que algún día serían hombres adultos y estaría abierta la posibilidad de ejercer ese poder (M. Ramírez, 2002), y de utilizar la violencia en el caso que los miembros de su familia, especialmente “su mujer”, pongan obstáculos a su posición de controlador y regulador de la dinámica familiar.

En los hogares donde cotidianamente fue espectador de violencia, percibió que a pesar del gran malestar y dolor que producía a su madre, ella aceptaba la violencia y todo volvía a la calma; y cómo ella estaba siempre dispuesta a hacer lo que le pidan, e incluso adelantarse a los requerimientos del padre para tenerlo contento. Cuando fuera adulto, actuaría bajo estos patrones, pues en su experiencia le resulta más fácil la posición del padre, pues siempre está la madre para responder y solventar las necesidades del hombre. El hombre aprende que tiene que encontrar una mujer que abandone sus propias necesidades para satisfacer las del padre-esposo, y que la violencia siempre será un recurso necesario cuando no logra lo esperado por otros medios (A. Ramírez, 2000).

En varias investigaciones se demuestra que cuando el hombre ha sido espectador de violencia del padre contra la madre cuando niño, y cuando él mismo ha sufrido maltratos, se incrementa la posibilidad que de adulto reproduzca esa dinámica. Pero también se presentan casos en que no ocurre así, como por ejemplo, hombres que por reacción desarrollan actitudes no violentas y hacen cuanto pueden para no parecerse a su padre violento. Esto nos indicaría que lo que realmente ocurre sería algo más complejo que la mera imitación de las acciones ajenas y, por cierto, que la sola influencia cultural.

Donald Dutton, prestigioso filósofo, psicólogo y psicoterapeuta de hombres agresores en Estados Unidos y Canadá, luego de muchos años de experiencia en el campo, llegó a la conclusión que los hombres que maltratan físicamente a su parejas de manera cíclica en el contexto de la intimidación, tenían características psicológicas que los distinguían de otros hombres que, a pesar de haber sido testigos y víctimas de violencia durante la infancia, no eran a su vez agresores. Estos hombres agresivos experimentaban profundas depresiones, celos delirantes y una ira desproporcionada. Indagando en sus historias de vida, encontró que ellos no sólo habían sido víctimas de maltratos en la niñez sino que estos castigos eran mayormente sin motivo, además eran humillados en público y rechazados. Este rechazo no sólo era del padre, sino que una madre intermitentemente agredida, resultaba incapaz de dar todo el afecto y el apego que el niño requería (Dutton, 1997).

Dutton analiza las consecuencias de cada una de estas experiencias en la estructura psíquica del individuo. En primer lugar, cuando se nos avergüenza, nuestra identidad se ve amenazada, mellando profundamente nuestra autoestima. En segundo lugar, castigar a un niño sin que él pueda determinar exactamente lo que ha hecho mal, provoca que considere que lo “malo” es él mismo, él es despreciable, indigno de ser amado en un sentido global. En cambio, los castigos que no son públicos ni caprichosos ni humillantes no parecen dejar huellas tan duraderas. El sentimiento de rechazo a su corta edad, como también lo señala Ramírez, les resultaba incomprensible y les provocaba dolor emocional. Este rechazo no sólo involucraba la negativa del padre a tener algún tipo de interacción física directa con el hijo sino también el desentenderse de la responsabilidad material,

educativa y afectiva de los niños (M. Ramírez, 2002). A la vez, cuando un niño no encuentra a su madre, trata de conseguir que vuelva a su lado llorando a gritos. La ira es la primera fase de la reacción de un niño a la separación. Es una ira que nace del miedo a la pérdida. Si no consigue que vuelva o sólo lo logra por periodos limitados caerá en la depresión y creará en él un duelo permanente (Dutton, 1997).

¿Cómo se trasladan estas características en el comportamiento dentro de las relaciones de pareja? Los hombres que han pasado vergüenza harán cualquier cosa para evitar que les vuelva a suceder. Ante la afrenta más leve reaccionan instantáneamente con una ira manifiesta o furor humillado. La humillación es la experiencia de quedar en una posición inferior. Entonces, ésta se convierte en ira cuando una persona siente que el modo de resolver el problema es poner cabeza abajo la estructura de su humillación. Es decir que, cuando una persona se encoleriza, pasa a ocupar una posición superior. En segundo lugar, los celos son el terror al abandono, el terror de perder a la madre, que, a su debido tiempo, se transforma en el terror de perder a la pareja. Entonces, ante cualquier miedo al abandono, ya no llora, sino rompe objetos o golpea. Pero aunque su conducta sea distinta, el objetivo es el mismo: recobrar el control sobre la separación por medio de la acción física. (Dutton, 1997).

Concluye este autor señalando que si bien la cultura machista es importante, ésta influye sólo después que se ha formado la personalidad, y no lo hace de modo parejo en los niños seguros e inseguros. La sociedad puede proporcionar actitudes negativas hacia las mujeres, sentido de superioridad frente a ellas y la aceptación de la violencia como medio de resolver conflictos. No obstante, los muchachos que tienen una identidad segura no asimilan automáticamente las influencias culturales: rechazan algunas por completo y eligen partes de otras. En el caso del golpeador cíclico, concluye que la violencia surge de la combinación de la humillación provocada por el padre, el apego ambivalente a la madre (que sólo por momentos está disponible) y la socialización vinculada a los roles sexuales. Así por ejemplo, se utiliza la ira para disimular el miedo y el rechazo que arrastramos por los hechos descritos desde la infancia, porque son muestras de poca virilidad dentro de la cultura machista. Entonces la ira externaliza el conflicto dirigiendo la atención hacia fuera; si culpamos a otra persona, en este caso de menor poder social, no necesitamos sentir vergüenza o culpa (Dutton, 1997).

Si bien los planteamientos de Dutton son un aporte que nos permite comprender la ligazón entre las historias personales y la violencia masculina, consideramos que aún se mantienen algunas interrogantes. Qué pasa con los hombres que reportan no haber sido castigados arbitrariamente, tampoco humillados ni abandonados por sus progenitores, pero que sí fueron testigos de maltratos a su madre de parte de su padre, y ahora ellos reproducen cíclicamente la violencia física contra sus parejas. O en otros casos en los que no fueron testigos directos del maltrato de su padre contra su madre, pero sí observaron este comportamiento en el contexto social próximo, y actualmente agreden a sus parejas. Lo que estaría demostrando esta experiencia tan diversa es que sigue siendo la cultura hegemónica machista y el sistema de dominación masculina en su conjunto, la condicionante más importante de las conductas violentas de los hombres. Muchos de los sentimientos de vergüenza, dolor y malestar durante la infancia señaladas por Dutton, han sido experimentados en mayor o menor medida por los hombres en general, aun sin un padre que los humille y sin una madre que los abandone, simple y llanamente como consecuencia de la manera en que han sido socializados, teniendo que dar pruebas permanentes de masculinidad y temiendo ser ridiculizados y desvalorizados

por el medio porque sus comportamientos no responden a lo que socialmente se espera de ellos como hombres. Como dice Kimmel, seguimos sintiendo vergüenza ante cualquier posibilidad que otros hombres nos desenmascaren y pongan al descubierto ante el mundo que no tenemos la capacidad de alcanzar los estándares de los verdaderos hombres (Kimmel, 1997), y en muchas ocasiones cubrimos la vergüenza con actos de violencia contra quienes sentimos el poder para hacerlo. Si además tenemos un padre arbitrario en sus castigos, que nos avergüenza en público y nos abandona, se agrava aun más el problema. Los hallazgos de Dutton nos darían pistas para entender cómo las condiciones específicas de cada trayectoria de vida crearían diferencias entre agresores, en los grados del control que ejercen sobre las mujeres, en la letalidad de sus maltratos físicos, en la frecuencia de la violencia, etc.

Para complejizar aun más el abanico de posibilidades, podemos encontrarnos con hombres que partieron de contextos familiares de mucha humillación y abandono cuando niños, pero que en la actualidad no ejercen violencia física ni sexual. Como el mismo Dutton señala, hay muchas otras experiencias que pueden romper la cadena de la violencia entre dos generaciones, por lo que nuestra investigación tuvo especial cuidado en indagar dentro de cada trayectoria de vida estos hitos. Así por ejemplo, muchos niños maltratados quizá no hayan tenido la necesidad o la oportunidad de ejercer violencia física de adultos pues las mujeres se comportan como ellos esperaron que lo hagan, o utilizan otras estrategias más sutiles de violencia para mantener su autoridad, aunque el maltrato físico siempre estaría latente, para cuando estas otras menos brutales no resulten en vistas al objetivo del control y el sometimiento. Otros pueden haber sufrido la influencia de lo que se llaman factores de protección, es decir, de acontecimientos favorables capaces de mitigar los efectos de las experiencias negativas tempranas. Como por ejemplo, oportunidades formativas distintas extra familiares, relación con personas e instituciones que les ayudaron a experimentar formas más democráticas de relación de pareja y vivieron sensaciones más gratificantes, etc. De otro lado, no haber sido testigos de violencia entre los padres, y haber estado inmersos en vínculos afectivos familiares positivos y en relaciones democráticas, condicionará indudablemente una tendencia a buscar reproducir estas formas en el futuro hogar aunque nada garantiza que el ejercicio de la violencia no se suceda cuando no se sepa resolver conflictos porque antes no se experimentaron y el medio presione hacia demostraciones de superioridad masculina.

Otras formas de violencia contra la mujer: los micromachismos o el machismo invisible

Nos preguntamos si es posible sustraerse a todo tipo de violencia, incluyendo la emocional, en el marco de estas estructuras de dominación masculina. Según Montoya, investigador nicaragüense, el hecho que algunos hombres sean “no violentos” no significa que sean no machistas, pues también las prácticas no violentas coexisten con las creencias masculinas tradicionales. Algunos comportamientos no violentos se basan en creencias machistas tales como que el golpear a la mujer es antimasculino porque las mujeres son “seres débiles” (Montoya, 1998). En estos casos, dada la relación jerárquica y autoritaria que establecen con sus parejas, la violencia está siempre latente. Olavarría dice que los hombres que no han sido violentos, “tienen la posibilidad de serlo, son poseedores del recurso” (Olavarría, 2001).

Garda señala de manera sugerente que la violencia es la parte más desagradable de la hegemonía masculina, y que dado el proceso reflexivo al cual tienen acceso un mayor número de mujeres, ellas concluyen que es mejor dejar a estos hombres que continuar con ellos. Así, la violencia, siendo la forma más torpe de sometimiento a las mujeres, pone en riesgo todo el sistema de dominación. Los privilegios de los que disfrutaban los hombres pueden obtenerse por medios no violentos, porque la violencia de los hombres es parte de la dominación masculina, pero la dominación masculina no es sólo violencia de los hombres (R. Garda, Ined.).

Otro esfuerzo que hemos hecho en esta investigación, fue también el de indagar en las historias personales de quienes aparentemente no maltratan y descubrir si existen formas más sutiles de dominación, a algunas de las cuales Bonino (1995) ha denominado "micromachismos", es decir prácticas de dominación masculina en la vida cotidiana del orden de lo "micro", de lo casi imperceptible, lo que está en los límites de la evidencia. Algunos micromachismos son conscientes y otros se realizan con la "perfecta inocencia" de lo inconsciente. Esto es lo que en otras palabras Bourdieu llamó la violencia simbólica; es decir, donde la dominación ha sido tan internalizada que no representa conflicto alguno para quien la ejerce y es aceptada como natural por las mujeres (Bourdieu, 2000).

Entre los muchos ejemplos de micromachismos señalados por Bonino están: Los que aprovechan la dependencia afectiva y el pensamiento "confiado" de la mujer para chantajearlas emocionalmente, provocando sentimientos de confusión y culpa. Los requerimientos abusivos solapados que apelan a roles femeninos tradicionales como lo que significa ser "una buena madre", o "una buena esposa", para desanimarla en intentos de desarrollo personal o aumentar las atenciones hacia él. Los que controlan todos sus movimientos con el pretexto que las quieren y desean protegerlas. Los que desvalorizan sistemáticamente las opiniones de las mujeres haciéndolas sentir que nunca tienen la razón, impactando desfavorablemente en la autoestima y la autocrédibilidad. Los que usan la fama de violentos, para mediante gestos, posturas corporales, aumento de voz, advertirles que algo podía pasarles si no se someten a sus designios, etc. (Bonino, 1995). Según Castañeda, el machismo está tan profundamente arraigado en las costumbres y el discurso que se ha vuelto casi invisible cuando no despliega sus formas más flagrantes, como el maltrato físico o el abuso verbal (Castañeda, 2002).

Muchas de estas formas sutiles de poder y control están tan naturalizadas que son utilizadas por la mayoría de hombres, aun por los que consideran que sus relaciones de pareja son democráticas o se esfuerzan honestamente por serlo. Pero también las utilizan cotidianamente los hombres que ejercen violencia física. Una buena parte de ellos inicia su labor de demolición psicológica con algunas de estas prácticas y luego que éstas no logran su cometido recurren a la violencia física como última instancia. Por último, en los actuales momentos, en el que se experimenta un aumento del poder personal de las mujeres, por su mayor nivel educativo, por su irrupción masiva en el mercado laboral, por su mayor posibilidad de movimientos y menor sujeción a las actividades de crianza con el significativo descenso de la fecundidad, un buen número de varones recurre a maniobras sutiles de poder para restablecer el status quo. Bonino las ha denominado micromachismos de "crisis", entre las cuales se cuentan las amenazas de abandono, comportamientos auto lesivos que apelan a la predisposición femenina a la compasión, al cuidado, etc. (Bonino, 1995).

Violencia y crisis del sistema de géneros – Crisis de la masculinidad

A partir de los años ochenta, en América Latina se iniciaron una serie de cambios estructurales en los ámbitos sociopolítico, económico y del desarrollo científico, específicamente en el campo de la salud, que han tenido importantes repercusiones en el desarrollo personal de las mujeres, y que han aminorado las desventajas en relación a los hombres. Este proceso ha alcanzado incluso a los sectores populares y se caracteriza por un encadenamiento entre cada uno de sus componentes, los cuales se retroalimentan mutuamente.

Así, las corrientes internacionales en pro de los derechos humanos y de los movimientos feministas confluyeron en poner en la agenda de los gobiernos y de las agencias internacionales, acciones que propendían a la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres, al acceso equitativo a la educación de estas últimas, a la salud, al derecho a decidir sobre sus cuerpos, específicamente en lo que se refiere a la reproducción y la sexualidad. Coincidieron, con intereses distintos por cierto, con el esfuerzo de algunos países desarrollados de alentar políticas de disminución de la fecundidad, y que a la vez promovieron el “boom” de los métodos anticonceptivos. En los espacios nacionales el incremento en la educación de las mujeres, su mejor acceso a los medios de comunicación que mostraban modelos de familias pequeñas, unido al empeoramiento de la situación económica que hacía cada vez más difícil la manutención de una prole numerosa, crearon las condiciones para la aceptación y el uso de métodos anticonceptivos modernos. Esto ha producido que en la actualidad, en las principales ciudades, la disminución de la fecundidad se acerque al nivel de reemplazo¹². A su vez, se crean las condiciones para que un masivo número de mujeres, incluidas las de sectores pobres, que ya no estaban atadas a la crianza ininterrumpida por décadas, irrumpiera masivamente en el mercado de trabajo. La mayoría de ellas se sintieron obligadas a buscar nuevas fuentes de recursos por la crisis económica que se inaugura en esa época – con el agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y las políticas económicas de ajuste estructural – que había reducido drásticamente la capacidad adquisitiva de los ingresos masculinos, o había lanzado a la calle a sus maridos como desocupados, o simplemente les ofrecía trabajos esporádicos.

¿Qué efectos han tenido estos cambios estructurales en las subjetividades masculinas? Varios de los espacios públicos considerados netamente masculinos – que constituían fuentes importantes de poder como el laboral que además le imprimía el sello indiscutible de proveedor a la identidad masculina – eran invadidos por las mujeres. Ahora resultaba que no sólo dejaban de ser los únicos proveedores sino que muchos habían perdido tal condición y este rol era asumido por las mujeres. De la misma forma, con la caída de la fecundidad se liberaba a la mujer, por lo menos en parte, de la atadura de los hijos y de su anclaje en el espacio doméstico, lo que constituía el derrumbe paulatino de una de las formas de control de los movimientos femeninos por parte de los hombres. Ciertamente, en la mayoría de veces ha significado para la mujer una doble jornada de trabajo, ya que no se ha podido liberar de las tareas domésticas a pesar que trabaja fuera del hogar y no recibe apoyo en estos menesteres por parte del hombre. Sin embargo, al tener un

¹² Se habla de nivel de reemplazo cuando la Tasa Neta de Reproducción, es decir el número de hijas que una mujer espera dejar en promedio durante su vida fértil, es igual a 1.

menor número de hijos, las cargas domésticas son menores, lo que le permite salir al mercado laboral, y esto significa una mayor libertad de movimientos, además de lograr una relativa autonomía económica.

Si a esto unimos el hecho que los métodos anticonceptivos modernos quitan de las manos y de la voluntad de los hombres la regulación de la fecundidad (los métodos tradicionales del ritmo, coito interruptus, e incluso el condón, dependían fundamentalmente de la voluntad masculina), se traza un escenario de inseguridad para algunos hombres porque sienten que la sexualidad de las mujeres se escapa de su control, ya que aducen que podrían relacionarse sexualmente con otros hombres sin mayor temor, pues no habría el peligro de salir embarazadas¹³. Otro hecho cambiante en las últimas décadas ha sido el aumento de los niveles educativos de las mujeres, haciéndolas potencialmente capaces de asumir cargos y posiciones en los espacios públicos a los que antes sólo podían acceder los hombres.

Ya no les van quedando a los hombres elementos tangibles que confirmen su superioridad sobre las mujeres. Esta situación provoca a un buen número de hombres un conflicto que los hace sentir socialmente devaluados. Al momento en que las mujeres conquistan el espacio público, hay hombres que advierten que su status quo se ve amenazado por sujetos a los que, en su interior, siguen considerando inferiores. Su reacción inmediata e inconsciente es demostrar su superioridad a través de la violencia, de facto o simbólica (Montesinos, 2002). En una investigación realizada por B. García y O. De Oliveira, encontraron que los contextos familiares de mayor violencia física eran aquellos en los que la mujer se hacía responsable de la manutención del hogar, estando presente el marido. Estas investigadoras interpretan que, al sentirse fracasados en su papel de proveedores, los maridos reafirman su autoridad utilizando la violencia como último recurso (García y De Oliveira. 1994). Hay que tener en cuenta que los hombres siguen considerando como una característica fundamental que los realiza como hombres adultos y plenos su capacidad de garantizar materialmente la reproducción de la familia y se sienten frustrados porque la sociedad, que sigue alimentando culturalmente esa normatividad social, no les brinda oportunidades para el cumplimiento de ese rol.

Muchos de estos procesos arriba mencionados están alimentando un cambio cultural hacia la igualdad de oportunidades y derechos entre hombres y mujeres, y hacia el reconocimiento de la igualdad de capacidades intelectuales y de eficiencia productiva. Pero, por otra parte, se vive un retraso para negar la superioridad masculina en el consciente o inconsciente de muchos hombres. Esto provoca, según Rafael Montesinos, la interiorización de un proceso conflictivo que, más que aprovechar los beneficios de relaciones genéricas menos oprimidas por los valores patriarcales, sume a los miembros del género masculino en una situación nada cómoda. Muchos hombres no saben cómo superar los restos de una cultura tradicional que todavía los influye en su forma de percibir el rol que han de desempeñar en su relación con el otro género (Montesinos, 2002). Sin embargo, hay que anotar al mismo tiempo, que existe en nuestros países un número creciente de hombres, aunque no representan la mayoría, que han asimilado los cambios señalados como una oportunidad para desarrollar relaciones más equitativas con sus parejas y el ejercicio de sus paternidades, no sólo en sus roles de proveedores, sino

¹³ En dos investigaciones que realizamos anteriormente, una en tres ciudades del Perú (Ramos et al., ined.), y la otra a lo largo de diversas áreas rurales (Ramos, 2003), encontramos cómo los varones participantes en ambos estudios relacionan la utilización de métodos anticonceptivos modernos con su temor a la infidelidad femenina

logrando estrechamientos afectivos con sus hijos a través de involucrarse cotidianamente en la crianza, percibiendo con ello muchas satisfacciones y crecimiento en su madurez como seres humanos.

En general, los cambios estructurales experimentados en las últimas décadas han puesto en crisis no sólo a la masculinidad hegemónica, sino a las formas en que se estructuró la vida de hombres y mujeres durante gran parte del siglo XX. Olavarría plantea que se trata de una crisis de las relaciones de género, que en el caso de los varones se estaría manifestando como crisis de la masculinidad (Olavarría, 2004).

La violencia y el malestar de la masculinidad

El sistema patriarcal indudablemente nos da poder y nos otorga privilegios a los hombres. Pero, junto con ello, un sentimiento de malestar recorre todas las etapas de las trayectorias de vida masculinas. Según M. Kaufman, el poder de los varones está viciado ya que la manera como se ha armado ese mundo de poder, causa dolor, aislamiento y alienación tanto a las mujeres como a los hombres. Con esto no se quiere equiparar la situación de los hombres a la de las mujeres, sino sólo decir que esas relaciones de poder también tienen un alto costo para los mismos hombres (M. Kaufman, 1997).

Hay que entender que el poder que se asocia a la identidad masculina, es un poder social otorgado simbólicamente a los hombres, el cual nos es impuesto desde el momento mismo del nacimiento y que para ejercerlo nos exigen cumplir con una serie de características, muchas de las cuales incluso van contra las naturalezas individuales y, por tanto, resultan coercitivas para los mismos hombres.

Desde la infancia, muchos varones experimentamos la imposición de formas de comportamiento socialmente señaladas como masculinas, so pena de castigos físicos y humillaciones que nos causaron un gran malestar. Algunos también fuimos víctimas de maltratos físicos como forma de imponer criterios y aceptación de la autoridad paterna y materna, los que produjeron en nosotros dolor y resentimiento, sobre todo los que recibimos sin comprender el por qué de los mismos. Durante la adolescencia la mayoría de los hombres respondimos al malestar de reprimir toda manifestación de sentimientos y comportamientos considerados socialmente como femeninos, reforzando exageradamente las características de la masculinidad hegemónica, donde el ejercicio de la violencia era aplaudida entre los pares. En esta etapa, se acrecentó el temor de ser avergonzados o humillados delante de otros hombres o de ser dominados por hombres más fuertes. Era también la etapa cuando con mayor fuerza sentimos el terror de ser desenmascarados por otros hombres por no cumplir con los estándares de los verdaderos hombres y estuvimos muy pendientes de la aprobación de los pares, porque de ellos dependía la afirmación de nuestra masculinidad.

Durante la adultez, el ejercicio de autoridad nos otorgó el disfrute de privilegios, pero el malestar se volvió frecuente por los actos que cometían quienes estaban supuestamente bajo nuestras órdenes y que interpretamos que ponían en cuestión nuestra posición de poder. La violencia entonces fue utilizada para reestablecer el orden supuestamente quebrantado y esto nos otorgaba una sensación de poder y de desfogue de la ira creciente. Pero inmediatamente estos sentimientos se mezclaban con el miedo al rechazo y al abandono femenino, con la culpa por el daño causado; hubo arrepentimiento

y sentimos frustración porque una vez más se rompía la posibilidad de establecer relaciones de afecto. Entonces ocurrieron sentimientos ambivalentes y conflictivos de poder y dolor.

A la par del disfrute de privilegios que otorga el poder, el costo que los hombres sentimos cuando ejercemos violencia contra nuestras parejas es muy alto, pues lejos de resolver los problemas interpersonales, tienden a cerrar los canales de comunicación entre las personas y toda posibilidad de negociación. Cuando nuestra esposa, hijo o hija dejan de hablar con nosotros por temor a ser agredidos, se rompen los vínculos afectivos y de confianza, y sentimos aún más el malestar de la soledad.

El mayor margen de movimientos en espacios diversos que actualmente tienen las mujeres, crea a muchos hombres inseguridad, y el temor a ser engañados por otros hombres, constituye uno de los sufrimientos más recurrentes. Los celos se presentan como uno de los componentes de mayor frecuencia en el padecer masculino. Imaginar la infidelidad de la esposa aterra porque significaría perder el valor como hombres. Por un lado, ser desplazado por un hombre más viril que uno y perder el control de la mujer; por otro, ser pasto del escarnio, de la humillación y la vergüenza de los demás que nos verán como un “menos hombre”.

Otro de los mandatos sociales que está causando mucho malestar a nosotros los hombres es el de ser proveedor económico, el cual está duramente inscrito en el imaginario masculino. El “mantenido” no es bien visto y su imagen se desvaloriza porque es considerado como un hombre incompleto, incapaz de asegurar el bienestar material de los suyos. Como hemos observado en una investigación anterior¹⁴, el desempleo y el subempleo tiene repercusiones muy negativas, no sólo en la salud mental de los hombres, sino también en otras dimensiones de su vida como, por ejemplo, en la vivencia de su sexualidad, expresada en una serie de disfunciones sexuales que a la vez, como en un círculo vicioso, los hunde en una mayor depresión. Las consecuencias pueden ser aún más graves, como lo señalado por algunos estudios que relacionan incremento de suicidios masculinos con el deterioro de las condiciones que permiten el acceso al mercado de trabajo. Estos estudios muestran cómo, por un lado, de cada cuatro suicidios tres son masculinos, por otro, que por lo menos en una parte de éstos, la causa más frecuente podría estar relacionada al hecho de sentir que habrían fracasado como proveedores.¹⁵

Algunos programas de intervención con varones que ejercen violencia contra sus parejas en América Latina y en especial en el Perú¹⁶, nos muestran que quienes llegan de manera voluntaria y creciente a los talleres, son hombres con un inmenso dolor a cuestas, sin otro modelo de ser varón que el que aprendieron desde la infancia, y desesperados porque están a punto de ser abandonados por sus parejas, hijos e hijas, o ya lo fueron. Ellos narran, entre otras cosas, que el ejercicio de la violencia era un recurso desesperado para

¹⁴ RAMOS, Miguel. 2003. “Salud mental y violencia estructural en varones de sectores urbanos pobres” En: Cáceres, Cueto, Ramos, Vallenás (Coordinadores). La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima, Perú. Pags. 309 – 318.

¹⁵ Al respecto ver De Keijzer, 2003 y Hernández, 1989. También podemos encontrar referencias a la relación entre suicidio masculino y desempleo en el célebre trabajo de Durkheim “El Suicidio”.

¹⁶ Nos referimos al Programa de Hombres que Renuncian a su Violencia, que es ejecutado por la Universidad Peruana Cayetano Heredia, con la colaboración del Colectivo de Hombres por Relaciones Iguitarias A.C. – CORIAC, de la Ciudad de México.

retener a sus parejas por el temor de ser abandonados o engañados (que en la mayoría de los casos resultaban situaciones ficticias), y cómo, esos mismos actos, empujaban inexorablemente a profecías auto cumplidas.

De acuerdo a otra investigación que realizamos recientemente (Palomino, Ramos, Valverde y Vásquez, 2003), aún la mayor parte del malestar masculino es producido por la distancia entre sus realidades y los estándares exigidos para ser considerados como “verdaderos” varones. El estereotipo de la masculinidad hegemónica, que pocos pueden alcanzar, sigue siendo un modelo al que aspira alcanzar la mayor parte de los varones, porque continúa siendo valorada socialmente. La distancia que nos separa del modelo pretende ser llenada con violencia contra los y las demás, pero también contra nosotros mismos. Para que se avizoren cambios reales en los hombres, deberemos sentir que con el modelo de masculinidad hegemónica también nosotros los hombres estamos perdiendo. En esta investigación también exploraremos las interpretaciones que hacen los hombres que se esfuerzan por desarrollar relaciones equitativas con sus parejas respecto a las ventajas que disfrutaban, en comparación a relaciones de poder y privilegios anteriores o que experimentaron en sus respectivas casas paternas.

Aspectos metodológicos

La presente investigación tiene por objetivo una aproximación exploratoria, descriptivo-analítica, a los discursos de los varones respecto a sus experiencias cercanas o lejanas en el ejercicio de la violencia contra la mujer. Buscamos comprender en primer lugar, la manera en que los varones atribuyen sentido y significados a sus relaciones de pareja, a los juegos de poder, autoridad, sumisión y a las estrategias de adecuación y resistencia en la relación entre los géneros; y en segundo lugar, queremos entender los significados y la lógica que subyace en el ejercicio de la violencia contra la mujer. También nos interesa conocer los significados que le dan a sus relaciones de pareja, los varones que básicamente no recurren a la violencia para resolver los conflictos y la manera en que interpretan sus actos de equidad y democráticos, en un contexto de estructuras sociales jerárquicas y autoritarias y de una cultura machista. En tanto nuestro propósito es explorar el mundo subjetivo de los individuos, la utilización de los métodos cualitativos resulta lo más adecuado.

La técnica cualitativa que se ajusta mejor a la necesidad de explorar las experiencias individuales es la entrevista en profundidad. Esta técnica nos permitirá generar información sobre la relación existente entre los significados y las prácticas de los actores en torno a estos temas.

Para abordar la complejidad de la violencia masculina, se hace necesario hacer un seguimiento retrospectivo de la vida de los sujetos. Para ello, el estudio incluyó las diversas etapas anteriores a la vida conyugal: las vivencias infantiles en la familia de origen, en donde los varones presenciaron la relación violenta o no del padre contra la madre, donde también padecieron o no la violencia que ejerció contra ellos cada uno de sus padres u otros familiares; la experimentada en el ámbito extradoméstico, y la de la etapa de noviazgo. Vista de esta manera, como señala Martha Ramírez (2002), la violencia conyugal aparece como una parte más de la problemática, por lo que el abordaje de diferentes momentos de la vida de los hombres permitió trazar una trayectoria social que se gesta desde la más temprana socialización y que se va construyendo de manera compleja, ambivalente y conflictiva.

Los relatos que nos permitieron reconstruir las vidas de los individuos articulan la realidad de una vida personal dentro de un contexto social determinado. La experiencia subjetiva de un individuo a lo largo de su vida es el producto de un tiempo histórico, en el que se crean determinadas normas y valores sociales, esencialmente compartidos con la comunidad de la que forma parte el sujeto. Los relatos de vida nos permiten una lectura vertical en la que se da cuenta del proceso de construcción y reconstrucción de los discursos de los sujetos, a través de diferentes momentos de su ciclo de vida. (Palomino, Ramos, Valverde y Vásquez, 2003). A la vez, hicimos una lectura horizontal, para posibilitar la búsqueda de significados compartidos en todos los relatos, pero también para ubicar interpretaciones y significados singulares de los propios actos.

Población y muestra de estudio

Los dos lugares donde se desarrolló el estudio fueron: el distrito popular de Villa El Salvador en la ciudad de Lima y en la zona noreste del distrito de Cusco y los distritos de San Jerónimo y Santiago, en Cusco, todas zonas constituidas por un importante número de asentamientos humanos populares con una alta proporción de población pobre. La población de estudio está compuesta por varones de 25 a 49 años que viven en zonas urbano populares y que se ubican en los estratos socioeconómicos de pobreza y extrema pobreza.

Se consideró trabajar en estas dos ciudades principalmente porque esta investigación fue motivada por los alarmantes resultados de prevalencia de violencia física y sexual encontrados en un estudio reciente que ejecutamos en estas mismas ciudades¹⁷. Nuestro objetivo fue seguir algunas de las pistas que nos dejaba el estudio cuantitativo, pero a diferencia de éste cuyos informantes fueron las mujeres, en esta oportunidad exploraríamos el mundo subjetivo de los hombres.

Se trabajó con varones mayores de 25 años, porque a partir de esta edad considerábamos que era más factible encontrar a hombres con cierta trayectoria de convivencia conyugal. El límite superior de este rango de edad fue fijado porque en el estudio en mención la prevalencia de la violencia contra la mujer a partir de los 50 años es comparativamente más baja¹⁸ y suponíamos que los eventos violentos, si se dieron, correspondían a etapas bastante anteriores, cuyo recuerdo podría estar mermado por el tiempo, y aún más si nuestra intención era ingresar al mundo subjetivo de los sentimientos y emociones.

Elegimos a la población en situación de pobreza y extrema pobreza, a pesar que la violencia física y sexual atraviesa a todos los estratos socioeconómicos, porque las precarias condiciones de vida, entre las que destaca el desempleo y subempleo masculino, y la falta de alternativas institucionales de apoyo y protección para las mujeres de estos estratos, constituían ingredientes distintos que provocaban una mayor vulnerabilidad para estas poblaciones.

En nuestro diseño de investigación la meta fue entrevistar a un máximo de diez varones en cada ciudad, cinco de ellos con problemas de violencia física y/o sexual, y cinco varones que no recurrían a la violencia contra la pareja y que mantenían buenas relaciones conyugales.

Cuando diseñaba la estrategia de captación de informantes, alguien me sugirió que fuera a los puestos policiales para contactar con agresores, pues de lo contrario sería difícil ubicarlos. Aduje que no sería necesario, puesto que en el estudio en mención, la prevalencia de vida de la violencia física o sexual por parte de la pareja alcanzaba el 51% en Lima y el 69 % en Cusco, por tanto esperaba que de cualquier selección al azar, por lo menos el 50% tuviera experiencias de ambos tipos de violencia. Los únicos criterios de inclusión que proporcioné a las personas que nos ayudaban a establecer los contactos en las zonas populares fueron: que pertenecieran al rango de edad mencionado, que

¹⁷ Guezmes, Palomino y Ramos, 2002.

¹⁸ Al respecto ver: Ramos, 2004.

tuvieran experiencia de convivencia conyugal actual o pasada, y que no participaran en organizaciones de lucha contra la violencia.

En Lima, cuando había completado los primeras seis relatos de vida no tenía un solo caso de hombres que no ejercieran violencia física o sexual. Tuve que solicitar a las personas que me apoyaban en el campo que a partir de entonces fueran más selectivos, indagando entre vecinos y familiares cercanos sobre los antecedentes de violencia que hubiera trascendido en las relaciones conyugales y sobre las buenas relaciones de pareja que el entorno percibía para los posibles candidatos a participar en el estudio. De esta forma pudimos ubicar a un grupo de hombres que se esforzaban por mantener relaciones equitativas y democráticas con sus parejas y que no utilizaban la violencia para resolver conflictos a su favor. Sin embargo, hubo algunos que aparentemente cumplían con estas condiciones, pero que anteriormente habían violentado físicamente y ahora utilizaban otras formas de violencia como la emocional. Por sus concepciones machistas fuertemente arraigadas, era muy probable que la violencia física resurgiera en cualquier momento. De esta manera llegamos a completar 13 relatos: siete con casos de violencia física y o sexual, cuatro sin violencia contra la pareja y dos sin violencia actual pero con el peligro latente de su resurgimiento.

En la ciudad de Cusco inicié la captación de informantes de la misma manera que en Lima, pero alertado por la experiencia anterior, luego de los cinco primeros relatos – donde todos, por cierto, presentaban una secuencia de actos violencia física y/o sexual contra la pareja – me detuve. Al igual que en Lima, afiné los criterios de selección y usé los mismos recursos para captar a hombres que no maltrataran físicamente a sus parejas y que a la vez tuvieran relaciones democráticas con ellas. No obstante, fui acumulando casos de hombres que al inicio de su relación habían utilizado la violencia física y/o sexual, y que posteriormente chantajeaban a sus parejas con la posibilidad de volver a utilizarla. Ellos combinaban una serie de actos de violencia emocional con tal contundencia que las respuestas de resistencia eran muy débiles, y de esta manera lograban el mismo propósito de la violencia física o sexual, que es la del ejercicio del poder, pero con mucha mayor efectividad. Al no cumplir con el propósito de conseguir algún hombre que estableciera relaciones de equidad con su pareja, decidí no hacer más de trece entrevistas, cantidad similar a las efectuadas en Lima. Sin embargo, esta última resultó un caso singular en todo sentido, pues se trataba de un hombre que tenía el propósito de mantener relaciones democráticas y libres de violencia, pero que era constantemente violentado emocionalmente por su pareja. Los 13 relatos quedaron entonces repartidos de esta manera: cinco casos con violencia física y/o sexual, seis casos de violencia física al inicio de la relación y luego violencia emocional, un caso de sólo violencia emocional, y uno donde no se encontró actos de violencia alguna contra la pareja. Debo aclarar que en todos los casos en los que se ejerce violencia física y/o sexual, también se utiliza la violencia emocional

En un principio mi propósito fue indagar sobre la existencia o no de actos de violencia emocional – mucho de ellos imperceptibles e incluso inconscientes – de los hombres que no ejercían violencia física o sexual y que intentaban desarrollar relaciones equitativas con su pareja, o que eran combinadas con el maltrato físico para quienes ejercían este tipo de violencia. Sin embargo, la presencia de este grupo de hombres, con ideas machistas fuertemente arraigadas, que no necesitaban el uso de la violencia física para conseguir el mismo objetivo de someter a sus parejas, y quienes mantenían un poder casi absoluto y muy poco cuestionado, llamó fuertemente mi atención, porque el análisis de

sus trayectorias de vida contribuía de manera importante al entendimiento de la lógica de la violencia de género.

Al analizar cada uno de los casos, me pude dar cuenta que en varios de los relatos no existían elementos nuevos que contribuyeran a la diversidad de experiencias en torno al ejercicio o no de la violencia en sus diversas manifestaciones. Así que decidí incorporar al análisis solamente aquellos que aportaran datos nuevos, quedando de esta forma 16 casos, 7 de Lima y 9 de Cusco:

Hombres cuyos relatos de vida fueron incorporados al análisis

Nombre	Edad	Tipos de violencia que ejercen actualmente contra sus parejas	Ciudad
Lucas	32	Física	Lima
Ricardo	31	Física y sexual	Lima
Manuel	36	Física	Lima
Mateo	42	Física y sexual	Cusco
José	29	Física	Cusco
Francisco	38	Emocional	Cusco
Lucho	43	Emocional	Cusco
Leonardo	39	Emocional	Cusco
Carlos	30	Emocional	Cusco
Palito	33	Emocional	Cusco
Percy	41	Emocional	Cusco
Poeta	48	Sin ejercicio de violencia	Lima
Santos	29	Sin ejercicio de violencia	Lima
Chino	37	Sin ejercicio de violencia	Lima
Noel	32	Sin ejercicio de violencia	Lima
Roberto	36	Sin ejercicio de violencia	Cusco

¿Quiénes son los varones participantes en el estudio?

Las edades de los participantes en este estudio oscilan entre los 29 y 48 años. A excepción de uno, la totalidad tiene por lo menos algún año de estudios secundarios, y seis tienen estudios superiores, destacando entre ellos dos profesores. A diferencia de estos dos últimos que tienen un trabajo estable, aunque muy mal remunerado que los hace ubicarse entre la población pobre, la mayoría de estos hombres trabaja en diversos oficios de manera eventual, con periodos largos en los que no consiguen trabajo. Incluso hay tres participantes que tienen su propio negocio, pero que al tener clientes de manera esporádica, se mantienen permanentemente en una situación económicamente precaria. Tanto en lo que respecta a las características educativas, como en lo que atañe al subempleo, la situación es muy parecida entre ambos ámbitos del estudio.

En el caso de sus parejas, éstas han cursado por lo menos algún año de educación secundaria, seis de ellas tienen algún año de estudios superiores, dentro de las cuales hay una profesora. Sus características educativas son muy similares a las de los

hombres en ambos lugares. Sólo una de estas mujeres se dedica exclusivamente a las labores domésticas, el resto tiene ingresos económicos por actividades diversas, dentro de las cuales se destaca el comercio realizado preferentemente mediante una tiendita en la misma casa, o también desarrollan actividades artesanales en su misma vivienda. En este aspecto tampoco hay diferencias entre Lima y Cusco.

Todos los participantes tienen dos hijos como promedio en Lima y tres hijos en Cusco. Sólo en los tres casos de Lima donde hay ejercicio de violencia física, los hombres han tenido más de una conviviente. En todos los demás, sólo ha habido una experiencia de convivencia. En cuatro casos comparten la vivienda con otros familiares, y en el resto viven solamente con sus hijos.

Aspectos éticos

Se aseguró que el consentimiento informado implique una participación voluntaria en el estudio, sin coerción de ningún tipo, con la posibilidad de los entrevistados de retirarse en el momento que lo desean e informarlos debidamente sobre los objetivos del estudio y su participación en el mismo.

La confidencialidad durante y después de la realización de los relatos de vida implicó que la información recogida no altere el derecho al anonimato de estas personas, ni defraude la confianza otorgada para su participación en el estudio. Para ello se tuvo cuidado que los relatos fueran realizados en privado y además se desarrollaron mecanismos de seguridad sobre las grabaciones y transcripciones, y todo aquello que permitiera la identificación de las y los participantes del estudio. Por ejemplo, desde el principio se pidió a cada participante que escogiera un seudónimo diferente a su nombre real y se alteraron algunos datos sociodemográficos de los entrevistado/as que podrían identificar a los sujetos, para protegerlos de posibles efectos que sus declaraciones podrían tener en su entorno.

Las zonas de estudio

Villa El Salvador - Ciudad de Lima

El 28 de abril de 1971 se inició una de las más grandes invasiones de terrenos en la zona sur de la ciudad de Lima, tomando los pobladores sin techo algunos terrenos eriazos en un lugar denominado Pamplona y otros de propiedad privada en las zonas residenciales de Monterrico y San Borja, alcanzando en pocos días una magnitud incontrolable de más de siete mil familias. El cerco policial y las actividades represivas fracasaron ante la decisión de los pobladores, y después de tensas negociaciones con las autoridades, se aceptó su traslado a las zonas desérticas de Lurín, a 8 kilómetros más hacia el sur de este lugar. El 12 de mayo de 1971 comenzó a poblarse el nuevo asentamiento con miles de chozas precarias construidas de esteras. Los pobladores sin agua, sin luz, sin medios de transportes, rápidamente se organizaron con el apoyo del gobierno, formando la Comunidad Autogestionaria de Villa El Salvador - CUAVES. Esta organización, junto con los técnicos gubernamentales participaron en el diseño urbano y en la conducción de la población que participó activamente en la realización de obras comunales de apertura de calles, adaptación del terreno, construcción de centros educativos, y unos años más tarde

en los trabajos de electrificación y agua potable (CUAVES, 1984). Actualmente, Villa El Salvador alberga a unas 350 mil personas. A pesar de ser uno de los más grandes bolsones de pobreza de la gran Lima, es también uno de los asentamientos populares que gracias a la iniciativa organizativa y decisión participativa de sus pobladores ha conseguido en menos años que otros asentamientos populares similares, un alto grado de consolidación urbana. En la actualidad la mayoría de las viviendas cuenta con electricidad, agua potable y desagüe

Cuenta con una Federación de Mujeres muy activa por la defensa de los derechos ciudadanos de las mujeres. Motivados por la dinámica emprendedora de esta población en un contexto de pobreza, es que diversas ONGs tienen presencia mediante proyectos de desarrollo con participación de la comunidad.

En la actualidad hay 2 hospitales del Ministerio de Salud y uno del Seguro Social, cada uno de los cuales cuenta con servicio de salud mental y atención a víctimas de violencia familiar, y varios centros de salud, además de puestos policiales, uno de los cuales es una comisaría de mujeres especializada en acoger denuncias de violencia contra la mujer. Igualmente existe una Red Distrital de Prevención y Atención del Maltrato Infantil y Violencia Familiar, conformada por instituciones de base (comedores populares, defensorías escolares), ONGs (TIPACON, Quipus, Médicos sin Fronteras, el Centro de Psicoterapia Psicoanalítica de Lima), la Parroquia (con un Centro Parroquial de Salud Mental), entidades estatales (el Centro de Emergencia Mujer del Ministerio de la Mujer, el Instituto Nacional de Bienestar Infantil y Familiar, la Comisaría de Mujeres, la Fiscalía y Juzgado mixto para procesos civiles y penales, el Ministerio de Salud) y Municipio de Villa El Salvador (con la Defensoría Municipal del Niño y el Adolescente). Esta Red tiene por objetivo realizar actividades de prevención de la violencia familiar y han organizado varios talleres de capacitación y actividades de sensibilización. Sin embargo, todos estos servicios siguen siendo insuficientes para la inmensa población que actualmente alberga este asentamiento, que para el año 2000 se estimó en 355,055 habitantes (INEI-PROMUDEH- FNUAP, 1998).

Los lugares de residencia de los entrevistados en la ciudad de Cusco

Uno de los lugares de residencia de una parte de los entrevistados es el distrito de Santiago, el cual se encuentra localizado al centro de la ciudad de Cusco. En 1950 inicia un proceso de poblamiento continuo y de desarrollo urbano, a raíz del terremoto de ese año. A partir de entonces, en un proceso continuo hasta 1967, se desarrollan una serie de invasiones de terrenos por parte de habitantes pobres y sin casa. Actualmente, Santiago es el segundo distrito de mayor concentración poblacional de la ciudad, estimándose que para el año 2000 contaba con 75,636 habitantes (INEI- PROMUDEH- FNUAP, 1998).

En el distrito predominan las actividades terciarias de comercio y servicios, que en conjunto absorben a más del 50% de la PEA, con una alta proporción en el sector informal. Las actividades industriales son las segundas en importancia, a pesar de su desarrollo incipiente, ya que está conformada principalmente por pequeñas unidades empresariales de tipo artesanal, las cuales están centradas básicamente en las ramas de madera y muebles, metal mecánica y construcción. También en este rubro destacan los tejidos de punto, la cerámica, joyería, trabajos en pieles, cuero y piedra.

Las condiciones de vivienda de la población de las zonas urbano populares del distrito es crítica, ya que un buen porcentaje de casos se encuentra en estado de precariedad (autoconstrucción en zonas de riesgo), tugurización e insuficiente dotación de servicios de agua, desagüe, electricidad, transportes, limpieza pública y seguridad. El recojo de basura se hace sólo en el casco urbano central y en las urbanizaciones residenciales, mientras que en los barrios urbano populares carecen de este servicio a pesar de que pagan mensualmente por el mismo (Porcel et al. 1992).

Cuentan con una comisaría de la mujer, donde se especializan en acoger denuncias de violencia contra la mujer. Dentro de la jurisdicción distrital se ubica el Hospital Lorena, con servicios de salud mental y atención a la violencia familiar. Además hay 6 puestos de salud y un centro de salud, pero que no cuentan con atención especializada en salud mental y para casos de violencia familiar.

El otro lugar de procedencia de los entrevistados es la zona noreste del distrito de Cusco. Éste es uno de los lugares más antiguos de residencia popular de la ciudad, ya que su ocupación empieza a darse en los años 50 con las familias que quedaron sin vivienda, por efecto del terremoto de ese año, quienes comenzaron a ocupar las partes bajas de las laderas del Valle del Cusco, hasta llegar en la actualidad a un nivel de saturación. Se estima que para el año 2000, la población de esta zona de la ciudad alcanzaría los 26000 habitantes (Laurent, 2000).

Si bien la mayor parte de las viviendas tienen servicio de agua potable, el 40% están abastecidas por horas. Respecto al desagüe: 13.7% de viviendas no tienen conexión a red y 23.4% usan el campo (Laurent, 2000).

Una buena parte de la PEA de esta zona de la ciudad se dedica a actividades de comercio y servicios, y en segundo lugar, a actividades manufactureras, especialmente artesanales. Se ha estimado que el subempleo alcanza al 62.5% (Laurent, 2000).

La población de esta zona de la ciudad hace uso de la infraestructura de servicios que existe en la ciudad de Cusco. El hospital Regional se ubica a 20 minutos en transporte público y a 30 minutos a pie. Hay un programa de Salud Mental para la atención de casos de violencia familiar. Hay otros dos centros de salud cercanos, uno de los cuales cuenta también con servicios de salud mental y atención a casos de violencia familiar. Hay una comisaría cercana, pero no cuentan con una comisaría de la mujer. El Centro de Emergencia Mujer (CEM) del MIMDES, está ubicada en el centro de la ciudad, no existe en la zona Noreste, pero se ubica a una distancia de 20 minutos en transporte de la zona.

Se ha creado una Coordinadora de Mujeres de la zona Noreste COMUZONE, siendo uno de sus objetivos el desarrollo de estrategias comunitarias de prevención de la violencia familiar. Principalmente desarrollan actividades de prevención de la violencia familiar y promoción de los derechos, aunque también prestan servicios gratuitos de orientación y referencia de casos de violencia familiar. Las Defensoras cuentan con un carnet respaldado por la Policía de la Familia y la Mesa Regional de Lucha Contra la Violencia de Cusco.

Capítulo I

Varones que ejercen violencia física y/o sexual contra sus parejas

Al iniciar cada una de las entrevistas, nada en la apariencia de estos hombres nos hacía presuponer que estábamos ante quienes ejercían violencia contra sus parejas. Hombres comunes y corrientes, en general muy amables, escuchaban atentos los propósitos del estudio y consentían contar por primera vez sus experiencias de vida. Muchas de éstas ya habían sido olvidadas porque estaban referidas a la etapa de la niñez y aparentemente no jugaban papel alguno en sus vidas. Sin embargo, diversos episodios al ser verbalizados por primera vez, se descubrieron como heridas no cicatrizadas (en algunas ocasiones, sus recuerdos eran interrumpidos por sollozos que revelaban el inmenso dolor que arrastraban y que habían tratado por años de cubrir) y que se constituían en puntos de referencia importantes para comprender el ejercicio actual de la violencia.

Relatos de episodios violentos contra sus madres, donde ellos eran testigos impotentes y aterrorizados; historias de maltratos y humillaciones hacia ellos mismos, con ausencias afectivas y abandonos desde la temprana infancia – todo esto en un contexto de precarias condiciones materiales de vida que los obligaron en la mayoría de los casos a sobrevivir por sus propios medios, y de asimilación de creencias de superioridad machistas muy arraigadas – influyeron notablemente en sus prácticas cotidianas de violencia, donde se mezcla el ejercicio de poder y el disfrute de privilegios, con sentimientos de malestar y sufrimiento. Haciendo un recorrido por sus vidas, podremos notar que la violencia conyugal constituye una pieza más de una problemática mayor de experiencias violentas que empobrecen la vida humana de hombres y mujeres.

Las cinco historias que a continuación presentaremos – tres referidas a hombres de Lima, las de Lucas, Ricardo y Manuel; y dos de la ciudad de Cusco, que comprende los relatos de Mateo y José – nos muestran una variedad de trayectorias de vida, sus relaciones con el actuar violento, los sentimientos contradictorios de poder y dolor en quien ejerce violencia, y las diferencias existentes entre agresores.

LUCAS, 32 AÑOS. “Tenía derecho a pegarle porque le hablaba y no me entendía”

Lucas no logró terminar la educación secundaria; actualmente realiza diferentes oficios de manera eventual, hay periodos en que está ocupado y en otros pasa varias semanas sin trabajo. Tuvo dos parejas con quienes convivió, a la primera la abandonó con dos hijos luego de numerosos episodios de violencia y un presunto acto de infidelidad de parte de ella. Con respecto a su segunda pareja, luego de varios sucesos de violencia, fue ella quien optó por abandonarlo y marcharse con sus dos hijos a la casa de su madre. Actualmente, Lucas ha iniciado una tercera relación.

Si bien nació en la ciudad de Trujillo, migró a la ciudad de Lima con toda su familia siendo apenas un recién nacido, y casi inmediatamente después, todos ellos lograron establecerse en Villa El Salvador. Su familia de origen estuvo compuesta por sus padres

y cuatro hermanos, de los cuales uno es producto de una anterior relación de su madre. Uno de los motivos de conflictos frecuentes entre sus padres era porque su padre quería corregir al que no era su hijo y castigarlo físicamente, y su madre buscaba defenderlo, aduciendo que por no ser su hijo recibía un trato discriminatorio. Esto era motivo suficiente para que su padre la golpeará. En otras ocasiones llegaba borracho y cualquier pretexto era bueno para maltratar a su madre. Lucas refiere que sufrió mucho con estos episodios, percibía que su padre estaba equivocado porque las razones que desataban la violencia física eran injustificadas, pero se sentía impotente para defender a su madre.

Me daba pena mi mamá, a veces quería defenderla pero no podía, estaba chibolito. Yo pensaba que mi papá no estaba en su razón, pero qué podía hacer pe', yo tenía miedo, no le agarraba cólera, tenía miedo. Me ponía a llorar, me asustaba más, no podía hacer nada, era muy pequeño, tenía ganas de defender a mi mamá pero no podía.

Los maltratos físicos que ellos recibían de su padre eran considerados como de distinta índole. Luego de los momentáneos sentimientos de odio y rencor, asumían que el castigo había sido justo porque en reiteradas ocasiones desobedecían sus órdenes, lo cual confería a su padre el derecho a castigarlos de esa manera. Por tanto, esto no constituía motivo alguno para que el afecto por él disminuyera.

No quería encontrarnos en la calle jugando, y ya pue', a veces venía temprano del trabajo y nos encontraba en la calle y nos pegaba. Le tenía bronca ese rato, un poco de odio en ese momento que me pegaba, pero así lo quiero, es mi padre. Yo justificaba ese trato porque repetido lo desobedecía.

Su padre nunca les mostró afecto, porque su trato era muy frío y distante. Lucas tuvo sentimientos encontrados frente a la figura severa y emocionalmente lejana de su padre pues por un lado le infundía respeto y admiración, pero por otro, tenía una rabia contenida por la violencia contra su madre. Su madre era muy cariñosa y condescendiente con ellos, dándoles lo que ellos le pedían, incluso a escondidas del padre.

Cuando sus hermanos y él llegaron a la adolescencia, se sintieron con la fuerza suficiente para enfrentar al padre, cuyos maltratos hacia su madre siempre les parecieron arbitrarios. En una oportunidad todos juntos lo amenazaron con pegarle si volvía a golpear a su madre, y lo conminaron a que solucionaran sus conflictos con el diálogo. Esto fue decisivo para que cesaran por completo los episodios de violencia física en la casa.

Cuando ya crecimos y cuando mi papá intentó pegarle, le defendimos a mi mamá pe, como decirle le pusimos el parche a mi papá, que no le pegara pe, si le pegaba le íbamos a pegar nosotros. Una vez le empujábamos no más, le agarrábamos así, como ya era grande tenía fuerza ya lo agarrábamos, que no tenía por qué pegarle pe, por qué no le habla, si fácil es, hablando se soluciona, así le decíamos pues. Desde la primera vez que sacamos las garras ya nunca más, discutían nada más, hasta ahorita, cualquier discusión, ya no le pone la mano.

Durante la adolescencia empezó a frecuentar las discotecas junto con sus amigos. En esos ambientes resultaban habituales las riñas entre muchachos disputándose a alguna chica. Lucas aduce que él nunca empezó una pelea y si tuvo que pelear fue para

defenderse y para hacerse respetar por los demás, lo cual justificaría su actuación violenta.

En esa época tuve pleitos así en fiestas, discotecas. Así por chicas que venía el enamorado, así de celos y nos peleábamos pue'. Tenía que defender y no dejarme que me peguen, sino toda la vida me van a pegar. Yo nunca empecé, yo espero que primero me faltan para reaccionar, no me gusta faltar así, injustamente, por las puras, pero si me buscan, ya reacciono. Tienen que agredirme físicamente, no por insultos, tenían que tocarme.

A los 15 años tuvo su primer romance con una chica de la misma edad, con quien se inició sexualmente. Sin embargo, el hecho que ella tuviera experiencia sexual previa, provocó la inseguridad de Lucas, la que fue acrecentada por la supuesta actitud coqueta de la muchacha frente a otros chicos. Las escenas de celos eran constantes y en varias oportunidades la golpeó. Lucas menciona que además del malestar que le ocasionaba la probable infidelidad y el temor al “qué dirán” los demás, la razón que desataba su mayor furia y la agresión física contra ella era que no le hacía caso, que no reconociera su autoridad.

Yo a veces lo cacheteaba porque era muy coqueta con los hombres, o la encontraba a veces abrazada con alguien, ella decía que es amigo, yo le digo “cómo va a ser tu amigo si estás abrazada”, “no, pero yo soy así”; por eso la cacheteaba. Estaba con celos pe, me molestaba verla así, y se lo pedía que no lo volviera hacer y lo volvía hacer. Claro, había que conversar primero,” no debes hacer esto, se ve mal en calle, pueden decir que estás con otro”, “ya”, me decía, pero lo hacía, entonces ahí reaccionaba. Yo sentía que no me hacía caso, que no le importo, que no toma en cuenta lo que le digo, pue'.

Lucas señala que la violencia física contra la mujer se justifica como medida última para reafirmar su autoridad y restablecer el orden por él impuesto, cuando otras como la advertencia verbal no funcionan. En el siguiente diálogo hace una clara distinción del objeto de su agresión: alguien quien asume que le pertenece y quien está bajo su autoridad – no cualquiera – lo cual le otorgaría el derecho a corregirla, siendo éste un elemento interesante que descubrimos en el ejercicio de la autoridad y del poder.

E- ¿Pero el que no hiciera caso a lo que decías justificaba que le pegaras?

L- Es que así desfogaba mi cólera. Pienso que tenía derecho a pegarle porque ya le había hablado y no me entendía, yo veía que era la única manera. Tengo derecho porque cuando le pido algo dice: ya sí, sí lo vamos hacer, nos ponemos de acuerdo y no lo hace.

E- Por ejemplo, si a un amigo le pides que haga algo y no te hace caso ¿lo agredes?

L- No, pues

E- ¿Cuál es la diferencia entonces?

L- Que la otra es mi mujer pe

E- ¿Es decir que te pertenece y tienes autoridad sobre ella?

L- Claro. El amigo es un amigo simplemente y si no lo hace no importa, puedo discutir o gritarle simplemente, pero usted me está hablando de mi pareja.

Estos conflictos continuaron por algún tiempo, hasta que Lucas llegó a la conclusión que por más violencia que aplicara no lograba doblegarla, pues ella mantenía una actitud libre en la forma de relacionarse con otras personas. Así que decidió terminar con esa relación.

Bueno, terminé con esa chica por su carácter, yo le hablaba, la cacheteaba y bueno lo seguía haciendo así, ya me cansó de explicarle o de golpearla y no me hacía caso, seguía con su mismo comportamiento y opté por estar con otra chica.

Anduvo luego con varias chicas, relaciones que duraban muy pocos meses. Por ese entonces se inició con sus amigos en el consumo de drogas, lo cual lo llevó a un submundo de violencia cotidiana donde había que defenderse del abuso de otros más fuertes que intentaban apropiarse de la droga de los otros. Sintió que tocaba fondo y decidió salir de esta adicción ingresando a una iglesia evangélica en Villa El Salvador que ofrecía, mediante la oración y el trabajo, recuperar a drogadictos. Es en ese contexto que conoce a la que fue su primera esposa. Era hermana de un compañero de grupo, con quien inicia una relación aprovechando las visitas que ella hacía al recinto eclesial. Ambos se sentían muy enamorados y decidieron vivir juntos. Para superar una posible negativa de los padres de ella, planificaron tener un bebé, por lo que no se cuidaron en sus relaciones sexuales. A los cuatro meses del inicio de su relación, ella salió embarazada. Sus padres no se opusieron a su convivencia, porque tal vez les causó confianza el hecho que él provenga de la iglesia.

Al principio vivieron en la casa de los padres de ella, pero muy rápidamente consiguieron un terreno por invasión y se fueron a vivir solos. Es el momento en que empezaron los problemas de convivencia. Según Lucas, cuando volvía de trabajar no había realizado los quehaceres del hogar e incluso el bebé se hallaba totalmente descuidado. Al principio conversó con su pareja y la conminó a cumplir con sus obligaciones domésticas pero la situación no mejoró y él sintió que no era obedecido, por lo que consideró justo recurrir a la violencia física.

No hacía sus cosas, mi hijo nació, lo tenía sucio, le hablaba, me sentaba a conversar una hora, dos horas a explicarle las cosas, venía al día siguiente igualito mi hijo sucio, ella tirada durmiendo, una ociosa, irresponsable, no hacía las cosas. Entonces la cacheteaba pues, primer le hablo y no me hace caso, me insultaba, le gritaba, y al día siguiente lo mismo. En ese momento sentía cólera y le pegaba porque no hacía lo que yo había dicho pe'. Eran sus obligaciones como madre de familia, mi obligación es salir a buscar la plata y ella mantener el hogar, limpio, arreglado, humilde pero limpio.

A pesar de todo, Lucas refiere que se sentía muy enamorado de ella y esta situación hacía que luego de recurrir a los golpes contra ella, al verla sufrir, se compadeciera y el malestar también lo invadiera. Pero, cuando se veía reiteradamente desobedecido, la indignación lo llevaba, primero a la violencia verbal y luego, si no lograba someterla, recurría indefectiblemente a la violencia física.

Luego de pegarle le pedía disculpas porque yo también me sentía mal, me daba pena pe, se quedaba llorando, y la quería pe. Pero en el momento de cólera que me entraba, encontraba todo desordenado, ahí me encendía. Había ocasiones en que le gritaba no más y no la golpeaba, la insultaba, pa' que haga las cosas. Como la quería me aguantaba un poco la cólera, le gritaba, ya no la golpeaba,

tenía ganas, pero me las aguantaba y lo único que hacía, desfogaba mi cólera gritándola, insultándola. Si no hacía caso, no había alternativa más que pegarle.

Cansado de no lograr mantener el orden que quería imponer y el respeto a la autoridad que exigía, a pesar de la violencia que ejercía para ese propósito, opta por abandonarla. Sin embargo, promete no descuidar su responsabilidad de proveedor.

Ya cansado de hablarle, cachetear y discutir, todo pelea, opto por regresar a mi casa. Le dije, me voy a mi casa, haz lo que quieras, te voy a dejar tu plata no más p'al bebe, y haz lo que quieras,

No obstante, él dice que seguía enamorado de ella, razón por la cual poco después opta por reconciliarse. Es en esa coyuntura que empieza a recibir información de vecinos sobre actos de infidelidad de su pareja, que él dice comprobar por algunas supuestas marcas dejadas en el cuerpo de ella. Esto lo llena de celos, y más que por el amor que aún siente por ella, le duele el saber que un cuerpo y una sexualidad que le había pertenecido a exclusividad ha sido invadido por otro hombre. También la vergüenza lo corroe y le produce un gran malestar por quedar ante los ojos de los demás como un marido engañado, con la connotación de menor hombría que trae aparejada. Vuelve entonces la agresión física contra ella, esta vez ya no para corregirla porque luego de ello la deja definitivamente sino, probablemente, aunque no lo plantea explícitamente, para saldar una afrenta, para lavar el honor mancillado.

Mis vecinos ya me habían dicho que entraba con un hombre ahí. Sentí vergüenza pue', que estén hablando de mi, cachudo, algo así. Un día la encuentro toda marcada pues con chupetes, me dio cólera y le golpeé. "Porque tú me has dejado, por eso lo he hecho", me dijo. La golpeé y me salió pe. Me dolió que me lo haiga hecho eso ¿no?, porque la quería. Me dolía más el que haya estado con otro hombre, porque yo he sido su primer pareja, ya que otra persona la toque así, me sentía dolido.

Poco tiempo después la mujer lo va a buscar anunciándole que estaba embarazada y que el hijo que esperaba era suyo, pero por los antecedentes de infidelidad, él no lo quiso reconocer. Hasta el momento, continúa pasando manutención sólo para el primer hijo.

Durante un año mantuvo relaciones esporádicas con varias muchachas hasta que en una oportunidad cuando trabajaba pintando una casa, conoció a la hija de la dueña, siete años menor que él, que por entonces tendría unos 25 años. Anduvieron de enamorados por espacio de ocho meses, tras los cuales decidieron vivir juntos por lo que él la llevó a vivir a la casa de sus padres. Meses después, estando ambos de acuerdo en tener hijos, ella salió embarazada. Los problemas conyugales aparecieron a los ojos de Lucas cuando su pareja empezó a no reconocer su autoridad, a no tomar en cuenta sus decisiones respecto a la manera cómo administrar la casa y a recurrir permanentemente a su madre para escuchar sus consejos. Esto lo enervó y luego de varias advertencias, recurrió a los golpes en diversos momentos, aunque Lucas intenta minimizarlos aduciendo que fueron pocas veces.

Pocas veces le pegué, dos veces no más. Por eso pue', por terca, o sea, le objetaba cosas que son y ella decía "no, mi mamá dice que esto es así y asá", entonces, o sea, "¡tú no me consideras a mí, lo que digo cero!", (ella respondía:)

“no, es que mi mamá dice y mamá tiene razón tú no”. Una cosa conversábamos así, y yo decía esto es azul, y ella decía: “no, mi mamá dice que esto es rojo y rojo tiene que ser”. Yo sentía cólera pe, porque todo era mamá nada más.

Lucas siempre se sintió superior a ella, con el monopolio de la razón, tanto por ser hombre, como por considerar que era mayor y, por tanto, con más experiencia. Esto hacía que no tomara en cuenta la opinión de ella y deseara ser obedecido sin replicar. Para hombres como Lucas, como dice Marina Castañeda, cualquier desacuerdo siempre irá mucho más allá del problema específico por resolver: siempre estará en juego, también, el derecho a tener la razón (Castañeda, 2002)

Siempre creo que tengo la razón como jefe y ella no, porque soy mayor que ella y tengo más experiencia en lo que me ha pasado, así, por esas cosas, por esos motivos tiene que hacerme caso.

Utilizaba, además de la violencia física, otras formas más sutiles para castigarla por no haber respetado sus órdenes y para tratar de doblegarla. Una de ellas era mediante el chantaje emocional, usando la indiferencia.

Cuando estoy molesto con ella, la ignoraba así, llegaba a la casa, yo seguía con mis cosas que estaba haciendo, no le hacía caso simplemente lo que me decía. Era como una forma de castigarla pues por lo que no me había hecho caso.

Otra forma de violencia emocional que usaba frecuentemente era obligarla a prestarle servicios a sabiendas que ella estaba indispuesta, con el solo fin de demostrar su autoridad.

Sí, le he pedido cosas cuando ella estaba cansada, para que se sienta mal, para que me haga las cosas. Me sentía autoritario en ese momento, que tenía autoridad sobre todo, nada más.

El control de los movimientos de ella, también era otra forma mediante la cual Lucas buscaba afianzar la dominación sobre su pareja, y considera que tenía derecho a hacerlo por estar ella bajo su tutela.

Cuando salía a algún lado me pedía permiso, porque era su esposo, pe, el padre de su hijo y vivía conmigo y depende de mí ¿no?

Sin embargo, afirma que nunca utilizó el chantaje económico, pues todo el dinero que ganaba se lo daba a ella. Siempre la consideró mejor administradora del dinero que él, y en eso sí confiaba plenamente.

Más que nada el dinero se lo ponía a su disposición porque lo sabía administrar ella, más ahorradora que yo es, porque ella lo hacía durar la plata más que yo.

Tampoco impidió que ella trabajara fuera de casa, porque la dura realidad económica así lo exigía

Nunca le impedí que trabaje. No, la dejé que trabaje no más, ella ha trabajado pocas ocasiones pero, corto tiempo, pero la he dejado que trabaje, era mejor para nosotros pe'.

El periodo de violencia física también coincidió con uno de desempleo para Lucas. Éste era un ingrediente que ella usaba para desautorizarlo y más bien, a pesar de las distintas estrategias de dominación seguidas por Lucas, no aceptarlas y, en cambio, seguir las instrucciones de su madre. De esta manera, en el contexto de constantes conflictos, ella opta por dejarlo

Terminamos por las discusiones esas. Como en ese momento a veces no tenía trabajo y su mamá le decía vente p' acá, déjalo a ese hombre, si nunca te va dar nada, si no tiene trabajo, y ella le hacía caso. Le dije: tu madre o yo, ella me dijo: mi madre. "Bueno, si te sientes mejor allá, anda pue".

Si en medio de la discusión Lucas aceptó que se fuera, poco después no se resignó a ser abandonado y optó por usar el chantaje emocional amenazando con matarse si no conseguía que ella volviera. Estos artificios surtieron efecto en varias ocasiones, haciendo que ella regresara, pero rápidamente surgía la dinámica anterior de conflicto y violencia, lo que hacía que ella volviera a casa de su madre.

Yo quería que vuelva conmigo y ella no quería, y ya pue', le dije me voy a matar, así, tratando de alguna manera para convencerla. Yo no quería quedarme solo. Me sentía impotente pe, de no poder llevármela. Le inventaba me voy a matar, y a veces, me accedía pe, y nos íbamos a la casa.

En una de las oportunidades en que volvió con él, dado que a instancias de su madre había dejado de usar la "T de cobre" bajo el supuesto que ya no tenía relaciones sexuales, nuevamente salió embarazada. Él pensó que sería motivo suficiente para retenerla a su lado, pero ella siguió firme en su deseo de no continuar con él. En la actualidad, Lucas ya se resignó a perderla, pero continúa arrastrando por ello sentimientos de impotencia y gran malestar. En este contexto, ha vuelto a iniciar su tercera relación de pareja, aunque aún no han decidido convivir.



Desde muy pequeño, Lucas fue desarrollando una convicción respecto a que los hombres son superiores por razones puramente naturales, lo cual le conferiría una posición de autoridad frente a la mujer, a quien concibe con poca capacidad racional y con necesidad de ser tutelada. Piensa que este rol de autoridad, que desde muy niño admiraba del padre, le otorga el derecho de establecer un orden en el ámbito doméstico, pero también la responsabilidad que éste se cumpla. Junto con ello, muy tempranamente fue construyendo una racionalidad de las violencias consideradas injustas o justas. Las primeras surgen de la arbitrariedad total, como cuando su padre llegaba borracho y con cualquier pretexto absurdo le pegaba a su madre. También son aquellas que no contienen un fin "pedagógico", es decir sin primero "dialogar" – que en este caso significa para Lucas que la mujer acepte las razones del hombre y/o advertir previamente – antes de pasar al maltrato físico. Las segundas son utilizadas, según Lucas, como último recurso, cuando las advertencias no surten efecto y tienen como finalidad restablecer el orden trastocado repetidamente, lo cual significa a la vez recuperar la autoridad no reconocida.

Siempre debe quedar claramente establecido, inclusive a los ojos de quien recibe el castigo, que la causa es un mal comportamiento dentro de la lógica establecida por el varón, y por tanto, ser aceptada como bien merecida por la mujer. Como cuando consideraba justificado el castigo que recibía de su padre por violar las reglas que éste había impuesto.

Esto nos da pie a pasar al segundo aspecto que atraviesa esta lógica: no están divorciados el amor que se tiene por una persona y la violencia desatada contra ella, siempre que se encuadre en el marco de lo considerado como justo; tanto él estando en posición de víctima, como cuando su padre lo castigaba y planteaba que a pesar de eso su amor por aquel permanecía incólume; como estando en el papel de maltratador, cuando expresa permanentemente sentirse muy enamorado de sus parejas agredidas. La violencia que ejerce contra una persona que ama, si bien le permite mantener privilegios cuando logra la subordinación, también le produce malestar, por lo que incluso les suplica que se sometan y no lo obliguen a recurrir a la violencia física, porque por encima de todo está su rol como autoridad y su responsabilidad como garante del orden por él establecido. Infelizmente para él, ninguna de sus parejas compartió este modo de pensar y actuar, desarrollando estrategias de resistencia o de rebeldía total, que llevaron al fin de la relación. Lucas sigue pensando lo mismo, se muestra desconcertado por la actitud de las mujeres y sumido en la inseguridad por no haber sido capaz de imponerse como hombre, lo cual también le ocasiona un constante malestar. Es muy probable que con la tercera pareja el ciclo de la violencia se repita.

MANUEL, 36 AÑOS. *“Sentía que me ha faltado, por eso la ira me corroe, la ira me transforma”*

Manuel hizo algunos años de educación secundaria pero no la terminó. En la actualidad trabaja eventualmente como chofer de taxi y en algunas ocasiones también como instructor de manejo. Ha tenido dos relaciones de convivencia: con la primera tuvo una hija, pero ella lo dejó luego de ser víctima de una serie de incidentes de violencia física. Con la segunda, con quien actualmente convive, tiene tres hijos pequeños, y aunque según dice la frecuencia de la violencia ha disminuido respecto a su primera relación, ésta no ha cesado. Ella combina sus actividades domésticas con esporádicas labores de comercio en su vivienda o de manera ambulatoria

Fue el cuarto de cinco hermanos varones. Cuando su padre se unió con su madre, ella ya había tenido otros dos hijos que al parecer abandonó. Esto resultó un misterio del cual su madre nunca quiso hablar pero fue motivo de conflictos cuando su padre le echaba en cara este hecho tratándola de “mundana”, “maldita” y “basura” por ser una “madre desnaturalizada”. Desde que Manuel tiene memoria, las palizas a su madre eran constantes, por múltiples motivos. El más fuerte era provocado, según relata, por los celos paranoicos del padre, que no permitía que su pareja tuviera contacto con persona alguna fuera de la casa. Así, empujada por la precariedad económica en que vivían, pues el marido eventualmente tenía trabajo como albañil, en unas ocasiones salía a vender pescado y el cónyuge aparecía iracundo donde estuviera, rociaba la mercadería de kerosén y a puntapiés la devolvía a casa; en otras, instalaba un precario puestito de venta de “raspadilla”, inmediatamente enterado del asunto, su padre acudía al lugar, rompía y

arrojaba todos los productos y nuevamente a empujones y golpes la arrastraba a su vivienda. Porque la comida estaba salada o con poca sal, o porque estaba fría, empezaba una de las tantas masacres que muchas veces terminó con lesiones en la cabeza, rostro y fracturas de manos y brazos de su madre. A pesar de eso ella siempre lo soportó estoicamente y nunca lo denunció, dándole al hijo una imagen de sumisión femenina. Mientras tanto, los hijos eran los aterrados e impotentes testigos de estos sucesos, y el odio y el rencor de cada uno de ellos hacia su padre fueron crecientes.

Le pegaba bien duro y nosotros presenciábamos asustados, o a veces la encerraba en su cuarto metía llave y ¡pum!... los golpes, los gritos, y nosotros no podíamos, éramos impotentes de hacer algo. Sentíamos rencor y odio a él, hasta ahorita yo tengo bastante resentimiento.

La relación con los hijos no fue mejor, pues los maltratos físicos y las humillaciones eran frecuentes, no encontrando ellos motivo alguno que los justifiquen. Esto ocasionó en Manuel una gran inseguridad en relación a si actuaba correcta o incorrectamente, y también respecto a sí mismo pues lo hacían sentir despreciable e indigno. Tampoco tuvieron experiencia afectiva o fraterna alguna de parte del padre. Manuel considera que la actitud abusiva del padre no tenía correspondencia con el respeto que sus hijos le brindaban. En este caso estaría confundiendo respeto con el temor que les producía su presencia. Éstas fueron otras razones para que el odio contra su progenitor fuera aún mayor. El recuerdo de esos momentos le hace revivir el dolor que sentía y así lo expresa.

Siempre él nos marginaba, hasta nos ponía apelativos que era uno drogadicto, que el otro era maricón, que el otro era asesino, que el otro era ratero, y eso lo comentaba a la gente y cuando nos veía pasar escupía, o sea, nos trataba pero de lo peor. Nunca nos ha hecho un cariño de padre hacia un hijo. Nos llevaba a trabajar, a que me sacara el ancho¹⁹ con él construyendo, pero cuando cometíamos una falta en trabajo nos gritaba ¡inútiles, puta pa'qué sirven!, hablaba las groserías y media, y a correazo limpio nos agarraba. No sabíamos qué habíamos hecho de malo y no era justo, yo siempre lo he respetado y nunca he dado un motivo para que me pegara por gusto, me sentía de lo peor... (Solloza)... Hasta ahora siento cólera, odio, un fuerte resentimiento contra él.

Contrariamente, él cuenta que con su madre la relación fue de amor y afecto. Percibieron sus hijos en ella mucha abnegación para evitar a toda costa que sufrieran hambre y siempre tuvieran lo mínimo indispensable para sobrevivir, a pesar de la gran precariedad económica. Su madre también utilizó el castigo físico, pero Manuel encuentra justificable, en todos los casos, ese proceder, porque a sabiendas infringían las normas establecidas por ella. No era un comportamiento arbitrario como el del padre, sino pensaban que era producto de un interés por su bienestar y un deseo por corregir. En este caso, el respeto al que alude Manuel tiene una connotación distinta a la que usa cuando se refiere a su padre, entonces se trata del reconocimiento de una autoridad que a sus ojos actúa con justicia, que le permite comprender la relación existente entre su acto trasgresor y el castigo.

No sentía rencor, al contrario, le pedía disculpas, ya no lo voy a volver hacer, y no lo hacía, yo la respetaba, hasta ahora. Yo consideraba que estaba bien, lo tenía bien

¹⁹ “Sacar el ancho” es una expresión popular que, en el contexto de este testimonio, alude a un sobreesfuerzo, inclusive a costa de la propia salud

merecido porque yo no le había dicho, porque mi mamá se preocupaba - Yo no sé dónde estás, me preocupa y vienes tan frescamente.

En una oportunidad, cuando Manuel tenía 16 años, encontró a su padre golpeando a su madre que ya aparecía con el rostro totalmente ensangrentado. Se abalanzó contra su padre para detenerlo, pero éste lo recibió con un golpe en el rostro que le hizo perder el conocimiento. No pasó mucho tiempo luego de ese suceso y en otra oportunidad similar, uno de sus hermanos mayores que estaba presente se enfrentó al padre, lo agredió y lo botó de la casa. Desde entonces, éste ya no se atrevió a agredir a la madre porque rápidamente intervenían los hermanos, frente a lo cual no le quedaba más que desarrollar otros tipos de agresiones para desahogar su impotencia, pero ya con menor impacto.

Por desquitarse rompía las lunas de la casa, tiraba piedras a la puerta, -¡rateros, fumones²⁰, que ustedes están en mi casa!

A esa misma edad, llevado por amigos del barrio, ingresa a formar parte de una pandilla juvenil. Hasta ese momento Manuel cuenta que era una persona pacífica, tímida y con una muy baja autoestima, producto de la terrible experiencia familiar que cotidianamente vivía. La pandilla fue el espacio donde se sintió libre por primera vez y aceptado por los demás, y sus ansias de reconocimiento lo llevaron a querer destacar en el grupo, con las acciones más intrépidas y los actos más violentos. Estuvo envuelto en múltiples peleas callejeras por el control territorial de zonas con otras pandillas, cayó en numerosas detenciones policiales, y así se fue forjando una imagen de respeto en este submundo. Señala que nunca participó en asaltos y robos de ninguna clase, pero que sí se introdujo en el ambiente del consumo de droga. Para alimentar dicho consumo, trabajó en múltiples ocupaciones y oficios desde temprana edad, y pocas veces realizó pequeños hurtos en su propia casa.

En ese periodo anduvo con varias chicas y tuvo diversas experiencias sexuales. Cuando andaba por los 19 años conoció a la que fue su primera pareja estable. Ella tenía 16 años y cursaba por las noches estudios secundarios. Se enamoraron y ella empezó a faltar al colegio porque salían juntos durante las noches; en algunas oportunidades se quedaban a dormir en casa de algún amigo, incluso a veces desaparecían por algunos días. En una de esas ocasiones que no volvió a casa por varios días, la madre de Manuel los fue a buscar y al encontrarlos la emprendió a palos contra él, pero también contra la chica a quien le desprendió un pedazo de oreja al jalarle un arete. Este hecho violento fue motivo para que los padres de ella buscaran conversar con ambos y los presionaran para que se decidieran a establecer una relación más estable. Es así como inician su convivencia viviendo en casa de los padres de ella. Hay que anotar cómo algunas circunstancias ajenas a la voluntad de la pareja, los apuran a convivir sin haber logrado probablemente un mínimo de conocimiento mutuo, y sin haber compartido y conciliado objetivos comunes como pareja.

Al principio todo marchaba bien en la relación, los suegros les consiguieron un carrito para la venta de sándwiches que juntos expendían en el centro de Lima. Los problemas se iniciaron cuando a los dos meses ella salió embarazada. Manuel afirma que aún no deseaban tener hijos, pero no utilizaron método anticonceptivo alguno. Ella estaba decidida a interrumpir ese embarazo, pero él se opuso con múltiples argumentos

²⁰ Apelativo popular asignado a los consumidores de droga

moralistas y religiosos, y al final pidió el apoyo de los suegros para que la convenzan. A diferencia de su pareja, es muy probable que Manuel sí buscara ese embarazo, como forma de afirmarse como varón adulto, teniendo en cuenta que este hecho tiene un valor fundamental dentro de la masculinidad hegemónica. Las razones que ella aducía para no querer tenerlo eran de índole económica y de ver truncadas sus aspiraciones de seguir estudiando y de progresar. El chantaje emocional de Manuel y de los padres de ella fue tal que a regañadientes aceptó proseguir con el embarazo. A medida que éste avanzaba ella no quiso continuar sus estudios y, según Manuel, se le veía muy deprimida y desganada.

El punto de quiebre para el inicio de la escalada de violencia se da a partir del nacimiento de su hija. Los roles que se establecen, o por lo menos Manuel los presupone, son los estrictamente tradicionales: él como único proveedor y ella en la atención al hogar. Pero, a los ojos de él, la conducta de su pareja se torna displicente en el cuidado de la niña y de los quehaceres domésticos. En las primeras ocasiones en que notó el descuido, quiso imponer su autoridad con llamadas de atención en tono airado, recalcando el papel que le correspondía a cada uno, y que al igual que él, ella estaba obligada a cumplir.

‘¡Vengo de sacarme el ancho del trabajo y mira, no te encuentro, la bebe está cochina, está sucia y no le lavas, no le cambias, qué es eso, no limpias el cuarto, la cama destendida!, ¿yo tengo que venir a hacer eso?, ¡si pa’eso estás tú, pa’eso te quedas tu ahí en la casa!, ¡y yo por qué tengo que venir de trabajar a barrer, a limpiar, a tender la cama, o a cocinar!- así le llamaba la atención.

De acuerdo al testimonio de Manuel, su pareja continuó con la misma actitud de desgano, que se inicia con la aceptación forzada del embarazo, y supuestamente adoptó una postura de rebeldía negándose a cumplir con las tareas domésticas. Manuel interpretó este comportamiento como desafiante a su autoridad y se iniciaron los golpes en una espiral creciente que ella, en la medida de sus menores posibilidades físicas, intentaba repeler también con golpes, pero obviamente las contusiones y lesiones las sufría generalmente ella.

Se iba a la calle y no le cambiaba el pañal, no la lavaba, no le daba de comer, lloraba, se escaldaba y venía frescamente y puu ahí si la chancaba, pum, pum, ya pues, - Oye, que esto, que el otro-, nos mechábamos, nos peleábamos, me rompía la ropa, yo la agarraba a palos, la agarraba a patadas, a cachetadas. Le llegaba a hinchar la cara, le dejaba un ojo morado, le dejaba marcas, le jalaba el pelo.

Cuando Manuel es confrontado con su experiencia infantil, haciéndosele notar que estaba reproduciendo exactamente el mismo cuadro que tanto dolor y odio le había producido y que hasta ahora le ocasiona resentimiento, replica que es un impulso que brota incontenible desde lo más hondo de su ser, a pesar que afirma que es malo hacerlo. No quiere justificar su actitud violenta, por eso se arrepiente, además manifiesta que comportarse de esa manera le produce malestar. Pero el hecho de sentir que su autoridad no es respetada y que el orden por él instituido (o por la normatividad social que él garantiza) es trastocado, tienen más peso que sus sentimientos de culpa, entonces se desconoce, ya no es él, en sus palabras “se transforma” y la violencia le resulta un recurso desesperado para buscar imponerse.

E: Cuando eras chico odiabas a tu padre porque le pegaba a tu madre y ahora haces lo mismo que él

M: Lo hago, no sé por qué, siento un impulso, una fuerza que, no quiero hacer eso pero lo hago. Sentía cólera, ira, rabia. No más, después me arrepentía. Me molestaba que esté conversando ahí en la esquina. Sentía que me ha faltado pe', y no la he encontrado donde debería estar ella en su casa, de que no haya atendido a mi hija. Por ese motivo la ira me corroe pe, la ira me transforma. No pienso, pucha, si mi padre fue así no le voy a pegar, no voy hacer lo mismo que él.

E: ¿Pero crees que era justo que le pegaras porque te ha faltado?

M: No era justo. Un hombre no puede maltratar a una mujer pues, sentirse hombre pegándole... Después de pegarle, mal me siento porque no debería pegarle, ella era mi compañera, la quería... Sí, es malo pegarle, no sirve pegar a una mujer, pero, en el momento no puedo frenar la cólera, me descontrolo francamente.

Manuel suplica a su pareja que no le dé motivos para volver a utilizar la violencia, pues se sentiría obligado a desatarla sobre ella, si no cumple con sus obligaciones domésticas socialmente asignadas, no le presta determinados servicios e intenta escapar a su control. Entonces, si hay que recurrir a la violencia, la culpa es de ella por haber “fomentado el desorden”. Aquí el discurso se vuelve contradictorio, porque pide perdón por una acción que considera una obligación que inexorablemente tiene que cumplir, y por tanto, está justificada. Es probable que haya una mezcla de información sobre lo inadecuado de la violencia contra la mujer pero no interiorizada, y un sentimiento de afecto a la persona que se maltrata, como cuando algunos padres expresan que les duele castigar físicamente a sus hijos porque los quieren, pero es su obligación corregirlos de esta forma, ya que no conocen otra.

Después de pegarle le decía: mi amor te lo suplico perdóname, ya no lo voy a volver hacer, voy a tratar de comprenderte, pero no salgas, si tú quieres salir muéstrame un afecto haciéndome las cosas, tu hija al menos que esté contigo, que esté limpio el cuarto y que me prepares mi comida, y me dejes mi comida servidita. Tenía realmente el propósito de no volverle a pegar, pero siempre había motivos. Yo no me consideraba malo, ella es la que fomenta el desorden.

La violencia se daba a pesar que vivían en la casa de los padres de ella, porque existía la complicidad de ellos con Manuel a quien le daban la razón. En una ocasión – que fue la gota que derramó el vaso para la tolerancia de su pareja – en contubernio con sus suegros, la rapó y la mantuvo amarrada con la intención que no saliera a la calle. Ella logró huir y desapareció dejándolo con su hija. Cuenta que la buscó desconsolado por un buen tiempo, que sufrió mucho con ese abandono porque la quería, hasta que decidió que era en vano insistir y volvió a la casa de su madre. Pero deja a su hija con los suegros, a pesar del abandono en que supuestamente estaba, dejando constancia que su malestar fundamentalmente estaba relacionado con la pérdida del control de la relación.

Sus padres me dieron autorización de cortarle el pelo. La amarré de pies y manos, pa'qué le hice eso, se puso un turbante pum, se mandó mudar, me dejó con mi hija. Yo lloraba bastante, puff, yo soy más sentimental, lloraba demasiado ueon, estaba bien templado de ella pe', estaba enamorado de mi señora, pucha que, mucho, demasiado. Hasta que me resigné y vine pa'mi casa, vendí mi televisor, todas las cosas me lo traje, vendí, no le dejé nada de cólera, no le dejé nada, ahí se quedó. Mi hija se quedó allá, sí.

Manuel señala que por buen tiempo se sintió muy deprimido, junto al dolor por la pérdida de alguien por él querido, pensaba que había sido incapaz de imponerse como varón y que su referente de realización como tal, es decir su hogar, irremediamente se había hundido. Entonces volvió a las drogas y al alcohol como válvula de escape.

Un tiempo después, la hija de una vecina que había vivido por más de cinco años en Arequipa y estaba de vuelta, se le acerca en una fiesta, conversan, rápidamente congenian e inician un romance. En un principio la madre de ella estuvo de acuerdo con esa relación, tanto que inclusive le ayuda a conseguir trabajo en una compañía de seguridad. Mantuvieron sólo dos meses de noviazgo y decidieron casarse e irse a vivir a la casa de la madre de Manuel. Ella salió embarazada tres meses después y luego del nacimiento de su hijo se iniciaron los problemas conyugales. Al igual que en su anterior relación de convivencia, los conflictos se suceden porque ella, en su opinión, no cumple con los quehaceres domésticos a cabalidad, frente a lo cual Manuel no se siente obedecido e interpreta que es desafiada su autoridad. Vuelve a utilizar la violencia física para restablecer ese orden resquebrajado y de esa manera consigue imponerse, entonces, a sus ojos, todo vuelve a la normalidad, a como las cosas “deben ser”, y a disfrutar de los privilegios de ser servido y obedecido.

Le pegaba porque no hacía las cosas igualito, no le daba el biberón a la hora, no lo cambiaba también, pues, pero después, como le digo, entendía y ya lo hacía, lo hacía bien bacán, me atendía, me daba, normal.

Los hechos violentos generalmente ocurren en el contexto en el que Manuel llega a su casa cargado negativamente por problemas en su centro de trabajo, donde probablemente se cuida de no desatar su cólera de manera violenta por no ser un lugar seguro para él. Lo que desde su perspectiva considera un desorden doméstico, constituye un detonante para desfogar sus frustraciones apelando a la violencia contra quien puede hacerlo, es decir, contra su pareja, abusando de su mayor poder.

Por cólera, de cólera le pego pues, estaba asado²¹ porque a veces no ganaba o en la chamba me presionaban y querían que me quedara otro servicio más y venía asadazo y más este problema de la casa uff, me incrementaba todo y pum me motivaba. Y así es, así es el problema, ¡pa! le metía una patada, una cacheta, un puñete, pero no en la cara sino en la espalda, pero ya después me arrepentía y le decía, es un problema así, más que un momento de desahogo, buscaba así un momento de, una salida buscaba, una salida.

La alternativa de no violentarla, cuando interpreta que su autoridad, con las desobediencias de ella, está en cuestión, le resulta muy difícil pues le produciría mayor malestar, que se desprende del poderoso deseo de imponerse, de no mostrar debilidad ante una falta que mella su identidad masculina y lo haría sentirse humillado. La violencia busca ser disuasiva causando daño para que no vuelva a suceder.

E: Y si en ese momento no le pegaras, ¿qué sucedería?

M: O sea, yo siento que si no le pego, si no le meto un viaje, no voy a estar tranquilo, me voy a sentir muy mal, no me voy a desahogar.

E: ¿Y por qué la intranquilidad?

M: Por la impotencia de no poderle pegar y de hacerle daño.

E: ¿Entonces querías hacerle daño, por qué?

M: Sí, porque me ha faltado pe, me ha faltado y no lo puedo permitir.

Pero también hay sentimientos de malestar que brotan luego de haber ejercido violencia. Aunque éstos y el arrepentimiento que muestra, más que nacer de la empatía hacia ella estarían más vinculados al temor a que se rompa el vínculo amoroso – a ya no ser

²¹ Muy molesto

querido; en definitiva, a ser abandonado como en su anterior relación – más que asumir que el hecho es condenable en sí mismo. Porque a reglón seguido sigue justificando su violencia con el argumento que el orden por él impuesto ha sido quebrantado y frente a lo cual no quedaría más que imponerlo a la fuerza.

Mal, luego me sentía mal, porque ella me mostraba indiferencia. Me arrepentía y le pedía perdón. ‘Que por qué eres así, por qué eres asá, debes hablar’, ‘pero mira cómo quieres que te hable si, no encuentro nada, vengo de allá del trabajo mal humorado y vengo acá a tener otro tipo de problemas’.

Luego de las muestras de arrepentimiento y el pedido de perdón, su esposa lo disculpaba, con la invocación de que no volviera a suceder. De esta forma se iniciaba un nuevo periodo de calma, hasta un nuevo conflicto que no tardaría en aparecer.

Ella me decía que no lo volviera hacer, que por favor tratemos de entender mejor y esto. “Bueno, voy hacer lo que tú me dices, ya no va a haber problemas entre nosotros”, y así pasaba buen tiempo, uff, pasaba el tiempo y normal seguíamos

Manuel relata que la última vez que le pegó a su pareja fue hace un año, en una oportunidad en que regresando del trabajo no la encontró en casa y sus tres hijos estaban solos. A medida que pasaba el tiempo, no puede precisar cuánto, sentía que su cólera iba en aumento. Cuando ella llegó no le dio opción alguna de justificar su salida sin el permiso que él supone debía solicitarle.

En sus palabras se trasluce que él está al tanto del discurso antimachista y de la condena a la violencia contra la mujer, pero por encima de ello están sus deseos de castigar el desafío a su autoridad y restablecerla. Al parecer, fue la última vez que ella se atrevió a transgredir el ordenamiento por él dispuesto, y desde entonces se instaura, a los ojos de Manuel, la paz que tanto anhelaba, es decir la sumisión completa que no pudo conseguir en su anterior relación. A partir de ese momento para él todo marcha bien.

Sentí cólera, rabia, no le di opción a reclamos, no le di opción a que ella se manifestara. Le pegué, le metí una patada y una cacheta y un palazo, listo, santo remedio, para que no lo vuelva hacer. A mí solamente me llevó la cólera, la cólera y quería desquitarme, no me interesó si yo soy machista, que porque me imponga como varón que soy, no, eso no. Me dio cólera que haga eso y no me gustó, y sin consultar, por qué ha salido, no me dice nada. Después de eso ya no lo volvió a hacer, pa’qué, está ahí en su casa, ya yo voy, veo a mis hijos, ella también, conversamos, salimos a veces.

Manuel afirma que nunca forzó sexualmente a su esposa y siempre respetó su voluntad. Sólo en una ocasión en que quiso experimentar con otras variantes del acto sexual recibió el rechazo de ella, lo cual lo avergonzó, porque pensó haber transgredido los límites de lo socialmente esperado en las relaciones sexuales con la esposa, es decir, sólo las posiciones tradicionales y la actitud pasiva de ella. Según señala, siempre tiene en cuenta los deseos de ella y sólo tienen relaciones sexuales cuando ambos así lo quieren. En numerosos hombres las expectativas sexuales en la relación con su pareja resultan altamente contradictorias, pues por un lado buscan escoger para esposas a mujeres vírgenes y sin experiencia sexual, con una educación tradicional de fuertes represiones en este ámbito, por el miedo a la infidelidad; pero luego se quejan que ellas sean sumamente pasivas y que sus relaciones caigan en la monotonía, además, y éste es otro ingrediente de la contradicción, si ellas se apartan del molde tradicional, toman la iniciativa y se

vuelven más activas sexualmente, brotan las inseguridades masculinas y vuelve el miedo a ser víctimas de la infidelidad.

Ella quiere un acto sexual pasivo, o sea, tranquilo, no demostrarle agresividad. Sólo una vez yo le demostré así un acto sexual este, bastante posesivo, grotesco, no, y no le gustó a ella, para qué, no le gusta la grostedad, le gusta lo pasivo, lo tranquilo, la relación sexual normal. Francamente me dio vergüenza, me fui de pepa, me fui de cara, no debí hacer eso con ella, es mi esposa. Después normal, los dos sólo tranquilizamos nuestros ansias, normal. Si me dice no quiero, no me molesto, no la puedes obligar.

El miedo a la infidelidad es un fantasma que permanentemente ronda a hombres como Manuel y les exige asumir conductas totalmente controladoras con sus parejas, vigilando sus movimientos, intentando saber en cada momento dónde están, no permitiéndole dejar el ámbito doméstico sin su compañía. Para estos hombres todas las mujeres, débiles por naturaleza, son presas fáciles de hombres que como él siempre están al acecho para conquistarlas.

E: *¿Si alguna vez, por ejemplo, ella quiere ir al cine con una amiga, se lo impides?*

M: *No la dejo simplemente, ella tiene que salir conmigo, sino, no sale.*

E: *¿Por qué?*

M: *Porque, simplemente y llana razón que no, no me gustaría. De repente la chica la vaya a influir en algo pues, en irse por ahí, quedarse, no sé. Siento celos, me quedaría mal, de repente la chica la motiva a otra cosa.*

E: *¿Temes que te pueda sacar la vuelta?*

M: *Si. Así que mejor que no. No es que desconfíe de ella, pero de los otros sí, porque también uno es podrido, yo soy requete paseado así, mal pensado, pienso mal, para evitarme ese problema*

Una característica que se repite en varios hombres maltratadores, es que por un lado asumen actitudes muy controladoras y por otro dicen no dudar en entregarles a sus parejas todo lo que ganan, en base a la percepción que las mujeres son muy buenas administradoras de los pocos recursos económicos familiares. Además, se perciben a sí mismos como débiles e incontrolables cuando se dan las condiciones para gastar el dinero en alcohol, mujeres, droga, etc., descuidando sus roles como proveedor.

No le limito el dinero. No, yo le doy, la cantidad que yo gano le doy, y yo sé, si yo tengo dinero me lo gasto, pero mejor yo le digo que ella administre y que compre lo necesario para los bebes, alguna cosita que les falte.

Un número creciente de hombres controladores, como en el caso de Manuel, buscan que sus parejas trabajen, o en el peor de los casos se ven obligados a aceptar que ellas lo hagan, porque su rol como únicos proveedores hace ya varios años que se ha visto muy limitado por la falta de trabajo y/o por el bajísimo nivel de las remuneraciones que los hace sentir que solos no pueden cumplir con ese mandato social.

Yo de preferencia quisiera que trabaje, que realmente me apoye, porque yo solo ya no puedo. Contratamos una chica, caramba le pegamos tanto y que se quede al cuidado de mis hijos, solamente para que le cocine y los vea nada más, y que ella trabaje, pero no

pue, ella no trabaja, ella no me apoya en el aspecto del trabajo, yo bailo con mi pañuelo²², como dicen pues.

Un cambio que se percibe también, es que junto a roles tradicionales de género y al ejercicio de la violencia, se dan casos en que hay más disposición de los varones en participar en las tareas domésticas, aunque aún no se las asuma con naturalidad, y haya cierta desconfianza al no saber cuál será la reacción del medio (de allí la risa defensiva).

Siempre la apoyo, yo lavo la ropa, cocino a veces, por ejemplo hoy día he venido de lavar ropa de mis hijos, he estado lavando ropa (risa)



Desde muy niño Manuel experimentó la violencia, y aprendió que es la forma como se resuelven los conflictos a favor de uno, ya sea con objetivos deleznable y arbitrarios como los de su padre, o con razones justificadas cuando se trata del castigo que deberá imponer una autoridad cuando se ha trastocado el orden establecido, como en el caso de su madre. Se identificó con esta última de quien además sentía que le transmitía mucho amor. Así, aprendió e interiorizó que el castigo físico y el afecto que sientes por la persona a quien maltratas, no caminan separados cuando la razón es justa. Los maltratos que recibían su madre y él y sus hermanos, de parte del padre, nunca fueron aceptados, porque siempre le parecieron injustos, y unido al desamor y al desprecio que sintieron de parte de él, sólo le produjeron humillación, vergüenza, rencor y odio. Sin embargo, también experimentó en carne propia la sensación de poder que otorga el ejercicio de la violencia, aunque éste sea gratuito, como en el caso de su participación en la pandilla juvenil y le sirvió, según su testimonio, como medio para aumentar su pobre autoestima, producto de esas humillaciones recibidas de su padre. Aprendió que las agresiones contra otros era el medio para ejercer dominación frente a quienes se le oponen, y así evitar padecer él mismo la violencia y, sobre todo, no volver a ser humillado y avergonzado, lo que en el fondo es su mayor temor.

Durante la entrevista también fluyen aseveraciones contra la violencia hacia la mujer que denotan que tales discursos también le han llegado y constituyen un ingrediente más de sus sentimientos encontrados en torno al ejercicio de la violencia. Es muy probable que piense que la condena a la violencia contra la mujer es la actitud políticamente adecuada pero que se resiste a aceptarla interiormente, y frente al investigador, que asume tiene esa posición, trate de presentarse como políticamente correcto. Esto lo hace decir y desdecirse en la justificación que ensaya respeto al ejercicio de la violencia contra su pareja. Él sigue pensando que actúa con justicia pues es su deber mantener el orden que él como autoridad ha establecido. A su primera pareja le suplica que no provoque su violencia desafiando su autoridad, pues de lo contrario se verá inexorablemente obligado a castigarla.

Es aquí también cuando se mezclan distintos malestares en el ejercicio de la violencia. Primero, el que le ocasiona maltratar a un ser que dice que ama (esto queda expresamente claro en su primera relación); segundo, el malestar que le causa percibir que con la violencia física puede dejar de ser querido y abandonado (como en el caso de

²² “Cada uno baila con su pañuelo” es una expresión que alude a la manera como se baila “La Marinera”, baile nacional, y significa que cada uno se las arregla solo.

su segunda relación); tercero, el malestar que siente porque reconoce que pegar a una mujer es malo y, en sus propias palabras, uno no puede sentirse hombre pegando a una mujer; por último, el malestar que le produciría no castigar de manera ejemplar y disuasiva a su pareja cuando se siente desobedecido y cuando tiene muy interiorizado que es su deber hacerlo para imponer su autoridad y donde, en última instancia como aprendió en su paso por la pandilla, se jugaría probablemente su autoestima. Hay que tener en cuenta las palabras que utiliza Manuel como una muletilla para explicar sus hechos de violencia: “es que me ha faltado”, eso probablemente le estaría haciendo revivir las humillaciones recibidas del padre, y el deseo de no volver a pasar por ese trance humillante. Entonces, el evitar este último malestar es el que más peso tiene en el comportamiento violento de Manuel. Si no logra ejercer el control de la relación aún con la violencia física, como en su primera relación, el malestar se acrecienta y el espiral violento también, mientras si logra su cometido, el de someter a la pareja, como en su segunda experiencia conyugal, todos los demás malestares se disipan.

Las ansias controladoras de Manuel también son contradictorias y por eso presentan resquicios que otorgan cierta libertad de movimientos a su pareja, debido a necesidades económicas. Por un lado, su inmenso temor a ser víctima de infidelidad de parte de su pareja y el miedo a ser abandonado por otro, lo hacen controlar sus movimientos y sus relaciones amicales. Hay que tener en cuenta el bajo nivel de autoestima de Manuel, que él mismo admite en su testimonio, producto de toda su experiencia de vida. Por otro, las necesidades económicas y el reconocimiento que él solo no puede enfrentar el rol de proveedor, lo obligan a considerar que ella también debe salir a trabajar, aunque esto signifique la pérdida del control absoluto. Esto, unido al hecho que reconozca que ella es la única que puede administrar eficientemente los pocos recursos económicos que él consigue, lo cual también le otorga a su pareja alguna libertad de movimientos, hacen que el mundo real en que se mueve Manuel le produzca aún más inseguridades a sus necesidades de dominación y control. Por ahora, gracias al ejercicio de la violencia, siente que todo lo mantiene bajo control, consiguiendo restablecer sus privilegios, y logrando una situación que ampliamente disfruta. En el último año, ante la sumisión de ella, aduce que no se ha sentido obligado a desatar la violencia física, pero ésta se mantendrá latente hasta la próxima ocasión cuando vuelva el inevitable conflicto.

MATEO, 42 AÑOS. *“Pienso que por temor a que la golpee, no camine alegremente con otro”*

Mateo vive en la ciudad de Cusco, no terminó la secundaria, pero sí aprendió varios oficios; primero, el de mecánico de automotores y posteriormente, el de técnico electricista que es el que actualmente desempeña, aunque pasa periodos en los que no encuentra clientes y se mantiene desempleado. Convive hace 20 años con una mujer de la misma edad que él, de quien se enamoró sin saber que era separada y tenía dos hijos, situación que sigue siendo motivo permanente de conflictos. Ella eventualmente comercializa algunos productos y la relación que necesariamente debe entablar con el público le crea a Mateo muchas inseguridades respecto a la fidelidad de su pareja, siendo también fuente de conflictos. De su relación tienen cuatro hijos que ahora son adolescentes. Tiene un amplio record de maltratos físicos y emocionales contra su pareja

y numerosas denuncias ante la policía, algunas de las cuales han llegado a procesos judiciales que siempre terminaron en conciliación.

Nació en Quillabamba – La Convención, ciudad ubicada en la selva alta de Cusco. Cuando apenas era un recién nacido sus padres se separaron. A su madre, que debía trabajar para sobrevivir, no le quedó más remedio que entregarlo a la abuela, que vivía en la provincia de Acomayo, para que lo criara. Mateo nunca conoció a su padre, y a su madre la veía una o dos veces al año cuando por pocos días iba a visitarlo. Nunca entendió por qué lo abandonaron sus padres y siempre sintió el vacío de afecto de cada uno de ellos pues, además, ni la abuela ni algunas tías solteras que vivían con ella, le dieron el cariño que necesitaba, lo que, según Mateo, afectó su autoestima. Contrariamente, eran muy rigurosas en los castigos físicos frente a cualquier falta que cometiera como cuando el ganado que llevaba a pastar se escapaba e ingresaba a terreno ajeno, de esta manera lo disuadían de que se distrajera jugando. De la misma forma, en la escuela los maestros fueron muy severos con él, fue acostumbrándose a que el maltrato físico era el modo de castigar el incumplimiento de las tareas escolares o sus travesuras infantiles.

A partir de los 15 años se inició en las relaciones sexuales con algunas muchachas que, como él, llevaban su ganado a pastar al campo, siendo todas esas experiencias pasajeras. A los 16 años aprende el oficio de mecánico automotriz ayudando en un taller de mecánica. Esto le permite independizarse de la tutela de la abuela y alquilar un cuarto para vivir en el pueblo. Algunos años después, consigue ser contratado por el Ministerio de Transportes como mecánico, pudiendo viajar con este trabajo a varios lugares.

Cuando tenía 22 años fue enviado a trabajar a Puerto Maldonado, donde conoció a la que ha sido durante todos estos años su conviviente. Ella, una mujer de su misma edad, trabajaba en un bar ubicado muy cerca del lugar donde él vivía. Se hicieron amigos y se sintieron muy atraídos decidiendo prontamente convivir. Estando casi un año juntos, Mateo se enteró por una hermana de ella que llegó a visitarlos que su pareja era separada y que tenía dos hijos los cuales vivían con el padre. Esto le significó una gran sorpresa y, aunque le recriminó a su pareja su falta de sinceridad para con él, sentía que la quería y la necesitaba, así que decidió continuar la relación. Pocos meses después ella salió embarazada a pesar que se cuidaba con procedimientos caseros como los lavados vaginales. Si bien aún no lo esperaban, Mateo recibió la noticia con satisfacción, pues constituía para él la mejor prueba de que se había realizado como un hombre pleno.

Bueno tampoco estuvo mal (que saliera embarazada), sino que más hombre me he sentido.

Los siguientes tres hijos llegaron de la misma forma, combinando prácticas anticonceptivas tradicionales y modernas las cuales en algún momento fallaron, y aunque afirma que ninguno de ellos fue planificado, en todos los casos los esperó con mucha satisfacción.

Desde los primeros tiempos de la convivencia se iniciaron los conflictos que culminaban en actos de violencia contra su pareja. El detonante para ejercer violencia ha sido la inseguridad, el gran temor a no ser querido. Así, desde su concepción machista fuertemente interiorizada, en cada servicio que él esperaba recibir como hombre y que no era atendido, en cada falta a las obligaciones domésticas de su pareja, o en cada demora

de ella al volver a casa, Mateo interpretaba señales de desinterés por él y por tanto que se estaba fermentando la posibilidad del abandono. Entonces, su sufrimiento se volvía intenso e iba creciendo a medida que transcurrían los minutos.

Sí, le he pegado, a raíz de a veces, por falta de que, a veces la comida no estaba a tiempo como debe ser, o de repente tarde llega, algo así. Um, es que pienso que anda por ahí, o algún sitio, o más conversa con los vecinos, y me da cólera, tengo los sentimientos de que puede pasar algo... de repente temor que llegamos a separarnos, así más o menos. Cuando llega tarde, um, bueno, me pongo un poco celoso. Pienso que por ahí con alguien está conversando, alguien está filmando, o le está dando la hora... Internamente sufro.

Con la violencia busca amedrentarla para impedirle cualquier movimiento o relación personal que no esté previamente controlado por él, para que ella lo sirva prestamente y con esto, supuestamente, minimizar sus sentimientos de inseguridad.

E- *¿Qué buscas golpeándola?*

M: *Quiero poner en la recto, que debe caminar, no debe conversar mucho, saber dónde está, de repente tratar de satisfacer lo que yo necesito, eso es lo que quiero. Así intento corregirlo, a veces con gritos así. Pienso, que con el temor que la golpeo, de repente no haga otras cosas.*

Un aspecto que ha incrementado enormemente su inseguridad y su sufrimiento cotidiano, es el pensar que no ha sido el primero en la vida de su pareja. Generalmente muchos hombres buscan que la futura esposa, al momento de conocerla, sea virgen, por el miedo a que si ella tiene experiencias sexuales previas, puede ser comparado con los otros y temen perder en esa imaginaria competencia. Esto ocurre con mayor fuerza cuando se trata de un hombre con tan baja autoestima como la que acepta en su testimonio Mateo, entonces el temor a ser abandonado por otros hombres mejores que él lo atormenta permanentemente.

E: *¿Por qué se siente tan inseguro de la fidelidad de ella?*

M: *O sea que me recuerdo cosas pasadas. Um, que tenía su marido*

E: *¿Que ha estado con otro antes que usted, y eso le hace sufrir?*

M: *Um ... sí. Pienso de repente quiere caminar así más o menos con otro hombre, tal vez mejor.*

Existe otro hecho que aumentó aún más su inseguridad y sus celos. Luego de tener el cuarto hijo, pensaron que no podían seguir teniendo más porque su situación económica ya resultaba muy agobiante. Mateo a veces conseguía trabajo y pasaba largos períodos de para. Así que decidieron que ella se hiciera una esterilización quirúrgica. A partir de entonces los celos se han incrementado y los fantasmas de la infidelidad le rondan con más frecuencia. Aquí se repiten las mismas actitudes contradictorias y sentimientos encontrados de muchos hombres que, por un lado, no desean tener más hijos, pero por el otro, no permiten que sus parejas usen métodos anticonceptivos modernos porque temen perder el control de la sexualidad de ellas²³

Pienso que camina con ganas de sacarme la vuelta, o sea, que aprovecha, porque ligamos luego de tenerlo mi último hijo, y le hicimos operar para que no tenga hijo más. O sea, puede estar con otro sin temor a tener hijo y tengo desconfianza.

²³ Al respecto ver Ramos, 2003.

Cuando su pareja se siente acosada, reacciona agresivamente insultándolo y humillándolo, inclusive en público, haciendo alusiones a su fea apariencia, lo cual acrecienta su inseguridad y deseos de violentarla para revertir la situación a su favor

M: *Ella me trata de menospreciar, humillarme, me habla así, por ejemplo, que yo soy un feo y otras cosas, por ejemplo, que yo tengo cara renegada, así más o menos, si.*

E: *¿Y se lo ha dicho delante de otras personas?*

M: *Sí*

E: *¿Y cómo se ha sentido usted cuando ha ocurrido eso?*

M: *Muy incómodo y me molesto mucho*

Las palizas que desata contra su pareja son, en todos los casos, por simples sospechas. Cualquier situación que la vincule indirectamente con alguien del sexo masculino es interpretada con un indicio de infidelidad, entonces el temor lo abraza, y golpeándola siente momentáneamente que de esta forma logrará disuadirla a que no lo abandone por otro.

Eh, una vez ha traído un pantalón de un hombre y ahí la golpeé. O sea, que había llegado con su bulto y dentro de ese bulto estaba un pantalón²⁴, entonces, sentí celos. Así, para que por temor no vuelva a cometer.

Pero este sentimiento es ambivalente, pues frente a la reacción de ella de llorar y desear irse de la casa, renace nuevamente el temor a ser abandonado y entonces se arrepiente y piensa que el problema se empeora. A pesar que razona que está mal maltratar a quien es su compañera y con quien se tiene un vínculo afectivo, continúa justificando el maltrato como forma de someterla, pero cada vez está menos seguro de la eficacia de la violencia, pues el peligro del abandono se hace real y porque genera la respuesta agresiva de su pareja.

E: *¿Luego de golpearla usted qué siente?*

M: *Me arrepiento a veces. Cuando comienza a llorar, o se pone triste, y quiere irse donde sus padres así, siempre me he arrepentido*

E: *¿Por qué se arrepiente?*

M: *Porque con ella paso, día y noche, malo o bueno*

E: *¿Entonces, no existen motivos que justifiquen pegarle a la mujer?*

M: *Es que quiero ponerla en recto, pero también peor creo que es.*

E: *¿Por qué es peor?*

M: *Porque, no sé qué, más se empeora la problema. En, a veces llegamos hasta enojarnos, hasta meternos la mano, por eso.*

Sin embargo, en ocasiones en que lo ha amenazado con irse, ha vuelto a utilizar la violencia física para someterla, a pesar de ser consciente de las consecuencias contraproducentes en relación a su objetivo.

Cada vez que me menciona que se quiere ir me cansa, una vez le tiré un lapo

Otras situaciones que le hacen pensar que los hechos empeoran con la violencia hacia su pareja, son las denuncias policiales y la apertura de procesos judiciales en su contra. Sin embargo, al parecer, éstos de por sí no han sido disuasivos, ya que la figura de la conciliación que anteriormente estaba incorporada en el proceso judicial, hacía que

²⁴ Ella de vez en cuando lava ropa en otras casas para ayudarse económicamente.

muchas veces la mujer se sintiera presionada a perdonar a su agresor, en una negociación asimétrica y con nulas alternativas de escape para ella. Esta situación podía repetirse al infinito y el agresor salir liberado con la sola promesa de no volver a cometerla. Así ha sucedido y en varias oportunidades en el caso de Mateo y su pareja.

M: *Varias veces me ha denunciado*

E: *¿Cuál fue la causa de las denuncias?*

M: *Um, o sea porque agredía a mi esposa. Por los chismes o porque conversaba con los vecinos, tal vez, me enojaba, respondía mal. Me ha denunciado, a veces borracho llegaba y de repente le pegaba y una serie de cosas.*

E: *¿Y qué ha pasado con esas denuncias?*

M: *Conciliamos, nos hicieron hacer una acta de compromiso, eh, con una multa, no se cuánto era, cincuenta (Soles) creo. Al final lo rompemos eso, reconciliamos, vamos a vivir, tranquilo.*

E: *¿Qué hizo para que ella conciliara, y aceptara volver con usted?*

M: *Um, simplemente conversamos, trato de disculparme, que no iba ocurrir, así*

E: *¿Pero, esto ha ocurrido varias veces?*

M: *Um, me denunció tres veces. Igual siempre conciliamos*

Mateo confiesa que sólo en una ocasión forzó sexualmente a su pareja. En esa oportunidad nuevamente su inseguridad hizo que interpretara la negativa de ella como una consecuencia de una probable infidelidad. Entonces los celos provocaron sus deseos de castigarla violándola y de esta forma intentar retomar el control de una sexualidad que la sentía esquiva.

Ah, una vez le he forzado sexualmente yo. Hace 8 meses más o menos. Realmente ella no quiso y de repente no más la agarré a la fuerza. Yo decía, de repente tiene otro o ha hecho con alguien por eso no quiere, no, algo así. En ese momento sentí cólera o de repente así los celos. Ajá, y la agarré a la fuerza.

Pero la experiencia le causó malestar, porque pensó estar haciendo algo indebido. Mateo piensa que forzar sexualmente a una mujer, por más que sea su esposa, es malo y eso le ocasiona sentimientos de culpa. Es probable que en ocasiones similares en las que la inseguridad respecto al control de la sexualidad de su pareja lo envuelva, nuevamente utilice la violencia sexual para imponerse y para tener una sensación temporal de poder.

E: *¿Y luego de hacer la relación sexual a la fuerza, usted qué sintió?*

M: *No me sentía bien. Porque pienso que no estamos haciendo como debe ser.*

Entrevistador: *¿Pero no piensa que la mujer siempre tiene que aceptar al varón aunque ella no quiera?*

M: *Um, no creo.*

E: *¿Y luego, cuál fue la reacción de ella?*

M: *Bueno, de repente internamente renegar lo que era, más o menos, sí, pienso que renegado quedó.*

E: *Y usted me dice que se sintió mal. Pero ¿no se sintió desfogado?*

M: *No*

Tratando de entender los argumentos contradictorios en torno a la justificación o no de la violencia contra la mujer, encontramos en primer lugar una actitud contraria a la violencia física, pero no hacia la violencia verbal. Sin embargo, trata de justificar que en la práctica ejerza violencia física contra su pareja, a pesar de estar en contra de ésta, por la pérdida del autocontrol en ese momento a lo que denomina “nerviosidad”. Pero “puesto contra las

cuerdas”, su argumento de por qué se frena frente a otros en situaciones similares, considera que lo hace porque con la única persona que puede ejercer poder es con su pareja.

E: *¿Usted piensa que los hombres tienen derecho a pegarle a sus parejas cuando consideran que ellas han cometido una falta?*

M: *No, no hay derecho de pegarle porque sí, yo pienso más bien que hay que conversar, y si no acepta, agredir, así, verbal.*

E: *¿Qué está ocurriendo entonces cuando un hombre piensa que no es correcto pegarle a una mujer, pero de todas maneras le pega?*

M: *Pienso que es por la nerviosidad de ese rato.*

E: *¿Y si por ejemplo, piense que su jefe en el trabajo o un amigo le han faltado, igual que su mujer, ahí la nerviosidad le lleva a pegarle a ellos también?*

M: *No*

E: *¿Y por qué sí a su mujer?*

M: *Es que es mi mujer, con otros no tengo ese vínculo.*

Desde hace poco menos de un año que Mateo no ha vuelto a maltratar físicamente a su pareja y en eso ha tenido que ver el deterioro físico de ella causado por dos hechos: el primero, fue una operación a la vesícula de la cual no quedó del todo bien; meses después, un accidente de tránsito que le ocasionó diversas fracturas y de las cuales no se ha recuperado totalmente. Tiene miedo que al golpearla pueda agravarse algunas de sus dolencias, y contiene las ganas de hacerlo.

Continúa sintiendo gran malestar cuando no logra tener bajo control los desplazamientos de su pareja, sus temores a una posible infidelidad resultan bastante paranoicos y son para él fuente de sufrimiento incesante.

Quiero saber siempre dónde está, porque quiero verlo cómo camina todo. A veces pienso que, siempre una escapada se da, a un restaurant tal vez, o alguien lo está esperando. Cuando no se dónde está me siento muy incómodo, entonces pienso que alegremente con otro anda.

Al parecer, su pareja se resiste al sometimiento que Mateo quiere imponerle y desarrolla sus actividades tratando de ignorar sus exigencias de autoridad, pero no se libra de la violencia verbal que descarga sobre ella y con la que intenta volver a someterla.

E: *¿Le pide permiso para salir?*

M: *A mí nunca me pide*

E: *¿Y usted quisiera que le pida?*

M: *Um, sí quisiera.*

E: *Y cuando no le pide permiso ¿cómo se siente usted?*

M: *Renegado, pienso dónde va, por qué está andando por ahí. Por esos motivos la insulto.*

Mateo utiliza diversas formas de maltrato emocional en su casa, siendo una de ellas el asumir decisiones sin tomar en cuenta la opinión de ella, lo cual es justificado con el simple argumento que es el hombre de la casa y ese estatus le da el privilegio de hacerlo. En sus palabras existe también el temor a ser dominado por las mujeres, y de allí su necesidad imperiosa de reafirmar su estatus de autoridad.

E: *¿Toma decisiones sin consultar con ella, en cuestiones que a ella también le concierne?*

M: Siempre tomo sin consultarla. Porque realmente nuestra conversación no cabe. A veces me contradice, entonces no entramos de acuerdo, entonces, mejor no le digo nada y lo hago.

E: ¿Cree que tiene derecho a hacerlo sin consultarle?

M: Oh, sí. Porque soy varón de la casa y yo soy el que mando y no puedo dejarme mangonear²⁵.

Otras formas de controlar y someter a la pareja son: el no permitirle trabajar fuera del hogar, impedirle que salga sin él, prohibirle que vea a determinados familiares por el temor que la indispongán contra él, etc.

-Le he prohibido que vea a sus hermanos porque daban malos consejos y le habían dicho que se separara de mí, algo así, entonces por eso prohibí.

-No quiero que trabaje fuera de la casa, porque tiene que estar en la casa.

-No dejo que vaya sola a una fiesta, ni al cine, siempre tiene que ir conmigo.

La actitud de Mateo con respecto a su pareja va en contra de su precaria situación económica pues durante periodos está sin trabajo y por tanto sin ingresos. Entonces, a pesar de las prohibiciones, ella busca ingresos adicionales trabajando esporádicamente como vendedora ambulante o lavandera, frente a lo cual sólo le queda a Mateo rumiar su malestar.



Éste es el perfil de un hombre, que si bien no tuvo el referente directo del maltrato de su padre contra su madre como en otros casos, pues ellos estuvieron ausentes, aprendió del entorno cómo la violencia puede ser un medio de ejercicio de poder y de sometimiento. Mateo experimentó en carne propia desde muy niño los castigos físicos de parte de sus parientes cercanos y de sus profesores en la escuela y el objetivo disuasivo que buscaban. Junto con ello, su experiencia infantil carente de cariño habría quizás influido en forjar una personalidad muy insegura y con una escasa autoestima. Hay que tener en cuenta también lo que significó para su amor propio el sentirse abandonado por ambos padres y por tanto, el sentimiento de rechazo que fue incubando desde su corta edad, lo cual le resultaba incomprensible y provocaba un gran dolor emocional.

Sus actitudes machistas que no esconde y la forma de pensar autoritaria hacia las mujeres, de la misma forma, fueron aprendidas de la observación del entorno social, más que del contexto familiar inmediato donde se crió entre mujeres. Habiendo constatado que las mujeres también pueden ser muy violentas y ejercer poder, como lo hicieron con él cuando niño, probablemente existe el miedo que esto vuelva a suceder y de allí también la necesidad de reafirmar permanentemente su autoridad y el ejercicio de poder.

Nancy Chodorow (1999), afirma que los niños que, como Mateo, no tienen un modelo paterno cercano, buscan contraponerse a todo lo femenino para identificarse como varones. Su masculinidad se construirá básicamente en un antagonismo hacia la mujer, más que en una identificación con el hombre. Por lo tanto, un niño varón sin padre tenderá a adoptar con más facilidad las actitudes misóginas que le ayudarán a diferenciarse de las mujeres en general. Sin embargo, consideramos que Mateo y niños

²⁵ Manipular, conseguir someterlo, ponerlo a disposición de ella

en circunstancias similares – en el contexto social en el que viven, más allá del familiar – tienen muchos referentes del comportamiento de dominación y sometimiento de los hombres en relación a las mujeres, los que le permiten construir su masculinidad identificándose con estos hombres y no sólo en antagonismo con las mujeres.

La pareja de Mateo resultó una especie de salvavidas en sus ansias de ser querido, al cual debería asirse desesperadamente. Su permanente temor a ser abandonado, a dejar de ser querido lo atormenta y se convierte en un perenne sufrimiento y en una permanente pesadilla. Sus celos, que básicamente surgen del temor a perder el control de la sexualidad de su pareja, producto de la manera en que se construye social y culturalmente la relación entre los géneros, se ven incrementados por el terror al abandono, y como lo señala Dutton y Golant (1997), por el terror de perder nuevamente a la madre, que, a su debido tiempo, se ha transformado en el terror de perder a la pareja. Entonces, ahora que piensa que tiene el poder de hacerlo frente a una mujer, social y culturalmente considerada inferior, utiliza la violencia de la forma que aprendió desde niño, para disuadir cualquier intento de abandono, que en la práctica resulta imaginario y probablemente producto de su muy baja auto valoración. Sin embargo, se da cuenta que esa forma desesperada de retener a su pareja le resulta ambivalente a sus fines, porque si bien logra controlar su movilidad, a la vez ella ha amenazado con dejarlo y esa posibilidad incrementa aún más su malestar.

Al igual que en otros hombres golpeadores, Mateo plantea que no está bien pegar a una mujer porque es su compañera de toda la vida a quien le tiene afecto, pero inmediatamente se justifica aduciendo que es la única forma que conoce para corregirla en la desatención hacia él y en atemorizarla para que no lo abandone con otro. Por ratos ensaya otra justificación aduciendo que es producto de un momento que llama de “nerviosidad”, pero él mismo reconoce que ésta sólo se da con quien puede ejercer poder y en este caso, sólo con su esposa. Por el momento, el deterioro físico de su pareja lo ha frenado en el intento de agredirla físicamente, entonces utiliza la agresión verbal y otras formas de abuso de poder para controlarla. De su relato se desprende que las estrategias de resistencia de su pareja hacen que sus intentos no sean del todo posibles y esto lo llena de un malestar que se va acumulando y en algún momento estallará. Muy probablemente, su imaginario temor al abandono, por esas prácticas violentas que buscan revertirla, se convertirá en una profecía auto cumplida.

JOSE, 29 AÑOS. “Buscaba que otra vez no se comporte así, trataba de corregirla”

José estudió la secundaria completa y actualmente trabaja de manera independiente en un taller de zapatería en la ciudad de Cusco. Hace cuatro años inició una relación de convivencia y tiene dos niños. Su pareja, que también tiene secundaria completa, trabaja en una pequeña tienda de abarrotes que funciona en el primer piso de su casa. José confiesa que en sólo dos oportunidades utilizó el maltrato físico contra su pareja, la última, un mes antes de la entrevista, pero cotidianamente ejerce otras formas de control y violencia emocional hacia ella.

Nació en Arequipa y vivió en esa ciudad hasta la edad de siete años que es cuando la familia decide mudarse a la ciudad de Cusco, porque su padre recibió una oferta de

trabajo más conveniente. Fue el penúltimo de nueve hermanos, cuatro de los cuales fueron hombres y cinco, mujeres. Durante su infancia no pasaron grandes apuros económicos, su padre trabajaba en un camal, donde además del sueldo que le pagaban, le permitían comercializar con el cuero y la lana de algunos animales que sacrificaban. Los problemas conyugales entre sus padres se suscitaban porque su padre bebía alcohol cotidianamente y cada vez que llegaba a casa en estado etílico, se iniciaban las discusiones con su madre a quien no le gustaba verlo ebrio y terminaban en maltratos físicos contra ella. José presenciaba esas escenas con mucho malestar y sus intentos de evitarlas eran vanos, pues su padre lo obligaba a mantenerse al margen.

Cuando veía eso sentía amargura, ¿por qué están peleando ustedes, parecen chiquillos! Yo quería solamente separarles pe. Decía mi papá: ¡No te metas, tú anda allá, tú no sabes!, me mandaba a rodar.

José sentía mucha angustia cuando veía a su padre ebrio porque sabía que se reiniciaban las tormentas en casa y se propuso evitarlas. Así, se convirtió en una especie de guardián de su padre, calculando la hora de su salida para presentarse en el trabajo y disuadirlo de que no vaya a la cantina con los amigos. Cuando no podía evitarlo, esperaba pacientemente para ayudarlo a llegar a casa sin contratiempos. Esto hizo que su padre le tuviera mucho afecto y así José lo sintió. Sin embargo, el único que lo castigó físicamente fue él, su madre nunca. José justifica esos maltratos porque eran causados por transgresiones a sus obligaciones o desobediencias cometidas.

Mi padre sí me ha pegado, o sea, por lo que no le hacía caso, ¿no?, o de repente le contestaba o he cometido el error, ¿no?, por eso me está sobando, o sea, me está pegando, ¿no? Mi mamá no, mi mamá no me ha pegado, hay veces me llamaba la atención, también tiene derecho porque es mi madre.

Cuando llegó a la adolescencia las discusiones de sus padres continuaron, pero no volvió a presenciar violencia física, aunque cada vez que éstas se iniciaban el temor de José a que las agresiones contra su madre empezaran crecía a medida que pasaban los minutos y un gran dolor lo invadía.

Yo pensaba de repente van a pelear, que puede haber problemas. Yo sentía un gran dolor, o sea, que no pase nada, ¿no?, o sea, dolor, que no pase nada.

Durante la adolescencia se dieron varias ocasiones en las que se lió a golpes con otro muchacho cuando se sintió agredido, no sólo para defenderse sino también para demostrar a los demás que no se dejaría someter, en última instancia que no sería un “pisado”, es decir, un “menos hombre” y, por tanto, no se convertiría en objeto de burla y escarnio de los demás hombres.

En una ocasión jugando fulbito, ambos hemos saltado a cabecear la pelota. Yo también le codié, de eso él reaccionó y me mandó un lapo. Sí, es por eso que yo reaccioné, no me quedé atrás. Si no reacciono los amigos miran mal, ¿no?, este pata no sabe pelear, es este callado, critican pe, te tienen pisao, dicen.

Su primera enamorada la tuvo a los dieciocho años. Era una muchacha de la ciudad de Quillabamba de la misma edad que él. Con ella se inició sexualmente, aunque esta chica ya había tenido experiencia sexual previa. Este hecho le creó mucha inseguridad a José, así que permanentemente sospechaba que ella le era infiel. En una oportunidad que la

esperó escondido en la puerta de su trabajo, vio que ella se embarcaba en un taxi con un hombre, lo cual le ocasionó una crisis de celos. Poco después que la tuvo al frente la violentó físicamente como un acto de represalia y terminó con ella.

Ella ya había sido una chica recorrida, había tenido otros, y eso me molestaba porque a mí no me gusta pe. No confiaba en ella. Una vez yo he ido a esperarla a su trabajo, y le vi subirse a un taxi con un chico y yo me escondí, y la he seguido pe, y se ha ido hacia abajo, es por eso que yo le pateé.

Luego de estar con ella tuvo un par de enamoradas con quienes anduvo por muy poco tiempo. A la edad de 23 años conoció, en la fiesta de promoción de un colegio, a la que actualmente es su esposa, quien en ese entonces tenía 19 años. Mantuvieron una relación de enamorados por un año, hasta que a José, que por entonces trabajaba como técnico de mantenimiento en la sanidad del ejército, lo enviaron a trabajar a Lima. Por nueve meses no se vieron, sólo se comunicaron por teléfono, y el deseo de estar juntos los motivó a decidirse a iniciar la convivencia. Ella viajó a Lima y al cabo de año y medio de vida conyugal quedó embarazada. Convinieron que era mejor para ella continuar el embarazo en Cusco para contar con el apoyo familiar. Pero ella no quiso viajar sola y menos estar sin él, así que José se vio obligado a renunciar a su trabajo y a emprender el regreso al Cusco junto a su pareja. Un año después de tener a su hijo, nuevamente salió embarazada a pesar que, como aduce José, se cuidaban con preservativos. La posibilidad de tener otro hijo de manera tan inmediata y en una coyuntura en la cual no tenía un trabajo estable, ocasionó que José presione a su pareja a interrumpir el embarazo. Sin embargo, ella se opuso y tuvo el apoyo de la mamá de él, quien incluso les ofreció criarlo si ellos no podían hacerlo, todo lo cual hizo que José se resignara a tenerlo.

Durante su aún corta convivencia se han sucedido una serie de conflictos que tienen como lugar común el hecho que ella no respete la autoridad que él quiere imponer, o que sienta que su autoridad quiere ser rebasada y quedar él como “el pisado” en la relación, fantasma que lo persigue desde la adolescencia, al igual que a muchos hombres. En dos ocasiones ha utilizado la violencia física, cuando la violencia verbal no bastó para imponerse.

Desde un principio siempre había discusiones, no le gustaba a ella que le digan algo. O sea, digamos, yo le llamaba la atención, ahí mismo me contestaba. A veces discutíamos, en dos veces he llegado a meter la mano porque ya no me aguantaba. O sea, porque no me entendía, me gritaba, me quería mandonear.

Los intentos de la mujer de resistir al comportamiento irresponsable de José y a la falta de respeto a su familia, son interpretados por él como obstáculos y formas de control a sus privilegios masculinos de vivir sin dar cuenta a nadie de sus actos. Esta actitud desafiante de su esposa le provoca malestar porque pone en entredicho su posición de autoridad, entonces intenta en primer lugar someterla mediante la violencia verbal - “primero le hablé”- como no lo consigue, utiliza la violencia física. El hecho que ella resista a la agresión física hace que José, en su afán de someterla a como de lugar, culmine con una paliza contra ella.

Hace un año tuve una discusión, vine borracho, de eso no más ella dijo: -¡Eso, vienes borracho, paras tomando, tus amigos que te den de comer pe!-, así me dijo, ¿no?. O sea, me amargué pe. ¡Por qué tú me tratas así!, le dije, ¿tú sabes muy bien que mis amigos me dan de comer? Yo sentí amargura pue. Primero le hablé ¿no?, y me gritó: -¡Aaah te vas!-,

me botó del cuarto, ahí me amargué, le mandé su cachetada, de eso, de eso me ha respondido, con la silla me a golpeo, y por eso yo le he pegado más.

José sabe que su proceder es incorrecto, él mismo repudiaba el comportamiento violento de su padre contra su madre en similares circunstancias, pero más pueden sus ansias de imponerse. Pide perdón y promete no volver a hacerlo, trata de evadir en algo su responsabilidad por el hecho de estar ebrio, pero a reglón seguido justifica su actuación dando por sentado que fue provocado e implora que no vuelva a desafiar su autoridad, porque de lo contrario probablemente, muy a su pesar, se vería nuevamente obligado a ejercer violencia para reestablecer la autoridad.

Después me arrepentí, porque es, como estaba mareado, me arrepentí, entre mí decía, cómo he podido actuar de esa manera. Me disculpé, le he pedido perdón a ella, ya no va volver a pasar esto, pero por favor tampoco me respondas así.

La segunda oportunidad ocurrió un mes antes de la entrevista. Todo empezó porque una tarde no permitió que ella encendiera el televisor mientras él escuchaba en la radio su partido de fútbol, un privilegio masculino que no es concedido en los mismos términos cuando ellas quieren hacer lo mismo. Ella se molestó y comentó que ya estaba reuniendo un dinero para comprarse su propio televisor. José intenta desvalorizar las formas de resistencia de su pareja, calificándolas peyorativamente de “zonzeras”, pero las siente como un desafío a su autoridad. No responde en ese momento con violencia, pero se empieza a cargar de malestar.

De eso nomá, que me ha empezado hablar zonzeras, no, que voy a comprarme un televisor a colores, que estoy juntando para eso, que guárdatelo, que ya no queremos. Me estuve aguantando no más.

A la mañana siguiente, luego de jugar un partido de fútbol regresó a casa algo mareado pues estuvo bebiendo con sus amigos. Encontró a su padre a quien le invitó a tomar una cerveza, así que salió de la casa a comprar una botella y cuando volvió, su esposa que había estado presenciando la escena, le cerró las dos puertas de acceso a la casa. José interpreta las actitudes de resistencia a sus actos de prepotencia como provocaciones que se van acumulando y que llega un momento en que siente la necesidad de responder violentamente

De eso pe yo me amargué, entré y le mandé su lapo, ¡Por qué me cierras la puerta si sabes muy bien que estoy acá!, por eso nomá. O sea, me acordé pe, lo que me estaba haciendo ya de más antes.

Con el maltrato físico busca amedrentarla, que no vuelva a atreverse a poner en cuestión su autoridad, que no se resista a someterse.

E: *¿Con esa cachetada qué buscabas, le querías probar algo?*

J: *O sea, que otra vez ya no se comporte así. Trataba de corregirla pe.*

En la conversación siguiente queda claramente establecido que el ejercicio de la violencia contra su pareja lo hace desde un contexto en el que se da un desbalance de poder a su favor, y no sería capaz de actuar de la misma manera, ante una afrenta similar, si es que no se diera esa condición, salvo el riesgo de poner en peligro su integridad física.

E: Te pongo un ejemplo, si hubiera sido tu hermano o un amigo, quien te hubiera cerrado la puerta, ¿le hubieras tirado la cachetada?

J: No

E: ¿Por qué en el caso de tu esposa y no en el caso de otra persona?

J: Es que en el caso de otra persona es diferente. Es que tú no le puedes meter a otra persona la mano, porque si yo le metería la mano de repente me responde.

E: ¡Ah ya!, ¿y tu esposa no te responde?

J: De repente podría responderme, también.

E: Pero no temes esa respuesta, porque sabes que no te produce mayor daño.

J: Um... no pue.

José está convencido que es deber del esposo corregir a la esposa, como si se tratara de una menor de edad, y si ella se muestra rebelde llegará un momento en el que será necesario imponerse usando el castigo físico.

J: A las mujeres en su momento hay que pegarles, cuando ellas se exceden mucho

E: ¿Y si no le pegas cuando consideras que es el momento de pegarle?

J: Seguiría comportándose igual pue

E: ¿Sientes que es tu obligación hacerlo?

J: Claro. O sea, yo como su esposo pue, ¿no?

En varias ocasiones, luego de alguna fuerte discusión o cuando ha sido agredida físicamente, su esposa lo amenaza con irse lejos o se va por algunos días a casa de sus padres. José debe ir a pedirle perdón y rogarle que vuelva. Hasta el momento ella ha aceptado las disculpas y los propósitos de enmienda. Sin embargo estas amenazas de abandono le crean mucho malestar a José y sus celos se incrementan. Así, cada vez que ella sale de la casa para participar en actividades de las organizaciones del barrio, llámense vaso de leche y comedor popular, los celos lo invaden y el miedo a ser abandonado por otro hombre se apodera de él. Esto hace que quiera saber siempre dónde está, a qué hora sale y regresa y el malestar cuando desconoce su exacto paradero o se demora más de lo acordado va en aumento.

De repente ella me miente ¿no?, de repente está diciendo a tal parte y no va, porque yo, cuando ella no viene, yo voy a buscarla. De repente estará con alguien ¿no?. Siento celos, me siento muy mal, porque una vez me dijo ella, -"Un día de estos me voy a ir lejos"-, me dijo, yo me pongo a pensar, de repente se puede ir con alguien.

Cuando se presenta la ocasión de acudir a una actividad social en el barrio o fuera de éste, no la deja salir si es que no va acompañada por él. Si él se siente indispuerto o no quiere salir, tampoco acepta que ella vaya sola, por el temor a la infidelidad. Hasta el momento ella no ha desafiado su autoridad en ese sentido y, por tanto, aún no se han presentado conflictos al respecto.

A pesar de la concepción autoritaria y jerárquica con la que actúa José, como en el caso de otros hombres maltratadores, está muy dispuesto a colaborar en las actividades domésticas y afirma participar cotidianamente en ellas.

Muchas veces ella me dice, ¿no?, hay harta ropa para lavar hijo, vaya lavando tú, yo voy a cocinar, ya, voy lavando, hay veces, hay que lavar los dos, me dice, ya lavamos los dos

Igualmente, asegura que nunca le restringe el acceso a lo que él gana y es más bien ella la que administra los ingresos familiares, porque tiene la absoluta confianza que lo hará bien.



El ciclo de la violencia que José instaura con su esposa, es exactamente igual y con los mismos motivos que el que ejercía su padre respecto a su madre. A pesar de rechazar cuando niño esas actitudes paternas, porque le causaban un profundo dolor, aprendió que esa era la forma de someter a las mujeres y que en ese ejercicio se jugaba su identidad como varón. Él percibe que es una especie de contrapunto de poderes, y que si no es él quien se impone, ella lo hará, y no puede permitirlo, pues aparecer como el “pisado”, “el que se deja mangonear”, sería estar devaluado como hombre, y como en la pugna entre adolescentes, ser pasto de la burla de los demás.

Sin embargo, tiene pensamientos contradictorios y sentimientos encontrados porque piensa, por un lado, que no está bien pegar a una mujer recordando la experiencia entre sus padres, pero por otro, considera que es su deber imponerse, corregir a su pareja, lo que significa cortar todo atisbo de rebeldía y falta de obediencia a sus órdenes. Percibe que esa empresa no es fácil, porque ella desarrolla una serie de estrategias de resistencia, entonces esos pensamientos y sentimientos contradictorios lo hacen suplicar a no ser obligado a ejercer violencia, para lo cual ella deberá someterse sin chistar. Nuevamente, en este caso, encontramos diversos malestares que se sobreponen: el que se siente cuando piensa que su autoridad es desafiada y debe imponerse por cualquier medio, el malestar que siente cuando reconoce que luego de un acto violento su pareja se aleja de él y teme que el abandono sea definitivo, por último, el malestar que siente cuando no castiga a su pareja al pensar que si no pone freno de manera disuasiva, ella seguirá burlando su autoridad, y entonces va acumulando su malestar hasta estallar violentamente en cualquier momento. El mayor malestar es cuando, a pesar de la violencia desatada por él, su pareja no acepta someterse. Con el ejercicio de la violencia busca la sumisión y cuando la consigue los malestares desaparecen. Pero éste, al parecer, no es el caso de José, ya que su pareja despliega una serie de estrategias de resistencia y es muy probable que al sentirse asfixiada por el férreo control con el cual José intenta evitar que ella lo deje, termine en algún momento por alejarse definitivamente de él.

Por otro lado, también es evidente en esta experiencia que es posible avanzar en el cambio de los roles tradicionales de género, como es la mayor participación de los hombres en los quehaceres domésticos, y quedar incólume el ejercicio del poder, que es la esencia misma de la desigualdad de género.

RICARDO, 31 AÑOS. “Luego de pegarle me sentía más tranquilo, así me desfogaba”

Ricardo sólo pudo terminar la educación primaria y se dedica eventualmente a ser cobrador de microbuses o taxista, para lo cual alquila un auto por horas. Su esposa, con quien convive hace diez años, es profesora en un colegio. Su vida desde muy pequeño

transcurrió en un ambiente de violencia, no sólo familiar, sino también delincencial. Hay que advertir que éste es un caso distinto al de la mayoría de las situaciones de violencia que se circunscriben principalmente al ámbito doméstico. Se trata de alguien quien es violento con todo el mundo y con un prontuario antisocial. Su pareja, luego de uno de los tantos actos de violencia que sufrió, lo dejó por un tiempo, lapso en el cual Ricardo convivió con otra mujer. Tiene tres hijos pequeños, dos de la primera pareja y una de la segunda. Actualmente vive con la primera, quien volvió con más fortalezas personales y le ha puesto condiciones para mantenerse con él, pero los conflictos continúan y los hechos de violencia también, aunque éstos se presentan más esporádicamente.

Antes que él naciera, su madre había quedado viuda con cuatro hijos, y posteriormente, tuvo un eventual romance con un hombre del cual quedó embarazada de Ricardo. Este hombre, en ese entonces, mantenía simultáneamente relaciones con otras mujeres y nunca convivió con su madre. Era un alcohólico y muy irresponsable, por lo que nunca vio por él. Ricardo nació en Villa El Salvador y toda su vida la ha pasado ahí. Cuando era niño recuerda con mucho dolor y rabia las veces que llegaba su padre a la casa exigiendo que lo dejaran entrar y estar con su mamá que ya nada quería saber de él. Entonces derribaba la puerta a patadas, sacaba a la fuerza a Ricardo y se lo llevaba a rastras, con la única finalidad de chantajear a su madre. Ricardo se sentía avergonzado y humillado e intuía que no significaba nada para su padre, acaso sólo un medio utilizado para dominar a su madre. En muchas ocasiones presencié aterrizado las palizas que le daba a ella, y sintió una gran impotencia por no poder defenderla. Creció odiando al padre y cultivando unas ansias muy grandes de venganza contra él.

Uy, en varias oportunidades, la pateaba a veces en el suelo, le dejaba tirada. Yo, en ese momento tenía miedo, puta que yo le tenía un terror al viejo. Le tenía cólera, ese rato quería ser grande, quería ser adulto, pa' defender a mi vieja y darle duro a él, porque eso es lo que yo sentía, yo siempre decía "de grande lo voy a matar", pero nunca llegó a suceder porque me dejó muy pequeño.

Cuando tenía unos trece años, le avisaron que su padre fue encontrado muerto en el río. Todo hizo suponer que fue producto de un ajuste de cuentas del esposo y/o familiares de una mujer casada con quien andaba de amoríos. Ricardo afirma que no le afectó en lo absoluto esa muerte y que, más bien, se sintió vengado y con una sensación de alivio.

Apenas pudo terminar la primaria porque vivían en situación de extrema pobreza y no tenían con qué solventar los costos que demandaban sus estudios. Es así que, cuando él contaba con 11 años, su hermana mayor que tenía un puesto de ropa en una feria comercial en el centro de Lima, lo lleva a que le ayude en el negocio. Resultó una oportunidad para desarrollar su vida sin el control que su madre imponía. Inició su participación en pandillas callejeras juntándose con otros chiquillos que también provenían de Villa El Salvador y fue frecuente encontrarse en medio de una gresca con otras pandillas, donde eran utilizadas piedras, botellas y armas punzo-cortantes. Era cotidiano el ambiente de violencia en que vivía y la única lógica que imperaba era hacer el mayor daño posible al contrincante de turno, sentirse así poderoso y probablemente aumentar, de esta forma, una autoestima decaída por toda la experiencia de humillaciones que arrastraba.

En ese rato solamente tenía ganas de agredirlo, acabarlo, acabar con el que estaba peliando. Porque se me venía, nos peleábamos todo y si venía yo cogía una botella, un

vidrio, lo que había y, quería, o sea, quería dejarlo así ya como para que no me conteste, no reaccione, para sentirme más pe.

Se embriagaba constantemente desde los 11 años y las necesidades de abastecerse de alcohol lo llevaron a asaltar a los transeúntes, quitarles dinero y sus pertenencias que luego vendía a los reducidos.

Desde muy pequeño recibió castigo físico de su madre, pero principalmente de su hermana mayor. Generalmente, las razones estaban vinculadas con los pequeños hurtos de dinero que él hacía dentro de la casa. Nunca aceptó estos castigos, aparentemente por lo que, como él mismo afirma, no había en él valor moral alguno que le hiciera aceptar su culpa, que robar era malo, y entonces sólo avivaron su odio y deseos de venganza. Ya adolescente, en uno de esos episodios de maltratos contra él, se sintió con la fuerza necesaria para repeler la agresión utilizando aún más violencia contra la hermana, y sin mostrar un ápice de pesar.

Putá, qué cólera sentía, yo decía algún día voy a crecer, yo entre mí decía voy a crecer, y hasta que un día así pue crecí, me quiso tocar ya, le metí uno nomá, bien duro, así quedó hinchado. Desde ahí mi hermana nunca más me puso la mano. Luego de haberle pegado me sentí más tranquilo. No tuve remordimiento.

Posteriormente a ese episodio supo que el esposo de su hermana lo estaba buscando para pegarle, esto lo impulsó a buscar un arma de fuego que tenía escondida y fue a su encuentro descerrajándole a quemarropa dos tiros, que para la suerte del cuñado, no dieron en el blanco pues Ricardo estaba muy borracho.

La única vez que sintió algo de arrepentimiento, dice, fue cuando agredió a su propia madre. El hecho sucedió porque en una oportunidad llegó ebrio a la casa y sacó sin permiso la radio grabadora de su hermano y continuó consumiendo licor. Luego de horas volvió a la casa sin el artefacto que había perdido por el estado en que se encontraba. Su hermano, con el apoyo de su madre quien estaba cansada de tantos incidentes similares, lo denunció a la policía. Fue detenido y cuando lo soltaron volvió a emborracharse y en ese estado buscó a su madre para increparle y agredirla en venganza. Pasado el efecto del alcohol, y bajo la incriminación del entorno próximo, se sintió muy mal por lo que había hecho.

¡Qué clase de madre eres!, mentándole todos los ajos y agarré y le metí una piedra acá, ¡pom! le tiré y le abrí toda la ceja. Luego me sentía mal porque, después se pasa la borrachera, todo ¿no?, y ya todo el mundo me decía: -Oye, tu mamá está con parche, le has cagado su cara-, y me sentía mal, me sentía mal, me sentía apenado de lo que le había hecho a mi madre.

Otros miembros de su familia también recibieron palizas de su parte cuando osaron interponerse en su camino. Dado los constantes hurtos en la casa, su madre había prohibido que él entrara cuando ella no estuviera. Así, en una ocasión en que llegó a su casa, su hermano no le quiso abrir, entonces subió por el techo e ingresó, tomó una vara de metal y molió a golpes al hermano dejándolo inconsciente.

Ricardo se inició sexualmente durante su adolescencia teniendo relaciones homosexuales. Aduce que lo hacía por dinero, entablando relaciones con hombres quienes le pagaban sus favores. En este caso tampoco señala prejuicio moral alguno y,

como en otras situaciones, siempre el fin justificó los medios. Pero también reconoce que lo hacía por placer, y que en ese entonces no hacía distinciones en el sexo de la persona con quien mantenía relaciones.

Eso era a cambio de algo, porque te sacaban de misio²⁶, te ibas a comer, puta, pollo a la brasa no comía cualquiera. O sea, ese tiempo de excitación, puta que, se cruzara quien se cruzara creo que se lo...

Tuvo también muchas relaciones sexuales pasajeras con diferentes muchachas, pero es a los 21 años cuando conoce a la que actualmente es su pareja. Ella vivía en su mismo barrio, era hija de un obrero de una ensambladora de carros y para el entorno donde vivían era considerada como una familia “de plata”. En el momento en que inician el romance, ella estudiaba educación en un instituto superior. Cuando los padres de la chica se enteraron de esa relación trataron de prohibirla, pero ellos se siguieron viendo a escondidas. Al principio, la muchacha se resistió a tener relaciones sexuales, y cuando las iniciaron, ella al muy poco tiempo salió embarazada porque no tomaron precauciones para evitarlo.

En ese entonces, Ricardo continuaba participando en la pandilla y en actos delincuenciales para hacerse de dinero fácil. En una oportunidad en que se quedaron sin dinero para seguir tomando, decidieron salir a asaltar y robar a alguien en la entrada del mismo Villa El Salvador, con tal “mala suerte” que el agraviado resultó ser un miembro de la policía que en estado etílico volvía a su casa. La policía organizó una redada por las intermediaciones, siendo apresado Ricardo y la mayoría de sus compinches. Fue sentenciado y enviado a prisión, donde permaneció por espacio de dos años.

Inmediatamente luego de salir de prisión, Ricardo decidió postular para recluta del ejército, siendo aceptado y permaneciendo un año en esa institución. Su pareja y su hija, que ya tenía un año, vivían en casa de los padres de ella. Una vez egresado de las fuerzas armadas se puso a laborar en diversos oficios de manera eventual. En este contexto deciden por primera vez convivir y eligen hacerlo en casa de la madre de Ricardo. El problema fue que ella no se llevó bien con la suegra, y por ese motivo se mudaron a un pequeño departamento que alquilaron en el mismo Villa El Salvador.

Desde el principio los actos de violencia física contra su pareja se sucedieron uno tras otro. Uno de los motivos más frecuentes era el no encontrar que los servicios domésticos referidos a él no fueran de su completa satisfacción. En ese entonces se sentía muy indignado, la llenaba de insultos y la agredía físicamente, sintiéndose luego de eso satisfecho por haber desfogado su enojo.

*-Mira pues mierda no puedes cuidar la ropa!..
-(Ella se justificaba) Ha sido una casualidad, sabes que no tengo experiencia de lavar-
-¡Pero tienes que tener cuidado!-, renegaba iba y ¡paa! le metía una patada y salía, y me iba nomá. O sino, estaba así a mi lado, le metía un puñete así en la espalda ¡pum!, se ponía a llorar, yo me iba tranquilo, así me desfogaba.*

²⁶ El término popular “misio” es un diminutivo de “misionero”, con la connotación de pobreza que expresan estos clérigos. La palabra “misio” alude entonces a muy pobre y juega también al parecido fonético con la palabra “miserable”.

En varias oportunidades y en medio de una discusión, cuando ella se sentía violentada, trataba de responder agresivamente intentando humillarlo sacando a colación el hecho de ser una profesional y él un “don nadie” de quien no comprendía por qué se pudo enamorar. Esto humillaba a Ricardo y lo enfurecía aún más, resolviendo esta afrenta con más golpes y de esta manera recuperaba su posición de poder.

En ese momento, me daba cólera porque, o sea, yo me sentía ofendido cuando me hablaba así. Yo me levantaba ¡Qué dices put...! y ¡pom!, le golpeaba ¿no?, le metía patadas a veces.

El desbalance educativo y en el estatus ocupacional entre ambos, le creaba a Ricardo mucha inseguridad que se traducía en celos y en un afán de controlar las relaciones que entablaba y sus más mínimos desplazamientos fuera de casa. La relación que ella mantenía con sus padres le producía una gran tensión, porque sabía que sus suegros no lo aceptaban y siempre la inducirían a abandonarlo, así que le prohibió verlos. Sin embargo, ella nunca le hizo caso, y éste fue un motivo de múltiples golpizas, cuya intención fue doblegar su voluntad y afirmar su autoridad.

- *(Yo le decía) ¡Qué haces por acá!,*
- *No, vengo de donde mi mamá*
- *¡No me interesa que estés donde tu mamá, tienes que estar en la casa, a mí no me gusta, sabes que ellos hablan mal de mí! ¡fua! le metía puñetes, patadas y me iba con los amigos.*

En varias oportunidades, incluso, la violencia la desató contra sus suegros, gritándoles improperios desde la calle y rompiendo los vidrios de las ventanas de su casa.

Cada vez que ella no volvía de su centro de trabajo a la hora calculada en que supuestamente debería llegar, Ricardo se llenaba de angustia, y dentro de sus fantasías aparecían múltiples escenas de infidelidad. Su experiencia de mujeriego le hacía más tormentosa la espera, ya que se imaginaba a su pareja como presa fácil de otros conquistadores como él, pero con más atractivos y merecimientos. La violencia física era la forma en que Ricardo creía tener controlada a su pareja disuadiéndola, mediante el temor, de cualquier posible intento de infidelidad.

Ya me entraba la cólera, ¡Qué tiene que estar en la calle! Temía de repente a que me sacara la vuelta. Mi inseguridad era por lo que me decía que ella era profesional, yo decía va encontrar a alguien, a un profesor. Como yo he sido bastante inquieto, o sea, sé bastante de la calle, no falta por ahí alguien que le esté afanando, y ya pe era bien celoso, y donde la encontraba le metía su... hasta en la calle. Ya va a aprender, va aprender a golpes, aprenderá pe, decía.

En repetidas ocasiones la humilló públicamente arrastrándola de los cabellos de la calle a su casa, cuando la encontraba conversando inclusive con las vecinas.

Siguiendo la misma dinámica que desde niño, afirma que luego de maltratar físicamente nunca tuvo sentimientos de culpa, ni cuestionamientos de que lo actuado era bueno o malo. Más bien sentía, con ese acto, afirmar su autoridad cuestionada lo cual le producía satisfacción. El hecho de nunca disculparse y esperar que ella tome la iniciativa se refleja en que siempre tuvo la convicción de que ella estaba en falta y que él hizo lo que tuvo que hacer frente a esta situación de insubordinación.

Luego de eso me sentía así tranquilo, ya satisfecho por haberla golpeado ya, y bien orgulloso todavía, porque ni siquiera le hablaba, nada, ella tenía que dar la iniciativa pa' hablarme, todo eso.

La violencia sexual fue recurrente en los casos en que él llegaba borracho deseando tener relaciones sexuales y ella se negaba porque le repugnaba tenerlas en esas condiciones. La tomaba por la fuerza y de esa manera lograba imponerse. En ocasiones en las que él estaba sobrio, su pareja nunca se negó a sus requerimientos, aunque Ricardo no está seguro si era porque también lo deseaba o por miedo a su reacción violenta.

Por ese entonces, aproximadamente a la edad de 23 años, conoció a otra chica un poco menor que él e inició un romance con ella. Es en ese contexto que en una oportunidad regresó borracho a su casa y sin motivo aparente, haciendo alarde de abuso de poder, la emprendió a golpes contra su pareja, además de romper los vidrios de la ventana, antes de volver a marcharse. Probablemente fue la gota que derramó el vaso, pues cuando luego volvió ya no la encontró, se había marchado con sus cosas y con su hija. Posteriormente se enteró que había viajado a Trujillo, al norte del Perú, para vivir con unos tíos. Ricardo, si bien no se esperaba esa reacción, no se amilanó y aprovechó más bien para invitar a su nueva pareja a convivir con él. Esta muchacha no estaba enterada de que era un hombre comprometido y con una hija, y mostrándole que vivía solo la convenció. No pasaron muchos meses cuando empezó a sentir la nostalgia de su primera pareja y sobre todo añorar a su hija. Así que logró comunicarse con ella y por primera vez pedirle perdón, en ese momento trató de justificarse aduciendo que cuando la golpeó estaba bajo los efectos del alcohol, y le prometió no volver a violentarla. Es frecuente que muchos agresores se escuden en el alcohol para evadir su responsabilidad, pero ya hay muchos trabajos que demuestran que es un error culpar al alcohol de la violencia. Cualquier cosa que haga una persona que se encuentra bajo la influencia de un desinhibidor forma parte de su repertorio de conductas aprendidas, y hasta aquí hemos conocido largamente la trayectoria de los hábitos violentos de Ricardo²⁷

Yo entablé comunicación, ya con ella pidiéndole disculpas ya no lo voy a hacer, mira, la verdad he estado mareado, no sé por qué, puta que, se me ha cruzado los chicotes²⁸

Su pareja lo disculpó, pero le pidió que se fuera a vivir con ella a Trujillo donde su familia le conseguiría un trabajo. Se sintió atado por su nueva pareja, así que con una serie de engaños fue diluyendo su decisión, pues su primera pareja no estaba enterada de su relación paralela. Informada por alguien que Ricardo convivía con otra mujer, decide volver a Lima y ponerlo en la disyuntiva de escoger entre ella y la otra. Él opta por contarle la verdad a la segunda pareja y su deseo de volver con la primera, pero ante eso ésta le confiesa que está esperando un hijo de él y que no podía abandonarla. Ricardo la engaña diciéndole que no es por la mujer que se va sino por su hija y le promete que cuando la niña crezca un poco más volvería a ella. Así, reinicia la relación con su anterior pareja, quien casi inmediatamente también sale embarazada. En la práctica siguió frecuentando a la otra mujer, y aunque él argumenta a su pareja que es sólo para llevarle el sustento económico a su otra hija, ésta es ahora la principal causa de constantes conflictos.

²⁷ Al respecto ver Dutton y Golant, 1997.

²⁸ "Cruzar los chicotes" es lo mismo que "hacer corto circuito", frase que se utiliza para señalar la situación de los locos, y en este caso para disculparse por no saber lo que hizo.

Los celos de su pareja hacen que no acepte que él visite a la otra mujer y que intente poner en duda su paternidad para evitar que él cumpla con sus responsabilidades como proveedor de ese otro hogar. Para ello utiliza las diatribas no sólo contra la otra pareja sino también contra la niña. Esto enfurece a Ricardo, siente cariño por su otra hija y le duele que la insulten, y en algunas ocasiones, pero con menos frecuencia, recurre a los golpes para acallarla.

¡Esa es de la calle, quién sabe que si es tuyo!, todo eso me dice, y llegamos a discutir. La vez pasada sí llegué a la mano, porque me seguía gritando sobre la bebe. Como yo le decía, - tengo que ir a darle algo, tiene derecho a comer-, ¡No, que cómo sabes que es tu hija, de repente es una bastarda! Me dolió, estaba molesto, cómo se va a meter con la criatura, y le metí una patada y me fui.

A diferencia de antes, luego que maltrata físicamente siente mucho temor a ser abandonado, pues ya lo ha sido y esto lo impulsa a disculparse. Afirma que le tortura la idea de no volver a ver a sus dos hijas, cuyo cariño por ellas supuestamente constituye su gran debilidad, y sabe que no son sólo palabras, sino que ella ya demostró que cumple lo que dice. Resulta paradójico que una persona que ha desarrollado tanto desapego afectivo pueda encariñarse de esa forma con sus hijas, es posible que esté buscando alianzas estratégicas con las niñas para chantajear emocionalmente a la madre. Sin embargo nos faltan elementos para afirmarlo y habría que darle el beneficio de la duda.

Le pedí disculpas, más que nada por el miedo que ya no me deje entrar a la casa, porque ella también se agarra con mis hijas, ya no me deja verlas. Es sólo por eso. -¡Ya no vas a ver a tus hijas!-, y lo cumple, ve, porque se encierra y se va, se mete a la casa de su mamá, y yo no llego a la casa de su mamá, ya y le pedí las disculpas y nuevamente con la bebíta, la bebíta es chiquitita, bien bonita, y yo no quiero pues eso, más por la bebíta.

Ricardo percibe una mayor fortaleza de su esposa y un carácter más autónomo, lo cual ha significado un importante freno a la cotidiana escalada de violencia anterior.

En esta segunda etapa con mi esposa, ella se ha puesto más fuerte, como se dice, se ha quitado la venda de los ojos, incluso me dice: -Sabes, que si no podemos seguir bien, ya tú haz tu vida, vete de aquí-. Pero yo ya no quiero irme de la casa.

Ricardo dice ya no sentirse enamorado de su pareja y que esto también contribuiría a que el control que ejercía sobre ella se hubiera relajado. Según él, no ha vuelto a experimentar la tortura anterior de los celos. Pero a reglón seguido nuevamente aduce que no le pega porque ella lo chantajea con abandonarlo, llevándose a sus hijas.

Antes, qué voy a permitir que la llamen por teléfono, ahora llaman, dicen de parte de un amigo, hay una propuesta de trabajo acá en un colegio, yo he regresado a la casa y no le he encontrao, y cuando ella ha llegado ya ni le he hecho escena de celos nada. Es que ella ya no me importa creo. Sí, porque yo creo que ya con mi esposa también la relación se ha endurecido, tanto como de ella pa' yo, ahora, claro que ya no soy tan agresivo con ella, por lo que ella se agarra (me chantajea con irse) con las bebes.

Sin embargo, en el hipotético caso que él descubriera un acto de infidelidad por parte de su pareja, deja entrever que su reacción sería muy violenta, pero no tanto por los celos, sino probablemente por sentirse burlado y/o afectado en su autoestima.

Si me entero de que me está sacando la vuelta, no sé cuál sería mi reacción, porque ella me dijo "Así como tú haces tus cosas, qué tal si algún día yo te lo hago", y yo le contesté: ¡Te mato!, -"Y cómo yo no te he matado", me dice. Pero no, no he sentido celos, será hasta que, bueno, si mis ojos ven de repente, será (que en ese momento) me sienta afectado, ¿no?

En todos los casos, ella sigue evitando cualquier comportamiento que dé motivo a la más mínima sospecha de infidelidad por el gran temor a la reacción violenta de Ricardo. Por lo tanto, aunque tiene mayor margen de movimientos, el control sobre ella persiste.

Si ella habla con otro hombre no lo hace en mi presencia. Ella no lo haría en mi presencia, o sea, no se pone así en el plan de conversar porque sabe de repente el tipo de carácter que tengo ¿no?, evita.

Es interesante que un hombre tan violento como Ricardo, que utiliza además diversas formas de violencia emocional, no recurra al chantaje económico y comparta la casi totalidad de lo que gana con su pareja.

Yo lo que saco en el día, suponiendo que gane 30 soles en un día, o 25, yo me quedo con 5 y 20 le doy.

Ricardo mantiene la mala fama en todo el barrio de ser muy malo y violento. Pocos días antes de la entrevista había protagonizado otro de los tantos hechos violentos con no de los vecinos que intentó frenar sus actos matonescos. La advertencia que profirió uno de sus amigos fue clara, no se interpongan en su camino, aunque les afecten, pues de lo contrario la pasarán muy mal.

Uno de mis amigos le dijo: -No te metas con ese loco, ese loco se raya, puta que, no para hasta que te deje en el suelo-, le dijo, ya



Como dijimos, éste es un caso distinto al de la mayoría de casos de violencia que se circunscriben principalmente al ámbito doméstico. Ricardo, desde pequeño forjó un comportamiento de sobrevivencia en medio de diversos contextos de violencia. La actitud violenta del padre y su desinterés absoluto por él, salvo para utilizarlo como medio de chantaje contra la madre, probablemente mellaron muy profundamente su autoestima, y en sus ansias de imponerse bajo cualquier medio ante cualquiera que osara ponerse en su camino, evitando así la posibilidad de nuevas humillaciones. Con la pandilla aprendió que la mejor forma de defenderse de la agresión era asestar los golpes primero con la mayor contundencia posible que impidiera la reacción de los otros. De esta forma fue construyendo una imagen de respeto en el submundo delincuencia y aprendiendo que ésta era la única vía para imponerse y lograr sus objetivos cayera quien cayera. En ese ambiente sus actos estaban signados por la amoralidad, sin un sentido de lo bueno o lo malo, lo justo o injusto de su proceder. Por eso mismo, nunca aceptó un castigo por algo que hubiera cometido en agravio de otros o por romper alguna regla disciplinaria, pues siempre lo interpretó como una agresión ante la cual había que responder con mayor contundencia. En la misma lógica, tampoco ha tenido sentimientos de culpa luego de maltratar a alguien porque son interpretados como actos de sobrevivencia, ante alguien

que obstaculiza la satisfacción de sus deseos o que impide su reconocimiento como superior.

Lo único que desde siempre ha podido frenarlo fue su análisis de la correlación de fuerzas: *ahora no tengo capacidad de responder, pero cuando crezca ya verán*. Además, el hecho que supuestamente emerjan de él sentimientos de cariño y ternura, sobre todo hacia sus hijas, resulta desde su lógica una especie de “Talón de Aquiles”, su lado débil, que su pareja logró captar como estrategia de resistencia, y actualmente lo usa para aminorar la escalada de violencia contra ella. Sus pedidos de disculpa no son actos de contrición por algo que piense que estuvo mal hacerlo, sino sólo de aceptación de sus límites y un acomodo a las circunstancias donde siente que perdió el nivel de poder que antes tuvo.

Es probable que el actual desinterés por ella esté en relación al resquebrajamiento del modelo de sometimiento que es en definitiva el modelo de pareja que mantiene internalizado. Sin embargo, la violencia contra su pareja siempre está latente – y ella lo sabe por lo que se cuida para “no provocarlo”, manteniéndose de esta forma algún nivel de control – pero al menor descuido emergerá, aunque no sabemos cuál será esta vez el margen de tolerancia de parte de ella.

Ricardo es de las personas que difícilmente cambiarán hacia un modelo más democrático y equitativo de ser varón, y sólo frenarán su violencia tanto si su pareja como la sociedad le da señales claras que no lo van a permitir, esto significa el abandono y/o medidas punitivas eficaces. La presión social del medio en contra de toda forma de violencia contra la mujer también resultaría disuasiva, como cuando todos los que le rodeaban, familia, amigos, incluso sus pares de la pandilla le increparon por haber golpeado a su madre, porque aún dentro de los códigos manejados en ese submundo “la madre es sagrada” y fue la única vez que sintió mucho malestar y arrepentimiento por sus actos.

Reflexiones generales sobre los hombres que violentan físicamente

Las trayectorias de vida de cada uno de estos cinco hombres tienen muchos elementos en común, y son principalmente éstos los que han condicionado más las actitudes violentas contra sus parejas. Se trata fundamentalmente del ambiente patriarcal, jerárquico y autoritario en el que vivieron desde el momento mismo del nacimiento: en el hogar, en la escuela o en la pandilla de adolescentes. Esta experiencia les imprimió esa convicción de superioridad frente a las mujeres, enseñándoles a la vez que la violencia era un medio eficaz para mantener y reproducir autoridad y privilegios, y la posibilidad de transformar la vergüenza y el temor al ridículo por cualquier hecho que vulnere su posición de autoridad, en sensación de poder.

Los rasgos particulares de cada historia ciertamente producen matices distintos en las formas de relacionarse con sus parejas y en el tipo y/o intensidad de la violencia que desatan contra ellas. Sin embargo, todos ellos utilizan la violencia para mantener la autoridad sobre las mujeres, cuando sienten que es cuestionada o está en peligro de perderse. Las experiencias singulares durante la infancia tienen influencia en la percepción e interpretación diversa de los hechos que pueden ser considerados como

atentatorios del poder y control masculino, condicionando que algunos hombres sean más suspicaces que otros y que los periodos entre violencia física y no violencia sean más cortos o más largos.

Existe en estos hombres un constante temor a ser ridiculizados y humillados por los otros hombres (reales o imaginarios), por no haber logrado mantener la autoridad frente a las mujeres, que es lo que socialmente se espera del verdadero hombre, y el miedo a ser desvalorizado (o sentirse desvalorizado), empuja al ejercicio de la violencia. Éste es el trasfondo generalizado en los cinco casos estudiados. Sin embargo, las historias de Mateo – donde el abandono de sus padres y el ambiente de desamor que vivió desde niño – y de Ricardo – que soportó graves humillaciones de parte de su padre – probablemente incidieron en formar en ellos una autoestima más baja que el promedio. Por esta razón, la suspicacia ante probables hechos que los hagan sentirse humillados es más continua que en otros hombres. El temor a ser avergonzados es tal que inclusive realizan actos de violencia “preventiva” para disuadir a sus parejas de imaginarios intentos de abandono, infidelidad o desafíos a su autoridad.

La historia de Ricardo nos muestra que existen diferencias marcadas entre agresores, lo cual tiene implicancias en el manejo del problema. Los rasgos que presenta este hombre, en cuanto al objeto de sus agresiones, a la variedad de las motivaciones de su violencia, y a los efectos en él de sus actos, difiere de los demás hombres estudiados. Ricardo es violento con todo el mundo y no sólo con su pareja; si bien la mayor parte de la violencia que ejerce es para afirmar su poder y privilegios, especialmente si percibe obstáculos para su ejercicio, también lo hace como un acto gratuito y abusivo de poder, es decir, aún cuando no se presentaran tales obstáculos. Disfruta del ejercicio de la violencia sin el más mínimo remordimiento y carece de una conciencia moral que le permita discernir entre lo bueno y lo malo, lo justo y lo injusto. Según la literatura especializada (por ejemplo: Jacobson y Gottman, 2001 y Dutton y Golant, 1999), que ha analizado casos similares, mantendría un perfil psicológico que linda con lo psicopático y que por los mismos estudios, sabemos que representa a un grupo minoritario de agresores. Creemos que es de los hombres que difícilmente cambiaría, porque carece de remordimientos, mientras que en la mayoría de los hombres entrevistados el remordimiento produce malestar y constituye uno de los elementos en el que puede basarse la búsqueda de cambios. Ricardo se acomoda a la correlación de fuerzas, si ésta le es desfavorable retrocede y se adecua, esperando una nueva oportunidad para atacar.

A diferencia de Ricardo, en todos los demás casos de este estudio, el objeto de la agresión es únicamente la propia pareja – también contra los hijos e hijas, aunque obtuvimos poca información sobre esto – reconociendo en general, y de manera explícita, que es así por el estatus de autoridad que sienten que socialmente les es conferido. Pero también porque consideran que sólo con la pareja pueden desatar la violencia, pues existe un desbalance de poder a su favor. En circunstancias extra domésticas, donde estuvieron expuestos a sufrir humillaciones, no actuaron de manera violenta, porque pensaron que podían perder en el intento de imponerse.

En estos cuatro casos, está muy interiorizada la diferencia entre el ejercicio de la violencia por razones justas e injustas. Desde muy niños aprendieron que el poder de los hombres se expresa en su papel de garantizar, en última instancia, un orden que se basa principalmente en el cumplimiento de roles tradicionalmente asignados a cada género y a cada edad. Intuyeron también, que la edad constituía un componente de esa jerarquía, lo

cual hacía que cualquier adulto, ya sea la madre, abuelos o demás parientes, tengan poder y autoridad frente a los niños. El no cumplimiento de esos roles por parte de cualquier componente subalterno de esa jerarquía tiene un castigo, el cual incluye el maltrato físico. Éste fue intuido como doloroso, pero necesario para mantener este orden. A pesar del malestar que les producía la violencia física contra ellos, cuando pudieron identificar la trasgresión que habían cometido, la asumieron con resignación y no consideraron que esos actos les restara el afecto entre ellos y sus padres o madres.

Sin embargo, esta lógica patriarcal que era inculcada por los mayores, era rota por actos violentos arbitrarios cometidos por los hombres, principalmente contra sus madres y en algunos casos contra ellos. El no identificar la razón del castigo físico, que observaban o sufrían en carne propia, les producía una mezcla de desconcierto, dolor, indignación, impotencia, por verse sin fuerzas para evitar esa violencia y por lo mismo fueron acumulando sentimientos de venganza contra sus padres. Esta violencia siempre fue rechazada por considerarla injusta. A pesar que en la mayoría de los casos la violencia contra sus madres la intuían de esa manera, aprendieron que era potestad de los hombres pegar a las mujeres, cuando ellos consideraran que ellas trastocaban dicho orden y amenazaban con ello la autoridad masculina.

En todos los hombres, a excepción de Ricardo, el violentar a sus parejas – a pesar de considerar que era su obligación hacerlo para corregirlas por algo que trastoca el orden establecido y por ende desafía su autoridad – les causa malestar. Las causas de este sentimiento son diversas, en general aducen que pegar a alguien que quieren (todos afirman amar a sus parejas) produce remordimientos. El símil es con el caso de padres que consideran que es su obligación castigar físicamente a los hijos para corregirlos, pero sienten lo mismo al hacerlo porque los quieren.

En segundo lugar, se sienten mal porque la mayoría de ellos afirma que es malo pegar a las mujeres. Esto se plantea como contradictorio con lo anterior, pues lo justo aparece como malo. Aquí, muy probablemente, ha llegado la prédica desde la corriente de los derechos humanos y de la equidad de género que recusa toda forma de violencia contra la mujer y que es transmitida como discurso oficial por las diversas instancias de la sociedad, incluidos los medios masivos de comunicación. Sin embargo, aún poco se ha trabajado a través de los mismos en develar y recusar los pilares fundamentales sobre los cuales se erige la identidad masculina, el poder y la autoridad sobre las mujeres. Esto último está duramente enraizado en lo más íntimo de los seres humanos, más allá de lo consciente, por un largo proceso de socialización. Entonces, conviven las concepciones de que es malo pegar a las mujeres y la necesidad de corregirlas cuando trastocan el orden establecido por los hombres, pero al estar atada la segunda tan fuertemente en la identidad masculina, al final se impone, a costa de producir remordimientos. Preguntados los hombres por lo que pasaría si ante un hecho en el que se consideran “faltados”, no ejercen violencia contra sus parejas, responden que se sentirían muy mal, por no haberse impuesto, porque sienten temor a ser dominados por las mujeres; varios plantean que ellas los quieren “mangonear”, lo cual les haría percibirse socialmente devaluados como hombres.

En tercer lugar, sienten malestar cuando ejercen violencia, porque saben que las mujeres en respuesta tienen la posibilidad de abandonarlos. Esto les significaría la destrucción de su centro de realización como proveedor, como autoridad, en resumen, como varón pleno, y esta posibilidad los aterra. Sin embargo, el miedo al abandono es una constante en la

mayoría de los hombres que ejercen violencia contra sus parejas, principalmente en aquellos que sufrieron ausencia y desamor por parte de sus padres y que les produjeron una auto valoración muy baja. Es el caso de Mateo, quien en cualquier acto que escape de su control visual, o de servicios que no le son dispensados como él lo exige, interpreta intentos de abandono, que lo mantienen en un constante sufrimiento y dolor. Al final, los intentos de controlar violentamente a las mujeres por miedo al abandono, convierten el abandono en una profecía auto-cumplida, porque es la única forma que encuentran varias mujeres de evitar la asfixia y de arriesgar sus vidas. El temor al abandono es experimentado en mayor o menor medida por los hombres agresores, pues es considerado como la posibilidad de un fracaso en sus intentos de imponer su autoridad, o de perder en la comparación con otros hombres cuando fantasean que las mujeres se irán con otros y entonces sienten que se acercan al abismo de la vergüenza de ser desvalorizados como hombres.

Uno de los mayores sufrimientos de la mayoría de estos hombres es el temor a la infidelidad de sus parejas, generalmente sin bases reales, y más bien bajo la concepción machista que las mujeres son débiles por naturaleza, y sucumbirán ante el acoso de cualquier varón que como ellos siempre estarán en afán de conquista. El temor a ser comparados con otros hombres los aterra, su inseguridad los lleva a pensar que en esa comparación siempre perderán, de allí el malestar que les produce que sus parejas hayan tenido experiencias sexuales previas, y no se detienen a pensar que fueron ellos los escogidos. Las actitudes controlador de estos hombres que lindan con lo paranoico, empujan en muchas ocasiones a las mujeres a librarse de ellos buscando otras relaciones. Varios de los actos de violencia sexual cometidos contra sus parejas, han sido provocados por el intento de controlar el cuerpo y la sexualidad de las mujeres, cuando interpretaban sus negativas al acto sexual como resultado de imaginarias infidelidades. De esta forma tenían por lo menos una sensación momentánea de poder sobre ellas. En todos los casos relatados, esa sensación duró solo un instante, luego de lo cual sufrieron remordimientos y malestares por su proceder.

Es importante señalar que en los cinco relatos presentados, las parejas de estos hombres desarrollaron diversas estrategias de resistencia a los intentos de sometimiento a las que se vieron expuestas, con mayor o menor éxito. Hay casos en los cuales, como le ocurrió a Lucas, ninguna de sus parejas se sometió finalmente a sus designios, a pesar de las duras palizas que recibieron, que terminaron con el abandono por parte de él por no lograr imponerse, o por ser abandonado, lo cual lo llena de malestar, pero mantiene su actitud autoritaria, y en su tercer intento de relación el ciclo de violencia es probable que empiece tarde o temprano. El caso de Manuel es una medalla de dos caras; en su primera relación no pudo someter a su pareja, a pesar de los intentos violentos y de la complicidad de los propios padres de ella, y al final la mujer terminó por abandonarlo. En su segunda relación, luego de diversos intentos de resistencia de su pareja, logró imponerse violentamente, y desde ese momento todo marcha “bien” para Manuel; a sus ojos, su relación se tornó armoniosa. Éste es principalmente el objetivo del ejercicio de la violencia, restaurar la normalidad de acuerdo a la visión e intereses masculinos, buscando que las mujeres se sometan y los hombres mantengan sus privilegios. En los casos de Mateo y José, sus parejas desarrollan diversas estrategias de resistencia, siendo la amenaza de abandonarlos o el abandono efectivo como en el caso de la esposa de José, la de mayor éxito en sus intentos de detener la violencia hacia ellas. Mientras que, en ambos casos, los intentos de responder violentamente han sido contraproducentes para ellas, pues terminaron en soberanas palizas. En el caso de Ricardo, las estrategias de

resistencia de su pareja están centradas en la amenaza de abandono, utilizando a sus hijas para ello, al descubrir que el cariño que les tiene Ricardo es su punto débil, lo cual ha tenido éxito en disminuir la violencia hacia ella. No existe entonces, en ninguno de los casos indefensión femenina, y son precisamente los actos de resistencia de las mujeres al poder y control de los hombres, los que les crean a ellos el mayor malestar. A pesar que el riesgo es que se incremente la violencia contra ellas mediante formas más brutales, esas acciones son las únicas posibilidades de las mujeres de disminuir, frenar o huir del ciclo de la violencia.

En conclusión, el primer gran malestar de estos hombres es constatar que las cosas no discurren como ellos esperan, es decir, que sus parejas, sin necesidad de que ellos les reclamen, estén atentas a sus necesidades para servirlos. O que ellas limiten por “iniciativa propia” sus movimientos y relaciones amicales e incluso familiares al punto de no despertar las inseguridades masculinas y provocar sus celos. Cuando las situaciones no ocurren de esta manera, aparece el malestar. Son inundados por pensamientos de probables infidelidades, de posibles abandonos, de pérdida de amor hacia ellos, de intentos de someterlos y de no respetar su autoridad. Entonces los invaden los sentimientos de miedo al abandono, dolor de no ser queridos, temor a ser humillados, por no saber imponerse como hombres. Hay que considerar que todos estos sentimientos fueron vividos por estos hombres desde su primera infancia con mucha intensidad, por lo que desarrollan en mayor o menor medida suspicacias exacerbadas, y tan es así que cualquier fragmento de información que les haga revivir hechos pasados, consciente e inconscientemente activa sus defensas²⁹. Entonces se dan dos alternativas posibles: la primera, violentar y con ello someter a la pareja volviendo al estatus quo esperado. Esto tiene un costo, como ya hemos dicho, porque también produce malestar, ya que la víctima es alguien a quien uno quiere, y cada vez más la prédica de la no violencia los hace pensar que están obrando mal. Sin embargo el costo de no violentar, que es la segunda alternativa, en términos de malestar, es percibido o imaginado como mayor, porque significa abdicar del estatus de autoridad, en definitiva, de su identidad masculina. Para estos hombres pues, la decisión es clara: deciden ejercer violencia. Si con ello logran el sometimiento de sus parejas, todos los malestares se amainan, todo vuelve a la normalidad esperada y sus relaciones conyugales son consideradas armoniosas, al margen del malestar que ellas experimenten³⁰. El problema para estos hombres es cuando sus parejas no se someten a pesar de la violencia, sobre todo porque las suspicacias se vuelven paranoicas y poco a poco nada del comportamiento de ellas les satisface. El malestar de estos hombres se agrava, la espiral de violencia crece y el temor al abandono recrudece, porque saben que las mujeres pueden dejarlos, intentan entonces disuadirlas preventivamente con más violencia, las suspicacias se acentúan y lo que probablemente no era real y sólo estaba en la imaginación de estos hombres, se va concretizando porque muchas de estas mujeres inician la búsqueda de estrategias de huida, entonces el sufrimiento vuelve mayor.

En todos los relatos se trasluce que estos hombres, en su propósito de someter a sus parejas, utilizan simultáneamente otras formas de violencia diferentes a la física y/ sexual. El chantaje emocional, el impedimento a que mantengan relaciones con amistades

²⁹ Al respecto ver Goleman, 2000

³⁰ Hay que tener en cuenta que a la mayoría de estos hombres no se les ha dado la oportunidad de desarrollar su sensibilidad. Si les es muy difícil identificar la diversidad de sus propios sentimientos, más allá de la cólera o rabia cuya expresión les está socialmente permitido, menos podrán identificar las emociones de dolor y tristeza, de las personas que los rodean.

propias e incluso con familiares cercanos, la violencia verbal, el control de sus desplazamientos e incluso el chantaje desesperado de auto infringirse lesiones para recurrir a la compasión, son algunas de las múltiples formas de violencia que buscan el mismo cometido: mantener el poder y el control de la relación. Algunas se anteponen a la violencia física y sólo cuando no resultan se recurre a éstas; otras se usan simultáneamente con la física, como por ejemplo la violencia verbal; y otras, luego de una agresión física, son usadas para evitar el abandono o exigir que la pareja vuelva como, por ejemplo, en el caso de las amenazas de suicidio que utiliza Lucas.

Es curioso que en ninguno de los cinco casos se evidencie claramente el uso del chantaje económico para someter a la pareja. Más bien, todos los hombres afirman que entregan casi el íntegro de sus ingresos a sus esposas, porque consideran al unísono que ellas son mejores administradoras de los pocos recursos económicos. Seguidamente, se consideran irresponsables por naturaleza, pues el dinero en sus bolsillos significaría dilapidación en alcohol y mujeres. Es muy probable que esta actitud haya cambiado debido a que todas sus parejas, aunque sea esporádicamente, trabajan y logran recursos económicos propios. En ese caso, cualquier intento de chantaje económico sería ineficaz, pues incluso en algunas situaciones se han convertido en principales proveedoras. Todos ellos aceptan que sus parejas trabajen, por la dura realidad económica que les toca vivir. Incluso Mateo que es contrario a que su pareja trabaje, se ve obligado a aceptar a regañadientes esta situación, porque él sólo encuentra trabajo esporádicamente, a costa que esta situación le produzca más inseguridad y malestar. Sin embargo, la mayoría de las mujeres trabaja en negocios ubicados en la propia vivienda, lo que de alguna manera significa el mantener cierto control por parte de los hombres. Justamente, en una investigación sobre dinámica familiar y calidad de vida en América Latina, Brígida García encuentra que el ejercicio del trabajo por cuenta propia realizado en la vivienda por las mujeres, que les exige realizar tareas domésticas de manera simultánea, es el que se asocia a menores cambios en los procesos de toma de decisiones (García, 1995). Esto de alguna manera podría explicar también que el sólo hecho de tener ingresos económicos propios, no signifique el descenso de la violencia contra ellas.

Por último, otra característica novedosa en estos hombres es su mayor disposición a colaborar con las tareas domésticas con sus parejas, a pesar de la concepción autoritaria y jerárquica con que actúan, y de hecho, varios de ellos relatan que participan cotidianamente en tales menesteres. Es probable que los largos periodos de desocupación en los que están y las labores extra domésticas de sus parejas los estén obligando a asumir esas tareas antes consideradas como estrictamente femeninas y desvalorizadas para los hombres. Sin embargo, ninguno de esos actos cuestiona el ejercicio de la autoridad y del poder, que son la esencia misma de la desigualdad de género.

Capítulo II

Varones que ejercen violencia emocional

Nuestro propósito inicial fue analizar las trayectorias de vida de hombres que no ejercían violencia física contra sus parejas. Tratamos de indagar los hitos que nos permitieran comprender cómo era posible sustraerse de prácticas violentas en un contexto de dominación masculina, donde la violencia contra la mujer resulta un recurso socialmente aceptado para imponerse. Nuestros contactos tenían la clara consigna de ubicar a hombres que por la información proporcionada por la vecindad, amistades y parientes cercanos, tuvieran buenas relaciones con sus parejas y no se supiera de prácticas de violencia física hacia ellas. A medida que discurría la conversación con la mayoría de estos hombres, nos dimos cuenta de su arraigada posición machista, jerárquica y autoritaria, que no difería mayormente de los hombres que ejercen violencia física y/o sexual. La diferencia estaba en que ellos, para mantener su posición dominante, utilizaban diversas prácticas de violencia emocional con bastante éxito, lo que hacía que no tuvieran que recurrir al maltrato físico o sexual. En algunos de los casos relatados se ubicaron acontecimientos de violencia física o sexual, pero éstos generalmente ocurrieron en el inicio de la convivencia. Y bastaron para que durante años, tan sólo recordándoles esos hechos, con algún gesto, acto o frase, logran someter a las mujeres.

Con el propósito de encontrar en la ciudad de Cusco algunos relatos de hombres que tuvieran relaciones equitativas y horizontales con sus parejas, fuimos acumulando casos como los que describimos arriba. En nuestra búsqueda apenas identificamos en esta ciudad a uno que llenara los requisitos de hombre no violento y que será expuesto en el siguiente capítulo.

Aunque no lo teníamos planificado de antemano, el descubrir a este grupo de hombres nos permitió enriquecer el conocimiento de las múltiples formas en las que discurre la dominación masculina, y que en este propósito resultan aún más contundentes que el conseguido por el ejercicio de la violencia física o sexual.

FRANCISCO, 38 años. “No le golpeo, le doy su mal mirada, la trato con indiferencia”

Francisco vive en la ciudad de Cusco, tiene estudios de secundaria completa y trabaja como mecánico en su propio taller. En algunas oportunidades también labora como chofer de camiones de carga. Tiene una relación de convivencia de 13 años y cuatro hijos, algunos de los cuales están ingresando a la adolescencia. Su esposa trabaja atendiendo en una picantería ubicada en su misma vivienda. Ellos viven en casa de los padres de él, donde también residen algunos de sus hermanos con sus respectivas familias. Si bien en su relación, según Francisco, no ha existido ningún episodio de violencia física, sí utiliza otros mecanismos de violencia emocional frente a su pareja, los cuales son suficientes para mantener el control de la relación.

Nació en la provincia de Quispicanchi. Es el tercero de siete hermanos. Cuando tenía tres años de edad, él y su familia se mudaron a la ciudad de Cusco. Afirma que nunca fue

testigo de violencia física entre sus padres. Sin embargo, Francisco percibió a su madre como muy sumisa ante la autoridad del padre, siempre dispuesta a hacer lo que él le pedía con la intención de mantenerlo contento.

Se llevó bien con sus padres y sintió el cariño de ellos. Incluso mantuvo mucha cercanía con su padre, sobre todo en sus vacaciones que era cuando lo ayudaba a trabajar con el camión. Desde muy niño tuvo un carácter dominante, esto le trajo algunos problemas con sus compañeros de colegio y con los profesores que constantemente le amonestaron, aunque nunca fue víctima de castigos físicos. Pero sí los sufrió de parte de su padre y madre cuando se portaba mal, y siempre lo consideró y aceptó como normal.

Cuando uno se comportaba mal mi papá nos pegaba, mi mamá también, pero muy poco. Uno que se portaba mal y tenía que llevarlo a pecho (aceptarlo), ¿no?, porque la culpa lo tenía yo mismo.

Durante su adolescencia tuvo numerosas enamoradas y a los 17 años experimentó su primera relación sexual con una de ellas. A su actual pareja la conoció a los 24 años, con ocasión de su regreso al colegio el que había abandonado por dedicarse a trabajar. Ella era tres años menor que él y vecina del barrio. Mantuvieron una relación de enamorados por espacio de dos años, luego de lo cual, una vez terminado el colegio, Francisco tuvo que marcharse a trabajar a Puerto Maldonado por un año. A su regreso sintieron que seguían queriéndose y decidieron retomar su relación. Poco tiempo después ella salió embarazada y, aunque no lo habían planificado aún, ambos recibieron la noticia con agrado. Este acontecimiento aparentemente forzó la convivencia, en un momento en que su padre enfermó, por lo que decidieron vivir en la casa paterna para estar cerca de él. Al poco tiempo el padre murió, pero ellos consideraron que les era económicamente conveniente quedarse a vivir en la misma casa.

Francisco siempre desarrolló una relación autoritaria con su pareja. El primer conflicto fuerte que tuvieron fue a raíz de un hecho accidental que lo alteró sobremanera. Su hijo ya había cumplido un año cuando una tarde, al volver a casa, su pareja le informó consternada que sin darse cuenta había lavado su Libreta Electoral dentro de su camisa y se había estropeado. Inmediatamente pensó que ella no le tenía la suficiente consideración y respeto y se sintió enfurecido, así que la insultó a gritos y actuó de manera intolerante.

La insulté, cómo le digo, me amargué, ¿no?, le dije, ¡yo tanto estoy gastando en esto y tú me vas a malograr mis documentos, acaso tengo tiempo para estar perdiendo para sacar nuevo!. Le dije unas palabras gruesas.

Su pareja se marchó muy resentida a la casa de sus hermanas, quienes le aconsejaron que lo abandone, dándole la posibilidad de viajar a Lima donde vivían otros familiares. Cuando él fue a buscarla aún molesto y reclamarle que vuelva, no consiguió que ella cambie su determinación. Esta actitud de ella denotaría no estar dispuesta a tolerar la violencia y a una decisión radical para no volver a soportarlo. Estuvieron dos años separados, periodo en el cual sentía que la familia de ella ponía una barrera para que se reconcilien. Francisco se sentía dolido y extrañaba a su hija pero por orgullo tampoco intentó buscarla. Fue ella quien, de vuelta a Cusco, lo buscó y retomaron la relación.

Posteriormente, los hijos se sucedieron uno tras otro, llegando a tener actualmente cuatro. Los conflictos han seguido ocurriendo, entre otras cosas, por discrepancias en la manera de educar a los hijos. Él piensa que su pareja tiene mayor responsabilidad de educarlos adecuadamente pues es quien permanece mayor tiempo en el hogar.

La última discusión que he tenido era sobre el caso de mi hijo varón, del mayor, está comportándose un poquito mal, el chibolo comenzó a irse, a perderse, a jugar al nintendo. Como yo estoy en el taller y ella en casa con ellos, no le controla un poquito. Sí, le reclamé pue, que estás combinada (en complicidad) con ese chibolo de trece años, que esto, que el otro.

Cuando percibe que ella no acepta o cuestiona su autoridad, tiene deseos de pegarle y piensa que ésta sería una reacción normal masculina, pero se reprime de hacerlo, volcando su cólera en insultos y saliendo de la casa abruptamente.

En rato de discusión tengo ganas de pegarle, como varón puedo reaccionar también pero, a veces como es mujer no es igual, ¿no?, por eso yo digo, hay veces le mando rodar, más vale mandarle rodar, ¿no?, y me salgo de la casa, ya de ahí de 10 minutos o media hora vuelta regreso, trato de conversar, de fastidiarla.

Francisco no ejerce violencia física contra su pareja porque considera que las mujeres son seres más débiles y que, por lo tanto, sería una cobardía hacerlo. Además, por las graves consecuencias en la integridad física que acarrearía un acto de violencia de un hombre contra una mujer.

La mayor parte de casos los varones somos muy toscos, ¿no?, somos brutos, que cualquier cosa podemos cometer en el momento de cólera, de repente le mando un buen puñete, que esto que el otro, le puedo fracturar algo, ¿no?, motivo de eso es lo que uno se acobarda de golpearla a la mujer. Sería ya muy cobarde que le meta su golpe el varón.

Pero sí cree que se justificaría la violencia física contra la mujer sólo si existiera un caso de infidelidad. Ésta debería ser la forma en que un hombre corrija a su mujer y que le sirva de escarmiento.

Si uno le puede encontrar con otro hombre, ya sería muy diferente ahí, ¿no?, habría una reacción siempre. De repente llamarla a ella misma y darle, para que aprenda. Ahí sí yo la golpearía. Sería el único.

A sus hijos les ha pegado cuando se portan mal, descargando de esa manera el enojo que estos actos le producen aunque hay sentimientos ambivalentes, pues aduce que ahora ya no lo hace con los menores y que prefiere conversar con ellos.

Sí, yo le tiré la cuera a mis hijos, por su mal comportamiento en el colegio. Claro, ahora ya no, como ya tiene sus trece años, así, uno tiene que hablarle, que esto. Pero a los menores tampoco.

Francisco considera que su esposa es una buena administradora del dinero, tanto de lo que él le da como de lo que ella gana, por lo que en la mayoría de los casos confía en sus

decisiones de cómo gastarlo. En pocas ocasiones, cuando ha juzgado poco adecuado algún gasto, ha sentido la necesidad de intervenir autoritariamente e imponer su decisión.

Si bien no le impide salir a su esposa, siempre insiste en saber dónde está ella, no tanto porque sospeche que le pueda ser infiel, sino porque busca controlar que cumpla con sus responsabilidades domésticas.

Claro que insisto en saber en todo momento donde está ella, porque a veces, ella debe estar junto con sus hijos en casa, no puede estar donde sea, mientras uno esté trabajando ella debe estar en casa siempre. Cuando regreso, a veces, no encuentro y pregunto, ¿no? ¿dónde está tu mamá?, ha salido, ¿cómo?, ¿dónde ha salido y no vuelve hasta ahora? No es que piense en otra forma, no creo, no, porque a mí me amarga es que hay veces le deja solo a los chibolos y no regresa rápido, entonces es cuando yo me amargo, ¿no?.

Existe otra forma cotidiana de maltrato psicológico a su pareja, que ocurre cuando llega a casa luego de tener problemas con sus clientes con quienes tiene que reprimir sus emociones y acumular malestares, pues de lo contrario tendría mucho que perder, pero se desfoga con ella. La insulta, la grita, la trata con indiferencia y se niega a apoyarla en cualquier actividad doméstica. Ésta es una forma bastante común que tienen muchos varones de expresar en forma de enojo las frustraciones y humillaciones recibidas en otros lugares, en un espacio seguro como el hogar, donde la mujer no le significa peligro físico o psíquico alguno. Su insistencia en negar que utiliza la violencia física, daría pie a pensar que en ocasiones sí la utiliza, aunque no tenemos forma de constatarlo.

Sí, la trato con indiferencia, cuando estoy amargo en el taller, a veces me hacen amargar los clientes, entonces, vengo y me desfogo en la casa. O sea, le doy su mal mirada, su mal trato, no, hay veces me dice, que ayúdame que esto, y no le ayudo, me subo al cuarto, me pongo a dormir. No le ayudo, claro no le maltrato en golpes nada así, no. Y yo me voy al cuarto, vengo amargo, ayúdame esto en la cocina, no tengo tiempo, que esto, me subo, estoy cansado.

En cuanto a su participación en las tareas domésticas, Francisco está dispuesto a ayudar a su pareja, siempre y cuando ella esté imposibilitada de hacerlo, pero no de manera cotidiana.

Sí le acepto, cuando uno tiene su tiempo, sí le acepto. Cuando es necesario, que ella está ocupada o necesita una mano en ahí, yo estoy ahí para ayudarla.

Un aspecto clave para entender el por qué del maltrato emocional, está en su necesidad de afirmar permanentemente su autoridad y hacer sentir en casa que quien manda es él. Considera que el hombre debe mostrar su autoridad principalmente como corrector, cuando percibe que las cosas en casa no marchan bien y es su obligación imponer el orden.

E: *¿En el caso de su relación, alguno de los dos es el que ejerce autoridad sobre la pareja y sobre el resto de la familia?*

F: *Claro, en casa yo mando, ¿no?, yo le digo, sabes que esto, toma ya, toma el dinero, tú me haces esto.*

E: *¿Usted cree que es importante para un varón, dentro de su casa, mostrar que es él quien manda?*

F: Claro, pero no mucho

E: No mucho, ¿cómo es eso?

F: O sea, siempre y cuando el hombre tiene que mandar, cuando las cosas ve como están, si no está andando bien formadas, entonces, uno tiene que ponerse un poco más drástico y decir, esto lo solucionamos así, así, así, y el que domina soy yo.

E: ¿En algún momento ha percibido que ella no acepta su autoridad?

F: No

E: ¿Ha quedado en claro que usted es el jefe?

F: Sí, sí

Se resiste a ponerse en la situación hipotética de que su autoridad no sea respetada, le parece inconcebible, y tampoco quiere expresar cuál sería su actitud frente a tal situación

E: Si en reiteradas veces encuentra que su pareja no le hace caso, ¿qué sucedería?, ¿cuál sería su actitud?

F: Um no creo que eso sucedería, no, suficiente sería en uno y dos veces que uno le dice, estar riñendo pa' que haga las cosas, entonces, no aprende. No sé.

Francisco considera que ambos tienen sus propios roles los cuales deben ser cumplidos a cabalidad. Su rol es el de ser autoridad en su casa, y nadie puede cuestionarla si él asume sus funciones como proveedor, como padre, como esposo, correctamente. Sólo sería justo ponerla en entredicho si él fuera un irresponsable

Puede ser capaz de no aceptarme (como jefe), siempre y cuando el hombre, también, no esté haciendo las cosas buenas, ¿no?, ahí tendría que la mujer, también, ponga sus actitudes, también fuertes.

Su imagen ante los demás, como autoridad en la casa, es muy importante, por lo que hace alarde de ello públicamente, siendo las bromas pesadas, los chistes sexistas una forma para ello. Estas actitudes se manifiestan principalmente frente a la presión que ejercen los pares para que desarrolle actos que demuestren que quien manda es él, siendo ésta una manera de afirmar ante los demás su masculinidad y lograr el reconocimiento social.

Ayer no más estaba trabajando con un cliente, es un amigo, y pasó mi mujer y me dice: -Mira, ha pasado tu esposa, que esto, le tienes miedo, saco largo. ¡Idiota negro de mierda!, le digo, porque regresó mi esposa de lo que hizo compra de la tienda y le dije a ella: -¡Tú que haces acá afuera, qué haces, por qué no vas a la casa!-, le dije, así de broma. Yo le dije a él, ¿no?, ¿a mí que mi mujer me va dominar, me va pisar?, a mí no. — ¡Ya vaya rápido a hacer el almuerzo, ahorita vengo!-, le dije. Claro ¿no?, para que el otro diga que, normal, el otro se mataba de risa, yo también estuve matando de risa ese rato.

•

El caso de Francisco demuestra que no siempre el rechazo a la violencia física contra la mujer, es el resultado de una actitud equitativa, o de respeto a los derechos de la mujer, sino que es una muestra más de hombría, de sentirse poderoso frente a un ser más débil, por lo cual una agresión física sería un acto de cobardía. Él observó, desde niño, cómo su

madre se acomodaba a los gustos y necesidades del padre y no lo contrariaba. Cuando adulto, él actúa bajo estos patrones pues siempre deberá estar su pareja para responder y solventar sus necesidades. Él buscó y encontró una mujer que abandonara sus propias necesidades para satisfacer las suyas. Para entender la violencia en forma relacional, habría también que indagar en la historia previa de ella, probablemente una experiencia de sumisión al padre y a los hermanos de parte de las mujeres de la casa y, como señala Roberto Castro (2004), en los hitos de desempoderamiento que también experimentó.

Sin embargo, la violencia física se mantiene en un estado latente; en primer lugar, porque él plantea algunas justificaciones para su ejercicio, como en el caso de la infidelidad, donde la permisividad social para lavar el honor manchado de manera violenta es un acto viril, siendo lo contrario convertirse en presa del escarnio y burla de los demás. Hay que tener en cuenta la importancia que le da a la opinión de sus pares respecto al ser capaz de mantener su rol dominante. En segundo lugar, porque hasta el momento le basta con la violencia emocional para mantener el control de la relación y para imponer el orden según sus criterios. Él no quiere ponerse en el caso que no logre hacer respetar su autoridad mediante los procedimientos cotidianos de maltratos psicológicos, y tampoco quiere especular sobre su actitud si esto ocurriera. Junto con ello hay que tener cuenta lo que manifiesta respecto a que cuando se enfada con su pareja siente deseos de pegarle pero que se reprime por las razones dadas anteriormente. Es probable, entonces, que si alguna vez tiene que elegir entre sus sentimientos de culpa por haberle pegado a un ser más débil, y su necesidad de afirmarse como autoridad, no cabría duda que elegiría la segunda opción.

Es probable también que su actitud contraria a la violencia contra la mujer esté influenciada por su experiencia infantil de no violencia de su padre contra su madre. Pero, al igual que en su caso, su padre desarrolló una relación jerárquica y autoritaria frente a su madre quien aceptó sumisamente tal condición, y supuestamente por eso no habría necesitado el uso de la fuerza.

La utilización de la violencia emocional para quien se siente con autoridad y dominio frente a los demás y no percibe peligro en su integridad física o psíquica por sus actos, hace como en el caso de Francisco, que éstos aparezcan como justos en algunas ocasiones cuando actúa frente a lo que considera infracciones en las responsabilidades de los demás, pero también arbitrarios o injustos cuando su poder es utilizado para maltratar a su familia como desahogo frente a iras acumuladas en otros ámbitos menos seguros para él.

LUCHO, 43 años. “De repente, si me responde ahí puede haber golpe, pero no me responde”

Lucho vive en la ciudad de Cusco y trabaja como comerciante independiente, actividad que combina con trabajos de reparación de artefactos eléctricos. Tiene dieciséis años de convivencia y dos hijos varones, ambos adolescentes. Su esposa trabaja también como comerciante en una tienda ubicada en su misma vivienda. En su relación ha existido un solo hecho de violencia física que él lo considera accidental, pero utiliza este episodio para amenazar cotidianamente a su pareja, además de otros mecanismos de violencia emocional, los cuales resultan suficientes para mantener el control y afirmarse como autoridad en el ámbito doméstico.

Nació en Chucuito – provincia del departamento de Puno, siendo el cuarto de siete hermanos. Su padre fue un pequeño ganadero y su madre se dedicaba a las labores domésticas. Desde muy pequeño presencié el maltrato físico al que fue sometida su madre por parte de su padre. Borracho o sobrio, siempre encontraba razón para agredirla, siendo uno de los principales motivos de conflicto cuando ella le reclamaba sus constantes actos de infidelidad. Lucho recuerda con mucho dolor esos episodios y la impotencia que sentía al no poder proteger a su madre. Las relaciones con su padre fueron siempre conflictivas. Lucho era un muchacho travieso; en oportunidades se apropiaba de algún dinero de su padre, por lo cual era frecuentemente castigado físicamente. Él reconoce que ese castigo era justo aunque cuando lo golpeaba, se sentía muy mal y quería huir.

Cuando me pegaba lloraba y siempre pensaba en irme ahí mismo, pero él tenía razón, mucha razón tenía, porque me gustaba agarrar las cosas de mi padre.

A los seis años su madre murió, y hasta ahora él sigue pensando que fue a causa de las golpizas que le propinaba su padre. Al poco tiempo, su padre se volvió a casar y se fue de la casa, quedándose la hermana mayor al cuidado de él y sus hermanos. El abandono del padre también lo vivió con profundo dolor y resentimiento, pues sintió que él y sus hermanos no eran considerados y, aunque Lucho no lo quiera decir, es probable que haya impactado negativamente en la valoración de sí mismo.

A los diez años de edad decidió escaparse a la ciudad de Tacna a buscarse la vida junto con otro amigo, huyendo de un ambiente donde recibía poco afecto y consideración. Trabajó en una casa como empleado doméstico, pero sólo le daban un lugar para dormir y comida, sin pagarle. A los 16 años ingresó a trabajar a una panadería donde permaneció hasta los 18 años de edad que fue cuando lo levaron y tuvo que hacer obligatoriamente el servicio militar por dos años. Un poco antes de eso, en la escuela nocturna donde estudiaba, conoció a su primera enamorada con quien se inició sexualmente. Poco antes de terminar el servicio militar, ella desapareció y nunca volvió a encontrarla, lo que le produjo una gran tristeza.

A su actual pareja la conoció a los 21 años, cuando se fue a trabajar en la extracción de oro en los ríos de la selva de Madre de Dios, poco después de su experiencia militar. Ella era cocinera de una de las compañías que laboraban en la zona. Al tercer mes de iniciar la relación, salió embarazada, no había sido planificado pero tampoco se cuidaron. Decidieron tener al bebé y esta situación precipitó el inicio de su convivencia, para lo cual viajaron a la ciudad de Cusco que es el lugar donde ella nació y en el cual se encontraba su familia. Luego de un pequeño periodo en la casa de los tíos de ella, buscaron un lugar para vivir solos.

Para Lucho, sus relaciones son armónicas y libres de todo tipo de violencia y dice que valora mucho a su pareja como persona.

Yo me comprendo bastante con mi señora, porque ella es bien hábil pa' todo, o sea, es bien inquieta, te conversa, nos conversamos, todo, y hasta ahorita tampoco con ella nunca nos hemos peleado, nunca, ni tampoco hemos tenido enfrentamiento por levantamiento de voz casi mucho, no mucho, no, ni tampoco ni pelear nada.

Pero más adelante reconoció que hubo una ocasión en que le pegó, como reacción al dolor que le causó un acto agresivo provocado por su pareja mientras ambos jugaban. Aunque Lucho minimiza el hecho al aducir que también fue jugando, su pareja no lo consideró así, quedó muy afectada, y tuvieron que hacer esfuerzos para reconciliarse.

Una fecha simplemente le tiré un lapo, uno solo por jugar, después de jugar me peñiscó aquí fuerte, entonces me dolió, reaccioné, de repente reacción tengo un poquito violento, en la calle todavía fue eso, desde ahí no, hasta ahorita que recuerde que no. Ella lloró sí, me voy, pero si simplemente fue una cachetada, como no era mucho, conversamos y tranquilo.

Éste hubiera pasado como un episodio sin mayor trascendencia, si no fuera porque le advierte constantemente que puede utilizar el mismo argumento de maltrato físico que tanto disgusto le causó anteriormente a ella, convirtiéndose implícitamente ese recuerdo en una amenaza mediante la cual logra controlar a su pareja. Reconoce que podría utilizar la violencia física si con eso no logra su cometido, pero hasta el momento no ha sido necesario.

Bueno, a veces yo pongo a su sitio. Le digo ¡cállate, sino mira ah, cállate tranquilo, nada más, si no, te mando lapos, no sigas, oye ¡no me molestes! De repente, si me responde ahí puede haber, pero no, no me responde.

Uno de los motivos de conflicto es cuando él castiga físicamente a sus hijos y ella intenta defenderlos. En ese momento se llena de ira porque siente que lo desautoriza y tiene ganas de pegarle. No lo ha hecho porque ante las primeras amenazas, ella se somete.

Es que ella, cuando llamo la atención a mis hijos, o sea defiende. A veces quiero pegarle y a veces cuando le estoy pegando mucho ella ataja. Entonces yo digo: -¡No te metas, porque yo te mando un, a ti más te voy a mandar un lapo, no, a ti no más te voy a pegar!-, así no más, en ese momento así soy, reacciono, me enfurezco. Sí, lo puedo dar un golpe, lo puedo dar, para que no se meta, no me desautorice. Entonces ella se aleja, pero ya dejo de pegar también ya.

Otro motivo de conflicto es cuando piensa que ella no cumple con sus quehaceres domésticos de manera adecuada y, principalmente, cuando éstos están relacionados con el servicio que estima debería dispensarle a él. Para Lucho es deber de ella estar siempre pendiente de sus necesidades para servirlo y estima que menoscaban su posición como jefe si no lo hace. En esos casos siente que la ira le produce deseos de pegarle pero se reprime de hacerlo y se desfoga tirando cosas y rompiéndolas, con la intención de amedrentarla, constituyendo éste uno de los casos más flagrantes de violencia emocional.

Hay momentos que yo soy un poquito nervioso, cuando me amarga ella, así cualquier cosa le rompo, un plato, así, o sino una taza lo tiro, así. Ése es porque cuando una comida, por ejemplo, a veces está fría. Me molesta, ese momento me amargo. ¡Por qué no calientas!, ¡Está fría, por qué no calientas, qué pasa! pucha no, hasta una fecha le he tirado comida a la pared, así. Dos veces pasó eso. Ella debe saber a la hora que llego y tenerla caliente. Yo

francamente renegaba, pucha, quería pegarle también a ella, como nunca le pego, no tengo ese costumbre de pegarlo, me aguanto ahí.

Él reconoce que no sólo es reprobable el pegar a una mujer – y por eso evita hacerlo – sino que también lo son sus explosiones de ira con manifestaciones violentas, pero cada vez que siente que cuestionan su autoridad, actúa impulsivamente, aunque luego se arrepienta de haberlo hecho.

Cuando te enfureces, cuando te reniegas, cuando estás con ese nervios, a veces te da cualquier cosa hacer ese rato, para después al poco rato estás pensando, te arrepientes después, ¿por qué he hecho, qué ha pasado? Es tarde pue, como se dice.

El discurso de la condena a la violencia física contra la mujer, al parecer, ha calado en el pensamiento de Lucho. Esto lo hace contradecirse, pues anteriormente planteó que si ella le saliera respondona frente a una recriminación que él le hiciera, probablemente usaría la violencia física. Sin embargo, en otro momento niega esa posibilidad y dice más bien que, ante reiteradas faltas contra su autoridad, preferiría más bien alejarse y no utilizar el maltrato físico.

E: Y si tu esposa no fuera tan hacendosa como tú lo cuentas, por ejemplo, tú llegas a tu casa y te encuentras que no hace los quehaceres del hogar, ¿cuál sería tu actitud?

L: Bueno, yo no soportaría a las mujeres que no me hacen caso, creo que yo me iría, no más, eso pienso.

E: ¿Y se justificaría en ese caso que le levantes la mano?

L: No creo, yo me iría, pienso. Como no hay ese cariño, no hay nada que hacer, entonces, por qué tengo que maltratar. Tranquilo nos separamos, tranquilo me voy, eso es mi pensamiento.

Por otra parte, está convencido que es justificable la violencia física cuando se trata de un caso de infidelidad por parte de su pareja. Aduce que no podría soportar el malestar que le produciría el no haberle pegado si ocurre una trasgresión de ese tipo. Pero aún, en este caso, su discurso es contradictorio, pues duda entre la justificación racional y el acto impulsivo como reacción del momento.

E: ¿Hay alguna causa que justifique que un esposo pueda pegarle a su esposa?

L: Bueno, de repente, por celos, cuando está sacando la vuelta, por ejemplo.

E: ¿Si tú te enterases que tu esposa te saca la vuelta, sería justificable pegarle?

L: De repente, porque ese pensamiento de que está con él, cada rato voy estar pensando, no me va a salir de mi cabeza eso, celos pe, entonces, no creo, no soportaría, tranquilo yo me voy, esa mi idea pe.

E: ¿Pero primero le pegarías y después te irías o simplemente te irías?

L: De repente ese rato reacción tomo, pe, si la encuentro ahí si, puedes reaccionar, como soy un poco nervioso, puedes reaccionar, por qué no, pa' soportar esto no creo.

Lucho utiliza el maltrato físico para corregir a sus hijos, por actos que considera censurables, como por ejemplo, apropiarse sin consentimiento del dinero de los padres. Hay que recordar que él mismo era castigado por su padre por similares motivos y actualmente encuentra justificable haber sido corregido de esa manera. Este es, por tanto,

un procedimiento aprendido y fuertemente interiorizado. Sin embargo, también en este caso, su actitud es ambivalente pues repite el discurso que considera socialmente adecuado del rechazo al maltrato a los niños y sus consecuencias, y sobre la necesidad de dialogar en vez de pegar.

E: ¿Consideras que es necesario pegar a tus hijos para que no hagan eso?

L: Este, no, no es bueno. Después pasa media hora, una hora, ¿por qué le pego?, digo, es necesario hablar no más, a veces con el pegar hasta terco parece que se vuelve, o sea, curtido como se puede decir, entonces, el niño ya no siente cada vez que le pegas. Entonces, es mejor hablar, pegando lo maltratas, hasta de repente esa reacción de odios entre papá y el hijo.

Pasando a otros aspectos de la relación, Lucho también se muestra como un esposo controlador. En la práctica considera a su pareja como a una menor de edad, sin criterio para discernir qué amistades les son convenientes o no y, por tanto, él tiene que hacerlo por ella, y se cree con el derecho de prohibir en los casos que le parecen inadecuadas.

Bueno, sí le puedo prohibir que vea amistades. Sí, sí le he dicho, tiene su amiga, yo le prohibí porque yo conozco la señora cómo camina (se refiere a que la percibe como muy coqueta con los hombres), puede pe en algunas cositas contagiarlo ¿no?, por esa cosita nada más.

Cuando indagamos si le molesta que hable con otros hombres, responde que nunca se ha dado ese caso, y cuando lo quisimos poner en esa situación hipotética, planteó que su actitud sería inquisidora, pero se negó de manera cortante siquiera a ponerse en esa situación, dejando entrever un conflicto enorme frente a esa posibilidad.

E: ¿No te molestas cuando ella habla con otro hombre?

L: Nunca ha hablado, nunca he visto hablar.

E: Y si la vieras hablar con otro hombre

L: Hay que preguntar todo, no, nunca he visto, nunca he visto.

Respecto a su rol en los quehaceres domésticos, él lo asume siempre y cuando ella no se encuentra en casa. Lo acepta como un complemento y apoyo a su esposa y en circunstancias especiales.

Hago cosas de la casa sólo cuando no está ella, por ejemplo, antes trabajaba otro negocio, cuando estoy trabajando, yo cocinaba así, porque ella tenía otro trabajo, yo sé que estaba viniendo cansada, yo llegaba temprano, cocinaba, sí, limpiaba. Y actualmente más o menos, yo salgo a las seis, llego a las siete, entonces ella ahorita está en la casa, pe.

El dinero no constituye una vía de control, ya que ambos trabajan y tienen ingresos económicos. Lucho aporta parte de su sueldo para determinados gastos en la casa y para el resto confía totalmente en que ella administra bien sus ingresos y los gastos.

•

Éste es uno de los pocos casos donde un testigo infantil de violencia física del padre contra la madre, sin que medie otra experiencia impactante que le muestre otro modelo a

seguir, no reproduzca en sus relaciones de pareja la misma dinámica violenta. Podría estar influido por la idea que la violencia física contra su madre fue la causa de su muerte y, por tanto, el temor a las consecuencias lo reprima a hacerlo. Mas su actitud autoritaria lo ponen permanentemente al filo de la violencia física y específicamente, cuando percibe que su autoridad es cuestionada o cuando considera que no es atendido adecuadamente. Probablemente, los recuerdos del abandono del padre y su falta de consideración hacia él, hayan mellado su autoestima y su susceptibilidad esté a flor de piel tratando de contrarrestar autoritariamente cualquier atisbo de desatención hacia él. En muchas ocasiones refiere que si su pareja no hiciera caso a sus amenazas procedería a maltratarla físicamente. Pero, hasta el momento, le ha servido la violencia emocional para mantener el control y el dominio de la relación. Éste es un ejemplo claro de cómo en algunas ocasiones basta un solo hecho de violencia física para mantener el control de la situación, recordándole implícitamente, en tantas ocasiones como fueren necesarias, este suceso y la posibilidad de repetirlo si no se sometiera a sus deseos y decisiones.

Es posible también que los mensajes de la no violencia contra la mujer hayan calado en él, haciendo que se reprima. Hemos notado en varias partes de su discurso una actitud ambivalente y contradictoria tanto respecto a la violencia contra la mujer como contra los hijos. Aunque en este último caso, mientras siga valorando en su propia experiencia el castigo físico como correcto si éste es justo, continuará con la misma dinámica, aunque discursivamente se contradiga.

Su actitud es controladora respecto a las relaciones que ella entabla, y no se han suscitado nuevos conflictos simplemente porque no se ha dado la ocasión, ya que ella se cuida de no provocarla. Su actitud negativa a ponerse en una situación hipotética en donde su pareja amplíe su espectro de relaciones personales cotidianas a otros varones, y no estamos hablando siquiera de amicales, nos hablan de una atmósfera de control estrecho y violencia física latente.

LEONARDO, 39 años. “No le controlo económicamente, ella me da cuenta hasta el último”

Leonardo vive en la ciudad de Cusco, a pesar de tener estudios superiores, aunque no completos, sólo consigue trabajos eventuales como albañil. Mantiene una relación de convivencia de 13 años y tiene cuatro hijos. Su esposa trabaja como artesana en su propia casa. Según cuenta, no ha existido episodio alguno de violencia física entre ellos, pero sí una actitud autoritaria contra su pareja y múltiples muestras de violencia emocional, a través de las cuales mantiene el control de la relación.

Nació en Tinta, distrito de la Provincia de Canchis, donde vivió hasta la edad de 11 años. Es el tercero de tres hermanos varones. Sus padres se dedicaron a la agricultura y ganadería y cuando niño, a pesar de tener una vida modesta, nunca le faltó lo esencial para alimentarse y vestirse. Sus padres frecuentemente mantenían discusiones y fue testigo de innumerables agresiones físicas de su padre contra su madre, casi siempre por los mismos motivos, cuando su padre consideraba que su madre no cumplía a cabalidad las tareas que él le había encomendado. Leonardo sufría por esos acontecimientos y se sentía muy afectado e impotente para evitarlos. Actualmente, piensa que probablemente esas experiencias le han ocasionado algún trauma psicológico.

Yo presencié cuando le pegaba y como todo niño grita, pue, atajábamos. Me sentía ofendido, molesto, dañado, porque desde luego que todo niño tiene miedo a su padre, no hay forma como a veces intervenir. Pensaba, por supuesto, que eso no podía ser bueno, que era muy malo, que estaba haciéndonos un daño, nos traumaría pue, en cierto caso.

Sin embargo considera que la relación con su padre fue buena, sintiendo a la vez su afecto, pero también su rigor frente a actos de indisciplina. Si bien cuando niño no los aceptaba, ahora evalúa esos castigos físicos que sufría, como justos y adecuados para corregirlo.

Mi padre, bastante me quería a mí. Era cariñoso, por decir, cuando estuve en la escuela, cualquier trabajito siempre me lo hacía, traiga te lo dibujaré, me daba un afecto más especial, de repente mucho más que a mis mayores. De vez en cuando nos castigaba, mi padre decía en una la miel y en otra la hiel, entonces, para que uno pueda ser algo correcto ¿no?, si había algo, un error, entonces tenía que haber mi sanción. Sí, me daba mis cueras, tal vez porque no le obedecía yo, o no lo hacía lo que él me decía. Bueno, veo que en realidad, un padre si trata de corregir para su bien, es necesario de hacerlo, aunque como todo niño simplemente gritaba, lloraba y, desde luego diría que estaría muy mal ¿no?

Cuenta que las relaciones que entabló su madre con todos sus hijos, y en especial con él, fueron muy buenas, llenas de dedicación y cariño. A diferencia de su padre, ella nunca los castigó físicamente. Cuando él tenía 11 años, su padre adquirió una casita en Cusco con la intención de que tuvieran más acceso a mejores colegios de educación secundaria. Cuando todos los hijos llegaron a la adolescencia, la violencia contra su madre cesó, pues en cualquier discusión inmediatamente intervenían los hijos y evitaban el desenlace violento.

Ya yo estaba jovencito, mis hermanos mucho más jóvenes, por tanto ya las peleas entre ellos, ya se había acabado. Los hijos siempre por algún riña o por algún disgusto que tenían teníamos que intervenir, de esa manera también mi papá de repente habrá puesto a reflexionar y decir: -Ya mis hijos son jóvenes y hasta aquí fue todo-, entonces ya no hubo esos disgustos.

Su primera y única enamorada ha sido su actual esposa, con quien empezó su relación cuando ambos tenían 16 años y aún estaban en el colegio. Estuvieron de enamorados por espacio de ocho años, y a los cuatro años de haber iniciado esa relación, ella salió embarazada. Aduce que el embarazo no fue planificado y se dio justo en el momento en que él ingresaba al servicio militar de manera voluntaria, algo que ambos ya lo tenían conversado, pues siempre le atrajo la vida militar. Durante el año y medio que duró su internamiento ella vivió en casa de sus padres. Aún luego de su salida del servicio militar, por un tiempo más no vivieron juntos aunque siempre se veían. A raíz de que la madre de Leonardo se enfermó y no había quien la atiende, es que le pide a su pareja que vaya a vivir con él para que lo apoye en su cuidado y de esa manera iniciaron su vida conyugal. En ese entonces él estudiaba en un instituto superior pedagógico, pero a raíz de la muerte de su madre que acaeció poco después, se sumió en una profunda tristeza y no

quiso continuar con sus estudios. Ya por entonces combinaba los estudios con una labor de albañil con trabajos eventuales, oficio el cual ha venido ejerciendo hasta el momento, aunque por temporadas se encuentra desempleado.

Precisamente, uno de los frecuentes conflictos de pareja se origina en su inestabilidad ocupacional y en las carencias económicas que ello trae aparejado. Otro origen de conflictos son los celos de ella que para Leonardo son absolutamente infundados y que se presentan cuando en algunas ocasiones él sale a buscar trabajo y ella no le cree, sospechando que la está engañando con otra. En esos casos ella le reclama explicaciones en forma airada, utilizando insultos. En esos momentos Leonardo se siente muy enfadado y tiene deseos de golpearla, pero se reprime. Lo que hace en cambio es romper violentamente las cosas que están a su alrededor con la intención, por un lado, de desfogarse, y por otro, de amedrentarla y atemorizarla para que no vuelva a hacerlo. Al parecer, con esto le ha bastado hasta el momento para controlarla, pues es muy probable que de no lograrlo utilizaría la violencia física.

Rompí la ventana, boté mis cosas de mi escritorio, mis documentos, eso fue todo. Esto a raíz de que me celó con una señora, entonces yo dije no es así, cuando ya me levantó en términos soeces entonces tuve que actuar. Sentí una amargura total, sé que podía generar una pelea, pero, yo preferí hacerlo eso, desfogarme de esa manera que golpearla, y hacerla temer, así me pareció en ese momento, porque sino, debería haberle golpeado, de repente.

Cuando su pareja lo recrimina por no conseguir trabajo, él se siente disminuido como hombre, por no lograr cumplir con su rol de proveedor, y en esos casos también realiza demostraciones violentas destrozando las cosas a su alcance.

Realmente, me siento bien forzado, porque yo pudiendo trabajar, a veces no consigo. Cuando ella me reclama me siento un poco cobarde, siento, en mi calidad de varón a veces no hay, entonces me dirá que yo soy un incapaz, qué se yo, la forma como ella me dice, y de esa forma también me desfogo.

Las razones que da para no utilizar la violencia física contra su pareja, son de dos clases. Por un lado, desde el punto de vista del costo económico, por las consecuencias negativas en la salud e integridad física de ella y por los costos que le acarrearía su recuperación, además de la imposibilidad de cubrir el vacío que dejaría en las actividades domésticas cotidianas.

Ir al golpe físico hacia ella no, no estoy en condiciones para hacerlo eso. Le diré por qué, porque, una oportunidad quien va sufrir daños o quien va sentirse mal va ser ella, y quién va sufrir los gastos sería yo, porque una vez ella postrada, ¿quién se hace cargo?

Por otro lado, rechaza la violencia física por el impacto traumático que sufrirían sus hijos y el mal ejemplo que les daría en su propia formación. Hay que recordar que Leonardo considera que su experiencia infantil ha sido traumática a causa de la violencia y se ha propuesto no volver a repetirla en sus hijos.

Bueno, la violencia, hoy por hoy, por la situación que cursamos, ya se ha hecho casi normal, pero pienso de que es algo negativo para los hijos, puesto que los hijos son los

víctimas, psicológicamente ellos serían los víctimas, entonces, no sería dable de que haigan problemas, es una cosa no educable, ni tampoco imitable ¿no?

A pesar de haber vivido en un ambiente de maltrato físico durante la infancia y habiendo podido asumirlo como una conducta normalizada para mantener la autoridad en el hogar, Leonardo afirma que evita usarlo. Considera que las oportunidades que tuvo de educación superior fueron claves para rechazar la violencia física. Estas facilidades no la tuvieron sus otros hermanos, los cuales sí tienen problemas de violencia física contra sus parejas.

Sería gracias a mi inquietud de siempre estar con la lectura, o al grado de instrucción que he podido tener, tal vez no muy avanzado, pero tuve la suerte de estar en un centro superior, entonces, tal vez son los factores para que yo no actúe de esa manera violentamente. Mi hermano mayor sí le pegaba a su esposa, y al extremo que ellos han llegado a separarse, por vía legal se han separado.

Sin embargo, el discurso de Leonardo es contradictorio, pues a la vez considera que existen situaciones en que sí se justificaría la violencia física contra la mujer. Una de ellas es cuando en reiteradas oportunidades la mujer no cumple con las obligaciones domésticas, a pesar de haber existido el diálogo de por medio. Aunque él habla en tercera persona, se extrae de este diálogo que en circunstancias similares utilizaría la violencia física contra su pareja como último recurso, y que no lo hace porque aún no se ha presentado la ocasión en que su autoridad haya sido repetidamente burlada.

E: *¿Usted cree que hay algún un motivo que justifique pegarle a una mujer?*

L: *De repente no le hace las cosas como debe ser, o si el almuerzo no está a su hora.*

E: *Por ejemplo, si usted llega a su casa y encuentra que su mujer no ha hecho los quehaceres del hogar, no ha cocinado para usted, ¿utilizaría la fuerza para hacerle entender?*

L: *No creo, no lo haría. Por ejemplo, mi señora no sé si no sabe planchar o es que no le gusta planchar, mi prenda jamás lo plancha. Me reniego, me disgusto, ¡hasta cuándo no vas aprender, por lo menos a plancharme algo del cordel, algo presentable!, le digo. Entonces de repente así ha podido pasar con mi hermano, ¿no?, tantas mujeres que a veces no saben lo que es planchar tampoco.*

E: *¿ Si la mujer descuida sus quehaceres del hogar permanentemente, justifica que el marido le pegue?*

L: *Claro, por qué no, porque de vez en cuando debe de haber golpe.*

E: *Entonces ¿es deber del hombre pegarle a la mujer cuando ocurre eso?*

L: *No deber, no llamaríamos deber, de repente casos, porque tampoco es deber de la mujer que esté abandonando sus cosas. Ahora, para esto siempre hay diálogo, ahora, si ella evade los diálogos...*

E: *Ahora, si ella no hace caso a los diálogos, ¿qué pasaría?*

L: *Bueno, qué podría hacer el varón, de repente darle su golpe, después de un maltrato verbal siempre viene el golpe.*

Además, puesto en situación contraria, donde él es el infractor a sus responsabilidades de proveedor, según los roles tradicionales, no acepta que pueda recibir igualmente castigo físico de parte de la pareja. Se escuda en una respuesta cínica que las cosas están así establecidas por el machismo.

E: Y al revés, veamos, un varón que permanentemente no lleva el sencillo a la casa, no estaría cumpliendo su función de varón, ¿eso justificaría que la mujer le pegue?

L: No creo, no.

E: Pero, ¿por qué si al revés?

L: Bueno, de repente por el machismo, ¿no?

La otra circunstancia en que considera justificado usar el maltrato físico contra su pareja es cuando ocurre un acto de infidelidad, lo cual constituye a sus ojos otra falta de respeto grave

Sí justifico que le pegue, por ejemplo, cuando la mujer tiende a errar, teniendo su marido se pone a estar con otro varón. Es una falta de respeto, infidelidad, ¿no? Juega con los sentimientos del varón, mientras que el varón va trabajando y la mujer feliz.

En torno a otros aspectos de su relación conyugal se muestra controlador, en algunos casos, abiertamente y en otros, de manera sutil. Así, argumenta que no le pone restricciones a las amistades que pueda entablar ella, pero sólo lo permite siempre y cuando éstas se realicen al interior de su casa y de esta manera probablemente tener la posibilidad de mantener un cierto control del contenido de las mismas y del tipo de relaciones que entable.

No le impido, siempre yo le digo hazlo pasar a sus amigas, no me gusta que estén en la calle, yo les digo haz pasar.

Por un largo tiempo prohibió a su esposa tener contacto con su familia porque, en una ocasión que él la había maltratado verbalmente de manera muy dura, acto que Leonardo minimiza, ella fue a quejarse a su familia y todos ellos fueron a increparle su conducta. Actualmente, si bien permite que su pareja visite a sus familiares, no deja que ellos vengan a verla a su casa.

Sí, le he impedido que los vea, por disgustos que hemos tenido, vino su padre, su madre, sus hermanos, me hicieron un lío total, porque simplemente le había gritoniado a su hija. Entonces dije ¡ya, tu madre, tu padre han querido pegarme, entonces ya pue, o terminamos acá o estás con tu madre y tu padre!, le dije, sí... dije eso. Pero fue por un tiempo, actualmente normal va ella donde su papá, su mamá, sus hermanos.

Si ella tiene que hablar con otro hombre, le exige estar presente y que hable en voz alta para poder controlar el contenido de la conversación. Tiene temor a que le sea infiel. Cuenta de una ocasión que le produjo mucho malestar y dolor, cuando encontró a su pareja hablando en voz baja con un vecino, sospechó que detrás había el ánimo de engañarle, a pesar de las aclaraciones que ella le hizo. Es interesante notar cómo un acontecimiento como éste le significa un acto evaluador de su rol como hombre y lo llena de inseguridades sobre si está a la altura de las exigencias sociales.

En una oportunidad sí sospeché. Parece que así conversaban a voz bien bajo con el esposo de una de sus amigas, cuando yo me aproximaba. Sí, entonces ya tuve que llamar la atención. Simplemente dije que si hay algún diálogo que sea a voz abierta. Sentí un disgusto, que realmente no me agradó, me sentí bien ofendido, sentimentalmente bajo.

Claro, destrozado psicológicamente me sentí porque, yo dije, pucha estoy grave, en algo yo estoy fallando, o yo no estoy cumpliendo mis funciones por acá. No, yo le tuve que decir de frente, si tú me juegas de esta manera lo único que nos queda es, hasta aquí no mas, porque si yo voy a descubrir que tú..., la puerta está abierta al rato que tú gustes, si yo no estoy de acuerdo a ti. Ella dijo que sólo ha venido a solicitar que le preste algo de la casa, pero no le creí.

En los aspectos económicos existe alguna forma sutil de control. Si bien no le limita el acceso a los ingresos familiares, dice confiar plenamente en ella, porque le da cuenta de cómo gasta el dinero de manera detallada y, por tanto, él no tendría necesidad de ningún procedimiento explícito de control. Hay que tener en cuenta que en un ambiente controlador y de sometimiento, los subordinados tienden a adelantarse a los requerimientos de los dominadores para evitar su enojo y los peligros a su integridad física, siendo ésta una estrategia de adecuación para resistir.

No le limito, yo le doy lo que tengo, yo le llevo a la casa ahí le digo: -Tú distribuye esto- Es que no le puedo yo limitar porque a veces ella, lo que hace la compra, hace su relación. Entonces cuando vuelve me dice, -Mira esto he utilizado en esto, en esto-, saca su cuenta del pasaje hasta el último ¿no?, ida y vuelta ¿no?, entonces, no hay de que desconfiar.

Respecto a su participación en los quehaceres domésticos, aduce no tener problemas en colaborar con ella en las circunstancias que lo necesite

Si, llámese lavar la prenda o pelar las papas en la casa, sí coopero ahí.

Cuenta que también recibe presiones de sus pares para que muestre más explícitamente su autoridad en casa y para que utilice con mayor frecuencia la violencia física contra su esposa. Frente a eso él resume con mayor claridad su posición, su rechazo al maltrato físico, el cual es justificable sólo como último recurso en casos graves, los cuales fueron detallados líneas arriba.

Yo únicamente les digo de que depende a la actitud de la mujer, ¿no?, porque sin motivo tampoco uno no puede actuar, tendría que ser anormal, tendría que ser un motivo bien fuerte para poner la mano encima, ¿no? Puesto que, como le vuelvo a decir, no soy amante del maltrato físico.

•

La actitud de Leonardo contra la violencia física hacia la pareja, podría significar algún avance, frente a otros varones que la utilizan en cualquier circunstancia en que sienten que su autoridad está en cuestión. También resulta interesante la forma como una conducta naturalizada desde la infancia de violencia física contra la mujer, puede ser reprimida, aunque no necesariamente cambiada, gracias al acceso a un ambiente de estudios superiores, sobre todo si está referido a los estudios superiores pedagógicos, donde probablemente percibió de manera más explícita la condena a la violencia física.

Pero también está claro que la violencia física permanece latente y podría ser utilizada, con justificación de por medio, cuando Leonardo perciba que las faltas a su autoridad se tornan graves, frente a lo cual la utilizaría como último recurso.

Su actitud jerárquica y autoritaria de la relación de pareja está muy arraigada y los conflictos surgidos hasta el momento los ha podido resolver mediante la violencia emocional, cuyo objetivo ha sido imponerse buscando amedrentarla y/o controlarla. Los mensajes que le deja son claros, unos más sutiles que otros, los cuales pueden sintetizarse en: “puedes hacer lo que quieras mientras yo pueda observar y saber lo que haces”, “puedes actuar según tu criterio mientras no me contradigas”. O sea, detrás de una aparente libertad hay un condicionamiento que no necesita expresarlo, pero que la mujer intuye, y se esfuerza por acomodarse a los deseos de él.

Otro elemento que permanece en la base de la posibilidad de violencia física, pero que hoy es resuelta con el maltrato psicológico, son las inseguridades de Leonardo respecto al cabal cumplimiento de sus roles como varón que el modelo hegemónico impone. En cada conflicto surgido por los problemas de precariedad económica o de sospechas de infidelidad, se siente evaluado y muy inseguro de cumplir con lo que socialmente se le exige a los hombres, tanto como proveedor, como en las relaciones sexuales. Esto es motivo de mucho malestar y alimenta de manera permanente el peligro de violencia física.

CARLOS, 30 años. *“Impongo mis ideas, porque el varón tiene más razón que la mujer”*

Carlos vive en la ciudad de Cusco, tiene algunos años de estudios superiores que no culminaron, actualmente trabaja como taxista y eventualmente toca en un grupo musical que es contratado para animar fiestas. Tiene una relación de convivencia de 8 años y una hija. Su esposa, que también tiene educación superior incompleta, trabaja como comerciante en una tienda ubicada en su misma vivienda. Durante el periodo de su relación ocurrió, según relata, un solo hecho de violencia física contra su esposa, el cual no se volvió a repetir, pero sí utiliza otros mecanismos de control haciendo uso de la violencia emocional.

Nació en la provincia de Chumbivilcas, donde vivió hasta los 11 años, momento en el cual se trasladó a la ciudad de Cusco a vivir con sus hermanos mayores, que años antes habían sido trasladados por sus padres, con la intención que sigan estudios secundarios. Es el último de ocho hermanos. Hijo de un pequeño ganadero, cuenta que durante su infancia tuvo lo necesario para no sufrir de carencias básicas. Según relatos que pudo recoger, antes que él nazca, su padre maltrataba físicamente a su madre pero al parecer la violencia cesó porque los hijos mayores ya entraron a la adolescencia. Por esta razón, él no fue testigo de violencia física contra su madre, más sí de discusiones entre ellos.

La relación con su padre fue muy distante, sólo se mostraba un tanto afectuoso cuando volvía de los largos viajes que hacía para vender su ganado, pero cotidianamente no se relacionaba mucho con sus hijos. La relación con su madre, en cambio, fue más bien cariñosa, aunque cuando él y sus hermanos se portaban mal los castigaba físicamente, lo que ellos aceptaban como algo natural. Por el contrario, su padre nunca les pegó.

Sí recibía siempre unos castigos, natural cuando uno estudiaba mal o se comportaba mal. De sobar nada más, pero no, no era mucho, un chicotazo y nada más. Mi mamá es quien me ha pegado, mi padre nunca me metía la mano.

Su adolescencia transcurrió en la ciudad de Cusco, conviviendo con sus hermanos mayores, pues sus padres se quedaron en la provincia. Al poco tiempo de llegar, un amigo lo invitó a formar parte de un club juvenil parroquial donde Carlos considera que tuvo ocasión de recibir una formación en valores positivos de responsabilidad y de alejamiento de vicios como la droga o el alcohol. Su afición por la música lo hizo también popular y durante la adolescencia y primera juventud tuvo varias enamoradas, aunque no experiencias sexuales. A los 21 años se inició sexualmente con una chica con quien tuvo una esporádica relación y a quien consideró una mujer “fácil”, pues estaba con varios a la vez.

Poco tiempo después conoció a su actual pareja quien cantaba en el coro parroquial. Le atrajo mucho de ella su manera de ser tan recatada, seria y “digna” comparada con las chicas “jugadoras” con quien anteriormente había estado. Luego de dos años de enamorados decidieron convivir, así que alquilaron una casita y luego de poco tiempo salió embarazada, lo cual fue buscado por ambos.

Carlos cataloga su relación de pareja como buena, aunque con altibajos. Reporta un solo hecho de violencia física varios años atrás. Fue con ocasión de una parrillada donde asistieron juntos, en la que él le pegó por celos en medio de todos los asistentes. Lo señala como un hecho muy desafortunado, causado por el gran malestar e inseguridad que le produjo el hecho que su esposa entable conversación y cierta empatía con otro hombre. El temor a ser abandonado y burlado y el creerse con el derecho de impedir lo que consideraba como inminente, fueron más poderosos que su temor a hacer un papelón o “roche” como él lo expresa.

Un caballero que le invitaba mucho la cerveza, yo le dije “no tome”, “no, si es fiesta” (dijo ella), y le recibió dos vasos, así no más ella no toma. Yo pensé que si me emborracho se puede ir así con el otro, y sentía amargura de que me pudiera sacar la vuelta, entonces dije: “no, mejor ahí nomás, entonces se me calentó la cabeza y ya le golpeé pue, se me salió el indio, le di un lapo delante de la gente ¡pam!, fue un rochazo pue.

Inmediatamente después se sintió muy avergonzado pues siempre había tenido una imagen de alguien muy comedido ante los demás. Además sentía vergüenza de sí mismo y desconcierto por la contradicción entre lo que decía y hacía, puesto que en muchas ocasiones había predicado la confianza mutua que debería existir entre toda pareja. Nótese que la vergüenza es más por la falta de confianza en su pareja que por el acto violento en sí.

Después dije: -Pero pucha qué cosa he hecho-, me sentí mal, o sea, remordimiento de conciencia, cómo pude actuar así, si yo mismo pregonaba, le decía a mis cuñados o a mis amigos, “desde el momento en que tú ya tienes algo con una persona, ya es algo serio, eso que estés pensando mal de ella”, o sea, me puse a pensar ¿no?, en eso que les decía ahora he caído.

La principal mortificación de la esposa fue por la vergüenza de exponerse ante los ojos de los demás como indigna por estar unida a un hombre que, por ser absurdamente intolerante, es indigno. Carlos ensaya una justificación de su acto violento en los celos que sintió. Para su pareja también lo injustificado no fue el hecho mismo de la violencia, sino los celos de Carlos, puesto que ella debería de estar libre de toda sospecha, dada su trayectoria de recato muy bien conocida por él.

Ella me dijo, cómo me has hecho quedar mal ante mis amigos, mis amigas, ahora qué piensan, que eres lo peor, con qué tipo de hombre me he metido, ése es un salvaje. Le dije: "Sabes qué, pucha disculpa", le expliqué que me sentía mal, se me vino el ataque de celo y ahí nomá se me fue eso. Me dijo: "Son tantos años que vivimos y vas a pensar eso, a mí no me has conocido en la discoteca" -. Yo tranquilo nomás, poco después solucionamos todo, ya.

Este hecho tuvo consecuencias posteriores, pues aunque nunca más se hizo explícito el control por parte de Carlos, inhibió a su pareja a querer frecuentar reuniones sociales. Incluso, a partir de entonces, ella se auto reprime no permitiendo que ningún hombre se le acerque a conversar cuando él está presente. Piensa que es una situación negativa y preocupante pues ante los ojos de los demás él da la imagen de una persona violenta e intolerante. Sin embargo, ese es el discurso de Carlos, ante el cual habría que preguntarse qué tanto sigue alimentando ese temor en su pareja mediante mensajes soterrados y acepta como cómoda esta situación, dada su actitud controladora y autoritaria, como veremos más adelante.

Ella un poco que se cohibe desde lo que pasó ¿no?, y un poco que se avergüenza de salir con los amigos -No, de repente tú reaccionas- siempre tiene presente esa ocasión cuando le pegué. Sí, por eso con los amigos un poco que ella, desde esa vez, se distanció. Yo digo, ándale nomá, qué problema, pero a veces siento que cuando un amigo se acerca, ella se escapa, entonces, le digo, no: Anda nomá, pucha, qué va pensar, que verdad yo soy un salvaje.

Analizando otros aspectos de la relación, Carlos abriga sentimientos de superioridad frente a su pareja, lo cual le resulta natural por el solo hecho de ser hombre. De esta forma, considera que siempre tiene la razón y menosprecia las ideas que provengan de ella y lo contradigan, porque aprendió como hombre que así debe de ser.

E: ¿Consideras que siempre tienes la razón, impones tus ideas, suponiendo que las de ella están siempre o casi siempre equivocadas?

C: Yo creo que sí. A todos nos pasa eso, siempre tenemos ese tic de tener la razón en todo, ¿no?, como quien dice, el varón es el que más razón tiene que la mujer, creo, por lo que he visto así, ¿no?

E: ¿Por qué?

C: No sé, por el hecho de ser hombre, así, más creo

E: ¿Qué sientes cuando ella plantea ideas que te contradicen?

C: Un poco de menosprecio se puede decir a la idea que ella tiene.

Esto hace también que en muchas oportunidades, cuando piensa que ella lo va a contradecir, tome decisiones de manera unilateral en aspectos que conciernen a ambos, tales como en la educación de los hijos, en gastos para el hogar, etc.

Sí, sí tomo decisiones sin su consentimiento. Eh, por el hecho de no compatibilizar, ¿no?, de no tener las mismas ideas a veces. Por ejemplo, le puse a mi hija en un colegio particular en contra de la voluntad de ella, porque decía que era caro, pero igual pe, yo dije si yo trabajo voy a correrme con el gasto. Ella no quería, qué tanto vamos a gastar, así, ella se opuso, después ya, se convenció.

Carlos plantea que no tiene inconveniente alguno en participar en los quehaceres domésticos para apoyar a su pareja cuando lo requiera, en algunas ocasiones incluso cuando ella no se lo pide o se opone. Le resulta fácil hacerlos porque toda su vida, al vivir lejos de sus padres, tuvo que resolver las necesidades domésticas por sí mismo. Hay ocasiones en que otras mujeres se admiran de su actitud en comparación a lo que sucede con sus maridos, pero él muestra ese comportamiento como normal y sin prejuicios.

Hago tareas de la casa, desde pequeño, con mis hermanas así, cada uno dependió de sí mismo, siempre nos ha puesto como concepto eso que, cuando fuéramos grandes nunca dejemos de lavar nuestra propia ropa, y siempre cuando hay que meter mano a la cocina, yo me entro nomá, a veces sin decirle, a veces me dice: -¡Qué!, pa' qué entras-, así no, a veces un poco que sus primas le dicen que mi esposo no hace eso, yo le digo yo siempre he sido así, si eso es así

Carlos considera que pegar a una mujer es malo, en cualquier circunstancia, aunque cuando discuten tiene deseos de agredirla físicamente. Ha descubierto como alternativa para evitarlo el retirarse de la casa y volver luego, cuando los ánimos se han enfriado, para conversar calmadamente. Aduce que, a pesar de no haberse puesto de acuerdo en que ésa será la táctica para evitar la violencia, ella no lo considera como una agresión más, porque lo conoce muy bien.

Cuando discutimos fuertemente, me voy, salgo de la casa y hasta que todo se tranquilice. En caliente uno puede reventar. Luego vuelvo y le digo -a ver, ya ahora que está todo frío cómo es el asunto- Que en caliente es un poco fuerte, así. Cuando me salgo ella no se enfurece porque me conoce. Ya muchas veces, hemos tratado muchos temas y siempre yo he hecho eso

Pero su rechazo a la violencia física contra la mujer no es contundente, plantea que no sabe cómo reaccionaría si su esposa incurre reiteradamente en faltas a su rol tradicional de ama de casa, o le es infiel, pues hasta el momento eso nunca ha ocurrido. Su posición es ambigua, ya que por un lado rechaza aún en esos casos la violencia y plantea que si se dieran tales hechos preferiría terminar la relación, por otro intenta justificar los casos de violencia física contra la mujer, poniéndola como la causante de esa reacción masculina.

Yo he visto, las mujeres mismas provocan (que les peguen), el hecho mismo de que se van con otro (hombre), otro puede ser que no les hacen caso, no les atienden bien (a sus maridos). Me tendría que poner en ese caso para saber cómo reacciono, pero no sé, la verdad es que no justificaría. Simplemente ya pe, no me trata bien, tranquilamente me retiro. Yo siempre a mi esposa le digo, si a mí no me tienes presente, es porque no hay nada. Tengo un amigo que su esposa se dedica a vagar, le mete un somnífero al hijo y ella se va a la fiesta, y el esposo ahí trabajando, y al día siguiente llega, ve todo eso, entonces, ahí veo que la golpea, pero no sé, la verdad es que tendría que estar ahí, ¿no?.

Recibe frecuentemente presiones de parte de los amigos que le incitan a pegar a la mujer para hacerse respetar. Pero Carlos siempre tiene salidas para eso, retándolos a hacer eso con sus propias parejas y no dar consejos a otros que, como él, fueron formados en un ambiente ausente de violencia física entre esposos.

Los amigos sí que me comentan, oye, hay que meterles su chiquita ¿no?. Yo simplemente les digo, si tú quieres hacerlo, hazlo con tu esposa, así, nada más. A mí mis padres me han formado de distinta forma, nunca los he visto pelearse.

•

Éste es el caso de alguien quien creció en un ambiente de no violencia física entre sus padres, que además, por las oportunidades de participar en agrupaciones dirigidas por la Iglesia que predicaban un mensaje de paz, y tal vez por su paso por la universidad donde se podría observar un horizonte más amplio en las relaciones humanas, tenga claro que la violencia física contra la mujer es algo malo y repudiable. Pero es también la situación de alguien que la única vez que su conciencia supuestamente no violenta fue puesta a prueba, en un acontecimiento considerado como grave en la afirmación de la identidad masculina hegemónica como es el de la infidelidad (o sólo la posibilidad de ella), reacciona violentamente contra su pareja. Por eso mismo él repite que no se siente seguro de cuál sería su reacción si volviera a ponerse en situaciones similares, e intenta veladamente justificar tal accionar por la conducta de las mujeres.

La vergüenza es grande para quien incluso predica las relaciones de mutuo respeto y confianza que deben prodigarse las parejas entre sí y a la vez actúa con violencia contra su pareja. Incluso se siente avergonzado de aparecer ante los demás como controlador de su pareja, y por eso dar la imagen de “un salvaje”. Pero, por otro lado, mantiene muy internalizado un sentimiento de superioridad masculina y de su rol de autoridad frente a las mujeres. Él cree que las mujeres son intelectualmente deficientes e irracionales y, por lo tanto, si ella contradice su opinión, no es porque ella pueda tener una razón válida, sino porque no entiende y, por tanto, en sus propias palabras, es pasto de su menosprecio. Resulta entonces muy probable que ante casos en los que perciba en peligro su identidad como superior vuelva a actuar violentamente, a costa de los sentimientos de culpa y de lo embarazoso que resultaría la situación frente a un comportamiento cada vez más aceptado como no adecuado socialmente.

PALITO, 33 años. “Debe pedir permiso, soy el jefe de la familia, merezco respeto”

Este hombre, que quiso identificarse como Palito, vive en la ciudad de Cusco. Primero, estudió en un Instituto Superior Tecnológico de donde egresó como técnico agropecuario y posteriormente ingresó a la universidad para cursar estudios de ingeniería agrónoma pero no los culminó. Actualmente está desocupado, pero anteriormente trabajó como técnico agropecuario y chofer de camión de carga. Tiene una relación de convivencia de 4 años y dos hijos pequeños. Su esposa, que también cursó estudios superiores de ingeniería agrónoma y no los culminó, trabaja como comerciante en una tienda ubicada en su misma vivienda. Durante el periodo de su relación ocurrió un solo hecho de

violencia física contra su esposa y otro de violencia sexual, los cuales, según afirma, no se volvieron a repetir. Sin embargo, sí utiliza otros mecanismos de control haciendo uso de la violencia emocional.

Nació en Yucay, distrito de la provincia de Urubamba, a una hora de la ciudad de Cusco, donde vivió hasta los 22 años. Fue el tercero de siete hermanos, hijo de un agricultor pobre que no podía afrontar con sus ingresos las necesidades básicas de su familia. Por eso su infancia estuvo llena de carencias materiales que pudieron ser medianamente solucionadas gracias al apoyo de sus abuelos. En este periodo, si bien fue testigo de discusiones entre sus padres, una sola vez lo fue de violencia física contra su madre. Se produjo porque en una oportunidad su madre salió muy temprano al mercado a vender sus hortalizas y no volvió sino hasta muy pasado el mediodía, descuidando la preparación de alimentos para el esposo y los hijos. Cuando volvió fue duramente recriminada por el esposo, discutieron y ella fue víctima de maltrato físico. Palito por ese entonces tendría unos ocho años y recuerda que ese episodio le causó mucho dolor, temor a su padre y sentimientos de culpa por lo que le estaba sucediendo a su madre, aunque no entendía por qué.

Sentí lo peor, lo único que hice llorar pue, como nunca había visto ese tipo de peleas. Lloré porque en ahí, a mi mamá le vi llorar. Me causó sentimiento, pena por mi mamá porque estaba llorando y de repente por nuestra culpa estaba pasando esas cosas. En ese momento no se qué pensaba, estaba tan aturdido que no podía hablar, ni mirarlo a mi papá. No sé, pucha, daba ganas de escapar de mi casa.

Señala que la relación con su padre fue buena, una mezcla de afecto y disciplina, no acostumbraba pegarle sino sólo reprenderlo duramente, aunque en una sola ocasión lo castigó físicamente.

Una sola vez mi papá me corrigió, me sobó, pero de ahí también, yo para qué decir, también siempre mi papá nos ha criado así, o sea, con rigor también cuando nos portábamos mal. Mi relación con mi padre siempre fue lo mejor, había cariño, nos daba todo, nos daba lo que tenía.

Tuvo una adolescencia tranquila, y durante ese periodo mantuvo relaciones de pareja esporádicas, aunque recién se inició sexualmente a los 19 años con una chica que conoció en el Instituto Tecnológico donde había ingresado. Con ella estuvo un par de años hasta que terminó sus estudios, pues posteriormente viajó a la ciudad de Cusco para estudiar ingeniería agrónoma y la dejó de ver. Luego de otras relaciones esporádicas, inició una relación de pareja con una compañera de estudios. Le atrajo mucho de ella su espíritu emprendedor y desde el primer momento ambos se sintieron muy enamorados.

Luego de apenas tres meses de haber iniciado su relación decidieron convivir, pues les era incómodo mantener relaciones en la misma casa donde convivía con todos sus hermanos. Hasta el momento su padre lo mantenía, pero cuando decidió convivir le cortaron las mesadas. Gracias a haberse graduado como técnico agrario pudo trabajar y

estudiar y tener lo mínimo necesario para mantener su nuevo hogar. A los pocos meses de convivencia, su pareja salió embarazada. Ambos aún no hubieran querido tener un hijo pero sólo usaban el método del ritmo y en una oportunidad éste falló. Aún no estaban en condiciones económicas de tener hijos, por eso Palito insinuó a su pareja interrumpir el embarazo, pero ella se enojó mucho con él y no aceptó siquiera discutirlo, por lo cual el embarazo continuó y cuenta que a él no le quedó más remedio que aceptarlo. Palito relata que hasta ese momento ella no aceptaba utilizar métodos modernos, de esta manera poco tiempo después salió nuevamente embarazada. Actualmente, combinan el método del ritmo con el uso del preservativo.

Su relación en general la cataloga como buena, aunque no ajena de conflictos. Confiesa que en una sola ocasión le pegó, hecho por el cual ella guarda hasta ahora resentimiento. Sucedió cuando al regresar de un largo viaje de trabajo no la encontró en su casa donde él esperaba encontrarla y recibir sus atenciones. Lo primero que sintió fueron celos, imaginándose que en ese momento le estaría siendo infiel.

Yo pensaba, qué hará pe todos los días, yo dije, sino estoy acá, pucha y encuentro, ni siquiera ha pensado que yo iba a llegar ese día, porque un día después iba a llegar, me he adelantado, y no estaba, pe, y eso un poco celos creo que me dio esa vez. Pensé que podía estar con otro de repente.

Llamó a casa de sus hermanos y al saber que estaba allá, le exigió que volviese inmediatamente, pero ella se demoró más de lo que podía soportar la paciencia de Palito. La desobediencia que percibió en ella, unido a los celos que experimentaba, lo enardeció aún más, y cuando volvió le increpó duramente y al no aceptar ella sus reproches sintió que no respetaba su autoridad y la golpeó.

Estaba un poco celoso, y se demoró bastante pe, le he esperado casi como una hora, y le he vuelto a llamar -, ya en eso me amargué. Sentí que no quería hacerme caso ¿no?, porque yo inclusive le llamé hasta dos, hasta dos veces, no venía inmediatamente. Llegó y me empezó a discutir, y en eso no sé cómo, se me fue un lapo. Ella no me ha contestado nada, no me ha dicho nada, se puso a llorar, y de ahí como le vi llorar, pucha, agarré el carro y seguí mi viaje.

Posteriormente, a medida que disminuía su enojo sintió remordimientos, porque pudo analizar calmadamente que no había razón para sentir celos ya que realmente había estado en casa de sus hermanos, y que su enojo y la violencia utilizada eran injustos.

Ya en el camino, yo mismo estaba ahí, con un remordimiento que no debía hacer, con la culpa adentro ¿no?, no debía hacerle eso, porque ella me estaba diciendo la verdad. Ya regresando de viaje, ya, le hice sus bromitas, pero un poco que estaba molesta nomá, bueno, pero ya pasó pe, ahora normal.

Palito en varios pasajes de la entrevista se muestra en contra del uso de la violencia física hacia la mujer. Da cuenta de los innumerables mensajes que ha recibido desde su niñez respecto a lo nefasto de ese accionar y expresa temor en que ésta pueda causar la desintegración de su hogar.

E: ¿Crees que está bien que un hombre trate de arreglar las cosas en su hogar pegando a su esposa?

P: Yo pienso de que las cosas se debe actuar conversando, y nunca con la violencia, eso me ha enseñado, inclusive, desde mis papás ¿no? Si hay violencia se rompe la familia, hasta a veces puede llegar a separarse.

E: ¿Tiene miedo que eso ocurra?

P: Sí, tengo miedo, que todo el trabajo que se ha trabajado hasta hoy día vaya al agua y es un problema ¿no?, y peor los niños, pue, cómo quedan...

Pero también hace la distinción entre la violencia que es justificable y la que no. Mas ese discurso que deslegitima el uso de la violencia contra la mujer lo hace contradecirse en relación a la existencia o no de causales que justifican dicha violencia. Cuando se le hace notar las incoherencias de su discurso, ensaya un argumento que intenta distinguir entre lo que él piensa y en su comportamiento violento, de carácter impulsivo, frente a un acto como la infidelidad que convencionalmente vulnera las fibras íntimas de la masculinidad hegemónica.

E: ¿Crees que podría existir alguna causa que justifique que un hombre le pegue a su esposa?

P: Claro. Cuando la mujer te saca la vuelta. Y no solamente pegarle, sino hay que dejarlo.... um....no pegarle, yo, mi política sería, no pegarle, sino decirle hasta acá y punto, nunca más.

E: Al principio me dijiste que se justificaría pegarle

P: Pero yo tengo un momento en que, de repente cuando estaría amargo, ahí si, hasta no sé qué le puedo hacer, pero cuando estoy así tranquilo, normal, no creo.

En una oportunidad en que llegó borracho a su casa, ante la negativa de ella de tener relaciones sexuales, la violó. Palito relata que en ese momento no le importó la voluntad de ella, sino sólo satisfacer sus deseos sexuales, y se sintió con el poder de hacerlo porque se trataba de su esposa, condición que él piensa que le da el privilegio de hacer uso y abuso de su cuerpo, mientras que con cualquier otra mujer, ante las mismas circunstancias, él es conciente que no lo haría.

E: ¿Alguna vez le has forzado a tener relaciones sexuales cuando ella no quería?

P: Sí, ha sido una sola cuando llegué borracho, será pue, unos dos años. Llegué, yo le había dicho de que quiero hacer el amor y ella no quería, -No, mañana, mañana-, me decía, -No, estate sano-, me decía, -¡No, yo quiero hacer el amor ahora!-, Le he recriminado pe, -¡Oye, qué tienes!-, así y le forcé pe, y lo hemos hecho.

E: ¿Qué pensaste cuando te dijo que no?

P: Lo único que pensaba era satisfacerme... No me importaba que ella no quisiera, pue, sino lo único era satisfacer mi necesidad, lo que yo quería.

E: Claro, pero si estuvieras con otra mujer que no fuera tu esposa, ¿hubieras querido satisfacer tu necesidad y la hubieras forzado?

P: No creo

E: ¿Entonces, cuál es la diferencia?

P: Um, bueno, porque es mi esposa.

Palito sabía que esa forma de actuar era injustificable pero lo hizo. Actuó desde su posición de poder y probablemente también ayudado por el alcohol que desinhibe y permite anular la censura moral para actuar en forma que se considera arbitraria y abusiva en la mayoría de las situaciones. Además, a diferencia de otras circunstancias ajenas al ámbito doméstico, su accionar no le representaba peligro alguno para su integridad física y/o psíquica. Sólo reflexionó sobre lo negativo de su actuación cuando

percibió el daño y el dolor que estaba causando y se frenó, arrepintiéndose luego por lo que había hecho.

Cuando le forcé a hacer el amor ella estaba llorando, y yo estaba haciendo el amor, y en eso, ¿qué cosa es esto?, pucha, no estamos de acuerdo, mejor me bajo y me duermo mejor tranquilo y no terminé. Um, lo peor, no debí hacer eso. Lo peor es que, o sea, soy un torpe pue, soy un torpe, no debí hacer eso, no debo actuar de esa manera.

Es probable que hasta ese momento su pareja nunca se haya negado a tener relaciones sexuales con él, al margen de sus deseos, y en esta ocasión lo hizo sólo porque estaba borracho. En un estudio anterior se dio cuenta que un alto porcentaje de mujeres en Cusco, que incluso considera que no pueden negarse a una relación sexual cuando lo solicite el esposo aún cuando ellas no lo deseen, piensa que se justifica su negativa cuando él está ebrio (Güezmes, Palomino y Ramos. 2002). Habría que preguntarse qué pasaría si ella, respondiendo a sus deseos, se negara a tener relaciones sexuales, al margen de su estado etílico.

Luego lo dejamos así no más, pero siempre ella me decía de que nunca hagas estas cosas cuando estás borracho. Desde esa vez, bueno, si estoy con mis tragos, yo llego a mi casa, a mi cuarto, a mi cama tranquilo.

En cuanto a otros aspectos de su relación de pareja, se muestra controlador del tipo de relaciones que ella entabla. Así, por una desavenencia que tuvo con la familia de ella, por mucho tiempo le impidió que los viera. Además, exige que le pida permiso cada vez que desea salir de su casa, porque se siente con el poder y la autoridad para hacerlo.

E: ¿Exiges que ella te pida permiso para salir a algún lado?

P: Eso sí, debe pedir permiso, ¿no?

E: ¿Por qué?

P: Porque yo soy el jefe de la familia, merezco respeto, creo.

Palito considera que las decisiones importantes de la casa las debe tomar él, porque además de ser el jefe, actúa racionalmente, mientras que ella no tendría esta capacidad. Pero sí acepta que ella es una buena administradora de los gastos de la casa y confía plenamente en ella, por eso nunca le pide cuentas al respecto y más bien regula los gastos que realiza él.

De que yo tenga siempre la razón en mis decisiones, sí creo, porque yo siempre actúo con la cabeza fría. Ella a veces es, cómo le puedo decir, ella a veces lo toma a la ligera las cosas, pero en llevar las cuentas, así, ella es más inteligente que yo. (Por eso) nunca le he pedido cuentas a ella, claro, más bien ella a veces me pide, cuando a veces estoy gastando así

Participa con frecuencia en actividades domésticas, tales como lavar o cocinar, considera que cuando ella lo requiera él tiene el deber de apoyarla.

Afirma que generalmente no utiliza los maltratos físicos para corregir a sus hijos, lo ha hecho un par de veces de manera muy leve, mientras que en la mayoría de casos sólo los amenaza y con eso le basta para controlarlos.



Éste es el caso de un hombre que ha asumido conscientemente que todo acto de violencia física contra la mujer es malo, e inclusive tiene presente los peligros que su dinámica produce en contra de la armonía y unidad de su familia, que él trata de cuidar. La relación que entabla aparece a sus ojos como armónica, porque el nivel de control que ejerce sobre su pareja y el grado de subordinación conseguido es tal, que probablemente no ha necesitado, desde la perspectiva de la masculinidad hegemónica, el uso de mayor violencia.

Palito es de los hombres que manejan un doble discurso, por un lado dice que en algunas cosas su esposa es más inteligente que él, pero simultáneamente afirma que ella es desatinada e inmadura y que él siempre tiene la razón. En ese contexto frente a cualquier actitud que contradiga las decisiones tomadas unilateralmente por él, el peligro de violencia física estará latente. Por eso, en las pocas veces que su pareja desafió su autoridad, utilizó la violencia tanto física como sexual contra ella. El sentirse con un gran desbalance de poder a su favor y el saberse que posee el rol de autoridad indiscutible, le da licencia para actuar violentamente. Palito no garantiza cómo actuará si se presentara otra ocasión en que sintiera que la actitud de su pareja mella su identidad masculina de autoridad o su honor a través de la infidelidad, es probable que la violencia se vuelva a repetir, a pesar de su consciente rechazo. Él hace la separación entre el ámbito cognitivo de recusación al maltrato físico o sexual, y el del impulso incontrolable hacia la violencia que ocasiona el saberse herido en las fibras más profundas de su identidad masculina. Su arrepentimiento y sus sentimientos de culpa lo colocan en un círculo vicioso del cual no ha aprendido a escapar.

PERCY, 41 AÑOS. “Nunca dejo que salga sola, porque tengo miedo de que me saque la vuelta”

Percy vive en la ciudad de Cusco, no tiene estudios secundarios completos y trabaja como albañil de manera eventual y también como zapatero. Tiene una relación de convivencia de 20 años y tres hijos adolescentes. Su pareja, que tampoco terminó sus estudios secundarios, trabaja como vendedora ambulante. Si bien en los primeros años de la convivencia hubo varios episodios de violencia física y sexual, por lo que podríamos haberlo clasificado entre los hombres que agreden físicamente, hace aproximadamente diez años – según afirma – que estos hechos no se han repetido y desde entonces mantiene el control de la relación en base a diferentes muestras de violencia emocional.

Nació en la provincia de Urubamba, y es el mayor de tres hermanos. Cuando apenas tenía cuatro años murió su padre sirviendo como soldado en el ejército, y su madre, que por entonces era muy joven, no podía criarlos a los tres. Los abuelos paternos que vivían en la ciudad del Cusco optaron por llevárselo y criarlo sólo a él. Fue testigo de innumerables maltratos físicos y psicológicos contra su abuela de parte de su abuelo. Éste se dedicaba a la bebida y a pesar que tenía negocios que le proporcionaban un buen ingreso, regateaba el dinero que le daba a la abuela. Percy vivió estos episodios violentos con mucho dolor e impotencia por no poder hacer algo para protegerla.

Siempre le vi que le pegaba a mi abuelita y juntos salíamos afuera, dormíamos afuera hasta que mi abuelito se vuelva sano. Yo me amargaba, renegaba, decía cómo no soy grande para defenderla. A lo menos yo sufría bastante, porque no había una tarde que a mi abuelita no le hacía llorar. Mi abuelita cumplía con lo que le alcanzaba para la comida, pero él estaba comiendo bien y comenzaba, se exaltaba un poco, ¡por qué hablas en ese idioma!, ¡pa!, agarraba el plato de sopa en su cara lo arrojaba.

El abuelo nunca le proporcionó apoyo económico para sus gastos escolares y personales, por lo que desde muy niño tuvo que trabajar ayudando a cargar bolsas en los mercados y haciendo “mandados” para los vecinos. Acudía a la escuela sin zapatos, con ropa muy maltratada y sucia porque no tenía con qué cambiarse, por lo que era pasto de las burlas, del desprecio y del maltrato físico de sus demás compañeros.

A partir de los doce años se sintió con fuerzas para enfrentarse a su abuelo y evitar que siga maltratando a su abuela, lo cual resultó importante para el cese de la violencia. A los catorce años se inició como ayudante en obras de construcción, oficio que sigue practicando. Cuando empezó a recibir un salario de manera regular, se inició una etapa de constantes borracheras durante los fines de semana con sus compañeros de trabajo. Descuidó sus estudios en el colegio y muchas veces fue reprobado. A los quince años fue invitado por un tío a ser su ayudante en un taller de zapatería en Lima. De esta manera aprendió el oficio, pero no permaneció mucho tiempo, ya que inició un romance con una de sus primas. Era su primera relación de pareja y también con ella inició sus primeras experiencias sexuales, pero sus tíos los descubrieron y por esa razón fue enviado de regreso al Cusco.

Hasta los veinte años mantuvo relaciones esporádicas con varias muchachas, y sólo de una se sintió muy enamorado pero, según su testimonio, él afirma que ella lo abandonó por otro hombre y esto lo sumió en una profunda tristeza, melló enormemente su amor propio y se dedicó a la bebida como forma de evadir esa realidad que creía que era la última oportunidad amorosa en su vida. Es en este contexto en que inicia una relación con quien poco después se convertiría en su pareja conyugal.

La conocía de toda la vida pues era su vecina, aunque hasta el momento no se había fijado en ella porque le llevaba cinco años de edad. Cuando él contaba con 21 años y ella con 16, inician un primer acercamiento amoroso en una fiesta familiar que en el transcurso de los días se convierte en una relación de pareja. Pocos meses después ella le anuncia que estaba embarazada, pero él asume una actitud indiferente ante tal situación porque consideraba que no estaba preparado y tampoco se sentía enamorado. Por eso opta por huir, aprovechando un ofrecimiento para trabajar en otra provincia. Faltando poco tiempo para el alumbramiento y enterado el padre de la chica que él estaba de visita en Cusco, fue a verlo para confrontarlo con la disyuntiva de asumir su responsabilidad u olvidarse para siempre de ese hijo por nacer. En ese momento Percy optó por negar cualquier tipo de compromiso con la chica. Pero transcurridos los días, una oleada de remordimientos le vino a la mente, le sonaron insistentemente las palabras de la abuela como un reproche, consideró que debería asumir sus responsabilidades y decidió volver. Así, se presentó ante ella y sus padres y les comunicó su deseo de formar una familia.

Algo me enseñó también mi abuelita de que cuando hay hijo hay que ser responsable, hay que ser responsable ya, entonces esa palabra me acordé yo y dije pue, entonces tengo que asumir.

La muchacha, que siempre estuvo muy enamorada de él, aceptó de buena gana y de esta forma iniciaron su vida en pareja. Muy rápidamente llegaron el segundo y tercer hijo porque, a pesar que no los tenían planificados, no se cuidaban³¹. Durante los primeros diez años de convivencia Percy continuó con sus borracheras de fin de semana, además mantuvo relaciones amorosas paralelas. Según narra, en ningunos de estos casos su esposa se llegó a enterar, aunque por los comentarios y reproches que le hacía, era probable que lo sospechara.

En esta etapa también se sucedieron varios hechos de violencia contra su pareja. Todas tenían como denominador común la necesidad de demostrar, ante sí mismo y ante los demás, que quien tenía la autoridad en la casa era él. Buscaba amedrentar a su pareja y dominar la relación, para que no ose siquiera cuestionar lo que él mismo consideraba reprochable, es decir, sus borracheras y sus infidelidades en caso lo descubriesen.

Una fecha, yo me recuerdo bastante, a mi esposa lo pegué cuando se perdió una gallina y no cuidó, entonces, por eso le agarré a lapos ¡por qué no cuidas!, diciendo... La intención simplemente que me tenga miedo, porque, por entonces esas fechas como estaba tomando y estaba pensando también otras cositas, entonces, alguna vez si me coge algo, entonces, cómo me va a tener miedo, no me va decir nada, entonces buscaba pretexto ¿no?, para siempre enojar.

En esta ocasión además le pareció justo y se creyó con el derecho, dado su rol de autoridad, de castigar físicamente a alguien subordinado con la intención de corregir algo que trastocaba el orden del hogar. Junto con ello, sintió la necesidad de demostrar su poder ante quienes lo rodeaban, más allá del ámbito familiar, dando señales explícitas de que quien mandaba era él.

Simplemente tenía ganas de pegarle, o sea, amargo, renegaba, o sea, me sentí él más - más, el máximo de la casa para ella, pegarle porque de esta casa no debe desaparecer nada. Ese rato pensé que era justo pegarle, porque ella no cuidó y además quería que escuchen mis vecinos de que yo roncaba en la casa, que soy el que grito en la casa.

Luego se inició la etapa del remordimiento por la agresión. Percy tomó conciencia de que estaba reproduciendo la misma dinámica violenta que tanto le hizo sufrir durante su niñez, ocasionando ahora dolor a su mujer y sus hijos, y prometió sinceramente no volverlo a cometer. Hay que anotar, según el relato de Percy, la actitud fatalista y resignada de la mujer ante un mundo en el que no encuentra salidas ni protección para ella por lo que pone su suerte en manos de su dominador.

Al día siguiente dentro de mí decía, cómo le he pegado, porque ella también ha sufrido bastante, yo también he sufrido, entonces, por una gallina, no creo que valía la pena que esté así. Me recordé la vida que yo tenía en mi niñez. Porque como mi abuelito venía a pegarle, mi abuelita sufría, entonces, yo pienso que ella también sufrirá pues igualito. Mi hijo también ha visto que lo he pegado, entonces, mi hijo también lloraba, ella decía por qué me pegas, por qué me maltratas, por una gallina... Conversamos, ella me dijo: "ya está bien, pero que no pase otra vez. Si por una gallina tú me metes la mano, qué podré hacer porque estoy acostumbrada a sufrir", me dijo, "si sería una mujer intocable ya me hubiera

³¹ En un estudio reciente encontramos que esa falta de planificación aducida por los hombres sería aparente, pues hasta alcanzar el número ideal de hijos, que en algunos casos es de dos y en algunos de tres hijos, dejan que los hechos transcurran. Luego de ese número sí se preocupan, porque se pondría en juego su capacidad como proveedor, e insisten que la pareja se cuide con métodos más eficaces (Palomino, et al. 2003).

ido a quejar a mi papá, pero lamentablemente mis papás también no toman interés de mí, entonces, tendré que soportarte nomás”, me dijo. Dijo, “discúlpame, no va pasar en otra vez”.

No pasaron más de tres meses cuando le volvió a pegar. Nuevamente sintió que cuestionaban su autoridad y ponían obstáculos al ejercicio de privilegios, inclusive los que denotan irresponsabilidad. Percy narra cómo emergieron los sentimientos de cólera y la necesidad de afirmar su dominación, sin acordarse de sus propósitos de enmienda.

Sí, después en otra vez, dos meses, tres meses creo que pasó, también lo pegué porque llegué a la casa y me dijo descansa nomás, entonces, no quiso que salga, entonces, lo pegué porque no me dejó salir a tomar, porque había baile, había ambiente, o sea, quería disfrutar. Simplemente me olvidé de mi promesa, me amargué, o sea, de un momento a otra se me salió la amargura, no sé de dónde me salió fuerza y lo agarré, y lo dejé ya así llorando.

Vuelve a señalar la necesidad de demostrar su masculinidad ante los ojos de los demás, dando muestras explícitas de su autoridad, para que no quepa la menor duda de ello y no ser acusado de dominado por su mujer, es decir, de un “menos hombre”.

O sea, quería que me tenga miedo ¿no?, que me deje caminar. Ante los que me escuchan también. Yo sabía que los vecinos me escuchaban, porque, el que hacía antes caso a su esposa la palabra era saco largo ¿no? Ése es así, dominao por su mujer, así, entonces, no me gustaba esa palabra. Mis amigos podían decir -Ya sé por qué no habrás regresado porque tú eres saco largo, tú eres así, dominao por tu mujer-. Entonces, esa es la palabra que me remordía, mi mujer me decía que no, y que no, yo tenía que ir y lo pegué.

Nuevamente, pasado el incidente, relata que los remordimientos lo colmaron por seguir reproduciendo situaciones de dolor vividas durante su niñez que él mismo las rechazó, los sentimientos de culpa lo invadieron por haber reincidido en la violencia a pesar de sus propósitos de enmienda. Fue tal su vergüenza que no se atrevió a pedir disculpas estando sobrio sino que se dio valor mediante el alcohol. Aquí volvemos a notar, según cuenta Palito, la actitud sumisa de la mujer de aceptar la voluntad “magnánima” del esposo de pedir disculpas, aunque de la misma manera pudo aceptar resignadamente que no lo hiciera.

Al día siguiente ya, en mi trabajo ya, devuelta analicé cómo, por divertirme un poco en ahí, por tomar una chicha..., pensé de vuelta también en la niñez que pasé. Pensé de que la vez pasada pasó, ahora pasó, no sé, y me puse triste y recordé a mi abuelita de que sufría mucho, y me fui a tomar a una picantería, solito me fui, como antes. Borracho me he ido a mi casa, así borracho, cobarde me he tenido que disculpar -ya no va pasar esas cosas-. Creo que me había comprado pollo -anda come. Esa fecha sí, borracho me he pedido disculpas, no sano, no me dijo nada. Después no hemos vuelto a hablar (del asunto).

En otra ocasión se sintió con el derecho de pegarle públicamente, buscando corregirla para que no vuelva a emborracharse, pues éste es un privilegio asignado socialmente sólo a los hombres. Intentaba amedrentarla no sólo a ella, sino también a quienes osaron persuadirla para que bebiera.

Una fecha sus amigas la habían hecho tomar en la picantería, pero con dos vasos de chicha ya media sampadita estaba ya. Sí, le hice pasar mal, a todos les he echado con la

chicha que habían llevado. ¡Por qué tomas!, sí, le agarré a lapsos en ahí mismo. Mi prima siempre de más antes le fastidiaba: -Vamos a tomar, qué cosa, acaso el hombre no más tiene derecho, nosotros también tenemos derecho a tomar. Lo pegué porque sólo así no tomaría. Quería corregirla, sólo eso.

Percy relata que una vez más se arrepintió, le pareció que su reacción había sido desproporcionada, sobre todo si tomaba en cuenta las veces que él se otorgó las licencias de hacer lo mismo bajo la mirada resignada de ella. Sin embargo, luego se justifica, tanto con la actitud sumisa de ella que, según cuenta, le agradece haberla conducido por el camino correcto, como por el hecho que él mismo está convencido que su obligación era evitar que ese ser subordinado, sin criterio propio, débil por naturaleza, se pierda por el mal ejemplo. A la vez se cree con el derecho de supervisar y escoger a las personas con quienes ella pueda entablar amistad.

Claro, después me di cuenta, si ella dos vasos de chicha ha tomado y yo le pegué, pero ella me ha soportado por lo que yo tomaba. Pero, una fecha me dijo mi esposa: "Gracias Percy que esa fecha te enojaste, porque de repente yo hubiera seguido tomando, porque ella siempre me incentiva, vamos a tomar una chichita". Entonces, eso es para corregirla, ¿no?, que no se junte pe, porque (esa persona que le incentiva a tomar) es mala pe, si quieres conversar, conversa con alguien que te pueda orientar.

Percy cuenta que en dos oportunidades, por esta misma época, la violentó sexualmente. La negativa de ella fue interpretada como consecuencia de actos de infidelidad. Es decir, sintió que el cuerpo y la sexualidad de ella se escapaban de su control. Entonces, la violación si bien fue un acto de autosatisfacción sexual sin tener en cuenta los deseos y el placer de ella, fue fundamentalmente un hecho de sometimiento y un esfuerzo por retomar el control de algo que sentía se le escapaba de las manos. También, como él mismo señala, fue una acción que buscaba disuadirla de cualquier intento posterior de rechazo.

La primera vez le forcé porque yo sentí ganas de tener relaciones, ella no tenía. Ese rato pensé de que no me quería a mí, o es que simplemente tiene otro, entonces con otro tiene relaciones. Si, eso pensé, por eso le agarré a la fuerza y pensé de que sólo así obligado a que me quiera, siempre esté a mi lado, ese rato también pensé que me tenga miedo siempre.

En este caso no sintió remordimiento alguno, a pesar de percibir el malestar y el rechazo de ella, porque entendía que recuperaba algo que supuestamente le era propio. El conseguir lo que quería, significa el restituir el ejercicio de un privilegio que le correspondería como dueño del cuerpo, la voluntad y la sexualidad de su pareja.

No pedí disculpas. Así lo dejé. Ella simplemente reaccionó fuerte, pero ya, pasó pues ¿no?, yo conseguí lo que quería, pero ella parece que de mala manera, dentro de ella sintió odio para mí, pienso, o sea, no odio, no, sino una amargura, ¿no? -Por qué me tratas así como cualquier animal, ni el animal siendo así-, me dijo pues ese rato, sí.

En la segunda ocasión, el contexto fue distinto. De acuerdo a otros estudios, existe la creencia bien arraigada, tanto en el ámbito urbano como rural, que no es conveniente tener relaciones sexuales cuando se está borracho, y que por tanto una esposa está en el

derecho de rechazarla cuando se da esta situación³². Por esa razón, Percy reconoce su conducta como indebida y en este caso sí se disculpa.

En la segunda vez lo forcé tomado, porque borracho he ido, entonces, borracho le forcé, eso sí he pedido disculpas porque borracho lo hice, discúlpame pues.

Como señaláramos anteriormente, los episodios de violencia física y violencia sexual se dieron en los primeros diez años de convivencia, en el contexto de una vida disipada, de borracheras semanales con los amigos y relaciones paralelas de pareja. Luego de esto, sucedieron diversas experiencias que influyeron para que Percy pusiera fin a esta forma de vida y, a partir de entonces, buscara evitar la violencia física o sexual contra su esposa.

La primera fue un hecho ocurrido en la recepción ofrecida por el alcalde del distrito de Wanchaq (ciudad de Cusco) al ingeniero contratista, con ocasión de la inauguración de una obra de construcción, donde también fueron invitados los trabajadores quienes podían asistir acompañados de sus esposas. Uno de los compañeros de trabajo llevó a la amante y, en medio de la fiesta, apareció la esposa armando un escándalo que avergonzó, no sólo al susodicho, sino a todos los compañeros. Esto le trajo graves consecuencias pues fue despedido del trabajo y, lo que le resultó peor, su esposa e hijos lo abandonaron. Para Percy ésta fue una llamada de alerta, pues tomó conciencia de todo lo que arriesgaba con la vida que llevaba y, en ese momento, decidió poner fin a las relaciones paralelas y a las visitas sabatinas a las cantinas, y asumir sus responsabilidades como padre y esposo.

Entonces, ahí es lo que cambié bastante, bastante, dejé de tener otra mujer, dejé de pensar en cosas. Ese tremendo lío, eso es lo que me ha incentivado más de ya no tener problemas. Más me dediqué a mi esposa, y mi esposa siempre trabaja en el mercado, entonces, de ahí ya, cada tarde siempre me iba donde mi esposa a recogerla, vámonos temprano, diciendo. Me preocupé de su ropa, o sea, la responsabilidad de uno mismo, o sea, de ser padre con mis hijos mismo, la plata que me lo gastaba acá en borracheras, entonces, tenía que darle a mis hijos.

La segunda experiencia que influyó en él ocurrió cuando tuvo la ocasión de trabajar para un médico a quien le llegó a tener mucha confianza. Durante el tiempo que trabajó para él pudo percibir el tipo de relaciones de comprensión que éste llevaba con su esposa e hijos. En alguna oportunidad le pidió al médico consejos sobre los problemas conyugales que tenía y recibió muchos aportes, tanto él como su pareja, de cómo llevar una vida sin violencia. Percy considera que la interacción con este personaje lo ayudó paulatinamente a cambiar.

³² En las áreas rurales del Perú, las razones por las cuales las mujeres se negarían a tener relaciones sexuales con su pareja en estado de ebriedad, no estaría referidas tanto a su falta de deseo sexual que les ocasionaría tal situación, sino al peligro que luego el varón, al no recordarse de este episodio, niegue la paternidad del hijo producto de esa relación. Otra de las razones, es por la creencia que los hijos, producto de esa relación, nacerían con problemas genéticos (Ramos, 2003). “(Tener relaciones sexuales) con una persona que actúa bajo la influencia del alcohol es como estar con un desconocido. Porque sus respuestas son impredecibles” (A.Ramírez, 2000). En el estudio multicéntrico de la OMS sobre violencia contra la mujer, el 62% de las mujeres de Cusco señalaron que pueden negarse a una relación sexual ‘cuando el marido está ebrio’, frente al solo 48% de ‘cuando ella no lo desea’ (Güezmes, Palomino y Ramos, 2002)

El doctor me llegó a querer, entonces, yo confié mi problema, doctor tengo este problema, diciendo, y me explicó. Él me decía de que, a tu esposa tú no le debes pegar, si hay algún error que la esposa comete, tienes para eso dientes para hablar, tú tienes que hablar, conversar, el diálogo es lo importante, bastante me ha lavado la cabeza. A mi esposa también una fecha lo ha llamado, nos ha explicado a los dos. 'Lo que haces, tú no te haces daño a ti, ni a tu esposa, se lo estás haciendo a los hijos, eso me dijo y me ayudó bastante, entonces, de ahí yo, como le digo, poco a poco cambié de esas cosas que yo hacía.

Sin embargo, ante cualquier conflicto en el que interpreta que su autoridad es cuestionada o no se respeta el orden que él ha establecido, siente ganas de agredirla físicamente pero se reprime. De manera espontánea ha aprendido a reconocer cuándo está a punto de desatar la violencia física y no sabe de otra forma de evitarla que retirándose abruptamente del lugar de discusión.

P: *Seguimos discutiendo de asuntos de dinero. Cuando me pide más plata yo le exijo que me explique qué hace con lo que gana. Ella no me explicaba, decía -no sé, pero compro pues- y se va, así no más me decía -compro- y se va.*

E: *Entonces, no te da explicaciones satisfactorias. ¿Ante eso qué sentías?*

P: *Tenía ganas de pegarle.*

E: *¿Y porque te reprimías?*

P: *No, me aguantaba, qué le voy a pegar, no, mejor me voy corriendo, me iba yo.*

Percy asegura que actualmente respeta los deseos y la voluntad de su esposa en lo que se refiere a las relaciones sexuales, pero no está seguro que en el fondo esto sea así. Percibe, más bien, que el asentimiento que logra de ella podría ser producto del temor que le produce el recuerdo de sus violencias pasadas y/o la posibilidad que él vuelva a sus prácticas sexuales extramaritales, una de las sospechas que tiempo atrás ella mantuvo.

Sí, a veces pienso que me acepta por miedo a que yo me moleste, pero yo le digo de frente: -Hijita, se puede o no se puede, tú dime-, entonce..... Una fecha ella me dijo de que: -A veces yo te acepto porque tengo miedo de que con alguna mujer te vayas-, eso me dijo, sí, por eso a veces te acepto.

La relación que desarrolla cotidianamente con su pareja se caracteriza por el control que ejerce sobre ella, en las relaciones que entabla y en el contenido de las mismas. Se siente con el poder y la autoridad para asentar o prohibir determinados vínculos de amistad, evaluando de acuerdo a su criterio lo que conviene o no a su pareja, y descartando cualquier posibilidad que ella tenga el suficiente discernimiento para hacer su propia selección. Es muy probable que cuando Percy señala que no le permite juntarse con "señoras que no les interesa su hogar" aluda al temor que tendría de que su esposa escuche y asuma criterios que permitan cuestionar su rol de autoridad.

Sí, he prohibido que vea algunas amistades, porque yo quise que mi esposa se juntara con gente más o menos que, cuando ella le cuente algún problema, porque entre señoras se cuentan sus problemas, entonce, hay señoras que no le interesa su hogar. De esas señoras le he prohibido, sí, que no conversara, porque, dentro de mí pienso de que le van enseñar las mismas cosas.

El temor que el cuerpo y la sexualidad de ella puedan escaparse de su control es constante, y la posibilidad de algún acto de infidelidad de parte de su pareja pende permanentemente, como una “espada de Damocles”, sobre la cabeza de Percy, a pesar que hasta el momento ella no haya dado indicio alguno al respecto. Su inseguridad, basada en la percepción que el solo hecho de entablar conversación con otro hombre es exponerse a un acto de conquista que indefectiblemente quiebre la voluntad de ella, le produce mucho malestar y deseos de afirmar claramente los límites de sus dominios mediante la violencia. Así, intenta controlarla tratando de conocer los pormenores de su conversación y poniendo en evidencia ante ella su malestar y disconformidad.

E: ¿Te molesta si ella habla con otro hombre?

P: Sí, me molesto. Pienso de que, como mayormente en mis vecinos hay muchos hogares que se han separado, entonces, sí me molesto, pero no le enojo sino le hablo, qué cosa te ha dicho, qué han hablado.

E: ¿Qué sientes cuando habla con otro hombre?

P: Me amargo, tengo ganas de enojarlo, correrle y pegarle.

E: ¿Tienes miedo que te pueda sacar la vuelta?

P: Sí tengo

E: Sospechas a menudo que te es infiel

P: A veces sí sospecho. Es que, veo en mis vecinos y amigos

E: Pero, ¿te ha dado motivos para que sospeches de ella?

P: No, no, nunca

E: ¿Pero, a pesar de eso, crees que podría suceder?

P: Sí

En esta misma dirección, no permite, por el temor a la infidelidad, que su pareja salga sola o acompañada por otras personas si él mismo no está también presente,

E: Cuando ella, por ejemplo, te dice, vamos al cine o a bailar, y tú dices, no, estoy cansado, y dice, bueno yo me voy con mis amigas, ¿qué ocurre?

P: Yo, yo le acepto, vamos juntos

E: ¿Y no dejas que vaya sin tí?

P: No, nunca le dejo sola

E: ¿Por qué?

P: Porque tengo miedo, o sea, pienso de que me puede sacar la vuelta

Si bien ya no utiliza la violencia física para mantener su autoridad, sí lo hace mediante la violencia verbal, cuando percibe que los roles y obligaciones asignados a cada miembro del hogar no se cumplen. Así, considera que es responsabilidad de su esposa la supervisión y la corrección en la formación de los hijos y, por tanto, cuando asume que éstos no van por el camino considerado por él como el correcto, la recrimina violentamente y la hace única responsable de lo que sucede. Cuando ella le contesta, siente aún más el malestar y desfoga su cólera mediante insultos.

Cuando mis hijos a veces no me hacen caso en el estudio, o es que a veces, a medio año salen con cursos jalados, le echo la culpa a mi esposa, o sea, le mando un par de ajos y le carajeo, ¿por qué no haces nada, que esto que aquello, por qué no estás junto a este o al otro, por qué no vas al colegio! A veces ella también salta, ¡tú también por qué no vas

pues, acaso yo nomás, sino tú también! Sí, ese rato mi amargura lo desfogo, tengo eso de gritarle, eso es, sí lo hago.

Los primeros diez años también utilizaba el maltrato físico como medio para corregir y castigar a sus hijos, pero ya no lo hace porque éstos son adolescentes y teme ser víctima de insubordinación o alguna reacción violenta de parte de ellos, y no quiere exponerse.

Cuando eran pequeños sí les pegaba, pero ahora no. Ahora están grandes, y si les pego pues de repente me responden.

Su sentido de superioridad frente a su pareja y la creencia en la infalibilidad de sus ideas y decisiones, hace que vea a todos sus subordinados como personas disminuidas mentalmente y que dependen de sus resoluciones siempre tomadas con buen criterio. De la imposición de sus ideas y decisiones depende su afirmación como única autoridad.

E: ¿Tomas decisiones sin consultar con ella?

P: A veces, porque pienso de que está bien lo que voy a decidir, ella también va aceptar.

E: ¿Eso es porque crees que tienes toda la autoridad?

P: Ajá, sí. O sea, ese don siempre tengo, yo debo ser él máximo en la casa

E: ¿Consideras que siempre tienes la razón y ella nunca o casi nunca?

P: Sí, sí sigo pensando que tengo más razón

E: ¿Por qué?

P: O sea, pienso de que quiero hacer valer siempre lo que soy, el jefe de la casa, yo siempre tengo razón

Percy utiliza otras formas más sutiles de dominación, como son el chantaje emocional, cuando por ejemplo ella está indispuesta, enferma o cansada, y no le brinda los servicios que él le solicita, la hace sentir mal diciéndole “es que ya no me quieres” o expresiones similares.

Otra de la formas de control que utilizaba anteriormente era a través del dinero, centralizando absolutamente la posesión de aquél y tomando las decisiones en el gasto. Pero afirma que ésta fue la situación que imperó sólo durante los primeros diez años de casado. Para hacer efectivo el cambio de conducta que se propuso, es decir dejar de tomar y evitar las relaciones paralelas, consideró que su esposa sería una mejor administradora del dinero, y desde entonces asegura que el íntegro de sus ingresos se lo entrega y sólo dispone de lo mínimo para sus gastos personales.

Durante estos últimos diez años, a raíz de dichos cambios, ha recibido frecuentemente presiones de sus amigos, quienes se burlan de él porque no continúa la tradición masculina de beber cada fin de semana. También tiene que soportar la marginación, ya que sus pares no lo siguen reconociendo como uno de los suyos. Claramente se percibe que, si bien ha podido manejar y asimilar las mofas, le duele mucho la exclusión a la que es sometido, que resulta siendo un costo por no mantener esa conducta socialmente esperada.

“Oye, hazte ver Percy, vamos a tomar unas...”, no, no les hago caso, pero siempre me dicen ‘saco largo’. Gracias a Dios estoy curado, entonces, no le hago caso. Pero a veces ya no me hablan como antes, ya no me dicen que: “Oye, Percy, vamos”, no, -Hola, hola-, nada más, porque antes cuando tomábamos, así, sus cumpleaños también me invitaban, pero ahora no.

Son los costos que él señala debe asumir por ser un buen padre, un eficaz proveedor y ya escogió un camino diferente por el bien de sus hijos.

Ya tampoco me resiento porque primero son mis hijos. Yo pienso de que estoy ayudando a que mis hijos se educan más, que estén más allá de lo que yo estoy, por lo menos en su educación, si yo no he terminado mi secundaria, mis hijos, por lo menos uno de los tres siquiera que ingrese a la universidad ahora.



Éste es el caso de un hombre que tiene muy interiorizado un sentimiento de superioridad masculina del cual emana su rol de autoridad y su sentido jerárquico de las relaciones. Aprendió que una de las formas de mantener ese estatus superior, fuertemente relacionado con su identidad masculina, era a través de la violencia física y en ocasiones también sexual, con lo cual conseguía tanto corregir lo que dentro del orden impuesto por él andaba mal, como producir temor, que es también una de las formas de reproducir el poder y mantener el estatus quo, sin que se requiera necesariamente recurrir a los golpes y al uso de la fuerza. Pero ese aprendizaje fue contradictorio pues a la vez captó que el uso de la violencia física produce mucho dolor en las personas que quiere y a las que le une un vínculo afectivo, y esa conciencia, plasmada en el recuerdo de esa abuela sufriente, lo llevó a arrepentirse y hacerse el propósito de no volver a cometerlo luego de cada acto violento contra su pareja. Sin embargo, la rutina se impuso y no ocurría nada que cuestionara esta forma fácil de mantener su autoridad, a pesar de sus sentimientos de culpa.

Dos hechos permitieron el quiebre de la dinámica de violencia anterior. Uno primero fue el remezón que sufrió por el escándalo al amigo y las consecuencias en la destrucción de su hogar que trajo aparejado. Lo sintió como en carne propia por lo similar de las circunstancias que él estaba viviendo. El temor a perder su punto de referencia y de realización como hombre adulto, es decir su hogar y su familia, lo forzó a parar, por lo menos en dos de sus prácticas cotidianas que alentaban la violencia, la ingesta de alcohol y las relaciones paralelas de pareja. Pero eso no bastaba, tenía que aprender a controlar sus impulsos agresivos que lo llevaban inexorablemente al maltrato físico y entonces juega un papel importante, como segundo hecho, la oportunidad de observar, por un buen periodo, una relación familiar donde los conflictos no eran resueltos con la violencia física. Además recibió, en ese sentido, el consejo de una persona a quien respetaba y admiraba y que lo alentaba a dejar las prácticas violentas, haciéndolo tomar conciencia de las consecuencias negativas hacia sus hijos.

Percy, aprendió a no pegar a su pareja cuando sentía que cuestionaban su autoridad, siendo uno de los mecanismos el abandonar abruptamente la discusión cuando ésta llegaba a un punto en que su cuerpo le daba señales de que el aumento de un grado más en la temperatura de la discusión lo llevarían irremediablemente al uso del maltrato físico. Pero los deseos de agredirla físicamente nunca desaparecieron, sólo fueron reprimidos. Al no haber cambiado su concepción jerárquica de las relaciones de pareja, sus sentimientos de superioridad, y su convicción en los roles tradicionales de género, la violencia emocional continúa, tanto en sus formas más extremas de humillación e insultos, como en las más sutiles del chantaje emocional, entre otras. Con ello logra los mismos objetivos de sometimiento que con la violencia física, pero con mayor efectividad, y sin los

remordimientos y sentimientos de culpa que le producía la violencia física. La actitud sumisa y fatalista que, según él, mantiene la mujer, contribuye, aunque hay que recalcar que no es la causa, a que esta dinámica prosiga y hasta el momento no se produzca otro acontecimiento que ponga en crisis a Percy. Aunque no lo admite expresamente, la edad de los hijos, ya adolescentes, y consecuentemente el temor a sentirse desafiado e inclusive agredido por ellos si salieran en defensa de su madre habría resultado otro factor disuasivo para continuar con la práctica de violencia física, como hemos visto también en otros casos. Recuérdese que es también su propia experiencia cuando se enfrentó al abuelo en las mismas circunstancias.

Reflexiones generales sobre los hombres que violentan emocionalmente

Todos estos hombres recusan, por diversos motivos, la utilización de la violencia física o sexual contra la mujer. Cuando se les preguntó cómo catalogaban sus relaciones de pareja la mayoría de ellos adujo que éstas eran buenas y armónicas. Esta actitud, a primera vista, podría considerarse como un avance respecto a los hechos analizados en el capítulo anterior. Sin embargo, en todos estos casos se percibe claramente que el ejercicio del poder masculino es casi absoluto y la hegemonía de las relaciones jerárquicas y autoritarias es abrumadora. En cuatro de los seis relatos se dieron hechos de violencia física y/o sexual al inicio de la relación, pero bastaron aquéllos para que su solo recuerdo, explícito o implícito, fuera contundente en el ejercicio del sometimiento.

Lo contradictorio es que se trata de hombres que asumen una actitud contraria a la violencia física, ya sea porque aducen que es malo pegar a las mujeres, tanto por las consecuencias que acarrea en la estabilidad del hogar y en la formación de los hijos, o porque las consideran seres débiles e indefensos y golpearlas significaría una cobardía. Sin embargo, todos ellos tienen muy enraizadas creencias machistas de la superioridad masculina y de su posición de autoridad frente a las mujeres. Ellos relataron que en muchas ocasiones tuvieron deseos de pegar a sus parejas cuando sus órdenes no fueron acatadas a su entera satisfacción o cuando percibieron algún atisbo de rebeldía que obstaculizaba el ejercicio de su autoridad. Varios de ellos consideraron que sólo se justificaría la violencia contra sus parejas si éstas no cumplieran con sus obligaciones domésticas e hicieran caso omiso a su autoridad. En el caso de Francisco y Lucho, no aceptaron ni siquiera ponerse en el caso hipotético de que sus órdenes no fueran atendidas.

Todos, por cierto, estuvieron de acuerdo con que la infidelidad justifica el ejercicio de la violencia como un acto de escarmiento para que no se repita o simplemente como forma de lavar el honor mancillado pues de no hacerlo, aducen, el sentimiento de humillación les sería insoportable. Ello nos indica claramente que al margen de considerar la violencia como un procedimiento negativo, la utilizarán como último recurso cuando los otros mecanismos de sometimiento del orden emocional no les funcionen. Si uno observa los pocos hechos de violencia física o sexual que reportan, en todos ellos ocurre eso. No obstante, y según relatan, dado que la aceptación de sus parejas a las reglas jerárquicas impuestas por ellos es casi total, no han necesitado el uso de la violencia física. Entonces, para estos hombres, las cosas funcionan tal como deberían de acuerdo a la

normatividad social; al cumplimiento de roles por género y al respeto a su autoridad por lo que sus relaciones son evaluadas como armónicas y muy positivas.

Resulta interesante analizar el caso de Percy porque nos permite preguntarnos hasta qué punto el solo cese de la violencia física y sexual resulta un avance significativo hacia relaciones equitativas de género. Algunos hechos en la vida de este hombre lo hicieron recapacitar sobre lo negativo, por sus consecuencias, de maltratar físicamente a su pareja y a partir de éstos frenó este tipo de violencia, mas no desapareció de su conciencia y de su accionar el modelo jerárquico y la convicción de la superioridad masculina. Así, sus deseos de pegarle cada vez que percibe que su autoridad es cuestionada continúan aunque se reprima. Sin embargo, descubrió que podía lograr los mismos objetivos de sometimiento sin hacer uso de la violencia física, actuando sólo con actos de violencia emocional los cuales ya no le producen mayores remordimientos, y sentir entonces, que ahora, a diferencia de antaño, todo marcha bien. Por eso mismo, no resulta un avance significativo condenar y rechazar la violencia sin develar y recusar a la vez las bases mismas del poder masculino. En muchos casos se aprende un discurso democrático e igualitario que es utilizado como el adecuado, moderno; en algunos casos también, descubren que mediante múltiples mecanismos de control más sutiles y menos brutales, pueden conseguir lo mismo y con mayor efectividad, resurgiendo entonces un poder más fortalecido y sin sentimientos de culpa.

¿Existen características en sus trayectorias de vida que haga que estos hombres se comporten de manera distinta a los hombres que ejercen violencia física y/o sexual? El contexto de relaciones familiares en que se criaron fue muy similar al relatado por los hombres del primer capítulo. En cuatro de los seis casos, fueron testigos del maltrato físico contra su madre, y en los dos restantes percibieron la actitud absolutamente sumisa de sus madres y el rol de autoridad indiscutible de sus padres, dando por sentado que aquéllos no tuvieron la necesidad de usar este tipo de violencia. El hecho que no sea necesario ser testigo de violencia física contra sus madres para ejercer violencia contra la pareja lo plantea Carlos, quien a pesar de no haber presenciado un solo acto de violencia contra su madre, utilizó la violencia física la única vez que el conflicto con su pareja lo puso en la necesidad imperiosa de afirmar su masculinidad ante ella y los demás.

Por otro lado, todos ellos fueron víctimas de maltrato físico por parte de sus padres y madres; sin embargo, todos aceptaron ese castigo porque lo consideraron justo, ya que habían transgredido las normas establecidas y reconocían que cada uno de sus padres era garante de mantener un orden y, por tanto, con derecho a castigarlos de esa manera. Ninguno relata que con esos castigos se hayan sentido humillados, menospreciados y subvaluados. Además todos, con excepción de Lucho cuentan que tenían muy buena relación con sus respectivos padres. Este quizás sea un factor de diferenciación con el grupo anterior, quien por sus experiencias de humillación y abandono durante la infancia mantenían una pobre estima de sí mismos, lo cual luego les produjo mayor suspicacia, interpretando cualquier hecho por más insignificante que fuera, como un nuevo riesgo de humillación y abandono, y actuando para evitarlo de tal manera que asfixiaban a su parejas. Contrariamente, en este caso se trataría de hombres con mayor seguridad personal y con mejores recursos de poder para someter a sus parejas sin la necesidad de llegar a la violencia física. Un ejemplo claro es el de Francisco, quien no da muestras de debilidad cuando es abandonado, y que a pesar de sentir deseos de ver a su familia no la busca, haciendo que sea ella, según relata, la que le pida retomar la relación.

Sin embargo – es importante volverlo a recalcar – en estos hombres la violencia física permanece latente, y la utilizarán indudablemente como último recurso, porque en el fondo, más que las experiencias de abandono y humillación durante la infancia, están la cultura y las estructuras de dominación masculina que también son fuentes poderosas de humillación para los hombres si no logran demostrar el cumplimiento de sus roles, social y culturalmente establecidos, constituyendo éste el condicionante más poderoso para el uso de la violencia en todas sus manifestaciones.

Al igual que en los casos de los hombres que violentan física y/o sexualmente a sus parejas, el chantaje económico aparentemente no es utilizado, probablemente porque carecería de efectividad ya que todas estas mujeres trabajan fuera del hogar y tienen ingresos propios. La mayoría comenta incluso que entrega la casi totalidad de sus ingresos a sus parejas porque ellas son excelentes administradoras y no las controlan en este aspecto. Sin embargo, alguno planteó que su pareja le da cuenta de manera detallada de los gastos que realiza, siendo probablemente una práctica generalizada para estos hombres donde la sometida se adelanta a los requerimientos del que ejerce el poder, por lo que, al igual que en el caso de la violencia física, éste no necesita utilizar mecanismos de control más evidentes. Hay que tener en cuenta que el hecho que las mujeres generen sus propios recursos económicos no significa de por sí mayor poder y libertad para ellas. Éste podría convertirse en un ingrediente más del proceso de empoderamiento femenino, sólo si a la vez el poder hegemónico masculino que es de donde emana el ejercicio de la violencia simbólica fuera cuestionado desde sus raíces. Pero este poder es aceptado no sólo por los dominadores sino también por las mujeres que están sometidas³³. Muchas de las formas en las que aparece la violencia emocional pueden ser consideradas dentro del ámbito de la violencia simbólica porque son aceptadas como naturalizadas en la relación entre agresores y agredidas y, por tanto, se constituyen en bastiones poderosos de la dominación masculina, precisamente, por su alto nivel de hegemonía.

³³ En el estudio multicéntrico en mención pudimos comprobar que en Cusco, la mayoría de las mujeres comparte creencias machistas muy arraigadas de la superioridad masculina, del rol de autoridad de los hombres y de su posición de sumisión. Además, plantean una serie de motivos por los cuales se justifica que los hombres violenten a las mujeres. En Lima, un menor porcentaje de mujeres está de acuerdo con lo anterior. (Güezmes, Palomino y Ramos, 2002)

Capítulo III

Varones que no ejercen violencia contra sus parejas

Resultó difícil ponerle un nombre a este grupo de hombres porque el sustraerse completamente al ejercicio de la violencia en las prácticas cotidianas dentro de un sistema de dominación masculina y en un contexto de una cultura jerárquica y autoritaria, podría ser casi imposible. Esto es producto de que ya muchas desigualdades por razones de género están dadas de antemano y en general, los hombres hacemos uso de ellas a nuestro favor, desarrollando en muchos casos comportamientos violentos aunque de manera inconsciente. Tampoco podemos dejar de lado la violencia que ejercemos contra nosotros mismos, respondiendo a imperativos culturales que no sólo se expresan como presiones del medio de cómo vivir la masculinidad, sino fundamentalmente de coacciones internas que empujan en mayor o menor medida a emular la masculinidad hegemónica, al margen de nuestros deseos y del daño que nos produzca.

Sin embargo, los relatos de vida de los hombres que a continuación presentamos difieren notablemente de los analizados en los capítulos anteriores. Lo esencial de éstos, es que buscan explícitamente ser distintos, tratando de establecer relaciones democráticas con sus parejas bajo la convicción de que no deben existir desigualdades sociales entre hombres y mujeres, que la autoridad en el ámbito doméstico deberá ser compartida equitativamente por ambos, que los conflictos deberían ser resueltos en base al diálogo entre iguales, y que no hay nada que justifique la violencia contra la mujer. Los siguientes relatos dan cuenta de hasta qué punto es posible esto, cuáles son las limitaciones y dificultades que encuentran estos hombres para vivir según estos principios, y qué gratificaciones experimentan cuando lo consiguen. También, el recorrido a través de sus vidas nos permite ubicar, aunque no en todos los casos, hitos o experiencias continuas que ayudan a entender mejor el por qué estos hombres han internalizado estas actitudes y prácticas equitativas de género, aún en contra del contexto machista y a pesar del costo social que les acarrea.

Nos fue bastante difícil ubicarlos porque los hombres que aparentemente tenían muy buenas relaciones de pareja, como ya dijimos en el capítulo anterior, desarrollaban prácticas cotidianas de violencia emocional que sólo en el transcurso de la entrevista pudimos descubrir. Si en Lima resultó complicado alcanzar una cuota mínima de casos, en Cusco fue casi una misión imposible. Cuando habíamos acumulado, en esta búsqueda, un creciente número de relatos impregnados de violencia emocional y nos resignábamos a volver sin experiencia alguna de no violencia contra la mujer, apareció el testimonio de Roberto, con una trayectoria de vida que desde el nacimiento apuntaba a la configuración de un hombre extremadamente violento pero que en contraposición a todo lo esperado, ha luchado y sigue esforzándose por conseguir que sus relaciones de pareja sean equitativas y democráticas. Este caso nos dejó más preguntas que respuestas, lo cual también constituye un aliciente para continuar profundizando posteriormente el conocimiento del comportamiento humano, el cual no siempre es predecible y puede tomar diversas bifurcaciones.

IGNACIO, 48 años. “Siempre he sido un contestatario, hasta para las cosas de las mujeres y del amor”

Ignacio actualmente trabaja como profesor en Villa El Salvador, es un líder sindical y con una amplia trayectoria política. Está casado hace 18 años y tiene dos hijos adolescentes. Su esposa también tiene estudios superiores aunque incompletos y se dedica a la producción de artesanía. Según cuenta, tiene una relación libre de violencia con su pareja, salvo un episodio ocurrido hace diez años cuando él respondió violentamente a una agresión física iniciada por ella. Aunque la relación en general puede ser catalogada como buena, su actividad social y política, por sus consecuencias negativas para la economía del hogar, siempre ha sido fuente de conflictos aún no del todo resueltos.

Su primera infancia la desarrolló en un pequeño pueblo de la provincia de Ayabaca, ubicado en la sierra de Piura. Fue el octavo de trece hermanos, junto con quienes sufrió grandes penurias económicas. Su padre, desde muy joven, estuvo muy involucrado en actividades políticas de izquierda e incluso participó en las guerrillas de principio de los años 60, lo que acarrió que no se ocupara de su familia por largas temporadas. Era muy respetado por su comunidad llegando a ser elegido en una oportunidad alcalde del pueblo.

Ignacio fue testigo de constantes agresiones físicas de su padre contra su madre, generalmente cuando él llegaba a casa ebrio o cuando ella le recriminaba por las otras mujeres con quienes mantenía relaciones. Cuando niño esos acontecimientos le provocaban mucha desazón y a la vez impotencia por no poder hacer nada para detenerlos. Pero poco a poco, este ambiente de violencia se fue haciendo natural a los ojos de él y de sus hermanos hasta llegarlo a aceptar como parte de la dinámica familiar

Yo sentía un poco de rabia, de impotencia al comienzo, de no poder intervenir, pero después se hace costumbre de verlos pelear así. Parecía normal, producto de que, bueno, la han hecho la primera, la segunda ya, además era difícil intervenir porque luego nos castigaban, no podíamos intervenir en sus peleas.

A los diez años de edad sus padres se separaron de hecho, cuando su madre decidió viajar a Lima con la mayoría de sus hermanos. Ignacio prefirió quedarse al lado de su padre, con quien se fue a vivir a la ciudad de Piura. Siempre mantuvo con él mejores relaciones que con su madre, a quien la sintió poco afectiva y lejana, pero a él lo admiraba y sentía su afecto el se incrementó con el tiempo. El hecho de quedarse solo con su padre estrechó sus vínculos, se hicieron más amigos y conversaban mucho; su ejemplo en la dedicación a la actividad pública fue determinante para el rumbo que tomaría su vida.

Su inclinación por la lectura, alentada por el ejemplo del padre, lo hizo destacar en actividades literarias en el colegio y se fue forjando como un líder en ese medio. A los 14 años formó un círculo de estudio para reflexionar y discutir las obras de José Carlos Mariátegui. Posteriormente, fue el promotor de una organización al interior del colegio a la que le pusieron Vanguardia y que impulsó movimientos reivindicativos de los estudiantes,

por lo cual fue expulsado. A los 17 años se sintió atraído por la filosofía y la práctica del yoga y el karate, actividades que abrazó con tanto fervor que en poco tiempo se convirtió en maestro, teniendo a su cargo a numerosos adolescentes y jóvenes quienes fueron formados en estas disciplinas por él.

En ese contexto, y cuando ya tenía 18 años, se enamora de una de sus alumnas, cuatro años menor que él, con quien mantuvo relaciones de enamorado por año y medio hasta la muerte de su padre, que es cuando se ve obligado a viajar a Lima al lado de su madre. Esta separación obligada y la no aprobación de los padres de ella a que continuara la relación, los distanció definitivamente.

Su estadía en el distrito popular de Villa El Salvador en Lima le resultó chocante, tanto porque no lo tenía previsto como por razones ideológicas pues siempre combatió el centralismo y las migraciones hacia esta ciudad; pero, sobre todo, porque tuvo que abandonar la práctica del yoga y del karate. Sin embargo, no tardó en ingresar al grupo parroquial dirigido por un sacerdote progresista y realizar desde ahí actividades sociales y políticas.

Ignacio señala que a la edad de 20 años él se sentía formado como un contestatario frente al sistema social y muy crítico de muchas costumbres tradicionales, como por ejemplo, respecto a su apariencia personal, en el culto a los muertos, en su relación con las mujeres, etc. Considera que se lo debe a la influencia marxista y principalmente a las enseñanzas de su padre

Siempre he sido un contestatario, hasta para las cosas de las mujeres, del amor, he sido un rebelde, y eso me ha dado que yo mire las cosas diferentes ¿no? Por ejemplo, decía, 'si quieres ser mi enamorada, muy bien, no te pintes, pues, no me gusta, porque parece refeó, y si quieres ser mi enamorada estudia pues, porque mira yo estoy estudiando. Cuando mi padre murió, a mi me exigían que me vista de negro, a mi me parecía que eso no era la forma de querer a las personas, ¿no?, entonces, yo decía: para qué me voy a vestir de negro, yo quiero a mi padre en el fondo, ¿no? Córtate el pelo, pero para qué, si con el pelo no pienso, un poco que eso me ha hecho tener mi propia concepción de la vida, además haber sido un comunista como mi padre, y el marxismo muchas veces te da orientaciones.

En Lima terminó sus estudios secundarios. Poco tiempo después de llegar, conoció a la esposa de un primo con quien inició una relación clandestina que duró unos dos años, hasta que fueron descubiertos por el esposo engañado y él se vio obligado a huir del barrio y evitar a toda costa entrar en contacto con la mujer que, a pesar de lo ocurrido, lo seguía buscando. Luego de esa relación, mantuvo otras esporádicas por algunos años, hasta que conoció a quien es hoy su esposa.

Ignacio tenía 26 años y estaba estudiando educación en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos cuando inició una relación de enamorados que duró cinco años antes de la convivencia. Le atrajo de ella que era una mujer tranquila “de su casa”, que estudiaba, y sobre todo, su apego a las formalidades tales como ser presentado y aceptado en su casa como enamorado, y llegar “virgen” al matrimonio, lo cual le dio seguridades de que se trataba de alguien con quien entablar una relación sería. Durante esos cinco años ella no aceptó tener relaciones sexuales porque, según Ignacio, mantenía una concepción muy tradicional sobre la sexualidad, y él respetó esa decisión. Mientras tanto, mantuvo relaciones sexuales esporádicas con otras mujeres. Es curioso que en muchos aspectos fuera un rebelde, pero al escoger a su pareja se acomodó al molde más tradicional de

discriminar entre la recatada y virgen para ser su esposa, y las otras, “las jugadoras”, para su satisfacción sexual.

De enamorados con ella no tuve sexo, con otras sí, porque ella no lo permitía. O sea, si de repente lo hubiera permitido lo hubiese hecho antes ¿no?, pero también yo la respetaba porque era una buena chica ¿no?, era de su casa, tranquila, o sea, no quería tampoco hacerle daño, no insistía, la respetaba también, pero también era ella, a veces, la que se ponía fuerte, siempre me decía ‘yo le he jurado a mi madre que cuando me case recién voy a tener relaciones’, ya, ése era su idea.

Luego de esos cinco años decidieron casarse, vivir juntos y recién iniciaron su vida sexual. Tuvieron la intención de tener inmediatamente hijos, por lo que nunca se cuidaron y al poco tiempo salió embarazada de su primer hijo.

Ignacio evalúa su relación conyugal como buena aunque con frecuentes momentos de tensión por las carencias económicas. Su actividad como dirigente vecinal en su barrio y sindical en el Sindicato de Profesores (SUTEP) lo ha llevado en muchas ocasiones a descuidar las necesidades cotidianas de su hogar, convirtiéndose en fuente permanente de conflictos. Cuando ella se desespera le reclama que piense un poco en su familia y no sólo en los demás, que aproveche sus relaciones como dirigente, con personas que ocupan puestos influyentes para obtener provecho para si mismo y su familia.

Ella me recrimina, me dice: -Tú eres amigo de tales, de tal persona y por qué no pides un trabajo mejor. Entonces, yo no he dedicado mucho tiempo a lo económico, más he dedicado el tiempo a otras cosas, ser dirigente, estar en las movilizaciones, estar en la lucha social, haciendo cosas pa’ otro no para mí.

Generalmente, él la escucha pacientemente y trata de calmarla y explicarle los objetivos de su actividad social. Pero reconoce que ella tiene razón en sus reclamos, acepta lo que ella dice y opta por guardar silencio. Lo que no está claro es si este silencio es percibido por la esposa como una escucha respetuosa y de asentimiento de su posición, o como una actitud que la ignora y, por tanto, no tiene en cuenta su opinión. Al parecer, por lo que narra a continuación, esta última parece ser la constante.

En una ocasión, hace diez años, ella le recriminó no haberse preocupado de adquirir una cuna y otras cosas necesarias para su hijo, y lo hizo agrediéndolo verbalmente. El optó por reírse lo cual, según Ignacio, encolerizó aún más a su pareja pues lo interpretó como una agresión, entonces lo golpeó con un palo. Ignacio, frente a eso también respondió con violencia.

Me estaba insultando y yo me he reído, ella lo tomó como un insulto, y me agredió con un palo. Bueno, yo también me encolericé, contesté con un manazo a mi mujer, pero ahí quedó, no fue a más. Una hora, dos horas, ya, volvíamos a estar normal.

Fue la única vez, en los 18 años de convivencia, que ocurrió este episodio de violencia y tanto ella como él nunca más volvieron a intentarlo. Las acusaciones de su esposa son cotidianas pero no le producen una reacción contra ella porque reconoce que tiene razón,

y más que cólera contra ella, se siente mal consigo mismo por no haber cumplido con su responsabilidad como proveedor.

Siento impotencia de no poder cubrir ciertas cosas económicas que son mi responsabilidad, y saco conclusión de que es producto de no haber planificado un poco más mi futuro, es así, no me molesto (con ella) pero es, o sea, me siento mal por supuesto, sí, me siento mal.

Cuando no logra calmarla con argumentos, continúa con su estrategia de sonreír cuando es agredido verbalmente por ella, porque es una de las pocas formas que conoce para evitar molestarse y responder con maltrato físico aunque esto provoque que el enojo de su esposa se incremente y el clima propicio para la violencia física permanezca latente. Pero el recuerdo de los efectos negativos del único acto de agresión física mutuo, probablemente la reprima de volverlo a golpear.

Cuando yo me sonrío se indigna, porque es una forma también mía de no encolerizarme. Yo la tomo en serio, pero podría considerarse también como una falta de respeto a ella ¿no?, pero ha sido una forma de evadir conflictos, porque ella a veces se encoleriza bastante.

No encuentra formas para resolver el conflicto, así que lo que hace es evadirlo. Otra forma de enfrentar las agresiones verbales de su esposa, pero muy similar por sus consecuencias en el ánimo de ella, es ignorarla y/o retirarse del lugar, dejándola hablar sola. Ciertamente, si esta medida no es acordada previamente y de manera consensual por ambos para evitar la violencia, (como "la técnica del retiro" que es promovida por los grupos de reflexión para hombres agresores), se convierte también en violencia emocional contra la mujer.

Actualmente, por ejemplo, la ignoro cuando me insulta, porque ella tiende a insultar, ahora que también ya está su edad, ya entrando a la menopausia, se ha puesto más irascible ¿no? Entonces, yo a veces la ignoro, o sea, me salgo del espacio, la dejo que hable, yo sí lo hago.

Las relaciones sexuales son también fuente de conflicto entre Ignacio y su esposa. Considera que ella es muy apática sexualmente y con frecuencia se niega a tener relaciones sexuales o acepta en menos ocasiones de las que a él le hubiese gustado. La compara con otras mujeres más activas y creativas sexualmente y se siente insatisfecho. Explica esta situación por la educación sexual tan tradicional que ella recibió. Sin embargo, hay que recordar que, contradictoriamente, fueron los rasgos tradicionales en su comportamiento, incluyendo los sexuales, los que más lo atrajeron de ella y los que lo decidieron a formalizar su relación. Ésta es una de las contradicciones más comunes dentro de la masculinidad hegemónica y de las menos resueltas; es decir, el optar por una mujer conservadora en lo sexual como pareja y luego exigirle que se comporte de manera liberal.

Hemos tenido desavenencias, en ese sentido del sexo, porque ella es criada en una situación muy...., como me hubiese gustado que fuese diferente en la educación sexual, es muy pegada a las reglas, no es muy abierta, muy pudorosa es. Por ejemplo, a veces a los hombres nos gusta experimentar algunas cosas ¿no?, y ella simplemente cumple la función del acto no más. Muy pasiva, sí, muy pasiva, otras mujeres que son más sensibles, más ardientes.

Ciertamente, Ignacio vive inmerso en un contexto cultural que no le es totalmente ajeno, donde hay modelos hegemónicos de ser varón y de ser mujer, y normas para las relaciones entre ellos. Otros estudios ya han señalado la contradicción entre el deseo de asegurarse de una mujer recatada y virgen – porque les da la confianza de no ser víctimas de infidelidad, uno de los fantasmas más temidos en la masculinidad hegemónica – y, por otra parte, la necesidad de la satisfacción sexual, para lo cual desearían que se comporten como las “otras”. El límite de lo permitido resulta difuso, ya que si ellas expresan demasiado deseo sexual y/o son demandantes en este terreno, los hace sentir inseguros, y el temor que se satisfagan con otros los atormenta³⁴

A pesar de desear tener mayor actividad sexual con su pareja y molestarle sus negativas, nunca la ha forzado sexualmente. Sus intentos de presión han sido vanos porque, al parecer, es una mujer que no se deja intimidar. Esto no significa necesariamente que él respete los ritmos y deseos de ella, sino que no tiene opción porque, como veremos más adelante, el uso de la fuerza está descartado dentro de su filosofía de vida,

Mire, por lo general cuando la mujer no quiere, no quiere. No he llegado a la etapa de pegarle, simplemente cuando a veces yo he querido tener relación y ella no ha querido, yo me he molestado, nada más. Cuando no quiere, no quiere, tiene su carácter, he intentado, pero no quiere.

Ignacio considera, como señala la normatividad social, que es obligación de la mujer cumplir sexualmente con el esposo y viceversa. Pero, a la vez, los mismos imaginarios sociales que él comparte lo hacen ser algo comprensivo ya que por naturaleza, según aduce, las mujeres son menos activas y con menor deseo sexual que los hombres.

Claro, siempre he tenido esa idea que ella tiene el deber de cumplir como esposa, pero el problema que la naturaleza de ellas es diferente ¿no? Si los hombres tuviéramos esa naturaleza, de repente también a las mujeres diríamos, no, espérate hoy día tengo sueño, no, entonces un poco que no.

Uno de los aspectos que explican el por qué no resuelve con violencia física los conflictos frecuentes y cotidianos con su esposa, es porque mantiene la firme convicción de que no existe razón alguna que justifique la agresión física contra la mujer. Incluso, puesto en la disyuntiva más extrema para el uso de la violencia dentro de la masculinidad hegemónica, la de una probable infidelidad de parte de su esposa, rechaza el empleo de la violencia. Señala que su propia experiencia le ha enseñado, como en el caso en que estuvo relacionado con una mujer casada, que si está con otro es porque se extinguió el amor y, en ese caso, lo adecuado es separarse.

³⁴ Al respecto ver Palomino, Ramos, Valverde y Vásquez, 2003.

No me imagino cómo sería esa reacción, pero no me parecería tampoco que podría pegar, porque todo en la vida tiene un aspecto filosófico ¿no? y uno saca su cuenta, la persona que está con otro es porque no te quiere, le pareció mejor el otro ¿no?, entonces lo único que haría sería evitar la confrontación y decirle, bueno se acabó esto. Así como me sucedió a mí con la mujer ¿no?, supongo que le pareció que conmigo estaba mejor ¿no? y se dio ese caso de haber terminado separándose. Siempre he respetado la persona, siempre he dicho, quieres o no quieres estar conmigo, si tú quieres, está bien pues, vamos, pero si no quieres, ya pues, no quieres. Nunca he sido de obligar a nadie, eso sí no, errores otros sí tengo ¿no? En todo caso, yo pregunto eso con mis alumnos, de que a la mujer, ni a nadie hay que agredir con la violencia

El otro aspecto clave para comprender su actitud contraria a la violencia física respecto a su pareja es su concepción democrática de las relaciones conyugales. No sentirse el jefe sino el compartir la autoridad y la conducción del hogar en igualdad de condiciones ha hecho que los conflictos con su mujer no sean considerados como el de la rebelión de un subalterno que cuestiona su poder y le falta respeto a su posición, si no reclamos entre iguales, ambos con los mismos derechos y aceptando que muchos de éstos son justos. Como él lo señala, resulta atípico que se comporte de esta manera habiendo experimentado cuando niño la violencia entre sus padres y no haberlo internalizado como la manera más natural de resolver los conflictos.

Mira, yo considero que más que jefe hay jefes ¿no? El problema es ponerse de acuerdo, o sea, jefe es el que manda ¿no?, entonces, en la casa el que manda y manda pierde, ¿no?, porque, o sometes a la mujer, o vives en conflicto con la mujer, porque no toda la vida obedece ¿no?. Entonces, la cuestión es coordinar, conversar. Yo te digo una experiencia, a pesar de haber vivido en la etapa de mis padres esa violencia entre ellos, no me ha quedado rezagos al crecer, nunca se me ha ocurrido en la vida que a una mujer que esté conmigo yo le debo pegar, o sea, yo le debo arrastrar, nunca se me ha ocurrido eso.

¿Qué aspectos dentro de su trayectoria de vida han influido para que no considere la violencia física como una alternativa en la solución de conflictos, a pesar de la temprana vivencia de violencia en la que estuvo inmerso? Él explica que su comportamiento es así debido a sus inquietudes intelectuales y a las relaciones que entabló desde muy niño con grupos e instituciones que le permitieron una formación más humanista y desarrollar criterios propios, haciendo de él un contestatario al sistema no sólo en el ámbito socio político, sino también en las relaciones interpersonales.

Yo desde pequeño he entrado en el ámbito de estar en organizaciones, de estar en la Iglesia, de leer, yo he sido un asiduo lector, a los 12 años ya me leía El Comercio, La Prensa, yo era un lector muy asiduo, además mi misma forma de ser, no sé, me he formado yo solo, y he considerado siempre no forzar a las mujeres, de respetar, he sido un respetuoso a pesar de que se me han presentado muchísimas, y el otro es de que siempre he estado participando de grupos juveniles, siempre he tratado de sobresalir en el grupo. Siempre he sido un contestatario, hasta para las cosas de las mujeres, del amor, he tratado de ser contestatario, o sea, diferente, he sido un rebelde, y eso me ha dado que yo mire las cosas diferentes ¿no?

Junto a lo que Ignacio señala, es probable que su práctica del yoga y de otras disciplinas orientales, y el compartir la filosofía pacifista que éstas propugnan, haya tenido importante influencia en su capacidad de autocontrol en situaciones conflictivas.

El haber sido testigo de violencia conyugal cuando niño marca una tendencia general de reproducción de la misma cuando adulto, pero no señala un itinerario determinista, como así lo demuestra la experiencia tan disímil entre Ignacio y sus otros hermanos. Las trayectorias de vida entre ellos muestran que tomaron opciones distintas, aprovechamiento diferente de oportunidades, vinculado probablemente a rasgos de personalidad diversos u otras características individuales que se hace necesario investigar y a las que aún no encontramos respuestas contundentes.

Hay mucha diferencia entre ellos y yo. El problema es que yo me auto eduqué, ellos no se auto educaron. Soy el único de mis hermanos que ha llegado a la universidad, y he llegado por mis propios medios, no porque me lo haya dado nadie. No tenía a quién decirle gracias, solamente a mis padres por haberme dado la vida. Pero mis hermanos han tenido dos, tres mujeres y también les han sacado el ancho, y también sus mujeres les han sacado la vuelta, en ese trance le han sacado la mugre a sus mujeres, no sé, a mí no me ha tocado esa desgracia.

Respecto a otros aspectos de la relación, cuenta que en general se muestra muy equitativo, participa en las tareas domésticas, no controla ni interfiere en las relaciones que ella entabla con amigos y/o familiares, considera a su esposa como a una persona que tiene libre albedrío para decidir sobre su vida y movimientos.

No tengo ningún reparo en que mi esposa salga sola, o sea, yo considero que es cuestión de ella, o sea, así me formé yo, siempre he dejado que la pareja opte, que decida ¿no? No necesita pedirme permiso, me comunica dónde se va, y si ella ha ido cuando yo no estoy, no sufro de celos.

En pocas ocasiones ha utilizado el chantaje emocional cuando se da una situación conflictiva, como por ejemplo amenazarla con el abandono pero ha tenido nulo efecto dada la firme personalidad de ella, por lo que muy rara vez recurre a éste.

A veces le he amenazado con abandonarla, pero, sería incapaz de hacerlo. Lo hice por molestarla, bueno, y ella tiene una forma particular de decirme 'bueno ándate no más', pero yo le digo por molestarla, pero no es así, no es siempre, a veces se me ha ocurrido cuando discutimos.

Respecto al manejo del dinero, ambos trabajan y cada uno tiene sus propios ingresos. Ninguno controla cuánto gana el otro u otra, pero cada uno tiene asignado determinados gastos y tienen que aportar. Esto, como se señaló líneas atrás, es materia de conflicto porque en muchas ocasiones sus aportes son los mínimos necesarios y no permite mejorar la economía familiar. También resulta uno de los privilegios masculinos el hecho que él pueda retener ingresos para sí. Mientras que es probable que su pareja, más atada al ámbito doméstico destina el íntegro de sus ingresos para la reproducción familiar.

Ella no sabe cuánto gano yo, y tampoco me pregunto cuánto gana ella. Pero decidimos en la casa, por ejemplo, ella invierte en los chicos, su ropa; yo soy el encargado de pagar el agua, la luz, a ella yo le doy para que compre la comida. Ella no decide en cómo gastar mi dinero, claro le doy casi lo que debo darle, pongo para la semana tanto, toma, y ella lo demás no sabe cómo lo gasto ¿no? si me alcanza o no me alcanza.

Ignacio no frecuenta a amigos del barrio, no participa en actividades recreativas en su medio, ni asiste a lugares en donde comúnmente se reúnen los varones como los bares o tiendas donde se juntan a beber licor, su vida transcurre exclusivamente entre las actividades gremiales y políticas y su vida familiar. Por tanto, no está expuesto a la presión y burla de los pares por no seguir las pautas de la masculinidad hegemónica.

No, a nadie le he escuchado burlas, o sea, porque jamás se han acercado a mí, porque vivimos en nuestra casa, salimos, ella se va a un sitio, yo a otro sitio, a veces salimos juntos. No salgo a tomar con nadie. Yo tengo dos cosas en mi vida: que no sé bailar, tomo pero a las quinientas, pero mi vicio es otra cosa, la política.

Él circunscribe los beneficios de una relación de pareja libre de actos violentos al bienestar alcanzado por sus hijos. Considera que ellos viven en una atmósfera de tranquilidad, convirtiéndose el hogar en un lugar confiable y punto de referencia cotidiano.

Los que se benefician son mis hijos que viven tranquilos, se sienten felices de estar en la casa, más que en la calle. Sí, ellos terminan de estudiar y corren a su casa.

•

En ésta y en otras historias de vida se muestra cómo, cuando los hombres tienen acceso a vivencias diferentes a las relaciones tradicionales de género, el proceso de aprendizaje y naturalización de la resolución violenta de los conflictos puede interrumpirse y cambiar hacia relaciones más democráticas y equitativas de género. Lo que aún faltaría por investigar es por qué, viviendo en un mismo contexto, unos aprovechan la oportunidad y otros la dejan pasar. En el caso de Ignacio, es probable que sus tempranas inquietudes intelectuales, su gusto por la lectura, el arte y su espíritu sociable y de liderazgo, hayan creado las condiciones para el desarrollo de una mayor amplitud de criterio y espíritu crítico tanto frente a la realidad socioeconómica, como a algunos aspectos de la normatividad social en la vida cotidiana. Resulta interesante su capacidad de optar por el lado intelectual y de liderazgo social y político del rol de padre y no seguir su modelo en el ejercicio de la violencia. Cabe anotar, sin embargo, que sus criterios respecto a la vida cotidiana son contradictorios ya que los rasgos progresistas ya mencionados conviven con modelos tradicionales de mujer, en especial en el plano sexual y en los roles domésticos que deberá cumplir.

Ignacio está convencido que el uso de la violencia física no puede constituir, en caso alguno, alternativa para resolver los conflictos cotidianos con su pareja. Cuando éstos se presentan y se agotan los recursos de la persuasión, utiliza los que se le ocurren, aparentemente a falta de otros, como el sonreírse o el retirarse abruptamente, con el

objetivo de no responder con violencia física cuando siente que el malestar aumenta. Estas estrategias constituyen en la práctica otros tipos de agresión, fundamentalmente porque, como él mismo lo indica, su esposa se siente agredida. Además, se hacen desde una posición de poder, al sentirse seguro que la agresión verbal de parte de su esposa hacia él es el límite al que ella puede llegar, no poniéndose en riesgo su integridad física. En muchas ocasiones los recursos físicos con los que cuentan los hombres para responder una agresión de alguien con menor poder físico, resulta disuasiva. Hay que tener en cuenta también que existe en la mayoría de los hombres, aun en quienes pregonan las relaciones democráticas e igualitarias con las mujeres como en el caso de Ignacio, rezagos de creencias de superioridad, profundamente inscritos, no sólo en el ámbito consciente, sino también en el inconsciente. Entonces, se da la tendencia de responder sólo a alguien que está en una posición igual o superior. A alguien que se le percibe como inferior, no se le hace caso, porque no responder mantiene a la otra persona en su rango de inferioridad.

El tema de los problemas económicos es una causa recurrente de conflictos y mientras ambos no compartan objetivos de vida comunes que vayan más allá del ámbito doméstico, con las carencias y también beneficios que esto supone, seguirá siendo un conflicto no resuelto y peligro latente de violencia física y/o emocional. En este caso, nuevamente, Ignacio recurre a los privilegios que le otorga pertenecer el género masculino, poniendo por encima de los intereses comunes de la pareja y del desarrollo del ámbito doméstico, sus intereses de realización personal a través de su actuación social y política, algo que dentro de las estructuras de dominación masculina se torna muy difícil para el caso de las mujeres.

El ejercicio de violencia por parte de Ignacio resulta muy sutil y forma parte de las inequidades que la estructura social de carácter patriarcal mantiene. Pero, por todo el contexto presentado, podemos deducir que en este hombre hay una intencionalidad de ser diferente, de rechazar muchos de los rasgos machistas que condicionados por el medio, de criticar al autoritarismo y de respetar a las mujeres, aún a pesar de las contradicciones tanto en sus concepciones como en sus prácticas. En muchas de sus agresiones no aparece explícitamente la intención de someter ni la imposición de autoridad, sino rasgos de superioridad inconsciente que hacen de su actuación una sutil, poco evidente y no premeditada manera de ejercicio de poder.

Por último, hombres como Ignacio que buscan nadar contra la corriente viven, en su mayoría, aislados de sus pares, evitan mayor roce social con ellos y de esta manera se protegen de la presión del medio, que mediante burlas y comentarios tiende a ridiculizar su actuación no convencional. Los grupos de pares generalmente cumplen la función de ser espacios de afirmación de la masculinidad, ya que ésta depende del reconocimiento que le otorgan los demás. Sin embargo, para hombres con independencia de criterio, con el convencimiento personal que su forma de comportarse es el correcto y que en lo personal y familiar les es beneficioso, el grupo de pares no les es funcional.

CHINO, 37 años. “Si ella se molesta, saber en qué momento callar y hablar me ha dado bastante”

Este hombre que prefirió ser identificado como “Chino”, vive en Villa El Salvador – Lima, y actualmente trabaja como obrero en una panadería. Hace 12 años está casado y tiene

sólo un hijo varón de 11 años de edad. Su esposa estudia en un instituto de estudios superiores. De acuerdo a su testimonio, mantiene con ella una buena relación de pareja, sin ningún episodio de violencia y con bastante comprensión y cariño mutuo.

Fue el tercero de 8 hermanos de una familia muy pobre en la provincia de Paruro, Cusco. Sus padres no tenían lo suficiente para alimentarlos a todos, así que optaron por entregarlo, al año de nacido, a la crianza de la abuela materna, junto a otro de sus hermanos. La casa de sus padres estaba muy cerca del lugar donde vivía y podía ver a su familia cotidianamente. En varias oportunidades presencié el maltrato físico de su padre hacia su madre, y también el que ocasionaba un tío que vivía con la abuela en contra de su esposa. Se percibía impotente al no poder defender a su madre y con una gran carga agresiva en contra de su padre. Chino frecuentemente tenía sentimientos de culpa porque pensaba que la existencia de él y de sus hermanos era la causa de esa violencia y sentía mucho dolor. Hay que tener en cuenta la percepción de abandono que experimentaba al no ser criado por sus padres, y el gran dolor que esto también le ocasionaba.

Pensé, que de repente peleaban por la culpa de nosotros, que de repente éramos estorbo para ellos, entonces, bueno, más culpables nos sentíamos nosotros, claro, al menos yo. Quería ser grande y de repente darle un puñete a mi papá ¿no? o separarlos, no sé, hacer algo para proteger a mi madre. En ese entonces yo tenía cinco años y me recuerdo porque eso es lo que más se pega a uno.

Si bien no recibió maltratos físicos durante su niñez, la relación con sus padres e incluso con la abuela fue sumamente fría, nunca recibió de parte de ellos una muestra de ternura o afecto, jamás supo de un abrazo o un beso, lo que pudo ocasionarle problemas en su autoestima y en su seguridad personal.

A los seis años de edad hubo un cambio importante en su vida. Una hermana mayor que vivía en Lima se lo llevó a vivir con ella, lo matriculó en la escuela, y compartía los estudios con algunos trabajos de ayuda a los vecinos o de mandados en el mercado por lo que le daban propinas, con lo cual complementaba sus gastos escolares. Poco después de su llegada a Lima su hermana se casó con un hombre muy trabajador y responsable, con quien entabló una relación de mucho afecto y de equidad. En algunas ocasiones presencié discusiones entre ellos, pero nunca fue testigo de violencia, y por lo que supo, jamás existieron actos de violencia contra su hermana.

Antes de su actual pareja sólo tuvo una enamorada cuando tenía 17 años, fue su pareja por un año y con la que se inició sexualmente. Pero de improvisto, ella tuvo que volver a su tierra, Ayacucho, por problemas familiares y nunca más regresó.

A los 20 años conoció a quien es hoy su pareja, que en ese entonces tenía 15 años y estaba aún cursando estudios secundarios. Durante los primeros cinco años de enamorados no tuvieron relaciones sexuales porque ella no quiso, bajo el temor que podría salir embarazada y arruinar sus expectativas de terminar sus estudios y ser profesional. El respetó esa decisión porque tampoco se sentía preparado para establecer una familia, ya que aún no tenía un trabajo estable. A pesar de estar informados sobre la existencia de métodos anticonceptivos no se propusieron usarlos principalmente porque ella tenía bastante resistencia a hacerlo. Esos primeros cinco años él los describe como una relación de mucho afecto y comprensión. Luego de esta primera etapa decidieron

iniciar su vida sexual y en la segunda oportunidad que tuvieron relaciones sexuales, ella salió embarazada. Al conocer la noticia Chino se llenó de satisfacción porque de esta manera sentía que por un lado demostraba plenamente su masculinidad, y por otro, que se iba a realizar afectivamente como padre.

Cuando ella me contó, como todo varón, uno siente pues, que ha cumplido con ser hombre, y aparte que ella va a tener un hijo, yo voy a ser un padre.

A raíz del embarazo decidieron iniciar la convivencia. Durante el primer año lo hicieron solos, pero luego, por razones económicas, tuvieron la necesidad de vivir en la casa de su hermana quien los acogió con mucho cariño. Una vez que tuvieron el niño, ambos decidieron cuidarse utilizando, en un primer momento, preservativos; posteriormente ella se colocó la T de cobre. Su pareja inició estudios superiores de educación con el total apoyo de él, y consideraron que mientras no concluyera con su carrera profesional desistirían de tener un nuevo hijo.

Chino evalúa su relación como muy satisfactoria, armoniosa, libre de violencia, y que le ha permitido crecer humanamente.

Nuestra relación, para mí ha sido buena, eh, en todo, casi en todos sentidos porque he aprendido a madurar más, a tener más responsabilidad, y sobre todo pue' tener problemas y saber resolverlos, nunca ha habido tampoco violencia.

En cualquier experiencia de convivencia se suscitan los conflictos, lo importante es conocer la forma cómo éstos se resuelven, ya sea de manera violenta o no violenta. En este caso, cuáles son los procesos que conllevan a que en esta pareja tales conflictos sean resueltos sin agresiones.

Una fuente importante de conflictos para Chino y su pareja es el problema económico. La carencia de recursos crea mucho malestar y propicia las discusiones. Esto ocurre cuando en su trabajo le retrasan las remuneraciones semanales y se quedan sin recursos para los gastos diarios. Ella se desespera porque no comprende la dinámica de informalidad en que se desenvuelven los pequeños negocios como la panadería en la que Chino trabaja y le incrimina airadamente que él probablemente haya dispuesto parte de esos ingresos en gastos superfluos.

Chino sintetiza la clave para enfrentar los conflictos cotidianos en no “engancharse” en la discusión, es decir, no entrar en el contrapunto de los “dimes y diretes” que en la medida en que se avanza se va elevando el tono. Ante eso él evalúa el momento en que se hace preferible callar, escucharla y con ello bajar el tono de la controversia, hasta que ambos estén más calmados, y en ese contexto recién conversar. Hay que tener en cuenta que el silencio que utiliza Chino no es el que trata de ignorarla, sino el que tiene en cuenta la posición de ella, el de la escucha respetuosa y ella así lo entiende por eso baja el nivel de su enfado, se calma y permite un clima favorable a una negociación que satisface a ambas partes.

Saber en qué momento callar o en qué momento hablar, o dejar de hablar, me ha dado bastante. Si ella se ponía más violenta, yo prefería callar o bajar el tono para que pueda

apaciguarse. Tener siempre algún límite y ahí cortaba, más que nada yo lo corto porque ella es un poquito más violenta. Me quedo callado hasta que ella pueda bajar su cólera un poco. Ella se queda callada, ya, hasta por lo menos media hora, una hora así está, para poder conversar nuevamente. Conversamos sobre el asunto, ya más calmado y, bueno, buscamos las soluciones.

Esta estrategia sólo es posible en un contexto en el que Chino no considera que los reclamos de su esposa signifiquen poner en cuestión su autoridad o faltar el respeto a su rol de jefe. La concepción que maneja es que las relaciones dentro del hogar son democráticas, no existe un jefe, sino que ambos tienen el mismo rol, al mismo nivel, de conducir su familia.

No creo que en la familia el jefe, la autoridad es el hombre, yo creo que los jefes serían el padre y la madre o marido y mujer. No creo que debe haber una sola cabeza porque el hogar es de ambos y los dos son la cabeza del hogar, por lo tanto los dos tienen que llevar el manejo del hogar ambos, compartidos.

Otro elemento que se añade a lo anterior es que considera firmemente que no existe motivo alguno que justifique que un hombre pegue a una mujer, incluso en el caso extremo, dentro de la cultura hegemónica, de la infidelidad, frente a lo cual se exige socialmente la violencia como una forma de lavar la afrenta. Al ponerse en una hipotética situación en la que fuera víctima de un acto de infidelidad, aduce que adoptaría una actitud racional de respetar la decisión de su esposa de optar por otro, aunque se cuida de no manifestar qué efectos emocionales le produciría este hecho.

E: *¿Crees que existe algún motivo por el cual se justificaría que un hombre pegue a su esposa*

CH: *No creo. No puedo justificar, en ningún sentido, nada.*

E: *Si descubrieras que tu esposa te está sacando la vuelta, ¿cuál sería tu actitud?*

CH: *Bueno, yo me he puesto a pensar eso varias veces. Cómo uno puede reaccionar si realmente viera así a su esposa, pero analizando bien, yo creo que si ella está con él, de repente, lo quiere a él y entonces qué se puede pedir, que sea feliz nada más. No, no creo que se justifique la violencia, porque si una persona la quiere a una persona yo creo que debe desearle su felicidad. Y si ella está con él, de repente se siente más a gusto con él, o de repente le da mayor cariño de repente ¿no?, claro.*

Se hace necesario analizar si existen otras formas más sutiles de violencia emocional que podría estar practicando Chino con su pareja. Una de las formas más comunes en que aparece el maltrato emocional es mediante el control de los movimientos y/o de las relaciones que ella entable. Si bien es cierto que nunca ha impedido sino más bien ha favorecido las relaciones entre ella, su familia y sus amistades, no siempre ocurriría lo mismo si las relaciones fueran con otros hombres. Aunque no lo expresa directamente, considera que él tendría que evaluar primero con qué hombre entabla conversación, si éste tiene antecedentes o no de enamoradizo, dejándola sin chance a discernir con criterio propio qué amistades le conviene. En el fondo se impone la concepción de que la mujer es débil frente al acoso de los hombres y que necesita de la protección masculina para resguardarla. No es que conscientemente sospeche de la potencial infidelidad de su pareja, sino que esta inseguridad emerge de lo más profundo de sí mismo.

Si ella habla con otro hombre, me molesta dependiendo de si el hombre es faltoso o que yo sepa que es así, ahí sí me puedo molestar. Pero si yo sé que no es así el hombre con quién está conversando, o si están a una distancia prudente (entre ambos), por qué (me) voy a molestar.

No es que explícitamente le prohíba hacerlo, sino que utiliza otros mecanismos de control, como la mirada, que dada la relación de afecto entre ambos, basta para que ella comprenda que a él le disgusta y evite hacerlo. En este caso, él se siente con el privilegio de definir los límites entre lo que está bien y lo que está mal, con criterios de supuesta objetividad (*que se ve "feo"*) y, además, se escuda sutilmente en la posibilidad que los actos de ella, como ya los catalogó de malos, sean pasibles de la crítica de otras personas.

No me gusta lo que está haciendo (hablar con un hombre considerado por él como "faltoso"), entonces la miro nada más, y ella se da cuenta, entonces deja de hacerlo o al menos disimula, eso sí. Con la mirada le hago sentir simplemente que está haciendo mal y que se ve feo lo que está haciendo, que hay otras personas que le pueden estar mirando lo que está haciendo ¿no?

Analizando otros aspectos de la relación, existe una horizontalidad en la toma de decisiones en aspectos que competen a ambos, en forma equitativa los dos tienen acceso al dinero y comparten los quehaceres domésticos

Compartimos, por ejemplo, el lavado de ropa, el aseo de la casa, siempre compartido.

Nunca, según Chino, aparece la imposición de ideas, ni el menosprecio por las que ella exprese, sino que conversan y analizan juntos las implicancias de las mismas. Sin embargo, en la manera como se expresa Chino, aparece como que él es el que decide qué idea es buena o mala y sutilmente logra imponer su punto de vista quedándole la sensación de que sí se entabló un diálogo horizontal. Esta manera de relacionarse, por lo naturalizada, no necesariamente es deliberada y muchas veces se realiza bajo la inocencia del inconsciente.

Siempre trato de analizar cuál idea está bien, cuál está mal, entonces en ese caso sí conversamos, o sea, que éste está mal, éste está bien y se comparte las ideas.

No sólo la alienta a seguir superándose en lo personal, sino que valora y resalta cualquier logro que ella consigue en sus estudios. Hay que señalar que nuevamente es él quien determina qué está bien y qué está mal y adopta con ella una actitud paternalista.

Si alcanza algún logro en sus estudios, si lo hace bien, creo que es para premiarla.

Este esfuerzo por desarrollar actitudes democráticas y libres de violencia, que manifiesta Chino, se extiende también a las relaciones con su hijo, lo cual constituye un logro mayor, ya que generalmente el uso del castigo físico aún se sigue considerado legítimo para corregir a los niños.

E: *¿Cuando tu hijo se porta mal, utilizas la violencia contra él?*

CH: *No, trato de conversar, como es el único también, hay veces no, lo tenemos más engreído, conversamos. Claro, de vez en cuando un grito de por qué no haces la tarea, pa' qué me pides la propina si no haces nada, bueno, esas cosas, siempre.*

Con respecto a las relaciones sexuales que podrían ser fuente de conflictos y violencia, Chino manifiesta que existe mucha comprensión entre ambos, libres de todo tipo de violencia o presión. No comparte la opinión generalizada del débito conyugal, es decir la obligación de la pareja de tener relaciones entre sí y considera que tiene que respetar los deseos y ritmos de ella

Yo creo que si ella lo desea, bueno me acepta, sino no, yo creo que uno debe comprender sus deseos, al menos yo lo comprendo, no sé como será en otras personas

Pero cuando ocurre al revés, si ella le pide y él no tiene ganas, se siente en la obligación de complacerla porque en el fondo ambos comparten la creencia que el hombre siempre está dispuesto y que si se niega es porque acaba de tener otra relación sexual. Para evitar esos malos entendidos Chino se ve precisado a no negarse. Sólo en algunas ocasiones se ha negado cuando efectivamente estaba muy cansado y reconoce que ella lo comprendió.

Si ella me ha pedido yo siempre he tratado de complacer. No, nunca le he dicho que no. Siempre le digo sí porque hay veces de repente ella va pensar mal, no, como en el trabajo hay chicas, eh, yo trabajo cerca de la casa. Hay bromas entre ellas, entonces, ella hay veces toma las bromas así en serio, entonces, esa parte yo trato de cumplirla pa' que no tenga ninguna mala interpretación. Sólo a veces le digo, sabes que estoy cansado, hoy día he tenido bastante trabajo, no exige tampoco. Comprende, y bueno, tranquilo dormimos. Nunca he tenido problemas por esas cosas

Pidiéndole que reflexionara sobre qué experiencias en su vida habían influido para que pensara y actuara equitativa, democráticamente y libre de violencia en su relación de pareja, consideró dos hechos opuestos que lo marcaron profundamente. Por un lado, la experiencia dolorosa que vivió cuando, muy niño, vio maltratar a su madre y a su tía por sus respectivas parejas, lo que le dio las pautas de lo que no debería hacer, el modelo del que había que alejarse para no reproducirlo con la propia pareja

Sí, lo que vi de niño influyó bastante para no hacer lo mismo, porque cuando yo he visto a mi tía ser golpeada por ese señor, quedaba maltrecha, y eso, que hay veces no podía ni pararse, y toda esas cosas, también, me marcaba bastante, entonces, no quisiera hacer lo mismo con mi señora, ni con ninguna otra mujer.

Por otro lado, el modelo de esposo comprensivo, amoroso, responsable que le tocó ver de cerca cuando era aún niño en el hogar de su hermana y que le enseñó que había otra forma más positiva y auténtica de ser hombre. A esto añade el interés por acceder a la literatura que su pareja utiliza en sus estudios de educación y que le otorga un horizonte más amplio en su crecimiento como persona.

Bueno, todo esto yo he aprendido más que nada de su esposo de mi hermana, que no es bebedor, no es conflictivo, eh, más que nada ha sido pasivo, eh, siempre ha sido hogareño, por ahí la que me he aprendido a valorar mis sentimientos y un poco que puedo valorar ¿no?. Y también por medio de los libros o las informaciones que trato de leer de lo que ella tiene para su clase, y de ahí de esa parte voy aprendiendo algo.

Todo hombre actúa en un contexto en el que cotidianamente los pares presionan para que se sigan los cánones de la normatividad social, aun en contraposición de lo que señalen las leyes vigentes. De esta manera se alienta soterradamente la violencia contra las mujeres y las actitudes de imposición de autoridad y dominio sobre ellas, mientras que los hombres que se aparten de esos hábitos normativos entrarán en sospecha sobre su masculinidad y serán objeto de burlas. Hay que tener firmes convicciones y mucha independencia de criterio para soportar los improperios y principalmente la marginación de que se es objeto. Uno de los espacios de socialización más frecuente a los que acuden los hombres son las cantinas o bares, los cuales hombres como Chino, que desarrollan una masculinidad más autónoma, prefieren evitar.

Constantemente los amigos te dicen saco largo, bueno, una serie de cosas, pisado ¿no? Eso me dicen los vecinos que les gusta beber. Yo me río nomá, no puedo sentir nada porque yo no me siento saco largo, tampoco me siento pisado. Lo que pasa es que siempre tomo solo en mi casa, puede ser un año nuevo, mi cumpleaños, cumpleaños de mi señora, eso es todo, pero no hasta embriagarme. Nunca tomo en la calle tampoco.

Este hombre tiene en alto valor el tipo de relación que mantiene con su pareja y siente que le aporta bienestar y crecimiento personal. También considera que en este contexto por ambos creado son capaces de resolver los inevitables conflictos de manera armónica y siente orgullo de haberlo conseguido, de ser diferente respecto de la mayoría de personas que lo rodean.

El beneficio de mi buena relación es que me siento sin problemas, y los problemas puedo resolverlos rápido y, que más puedo decir, que me siento feliz, que así las cosas puedo manejar con ella bien, sin la violencia como otros vecinos

•

Este caso es interesante porque nos muestra cómo un proceso de socialización que se inicia con el aprendizaje de relaciones autoritarias entre hombres y mujeres, y con una carga fuertemente violenta en contra de la mujer, fue roto por una experiencia absolutamente contraria, la de las relaciones equitativas y armónicas de su hermana y su pareja, con quienes convivió muy tempranamente. Lo que pudo ser, por un lado, el inicio de un proceso de naturalización de las relaciones entre los géneros en la dirección de la masculinidad hegemónica es interrumpido, inaugurándose desde los 6 años, una nueva etapa de internalización de relaciones equitativas de género que se impregnaron en él tan fuertemente como en general ocurre con el modelo hegemónico, en el caso que la primera dinámica hubiera seguido su curso. Asimismo, el trauma temprano del abandono de parte de sus padres y la falta de afecto de parte de sus nuevos tutores que habrían hecho de Chino un hombre bastante inseguro y con una muy baja autoestima, tuvieron contrapeso en otra experiencia relativamente temprana, el afecto recibido en el hogar de

su hermana, impidiendo así una probable tendencia a ejercer control hacia su pareja por el temor al abandono y la violencia concomitante que traería aparejada.

Gracias al contacto cotidiano con una forma distinta de ser varón, y de los beneficios que ésta trae, no sólo para la mujer y los hijos, sino para el hombre mismo, pudo hacer la comparación con el ambiente de dolor, odio y tristeza en la vida de sus padres y parientes cercanos de su primera infancia y, por tanto, desdeñarla. Los beneficios percibidos en su propia experiencia de actuar contrariamente a esta última, lo reafirman aún más que el camino de la horizontalidad, la tolerancia y el afecto en sus relaciones con su pareja, es el correcto, a pasar de nadar contra corriente, porque tiene la firme convicción de que quienes lo critican y se burlan están equivocados, lo cual también es motivo de orgullo.

Ciertamente, Chino no escapa a las opresiones culturales que lo obligan a ejercer violencia contra sí mismo en el plano de las relaciones sexuales, aceptando tenerlas aún en contra de sus deseos por cumplir con la normatividad social. También se vislumbran algunos rasgos de violencia emocional contra su pareja cuando intenta ser él quien determine en última instancia el tipo de amistades masculinas que ella deba tener, bajo la creencia que las mujeres son débiles por naturaleza ante el acecho amoroso de algunos hombres. Sin embargo, es altamente predominante una relación de respeto mutuo, de conciencia en compartir la autoridad doméstica, tendiente a una aparente negociación horizontal y de evitar resolver los conflictos de manera violenta.

Noel, 32 años. “Nuestra relación está basada en el diálogo, hay cosas que cada uno tiene que ceder”

Noel es profesor de educación física en un Colegio de Villa El Salvador y su esposa trabaja como personal auxiliar en otro colegio de la zona y a la vez estudia educación en un instituto superior. Tienen 4 años de convivencia y un hijo de 3 años. Sus relaciones de pareja son muy buenas, hay comprensión mutua y, según Noel, nunca han experimentado caso alguno de violencia.

Tuvo una infancia económicamente modesta en su ciudad natal, Ica, pero sin que le faltara nada esencial. Sólo tuvo un hermano, mayor que él por seis años. Creció en un ambiente feliz, con unos padres que se amaban y comprendían y nunca fue testigo de violencia entre ellos y tampoco de discusiones. La relación con sus padres fue de afecto y de permanente comunicación con ellos. Con su padre entabló una amistad muy grande, siendo él quien le inculcó el amor al deporte, la práctica de valores positivos y de desarrollo personal.

Siempre mi padre ha tenido por costumbre dialogar con nosotros, igual como mi madre, eh, siempre había una comunicación completa, constante, él le gustaba mucho el deporte, por esa parte también me buscaba que yo integrara esa actividad, y cada momento que él tenía libre íbamos al complejo a hacer deporte. Había afecto hacia mí. El trataba de que uno siga una meta, es más, nos fijaba ejemplos y nosotros debíamos de seguir, tratar de lograr esas metas.

Durante su adolescencia fue un muchacho tranquilo, dedicado a sus estudios y a la práctica del deporte. Hubo algunos intentos de tener enamoradas que fracasaron porque no llenaban sus expectativas de una mujer con quien pudiera mantener una relación horizontal de mucha comunicación entre ambos y con aspiraciones de desarrollo personal.

No me convencían su forma de ser, tenían otras ideas, tenían otra forma de llevar una relación. Por ejemplo, eh, quizás la poca comunicación, eran poco de contar cómo les iba, o sea, el ser un poco herméticas en eso, no había comunicación. Considero que es importante la comunicación, porque sin comunicación no puede haber confianza. Yo buscaba una mujer que sea comunicativa, sí, que me converse, que se trazara metas, que no sea conformista.

Sus estudios superiores de educación los hizo en Lima, y a los 26 años inició su labor como docente en un colegio de Villa El Salvador. Fue cuando conoció a su actual esposa, que en ese entonces era alumna del 5° grado de secundaria y a quien le llevaba diez años de edad. Tuvieron primero una relación de amistad, cuando ella egresó del colegio mantuvieron esa relación amical por un año más, hasta que decidieron empezar una relación de enamorados. Fue su primera enamorada, en quien vio desde el primer momento a su pareja ideal, y también con ella se inició sexualmente, luego que decidieran casarse. Las firmes convicciones inculcadas por sus padres, de respeto a los y las demás lo inhibieron de iniciar aventuras sexuales con quienes no tenía intenciones de desarrollar una relación afectiva seria, pues considera que hubiera sido jugar con los sentimientos de las mujeres.

Yo no buscaba vacilones en las chicas, no lo veía de esa forma, justo por la formación que me dieron mis padres, no tiene sentido hacer daño a una persona, o tratar de tomar a la broma una persona, ¿no?, somos personas y tenemos valores, entonces cada una vale por sí, y tener en cuenta un vacilón creo que no, no estaba en mí, de mis objetivos, en ese momento.

Un año después de haber iniciado su relación de enamorados, decidieron casarse. Si bien deseaban tener hijos, querían esperar un poco hasta que tuvieran ahorrado un pequeño patrimonio que les permitiera mayor estabilidad económica. Pero las cosas no resultaron como ellos habían planificado, al poco tiempo del inicio de la convivencia salió embarazada. Habían decidido cuidarse y combinaban el método del ritmo con el uso del preservativo, pero algo falló y hasta ahora no se lo explican. El acontecimiento fue bien recibido, pues a pesar que no era el momento más oportuno, él tenía trabajo y podía afrontar los gastos de un nuevo miembro familiar, y a la vez, era algo deseado por ambos aunque postergado por las condiciones económicas.

Durante el periodo del embarazo se dieron algunos conflictos provocados por el deseo de ella de tener a Noel el mayor tiempo posible a su lado, por un lado, y por otro, por el afán de él de compartir su tiempo libre con actividades deportivas, que eran parte importante de su estilo de vida, además de ser él quien lideraba estas prácticas recreativas en su barrio. Este inicial desacuerdo fue resuelto en base al diálogo donde se pusieron sobre la mesa los dos argumentos y en este caso ella tuvo que ceder más, flexibilizando su actitud

de posesión absoluta y aceptando que era importante para él mantener sus prácticas deportivas cotidianas.

Llegamos a un acuerdo en el cual ella decía: 'Bueno, tienes derecho, tienes que ir, tienes tú razón', cosas similares. Se da cuenta que sí había un motivo, porque no era primera vez que me llamaba a mí el deporte ¿no?, yo andaba siempre en eso.

Hubo ocasiones en las que él tenía una opinión contraria sobre algo y tuvo que ceder. Ése fue el caso cuando ella decidió trabajar y él no estuvo de acuerdo porque sentía que afectaba el objetivo familiar de que ella culmine sus estudios superiores y su carrera. Dialogando, ella le mostró una salida que lo terminó por convencer.

En cosas que yo he cedido, por ejemplo, um, en cuanto que ella trabaje ¿no?, yo consideraba trabajar no necesitaría, más me importaba que ella estudiara, pero ella me dio esa salida, que podía estudiar y trabajar. Al comienzo no asimilaba esa idea, pero poco a poco ya llegué a estar de acuerdo con ella.

Según cuenta Noel, todos los demás conflictos surgidos durante la convivencia los han resuelto de mutuo acuerdo, teniendo como premisa fundamental el diálogo, y según la situación que es analizada por ambos, algunas veces cede uno más que el otro.

La nuestra es una relación basada en el diálogo, la conversación, en, cómo se puede decir, hay cosas que uno tiene que ceder, en cuanto ella también tiene que ceder, tenemos que poner de nuestra parte para llegar a una buena conclusión. Nunca ha existido violencia entre nosotros. Solamente cambio de palabras, que viene hacer de ideas encontradas en la cuales, como digo, con el diálogo ya llegamos a una conclusión.

Las relaciones sexuales hasta el momento no han sido motivo de violencia, ni tampoco de conflicto, porque Noel señala que se basan en el respeto y el cariño mutuo. Considera que una negativa de ella debe ser respetada.

Dos elementos están presentes para que sus relaciones de pareja estén libres de violencia, y para que a futuro no exista el peligro de un acto de violencia. El primero es que Noel está convencido que no existe razón alguna que justifique la violencia contra la mujer, a pesar de la aparición de los conflictos que, como bien dice, son inevitables pues se trata de dos personas distintas, con sentimientos e ideas propias que en una situación dada pueden contraponerse.

No hay ningún caso en que se justifique que se le pegue a una mujer, no justifico yo, creo que todos somos personas que podemos dialogar y comunicarnos, a veces, no tenemos los mismos sentimientos que el otro, no tenemos las mismas ideas que el otro, porque todo es, como decir, llevar ideas a un recipiente, por ejemplo, y de ella hacer una mezcla y sacar una conclusión, sacar lo mejor.

Aun en el caso extremo de que hipotéticamente la encontrara *in fraganti* en un acto de infidelidad, considera que no se justificaría la violencia. Especula que este hecho le produciría cólera y que optaría en primer lugar por retirarse como estrategia para estar más calmado y luego hablar con ella, muy posiblemente dar por terminada la relación, porque eso reflejaría que ésta no marcha bien.

Como todos somos humanos tratar de que se me pase ese momento, quizás, de ira, de cólera y quizás irme a un lugar donde uno esté solo, tratar de meditar y pensar, y ahí, después de eso solamente decirle, bueno, creo que algo no va, no funciona entre nosotros, creo que de repente no estamos a gusto los dos o por tu parte, creo que mejor sería hasta aquí no más y terminemos. No, no habría un acto de violencia.

El segundo elemento es que no comparte la concepción de que existe una autoridad en el hogar y que ésta es la del varón. Plantea relaciones totalmente simétricas, donde la autoridad es compartida en la misma medida y cuyo contenido fundamental es la responsabilidad mutua en la conducción del hogar.

E: *¿Tú crees que dentro de un hogar debe haber alguien que sea la autoridad?*

N: *No, no, entre los dos, pero autoridad frente a un hijo sí, para indicar, hacer que una persona sea responsable, creo yo.*

E: *¿No crees que el hombre tiene la autoridad en la casa, que es el jefe del hogar?*

N: *No, no, cuando sale el hombre y la mujer se queda en casa, la mujer es la autoridad*

E: *¿Y si están los dos?*

N: *Eh, los dos conllevamos esa tarea.*

Él aduce que en todos los demás aspectos de la relación se muestra una convivencia horizontal, compartiendo las mismas responsabilidades en los quehaceres domésticos, sin afanes controladores respecto a las propias amistades y familiares. Las decisiones se toman democráticamente en base al diálogo, los espacios y tiempos propios se respetan, aunque siempre con responsabilidad de informarse mutuamente con el único propósito de no preocupar al otro u otra.

Las tareas domésticas las hacemos juntos, incluso hasta sus tareas del instituto también compartimos, yo también, por ejemplo, en un momento cuando no trabajaba y estudiaba también me apoyaba, me ayudaba hacer.

Noel considera que lo que más ha influido en su modo de llevar adelante sus relaciones conyugales ha sido la formación que recibió de parte de sus padres, quienes le enseñaron principalmente con el ejemplo. Simultáneamente su pareja fue formada también en un hogar con relaciones armónicas y libres de violencia.

Mi formación y la formación de ella, porque ella procede de un hogar en el cual ha habido, también, relaciones armónicas entre sus padres, sin violencia. Es una formación de valores que uno tiene en el hogar ¿no?, uno predica con el ejemplo, algo así, y si uno viene de un lugar en el cual se han considerado bastante los valores te conlleva también eso, como un espejo hacia el hogar formado, o si no se puede, se trata de llegar a esa forma así.

Desde la adolescencia Noel recibió mucha presión de parte de sus amigos y del entorno respecto a sus convicciones y a su modo de actuar con las mujeres. La falta de una enamorada, la ausencia de experiencias sexuales y el no aceptar el ritual masculino de tomar alcohol cada fin de semana, fue motivo constante de burlas. No se rindió ante esta cotidiana coerción social y se refugió en los valores inculcados en su hogar y en la práctica del deporte que forma parte importante de su vida. Se lleva, además, por sus propias convicciones para tomar autónomamente cualquier decisión.

Respecto a que no tenía relaciones sexuales, cuando había ese tipo de presiones de los amigos, no le prestaba atención, como le dije anteriormente, mi padre me formó en valores y en un ambiente deportivo, quizás en eso yo trataba de estar perenne, cada vez estaba más inmerso en lo que es el deporte. También había presiones para ir a tomar los fines de semana, pero cuando yo creo conveniente voy, y cuando no lo creo conveniente no voy.

En este periodo de convivencia conyugal han continuado las presiones del entorno para que le dedique menos tiempo a su vida de hogar y más a las amigos, pero principalmente en actividades sociales extra deportivas como es el de libar cotidianamente alcohol, una de las formas preferidas de socialización dentro de la masculinidad hegemónica. Noel sigue resistiéndose “a pie firme” a ingresar a esa dinámica, porque considera que en este periodo tiene más responsabilidades que en la época de la adolescencia, y si en ese entonces fue consecuente con sus principios ahora deberá serlo aún más.

Escucho las burlas, pero yo no le presto la atención debida, tratan de hacer aflojar a la persona, pero no, no les presto... Siempre dicen ‘Oye, trata de salir más, de estar con nosotros, de reunirte, de tomar’, pero, si yo he llevado esa vida de soltero, de poco reunirme para no ir a libar, cuando creo el momento conveniente voy, pero tratan de hacer cambiar a una persona cuando se ha pasado a la adultez. Si yo ya llevé esa formación de soltero, de casado es una responsabilidad más. ¿Qué de diferente hay para cambiar mi forma de ser?

Por último, Noel se siente muy satisfecho con la manera en que lleva adelante su relación conyugal, y percibe beneficios no sólo presentes, sino en perspectiva para sus vidas y la de su hijo.

Yo veo que está bien nuestra relación, que camina a algo bueno ¿no?, darnos un futuro a nosotros y darle un futuro a nuestro hijo lo que más queremos ¿no?, me siento satisfecho plenamente como persona y también en la vida íntima, y en la vida familiar.

•

Ésta es una historia en la que las condiciones ideales estuvieron dadas para el desarrollo de una relación conyugal basada en el respeto mutuo, en la horizontalidad de las decisiones y de las responsabilidades, en el afecto y en la inexistencia de violencia, incluyendo la de tipo emocional. La enseñanza temprana en el hogar de estos mismos valores y actitudes, y el consecuente ejemplo mostrado por sus padres que formaron

parte, cotidianamente, de su vivencia infantil, marcaron fuertemente el comportamiento y la forma de pensar futura de Noel.

A lo anterior se suma la conformación de una personalidad segura de sí misma, que en todo momento tuvo claro su proyecto de vida conyugal y puso como condición para elegir a su pareja, que ella comparta sus criterios y objetivos. En esto se mantuvo firme, a pesar del costo social que le significó estar solo por mucho tiempo. Encontrar la pareja ideal, con la misma formación y los mismos objetivos, le significó que los esfuerzos por sostener buenas relaciones provengan de los dos lados, que el diálogo sea aceptado por ambos como forma de enfrentar los conflictos que inevitablemente aparecen, evitando de esta manera el posible desgaste de la convivencia si el empeño sólo fuera de él.

A diferencia de otros varones que al “nadar contra la corriente” tratan de evitar socializar cotidianamente con sus pares para no sentir la presión de sus burlas, la actividad deportiva de Noel y su liderazgo en estos menesteres lo exponen permanentemente a las mofas y a otras formas de coacción social. Éstas pueden ser motivo de permanente incomodidad y malestar, a pesar que sus firmes convicciones le permiten soportarlas estoicamente sin ceder.

SANTOS, 29 años. “Vivir en relaciones armoniosas con mi pareja fue más por la influencia de mis padres”

Santos actualmente administra un negocio con cabinas de internet para el público en Villa El Salvador. Tuvo una relación de convivencia que duró dos años, producto de la cual tiene un hijo de 7 años. Poco tiempo después del parto, su pareja, según cuenta, lo abandonó sin dar explicaciones, dejándolo con el recién nacido a quien él crió hasta los seis años de edad, momento en el cual su ex pareja, mediante un proceso judicial, le quitó la tenencia del niño. Santos, luego de verse abandonado, no ha vuelto a entablar relación de pareja alguna.

Hijo de una costurera que trabajaba en su domicilio y de un chofer de camión interprovincial, tuvo una infancia feliz, rodeado del cariño de sus padres y de sus dos hermanas. Si bien su situación económica era modesta, nunca le faltó lo mínimo para comer y vestirse. Sus padres tuvieron una relación con ausencia total de cualquier tipo de violencia entre ellos, aunque cada uno asumía los roles tradicionales de género. Cuando había discusiones, procuraban no realizarlas delante de sus hijos. Santos refiere que en algunas ocasiones les escuchó discutir a lo lejos, siempre por el mismo motivo: su padre no giraba dinero a tiempo en el transcurso de sus frecuentes viajes. Cuando esto ocurría era siempre su madre quien alzaba la voz reclamándole, mientras su padre la escuchaba sin interrumpir, hasta que al final preguntaba si estaba más calmada y juntos podían solucionar el problema. Luego del altercado los veía jugar entre ellos o “fugarse” de la casa para pasear solos. Siempre percibió que las relaciones entre sus padres eran muy horizontales, de comprensión mutua y de mucho amor.

Yo percibía que su relación era de amistad, de comprensión entre ambos, entendimiento también, y algo curioso, siempre se sabía cuándo el otro estaba mal, siempre mi mamá le preguntaba a mi papá qué pasa, o mi papá de repente le preguntaba qué pasa, por qué estas así, que esto que el otro, o sea había esa compenetración, una pareja casi sin igual.

Cuando niños, él y sus hermanas fueron castigados casi siempre por su madre pues su padre era más permisivo, pero nunca físicamente, sino privándolos de hacer cosas que a ellos les gustaba, como por ejemplo, ver televisión. En esas ocasiones, les hacían reflexionar sobre su desobediencia o mala acción y ellos terminaban aceptando que eran merecedores de ese castigo. La relación de él con su padre la cataloga como buena, de bastante ternura y la recuerda con mucho cariño

Tenía una forma de tratar a cada uno, a mí bueno un poquito más el consentido, a mis hermanas un poquito más rígida, pero sí igual. Su cariño de mi papá siempre había sido un roce en la cabeza o simplemente se sentaba a ver televisión con nosotros, o qué están haciendo, conversábamos con él. Igual para todos, en ese sentido sí.

En el colegio, salvo una ocasión que se vio obligado a pelear con otro niño quien lo provocó, no tuvo experiencias violentas. Inclusive, ese evento lo recuerda con sentimientos de culpa porque considera que siempre pudo encontrarse una opción no violenta.

Como te digo, una sola vez peleé y hasta ahorita siempre ha habido un sentimiento de que por qué lo hice si podía haberlo evitado, o sea no me gustó eso. Los amigos me decían: era inevitable, te buscó hasta más no poder, o sea, te buscaba dentro del colegio, fuera del colegio

Durante su adolescencia fue un muchacho tímido con las chicas porque nunca se consideró a sí mismo como físicamente atractivo, así que su primera experiencia de enamoramiento, la cual recuerda con mucho cariño, la tuvo a los 15 años, a iniciativa de ella. Fue una experiencia que duró dos años, pero terminó abruptamente cuando la muchacha tuvo que irse a vivir con toda su familia fuera del país, constituyendo para ambos una ruptura muy dolorosa.

Posteriormente, a los 19 años, tuvo una enamorada un poco mayor que él con quien se inició sexualmente, siendo ella también la que tomó la iniciativa. Al poco tiempo nuevamente la relación se interrumpió pues ella debió viajar a la ciudad de Iquitos para hacer su servicio rural obligatorio como enfermera, luego de lo cual no la volvió a ver.

A los 21 años, Santos consiguió un trabajo como asistente en un estudio de abogados y decidió vivir solo alquilando una pequeña habitación cerca de su trabajo. Lo que recibía como ingresos también le permitía estudiar de noche en un instituto superior técnico. En esas circunstancias es que conoce a quien sería en los siguientes dos años su conviviente. Ella trabajaba como mesera en el restaurante que él frecuentaba, y a su parecer se trataba de una mujer muy atractiva. En varias ocasiones tuvieron la oportunidad de hablar sólo de paso y de asuntos triviales, hasta que una noche la encontró en una discoteca a la que él había acudido con unos amigos para tomarse un trago y bailar. En esa oportunidad ella le contó los problemas de convivencia que tenía con unos tíos, pues sus padres vivían en Trujillo. Él, en son de broma y en medio de su desinhibición producto del alcohol, le ofreció su casa. Un mes después, cuando Santos acudió al restaurante donde ella trabajaba, la muchacha le preguntó si su oferta seguía en pie. El se sorprendió y trató de disuadirla hablándole del “qué dirá la gente”, que en estos casos la presión social es para las mujeres y no para los hombres que siempre salen

mejor librados, pero ella le retrucó que eso no le importaba. Pensó que como hombre ya no podía retroceder, a pesar que sentía incertidumbre, intentó expresar seguridad.

“Bueno, si a ti no te importa a mí tampoco me va a importar, pero piénsalo bien, un hombre siempre va a caer de pie, es como el gato, lo tiras pero siempre cae de pie”.

Durante los dos primeros meses compartieron habitación, mas no la cama, pues ninguno de los dos sugirió una relación más allá de la amical. Santos nunca se atrevió a tomar la iniciativa de una relación afectiva y sexual, aunque lo deseaba. Sólo lo hizo cuando ella empezó a dar muestras de interés por él, como esperarlo despierta con la comida preparada cuando él volvía muy tarde del Instituto. La relación tanto sexual como de convivencia en conjunto la evalúa como buena, salvo algunas oportunidades en que ella se mostraba muy celosa como, por ejemplo, cuando alguna vez lo observó que abrazaba a una compañera de trabajo porque era su cumpleaños, ocasión en la cual hizo una bochornosa escena de celos en la calle. Ciertamente, en muchos momentos él también sintió celos al verla conversar con hombres que consideraba que eran más guapos que él, pero nunca se lo manifestó.

Sentía inseguridad, puesto de que yo los veía, y si ella comience a comparar yo quedo pues lejos ¿no?... (pero) yo nunca le hice una escena de celos.

Cuenta Santos que en algunas oportunidades lo chantajeaba emocionalmente obligándolo a hacer cosas por ella cuando él venía muy cansado en la noche diciéndole frases como: “si no lo haces es porque no me quieres”, o lo hacía sentir culpable por no ir con ella al cine cuando él tenía clases o exámenes en el Instituto. La respuesta de él fue complacerla en la medida de lo posible, según sus palabras ser muy comprensivo con ella, dialogar para llegar a acuerdos y nunca utilizar violencia ni control alguno.

Yo nunca la hacía sentir culpable por salir sin mí, pero ella sí me hacía sentir culpable a mí por no acompañarla, en sentido de que, por ejemplo, hay un estreno, ella quería ver ese estreno, pero se cruzaban con exámenes, yo le digo: no puedo salir ahora, ve tú, entonces ella se iba sola, pero después venía hincándome, que por qué no la acompañé, que esto que el otro, al final o sea, bonito me hacía sentir totalmente mal.

Al año de convivencia ella salió embarazada, a pesar que se cuidaba con anticonceptivos orales. Al principio este hecho los contrarió a ambos porque no lo esperaban, pero inmediatamente después él la animó argumentando que el niño sería un aliciente para superarse en los estudios y en el trabajo. Ella tuvo un embarazo con complicaciones que le impidieron seguir trabajando; aumentaron sus demandas para que Santos pase más tiempo con ella, y él tuvo que arreglar en su trabajo para estar el mayor tiempo posible juntos. El nacimiento de su hijo lo vivió con gran emoción y aparentemente ella también.

Llegué a terminar el instituto pero como no podía hacer gastos para titularme, decidí desplazarlo para otro momento, dedicarme más al bebe y a ella, ya me dediqué al trabajo, salía del trabajo temprano, de ahí ya me iba a la casa a ver al bebe.

Una tarde, a los 20 días del nacimiento del bebé, regresó a casa y no la encontró ni a ella ni al niño. Fue a indagar en el vecindario hasta que encontró que el bebé había sido encargado a una vecina, explicando que no tardaría. Pasadas las 24 horas sentó la denuncia policial de desaparición, la buscó durante semanas en hospitales, en la morgue, preguntando a los familiares de ella, pero no la encontró. Luego de tres meses, pensando que había muerto y sin esperanzas de encontrarla, tuvo que pedir ayuda a su madre para criar al niño. Tiempo después, en un encuentro casual con una hermana de su pareja, ésta le cuenta que aquélla estaba viviendo en España y que acababa de casarse. Esta noticia fue muy dolorosa para Santos, intentó saber los motivos pero fue inútil y hasta ahora no comprende lo sucedido. Tres años después, volvió su ex pareja y le entabló un juicio por la tenencia del niño que desgraciadamente lo ganó. En el caso de tenencia de niños, la cultura machista, predominante en el ámbito judicial, considera al varón como incapaz de criar por sí solo a un niño, y generalmente la mujer tendrá las de ganar:

Pelemos por la criatura, pero el hecho es que ahorita el bebe está con ella pues, está en España. O sea, no sirvieron mis argumentos en el sentido que ella lo había abandonado, entonces me dijeron usted es un hombre, para las leyes peruanas un hombre solo no puede hacerse cargo de una criatura, entonces la jueza decidió, optó después de tres años de pelea. Él se ha ido el año pasado nada más, a los seis años de edad.

A pesar de lo sucedido y por encima de las críticas de amigos y de algunos familiares de ser tan permisivo y tolerante con ella, luego del desconcierto inicial, Santos sigue creyendo firmemente que actuó correctamente y quien está en falta es ella. Mantiene sus convicciones de que las relaciones de pareja deberán desarrollarse en base al diálogo y libres de todo tipo de violencia.

Luego de lo que sucedió, el casi común de mis amigos: 'vistes no, por no poner mano dura por el esto no'. Al principio yo decía 'pucha que si la hubiera maltratado de repente, si le hubiera impuesto mis ideas, si la hubiera tenido prisionera de repente ella seguiría acá ¿no?', pero como soy otro tipo de persona dejo la libertad que haga sus cosas, que haga su vida, o sea, para que se abra en su entorno. Pero después no, o sea siempre, he pensado que cada uno tiene un mundo y cada uno sabe cómo es su mundo, pero también cuando uno es pareja debe compartir ese mundo con el otro para poder entenderse más.

Considera que la influencia mayor para pensar y actuar de esta manera es el ejemplo que le dieron sus padres. No se trata de que cuente con alguna característica temperamental que lo predisponga a la calma o a la poca irritabilidad. Él considera que tiene un temperamento explosivo como su madre, pero eso no lo lleva inexorablemente, sino a buscar otras estrategias para resolver los conflictos cuyo primer paso es tratar de calmarse y luego dialogar.

Yo creo que vivir en relaciones armoniosas con mi pareja fue más por la influencia de mis padres, o sea, la manera de arreglar las cosas de ellos, era algo inusual, yo veía las casas de al lado, a veces la discusión, el celo del hombre, o cuando llegaba borracho el pata hacía un escándalo. A veces cuando mi papá llegaba mareado, él no hacía escándalo, se lavaba y se metía a dormir, mi mamá lo quedaba mirando, al día siguiente estaba tranquilo, entonces a mi madre le decía que estuve jugando cachito, esto, pero nunca los vi amargarse, nada, siempre conversaban. Eso también lo he llevado hasta ahora, porque mi carácter es más de mi madre, porque cuando exploto me desespero a veces, pero después trato de calmarme y llevar las cosas como son, si tengo una relación trato de ser calmado, no celar mucho, me gusta llevar una relación tranquila.

•

El caso de Santos es bastante atípico pues son las mujeres quienes generalmente resultan víctimas de una situación de abandono y maltrato parecido. En realidad, aunque él pretenda plantear sus relaciones como equitativas, se estableció entre ambos una relación de poder favorable a ella. Según el propio Santos, su complejo de inferioridad por su apariencia física siempre lo arrastró a pensarse indigno de su pareja y de complacerla inclusive en sus caprichos por temor a perderla, lo cual le otorgó mayor poder a ella quien desde un principio, al parecer, buscó aprovecharse de esas circunstancias. En otros casos, cualquier sentimiento de inferioridad de parte de los hombres puede ser compensado con mayor control y violencia (esto ocurre con frecuencia en las ocasiones en que ella tiene mayores estudios que él, o donde ella gana más, o cuando ella trabaja y él no), pero la formación y la actitud cotidiana no violenta y con sentido de equidad de Santos evitó que éstas sirvieran de contrapeso. La violencia emocional ejercida por ella le produjo mucho malestar, pero la soportó sin mayor cuestionamiento, lo cual ha significado también el ejercicio de violencia contra él mismo

La cultura machista, jerárquica y autoritaria, no es privativa sólo de los varones, sino de la sociedad en su conjunto, y por tanto compartida por no pocas mujeres. Sólo que las condiciones de desbalance de poder, ya sean estas físicas, culturales y/o institucionales, generalmente favorecen a los varones y posibilitan el sometimiento de las mujeres. En este caso la existencia de un cierto desequilibrio de poder se dio al revés, inclusive con una institucionalidad jurídica adversa a los intereses de Santos. Esta situación abre interrogantes sobre la desprotección en que podrían estar varones que “nadan contra la corriente” en un mar machista en los que sus rasgos de equidad, tolerancia y de respeto de derechos sean percibidos por el medio como signos de debilidad y aprovechados en su contra.

Es interesante que Santos mantenga sus convicciones a pesar del desafortunado trance que tuvo que pasar y de la presión social que considera su falta de ejercicio de autoridad en relación con su pareja como la causa del maltrato del que fue objeto. El aprendizaje de un modelo no autoritario ni violento de ser varón transmitido a través del comportamiento del padre, y de la imagen de relaciones armónicas de pareja percibida desde la infancia mediante la relación entre su madre y padre, condicionaron que no encuentre asociación alguna entre el establecimiento de un modelo autoritario masculino y la supervivencia de una relación de pareja. Más bien interpreta que lo sucedido se debió a la no correspondencia afectiva de una de las partes, y mantiene la aspiración de entablar una relación de afecto compartido como la de sus padres.

ROBERTO, 36 años. “Lo que hago es no hacerle caso, me callo y que reniegue sola”

Roberto vive en la ciudad de Cusco y trabaja independientemente como carpintero ebanista. Tiene siete años de convivencia con su pareja que sólo se dedica a las labores domésticas. Tiene dos hijos, uno de 6 años y el otro de 4 años. Según cuenta, su relación está libre de maltratos, a excepción de una oportunidad al comienzo de su convivencia, en que respondió violentamente a una agresión física iniciada por ella. Para Roberto, ella tiene un carácter muy irascible por lo que viven frecuentemente momentos conflictivos, aunque han podido enfrentarlos sin utilizar la violencia física.

Es el cuarto de diez hermanos. A pesar que su madre residía en la ciudad de Cusco, viajaba a la población de Maranganí, provincia de Canchis, cada vez que iba a dar a luz, para ser atendida por la abuela que era partera. Así, todos nacieron en Maranganí, aunque siempre vivieron en la ciudad de Cusco. Su padre era profesor, pero al notar que una de sus habilidades, la joyería y relojería le daba más dinero, se dedicó a esa actividad. Su primera infancia la vivió en una situación de comodidad económica y en un ambiente de armonía familiar; hasta ese entonces nunca fue testigo de violencia entre sus padres. Cuando él tenía 8 años, la joyería de su padre fue asaltada y eso terminó por arruinarlo. Se dedicó a la bebida y al poco tiempo se marchó a la ciudad de Abancay con el pretexto de buscar empleo, pero a partir de ese momento los abandonó, se hizo de otra familia en esa ciudad, dejándolos a ellos en la miseria. Hasta ese momento lo recuerda como un padre proveedor pero que nunca tuvo una muestra de afecto con sus hijos e hijas, siempre lo sintieron como muy lejano.

Pero tampoco la relación con su madre fue buena. Sentía que había preferencia hacia sus otros hermanos e inexplicablemente ella actuaba como si él no existiera. Esto fue creando un sentimiento de soledad, dolor y mucho resentimiento hacia cada uno de sus padres.

Les servía el plato y después resulta que, después de los mayores a los menores estaba sirviendo ya, yo siempre estaba al lado de la olla y no me servía, entonces, resulta que ya estaba aumentando a los mayores y seguía yo sentado ahí, me amargaba pue', me iba pue', abajo de la cama me metía, ahí recién se daba cuenta que no me había servido a mí. Incluso, hay veces hacía frituras y no me daba, entonces, así que estaba quemando ¡fung! arranchaba y me iba atrás de la casa o me ocultaba y comía. Yo era un poco aislado, o sea, tenía poco cariño por parte de mi madre, y también de mi padre pue', o sea, prácticamente viví solo. Entonces, yo por eso, yo vivía, de repente, renegado por mi madre porque no me daba ese trato que yo hubiese esperado, que me dé cariño, que me dé atención, siempre los preferidos eran los mayores y los menores.

Cuando cumplió los doce años, su madre lo envió a Abancay a buscar a su padre con el argumento que era su obligación mantenerlo. Pero no fue así, desde que llegó a esa ciudad, si bien le proporcionó un lugar donde dormir, su padre nunca vio por él, por lo que tuvo que trabajar en muchas cosas para poder comer. La relación con su padre empeoró

aún más a causa de un hermano menor de su segunda mujer que robaba sistemáticamente al padre, pero le achacaban la culpa a él. En una oportunidad, cuando ya tenía dieciséis años, fue testigo de uno de estos hurtos y quiso golpear a su hermano, pero su padre salió en su defensa agrediéndolo físicamente con mucha violencia. A pesar que tuvo la fuerza para repeler el ataque, este acontecimiento lo llenó de consternación e impotencia.

Me golpeó, pue', con una banca en la cabeza, no me dio oportunidad ni a sentarme, ni a defenderme, nada. Yo esa vez ya tendría más o menos 16 años, así, entonces que pasó, yo me paré, me quería tirar con un ladrillo, entonces me paré, le quité el ladrillo, lo tiré, lo empujé a la cama y me salí, ya ahí me puse llorar, porque no podía hacer nada.

Su padre generalmente no utilizaba la violencia física, Roberto nunca supo que él maltrataría físicamente a su mujer en Abancay. Lo que sí lo caracterizaba era una gran irresponsabilidad – pues además de su conviviente, tenía otra pareja con quien llegó a tener más hijos – y si su permanente inclinación hacia las bebidas alcohólicas.

Su adolescencia la cataloga como muy triste y sola. Durante todo ese periodo no tuvo enamorada alguna, sólo una amiga, hija de una empleada de hogar, con quien compartía penas.

Ella también a veces se sentía marginada, entonces a veces nos sentábamos en las gradas y a veces nos poníamos a llorar, y a veces a conversar de nuestros problemas y así, más como amigos.

Cuando tenía 19 años murió su padre y él volvió a Cusco. Encontró que su hermana mayor estaba casada con un hombre diez años mayor que ella, holgazán, mantenido por ella y que encima de todo la agredía físicamente. En una ocasión que volvió del trabajo encontró que estaba violentándola, intervino para separarlos y recibió un golpe por parte de él. Frente a eso respondió violentamente y a golpes lo botó de la casa prohibiéndole que volviera.

Con un hermano mayor aprendió el oficio de carpintero y esto le permitió encontrar mejores trabajos y mejorar significativamente sus ingresos. Decidió continuar sus estudios escolares por las noches los cuales había abandonado en Abancay, y aduce que eso lo mantuvo tan ocupado que no tuvo tiempo ni oportunidades para tener enamorada alguna. Se empezó a dedicar a beber alcohol los fines de semana, inducido por sus compañeros de trabajo mayores que él, pero fundamentalmente porque era la única forma que encontraba de sentir la compañía de otros.

Yo tomaba porque me sentía solo, entonces de repente la única forma de encontrarme acompañado era estar tomando, con algunos amigos. De repente por eso es lo que yo me dediqué a tomar, por tener compañía.

Una tarde, cuando ya tenía 26 años, salió fastidiado a descansar en un parque a causa de uno de las discusiones cotidianas con su madre, costumbre a la que siempre recurría cuando se sentía anímicamente deprimido. Una joven se le acercó a conversar e

iniciaron una plática que duró varias horas. Ella también se sentía sola. Caminaron varios kilómetros hasta la localidad cercana de Saya, donde bebieron juntos. Al regreso, ella se sintió mal por el alcohol ingerido y no quiso regresar en ese estado a la casa de una tía con quien vivía, así que decidieron quedarse en un hotel hasta el día siguiente. De esa forma empezó una relación que duró más de un año. Se sentía enamorado, y en una oportunidad que él le pidió que se casaran, ella le reveló que tenía dos hijos en Madre de Dios, a los cuales había dejado al cuidado de sus respectivos padrinos. Consideró que era una irresponsabilidad por parte de ella y le pidió que los trajera para que ambos los criasen. Se sentía muy sensible ante cualquier situación que se refiriera a un acto de desapego y abandono de los hijos, porque le recordaba su propia infancia de soledad y desamor, y deseaba evitar que otros la sufrieran.

Sus hijos no podían estar botados en otro sitios, yo le digo, “yo he pasado eso y no me gustaría que pase eso, mejor recogemos a tus hijos y de ahí conocen muy bien a mí y de ahí podemos tener nuestros hijos”, eso me había aceptado.

Sin embargo, días después le comentó que estaba embarazada, a pesar que ambos se cuidaban combinando el método del ritmo y el uso del condón. Esta situación le creó malestar porque echaba abajo los planes que se habían trazado y así se lo trasmite a ella. A pesar que él considera que no ejerció presión para que ella interrumpiera el embarazo, una tarde llegó con la noticia que se había practicado un aborto con remedios caseros (antalgina con leche y ruda), lo cual le había producido una pequeña hemorragia. Se puso mal luego de eso, y él la alojó en casa de su madre para cuidarla. De esta manera iniciaron una convivencia de dos meses, al cabo de los cuales, y ya estando mejor, le anuncia que viajará a Puerto Maldonado a buscar a sus hijos, pero se fue y nunca regresó. La buscó, mas nadie le pudo dar razón de su paradero. Cansado y desilusionado, volvió a recurrir al alcohol y a las relaciones sexuales pasajeras. Por ese entonces se independiza, renta un pequeño departamento y se muda.

A su actual esposa la conoció casi de la misma manera. Ambos paseaban solos por un parque, se encontraron e iniciaron una charla que duró varias horas. Ella le contó que vivía en casa de una hermana y tenía una hija, a lo que él pidió recogerla para cenar juntos. En el transcurso de esta tertulia, ella se sintió mal, ardía en fiebre, no quiso volver a la casa de su hermana y él le ofreció su departamento para que descansara. La situación se agravó y tuvo que llevarla de emergencia al hospital donde le diagnosticaron tifoidea. El tratamiento duró un par de semanas, durante las cuales ella permaneció en el departamento y Roberto corrió con todos los gastos. Nuevamente, su experiencia anterior de sufrimiento y el deseo que nadie pase por lo mismo que él, lo hizo actuar con caridad, aunque habría que agregar también, para entender su actitud – y ésta es nuestra interpretación –, por la imperiosa necesidad de sentirse acompañado.

Entonces, dentro de mí, comenté, si he pasado tantos problemas, he sufrido, tal vez un día tenga un hijo y no me gustaría que pase por estas cosas, lo hice tratar.

En ese lapso descubrió el carácter irascible de ella, y cuando quiso que dejara el departamento, ella fue alargando su estadía con diversos pretextos. El problema fue que cada día que pasaba se mostraba más exigente, tratándolo como si ya hubiera una relación marital. En todo ese tiempo no habían tenido relaciones sexuales y él la trataba

sólo como amiga; hasta que un día las tuvieron luego de lo cual, a pesar de haber usado un preservativo, ella aduciría falsamente estar embarazada con la intención de forzar una relación estable y – conociendo la actitud consecuentemente responsable que caracterizaba a Roberto – chantajearlo emocionalmente,

Pasando ya unos meses ahí recién, tuvimos relaciones. La cual con eso ya me empezaba a chantajear, que estaba embarazada, “Que ya me jodiste la vida, que, pucha que por tu culpa estoy embarazada”, y todo eso, me echaba la culpa, entonces, con eso ya más me presionaba.

Esto condujo a que iniciaran sus relaciones sexuales de manera cotidiana y luego de un tiempo realmente salió embarazada. En ese entonces ya Roberto se sentía atrapado en un tipo de relación que conscientemente no había buscado, con una mujer de quien no estaba enamorado. Su penosa experiencia desde la infancia le hacía interpretar la vida de manera fatalista, asumir una posición de impotencia, aunque siempre con la esperanza que el destino le deparase mejor suerte.

No sabía pue’ qué hacer. Entonces digo: bueno, Dios sabrá lo que hace, porque yo jamás me iba a enamorar de esta mujer y ni lo he buscado, simplemente las cosas se dan así, ¿no?, pero tenía un carácter terrible, en esos meses yo, cuántas veces, me ponía a llorar y ojalá que algún día cambiara. Pasó el tiempo, casi he sufrido durante tres años.

En una oportunidad, al inicio de esta relación, decidieron salir juntos a tomar una cerveza en un bar. Roberto se sentía asfixiado por la actitud controladora de ella, pues desde que se relacionó con esta chica tenía pocas oportunidades de ver a sus amigos. Luego de un tiempo de mirarse y no encontrar tema de conversación, él quiso continuar tomando y ella se lo impidió, exigiéndole volver a casa, por lo que decidió marcharse sin ella a otro bar. En el momento que hizo detener a un taxi, ella ingresó al auto abruptamente y en el trayecto exigía airadamente que fueran a casa amenazando arrojarlo del vehículo en marcha, siendo impedida a la fuerza por él. De esta forma llegaron al siguiente bar y en el momento que Roberto ingresaba por delante, lo golpeó por detrás. Al parecer fue un arrebato desesperado y de impotencia por no poder torcer la voluntad de Roberto hacia sus propios deseos. De manera impulsiva Roberto reaccionó violentamente y el efecto de un solo golpe fue contundente, pues ella quedó tan afectada que no pudo proseguir la pugna.

Yo me meto pue’ primerito al bar, y a mi detrás viene ella a darme pues puñetes por la espalda, entonces yo me volteo y lo doy un lapo, sin pensar pue’, y cayó pue’ ahí, en un rincón, en el suelo se quedó. Eso ha sido la única vez, porque ella primero me agredió.

Inmediatamente después, ya en casa, Roberto le planteó una advertencia respecto al uso de la violencia física contra él y sobre las consecuencias también violentas contra ella que estos actos podrían acarrear, estableciendo claramente límites respecto a estos hechos. Por lo visto, este episodio fue absolutamente disuasivo, pues ella nunca más se atrevió a repetirlo.

Estuvimos peleados casi hasta la una de tarde, entonces yo le dije, -Nunca me toques, nadie me ha tocado y no creo que tú seas la primera. Yo nunca te voy a tocar, entonces le digo, “si tú sabes que te puedo pegar, por qué te chocas conmigo”, desde esa vez, nunca más.

Pero los conflictos continuaron, la mayoría de ellos ocasionados, según Roberto, por los celos extremos de ella que se iniciaban cuando encontraba en casa algún vestigio de su vida de soltero y de sus relaciones anteriores.

Cuando llegó ella a mi cuarto yo tenía cartas, incluso prendas de mujeres, tenía tantas cosas ahí que yo no pensé que ella se iba a quedar, al pensar eso yo hubiese quemado o hubiese botado. Entonces, de todas esas cosas que encontró a veces renegaba. -Que tú eres un porquería, eres un mujeriego-, pucha que, me decía de todo: -Que has gastado toda la plata con tus queridas, con tus putas, ahora me tienes que hacer sufrir.

También sus desplantes y caprichos eran motivo de gran malestar para Roberto, pero ella siguió actuando de esa manera y no encontró muchos límites a sus actos.

Íbamos a un restorán, íbamos a un chifa, pedía un plato no le gustaba, lo dejaba, yo como perrito tenía que salirme y también dejaba pues así todo, o había comida ahí en la casa y en muchas oportunidades tenía que botar hasta el desagüe porque no había quién coma. Y todo este tiempo, yo por cojudo le hacía caso. Qué terrible era mi vida, porque ella era pucha la que, hacía lo que le daba la gana ¿no?

Los conflictos adquirirían la forma de violencia psicológica a través de los insultos contra él, muy probablemente buscando ejercer una relación de sometimiento que en buena parte lo consiguió. Ciertamente, la estrategia de Roberto de retirarse desarmaba momentáneamente el acto violento y la dejaba sin más alternativas, ya que la violencia física como siguiente paso lógico quedaba descartada por la experiencia anterior. Pero no se resolvía el conflicto y cualquier pretexto era bueno para que la agresión verbal se volviera reiterativa y el malestar para él fuese constante.

He tenido cuantas broncas con ella y lo único que hago, me callo, me insulta de todo, me dice mi vida, me quedo callado, entonces, sabes que tanto me molesta que, simplemente opto por salirme y me voy, y trato de darme una vueltita por ahí.

Posteriormente, cuando la hija de ambos ya tenía un año de edad, esta mujer inició una relación paralela con el padre de una niña compañera de colegio de su hija mayor. Se enteró por una vecina que los había visto en varias oportunidades juntos y besándose. Ante esto, Roberto encaró a su pareja quien no supo como negarlo. Discutieron agriamente, aunque sin agresiones físicas, y le exigió enérgicamente que se fuera de la casa, pero sin la hija pequeña. Frente a su actitud resuelta, la mujer entró en un estado de shock emocional, las niñas lloraban y nuevamente se puso a prueba su espíritu comprensivo y una actitud muy flexible para resolver este conflicto.

Cuando ella estaba ya mal, mis hijos lloraron, entonces yo también me sentí mal y no sabía qué hacer, entonces ahí yo me puse a pensar, dije, quién es perfecto, yo también de repente algún día puedo pasar por esto. Siempre voy a pedir que me perdone, al menos por mis hijos.

Este fue un punto de quiebre en sus relaciones de pareja, hablaron como nunca sobre los pros y contras de su convivencia, le hizo entender lo que ganarían si ambos se plantearan objetivos comunes de vida y mejoraran su vida cotidiana en común, y logró que ella aceptara sus errores y prometiera cambiar. A partir de entonces las cosas cambiaron satisfactoriamente para los dos y él siente que ha llegado a quererla. Mantiene su carácter gruñón pero sin las agresiones anteriores. Cuando ella reniega, la única forma que Roberto conoce para evitar que el ambiente se enrarezca aún más es optar por retirarse.

Desde esa vez ella también recapacitó y ahora nos va bien pues. De eso casi fue un año. Yo creo que sí, he llegado a quererla. Entonces yo creo que ahora con la pareja que tengo, nos llevamos bien, casi siempre es bien renegona, lo único que hago es no hacerle caso, me callo y bueno que reniegue sola, pue'.

Un elemento clave para entender la actitud no violenta de Roberto, aun en casos altamente conflictivos para el común de los varones como es la infidelidad, es su convicción democrática de las relaciones de pareja, lo que le permite asumir que los conflictos domésticos que cotidianamente aparecen se dan entre iguales.

Yo creo que la autoridad debe ser compartida, porque ni siquiera a un gobierno todo el poder le hace bien, entonces mucho menos en una casa. No creo que sólo el hombre tenga autoridad.

El otro elemento es que está muy consciente de las consecuencias graves que produce la violencia en la integridad física de la mujer, dada la disparidad de fuerzas con el hombre, hablando desde su propia experiencia (el único caso de violencia física contra su esposa), como de otras que pudo presenciar.

Yo lo que veo es que un simple empujón puede caer, puede perder, de repente unos dientes, de repente hasta la vida, entonces, es mejor arreglar cualquier problema, aunque sea muy grave, pacíficamente, conversando. Yo he visto muchos casos de maltrato, los varones más que todo pegan a las mujeres. He visto que un policía también le pegaba mucho a su pareja y que le reventó un ojo.

A lo anterior se añade su sentido de responsabilidad con el bienestar de sus hijos, el cual considera que se vería seriamente comprometido si se iniciara una escalada de violencia contra su pareja. Trata que en sus hijos no se reproduzca la misma experiencia de sufrimiento por el abandono y el desamor al que fue sometido durante la infancia.

Yo creo que es más sencillo dialogar, porque cuando utilizas la violencia, resulta de que ambos nos perjudicamos, y no solamente por un rato, puede ser para toda la vida. Yo he crecido en un cuadro donde he pasado muchas necesidades, he visto un montón de gente cómo sufre. Yo como hijo he palpado bien la necesidad de un hijo abandonado, cómo es sentir hambre, cómo es sentir sed, y no me gustaría que mis hijos pasaran por eso.

La actitud no violenta con su pareja no necesariamente se traslada a los hijos. En el caso de ellos, considera que hay situaciones en la que se hace necesario el castigo físico, como último recurso, para corregirlos, y ha comprobado que éste resulta altamente disuasivo.

En oportunidades les he pegado, porque, hay veces de que uno se le habla, por favor esto, y hay veces no hacen caso, entonces agarro mi correa le tiro pue, una sola. Una vez le tiré la cuera, le di una pero bien, desde esa vez yo agarro la correa la hago ver y ya.

En general Roberto despliega permanentemente esfuerzos para que su relación esté basada en la confianza mutua y exenta de control de ambas partes, aunque no siempre logra que ella haga lo mismo.

Hay días que ella sale, entonces, no voy a estar siempre pendiente, como yo tampoco no me gusta que me esté preguntando -Dónde vas a ir, a qué hora, no, porque hay veces hay cosas que se presentan de improviso, de repente tengo que hacer un trabajo, yo me propongo una hora y puede ser dos horas. Y después me está diciendo y son dos horas, ¿y dónde has estado la otra hora?, entonces esas cosas también, yo le explico, le digo, no es bueno estar ahí presionándonos.

Deja que todo el dinero lo administre ella en quien confía plenamente porque, según él, de esta manera evita caer nuevamente en el vicio del alcohol al que estuvo sumido en sus largos periodos de soledad. Su dolorosa experiencia infantil sigue siendo el estímulo para evitar perjudicar a su familia. Hay que tener también en cuenta que esta actitud podría interpretarse como cómoda, pues de esa manera no tiene que preocuparse de cómo hacer alcanzar esos pocos recursos para cubrir las necesidades domésticas cotidianas.

Por todas las cosas que he pasado de niño, lo que ahora yo hago, todo el dinero que yo pueda ganar, yo se lo doy a ella. Ella sabe distribuir lo que es la casa ¿no? ella no es viciosa, no tiene ningún mal hábito. A veces yo pido pa' mi pasaje, yo creo que es suficiente, porque, para qué más voy a necesitar, yo creo que el dinero en bolsillo me va traer problemas. En aquella época que yo era empresario gastaba bastante dinero en cerveza, entonces yo digo pue', por qué no podría regresar a esa época, entonces, soy consciente de todo eso para no perjudicar a mi familia, prefiero dárselo a mi esposa.

Considera importante participar en las tareas domésticas, como también que su esposa participe apoyándolo en su trabajo como artesano. Las veces que por falta de tiempo o recursos económicos no puede salir a visitar a sus familiares con su esposa, la incentiva a que ella lo haga sin necesidad de depender de él, tampoco haciéndola sentir culpable por haberlo dejado, a pesar de su tendencia a victimizarse. No habría que descartar que Roberto guarde aún resentimiento contra su pareja por toda la trayectoria de agravios contra él, de ahí la metáfora con el perro que podría devenir en rabioso.

Nunca le hago sentir culpable, más bien yo le incentivo, porque me gustaría que ella un poco se relaje, pa' que no esté tan presionada ¿no? Es igualito que un perro, no se le deja salir y se puede volver rabioso. Entonces, ahí veces como tenemos tres hijos, no podemos ir todos, entonces le digo, bueno pue' anda corre, anda con tu tía, le digo, con mi mamá.

La forma de actuar de Roberto respecto a su pareja, y el evitar asistir a los bares con los amigos, son constante motivo de burla por parte de sus pares. Pero él las soporta y no las toma en cuenta basado firmemente en sus convicciones.

Sí, un montón de presiones por parte de los amigos. Yo le digo, pue', yo soy saco largo para mis hijos, no con mi mujer, porque yo trabajo para mis hijos y de repente por mis hijos soy saco largo, pero yo no me considero así.

Esta convicción está reforzada por los beneficios que percibe en sus relaciones familiares, tanto con su pareja como con sus hijos. Plantea que sólo en un ambiente democrático, libre del temor que produce la violencia, se sabe escuchar, aceptar las críticas y corregir lo que está mal.

Me siento tranquilo porque a veces, si habría violencia yo creo que no podría conversar con ella, no podría criar a mis hijos, yo creo que no es bueno hacer o actuar mediante el miedo, o sea, todo debe ser conscientemente, todo aquel que tenga la razón ¿no? tiene que defender su propósito, si es que yo le impondría, digamos, mediante el miedo hacia mi pareja, entonces cuándo sabría lo que está correcto y lo que está incorrecto. A mí me gustaría, también, que me haga entender que está mal, que está bien, y no me importa lo que diga la gente porque total quienes vivimos la vida somos nosotros en pareja y mis hijos.

•

El de Roberto es el típico caso de alguien que “nada contra la corriente”. Desde su niñez, muchas de las condiciones para un actuar violento podrían haber estado dadas: el desamor, su estado real de abandono y su sentimiento de soledad pudieron haberlo convertido en un ser muy posesivo, iracundo, controlador, bajo el temor permanente del abandono. Pero, desde su infancia, aprendió a utilizar la agresividad, no para someter, sino para defenderse y sobrevivir. Así lo tuvo que hacer para arrancar la comida a su madre que no lo tomaba en cuenta, para defenderse de la agresión de su padre frente a un acto absolutamente injusto, para defender a su hermana y expulsar a alguien que atentaba contra el bienestar familiar y para defenderse él mismo de los golpes propinados por su pareja. Tampoco tuvo un modelo de padre violento, pero sí muy irresponsable como proveedor, y a esto último achaca gran parte de sus sufrimientos durante su niñez y adolescencia, situación que quiere evitar a toda costa para quienes lo rodean.

Su experiencia de constante dolor y soledad lo hizo fatalista y salvador de mujeres e hijos con los que tiene empatía por lo que se dejó llevar en una relación conyugal donde su papel por mucho tiempo fue el del sometido. Tuvieron que ocurrir algunos episodios cruciales como los golpes de los que fue víctima por parte de su pareja y las muestras de infidelidad, para que él, con sus respuestas agresivas, no sólo lograra defenderse, sino obtuviera un mayor equilibrio en la correlación de fuerzas, probablemente no de manera premeditada.

Otro aspecto importante que se extrae de esta experiencia, es que hay muchas mujeres que han sido criadas con los mismos patrones machistas y patriarcales, jerárquicos y autoritarios y se comportan de esa manera porque no conocen otros modelos. Al no encontrarse con un hombre en el papel esperado de dominador, por lo menos una parte de ellas, tendería a asumir ese rol. Pero comúnmente los hombres poseen

comparativamente mayores recursos que evitan que la dominación contra ellos quede consumada totalmente mediante la fuerza física.

Roberto intenta, por todos los medios, desarrollar una relación armónica, libre de violencia, para bien de sus hijos y de ellos mismos, pero hay que anotar que los esfuerzos por establecer relaciones equitativas y democráticas sólo de una parte que es lo que ocurre, según Roberto, en este caso, resultan desgastantes y crean malestar constante. Entonces se hace importante escoger la pareja que coincida en la misma perspectiva de relaciones no jerárquicas ni autoritarias y que comparta los mismos objetivos de vida. Pero Roberto no escogió. Sus sentimientos de soledad cotidiana y de menosprecio de sí mismo, han tenido implicancias negativas en su autoestima. Hay que tener en cuenta, sobre todo, el impacto tan terrible que tendría en el nivel de su autoestima, en primer lugar, el abandono del padre, que resulta la forma más extrema del rechazo paterno. Y en segundo lugar, la actitud de la madre hacia él, de indiferencia y falta de afecto, cuando la imagen ideal de madre que prevalece es la de mujer por naturaleza abnegada, llena de amor porque es “el ser que da la vida”. Entonces, qué ser tan ínfimo podría imaginarse, que ni siquiera su madre lo aceptaba. Todo esto ha condicionado gran parte de sus comportamientos: su inclinación por la ingesta de alcohol sólo por sentirse acompañado y, por tanto, la manera en que ha entablado relaciones con las mujeres. Las dos personas con quienes inició una relación de convivencia fueron las primeras que el destino le puso delante, sin existir mayor compatibilidad, y por el solo hecho de tener compañía.

Aún quedan como interrogantes cuáles fueron los procesos internos que Roberto siguió para internalizar una concepción democrática de las relaciones conyugales y que mantuviese dicha concepción a pesar de haber “comprobado” la eficacia de la violencia física aunque en el caso relatado fuese defensiva, ya que no aparece claramente experiencia alguna que lo haya acercado a un modelo distinto al hegemónico.

Reflexiones generales sobre los hombres que no ejercen violencia contra sus parejas

Las experiencias que se constituyen con mayor fuerza en condicionantes, no sólo de la conducta no violenta de estos hombres, sino de sus firmes convicciones en contra de la violencia hacia la mujer, fueron diversas. Sólo en dos de los cinco casos, el nacer y crecer en un ambiente familiar libre de violencia conyugal, con relaciones de amor, de comprensión y democráticas entre sus padres y para con ellos, fue el aspecto que tuvo mayor peso. En dos de los tres casos restantes ellos fueron testigos de la violencia de sus padres contra sus madres y de otros familiares muy cercanos que desarrollaban prácticas similares. Fueron otras las experiencias que influyeron para que ellos internalicen prácticas democráticas. En el caso de Chino, la oportunidad de una socialización temprana en otro ambiente en donde pudo percibir y disfrutar de relaciones igualitarias y de mucho afecto, jugó un papel clave para que tuviera otro modelo de ser hombre y de cómo entablar una relación equitativa de pareja con consecuencias beneficiosas, a diferencia de lo vivido en los primeros años de su infancia. En lo que respecta a Ignacio, fue su temprano espíritu crítico y sus inquietudes intelectuales los que lo llevaron a cultivarse, leyendo mucho, abrazando prácticas como el yoga y las artes marciales que conllevan una disciplina corporal y espiritual, seguridad en sí mismo y autocontrol, que le dieron amplio criterio y una convicción pacifista. Ignacio optó por quedarse con el padre frente a la separación con la madre, pero se quedó con el lado que admiraba de él, es decir el intelectual y político, lo que le abrió perspectivas distintas a la

de los hermanos, quienes no tuvieron las mismas oportunidades de formación y, al final, en sus respectivas relaciones conyugales, reprodujeron el autoritarismo y la violencia aprendidos en la infancia temprana. .

Estas situaciones nos permiten plantear que, aún dentro de un sistema hegemónico de dominación masculina, existen opciones distintas a tomar, las cuales pueden ir a contracorriente con la reproducción de la misma. Esto se debe a que coexisten otras culturas alternativas y estilos de vida minoritarios que tienen influencia en algún sector de la población y que tienen su origen en distintas vertientes del pensamiento filosófico, de carácter ético, político o religioso. Sin embargo, la vivencia cotidiana es difícil para quienes quieren buscar caminos alternativos, tanto por las presiones externas que reciben, como por los mandatos internos duramente inscritos en lo consciente e inconsciente de cada individuo desde su nacimiento a lo largo de toda su vida que es producto de una socialización que va más allá de los límites de la familia nuclear y de la formación directa que reciban de los padres.

El caso de Roberto definitivamente escapa de cualquier intento de trazar tendencias en el comportamiento humano. Todas sus condiciones de socialización temprana y de desarrollo personal, similares a las experiencias de los hombres que ejercen violencia física y/o sexual que analizamos en un acápite anterior, apuntaban a la construcción de un ser violento, irascible, poco tolerante, altamente suspicaz y machista. No aparece, dentro de su trayectoria de vida, experiencia alguna que le haya mostrado un modelo diferente de ser varón que el hegemónico y otra forma de resolver conflictos a su favor si no es mediante la violencia. Sin embargo, nos encontramos con un hombre que busca relaciones equitativas con su pareja, que desdeña toda forma de violencia contra la mujer, y que se comporta agresivamente sólo cuando alguna situación o acción de terceros atenta en forma extrema contra su propia sobrevivencia y/o integridad física; en sus actos no hay un ánimo de someter. Es probable que el haber sido víctima de mucho maltrato y de la manera tan cruel como él lo vivió le haya producido mucho temor a la violencia y a sus consecuencias, incluyendo a la desatada por él, como cuando responde violentamente a la agresión de su pareja y luego se asusta de los efectos.

Este caso nos deja muchas interrogantes, de cómo el medio no empuja a todos en el mismo sentido. Cualquier acto que le haga revivir sus experiencias de humillación, de abandono y de carencias afectivas, no las transforma en ira ni las resuelve poniéndose en una posición de superioridad mediante la violencia, como señalan diversos autores, sino las convierte en compasión y tolerancia, para que “nadie sufra” lo que él sufrió cuando niño y adolescente. No obstante, estas actitudes descritas están mezcladas con una postura indolente, fatalista, de baja autoestima que sí están relacionadas con lo que ha sido su vida, y que lo llevan muchas veces a soportar estoicamente el maltrato constituyendo, en varias oportunidades, esta flexibilidad ante los demás en violencia contra él mismo, quedando y percibiéndose en el polo de la víctima.

El otro tema que aflora, principalmente de la experiencia de Santos, es que no basta haber crecido en un ambiente de amor, de respeto a sí mismo y a los demás, para forjar una personalidad segura, con una alta estima del propio valor. Hay otros elementos del contexto social que juegan en pro o en contra de la autoestima, y que son también construidos social y culturalmente como es la percepción de belleza y fealdad, a través de la cual se crean también exclusiones sociales. En esto juega, como en diversos constructos sociales, no sólo la percepción externa sino la propia que autoexcluye. La

sensación del poco merecimiento los pone en una posición de debilidad que puede ser aprovechada en contra de ellos mismos por un medio social ávido de poder, enmarcado en una concepción jerárquica y autoritaria de las relaciones humanas y que no dudará en someter si la oportunidad es propicia. En este juego de correlaciones de fuerzas están encerrados hombres y mujeres. Por otro camino, aún más pedregoso, fue formada la personalidad de Roberto, con un gran vacío de afecto que incidió indudablemente en su baja autoestima y que también lo puso en posición de debilidad. En ambos casos entablaron relaciones de pareja con mujeres que ellos no escogieron y que interpretaron sus muestras de equidad y tolerancia como expresiones de hombres pusilánimes a los cuales era posible utilizar para los propios intereses aún a costa del daño que producían. En estos dos casos se muestra claramente que la violencia puede ser ejercida también por las mujeres cuando encuentran, por diversos motivos, un desbalance de poder a su favor, aunque esta situación resulte poco frecuente.

Esto nos enlaza con el tema de las **condiciones de posibilidad** para el ejercicio de la violencia. A algunas mujeres no les faltará ganas de someter a los varones o de castigarlos ejemplarmente de manera violenta, y unas cuantas lo habrán intentado como en los casos de Ignacio y Roberto. Sin embargo, existen obstáculos de índole físico, social y cultural para las mujeres que impiden que pueda consumarse el total sometimiento masculino utilizando la violencia física como último recurso. En ambos casos, la primera vez que lo intentaron por la vía física fue también la última, porque la respuesta de estos hombres fue físicamente contundente y disuasiva. Luego de eso, sólo les fue posible a ellas llegar hasta la violencia emocional, que estos hombres han logrado contrarrestar ignorándolas y retirándose de la escena. Ya afirmamos anteriormente que estas respuestas pueden ser violentas si no son previamente acordadas, porque se basan en un desbalance de fuerzas a favor de los hombres para realizarlas y tienen un efecto negativo de frustración y minimización en ellas. Al no lograr su propósito empleando la violencia verbal o emocional, a las mujeres sólo les quedaría la violencia física y ya no la pueden utilizar. Pongámonos en el caso contrario de un hombre que grita e insulta a su pareja y ésta con una sonrisa se da media vuelta y lo deja, es muy probable que el hombre la siga y la golpee para consumir el sometimiento, porque tiene las posibilidades para hacerlo. Hay otras condiciones de orden social y cultural que impiden a las mujeres consumir un acto de violencia como es, por ejemplo, el abandono de hogar que utilizan muchos hombres, porque el duro anclaje a los hijos hace que ellas sean sometidas al escarnio público y a su propia conciencia acusadora de madre desnaturalizada. Sin embargo, hay situaciones excepcionales en las que sí ocurre, como lo sucedido con Santos, quien fue abandonado con su hijo recién nacido.

Todos estos hombres relatan que sus relaciones de pareja no están libres de conflictos, los que ocurren naturalmente porque existen interpretaciones distintas de los acontecimientos diarios, propuestas diferentes para solucionar los problemas e incluso, en algunos casos, objetivos familiares diversos y concepciones dispares de cómo interactuar cotidianamente como pareja. En los cinco casos se manifiesta que son las mujeres las que toman generalmente la iniciativa en el planteamiento del conflicto³⁵ y con frecuencia de manera airada. En los casos de Santos, Noel y Chino, ellos aducen que escuchan lo que la pareja tenga que decir o reclamar, lo cual no los altera porque no

³⁵ Aunque, ciertamente, en la mayoría de los casos son las mujeres las que plantean el conflicto, y son más bien los hombres que intentan evitarlo, porque generalmente significa poner en cuestión su poder y los privilegios de los cuales disfrutan.

sienten que con ello les estén faltando el respeto o pongan en cuestión una autoridad o identidad superior inexistentes. Se trata para ellos de un reclamo y discusión entre iguales, al que hay que atender. Según ellos, sus parejas interpretan su silencio como una escucha respetuosa y esto las tranquiliza; en un clima distendido negocian llegando a soluciones que los y las satisfacen mutuamente. No obstante, en lo que respecta a Ignacio y Roberto hay objetivos y formas de relacionarse que no resultan compatibles con sus parejas, haciendo entonces que existan conflictos irresueltos que resurgen permanentemente y causan malestar. Las soluciones que han encontrado estos hombres para evitar engancharse con la violencia verbal o emocional que parte de sus parejas y no exponerse a la posibilidad de sufrir o utilizar la violencia física, que con mucha convicción recusan, es abandonando la discusión por no contar con otro recurso, lo cual no resuelve el problema y mantiene latente el peligro del ejercicio de la violencia

En todos los casos se ha podido notar claramente que al ser una relación de dos, no bastan los intentos de una de las partes para alcanzar relaciones democráticas y equitativas con la pareja, por más que sea el hombre quien las propugne. Es necesario que ambos compartan las mismas concepciones, y también tengan y persigan objetivos semejantes o convergentes como pareja, pues de lo contrario la relación se hace frustrante y tiende a desgastarse.

Si bien en todos estos varones hay una concepción distinta de las relaciones entre hombres y mujeres, hay un esfuerzo explícito por no ser autoritarios y además hay un propósito por ser auténticos. La mayoría mantiene muy internalizadas las concepciones tradicionales en el plano sexual, tanto en las relaciones sexuales, como en las características y roles sexuales que le atribuyen a hombres y mujeres, poniéndose con esto limitaciones y ejerciendo violencia incluso contra ellos mismos. Esto ocurre, por ejemplo, cuando Chino afirma que él nunca podría decir no a su pareja ante una propuesta sexual, a pesar que él no tenga ganas. Además habría que añadir la posición contradictoria de Ignacio, tan liberal en algunas cosas y tan tradicional en el ámbito sexual, siendo en esta dimensión donde menos cambios estarían ocurriendo aún en lo que respecta a estos hombres. Sin embargo, es necesario anotar que en este aspecto también se distinguen de otros hombres al no imponer a sus parejas relaciones sexuales en contra de su voluntad, aunque en el caso de ellos mismos se auto violenten.

Hay micromachismos, muchos imperceptibles, de los que no están exentos estos hombres para conseguir algunos fines a su favor, aunque no sea el propósito exacto el de someter. Probablemente la mayoría son inconscientes, valiéndose de privilegios por el sólo hecho de ser varones, como la posibilidad que tiene Ignacio de seguir realizándose personalmente en la actividad social y política, al margen de los intereses familiares, privilegio que no podría ejercer aunque quisiera, su pareja, por las cuestiones culturales ya mencionadas. O los sutiles controles que ejerce Chino con su pareja, respecto a qué relaciones le conviene o no, según su criterio, bajo la arraigada creencia que las mujeres son débiles y que requieren de la tutela masculina para discernir adecuadamente. En este caso utiliza el fuerte vínculo afectivo que hay entre los dos para, muy sutilmente, presionar a que abandone la relación amical con alguna persona que no es de su agrado.

Estos hombres son vistos de diferente manera por sus pares, pues al ser evaluados por éstos, no cumplen los estándares del verdadero hombre de acuerdo al modelo impuesto por la masculinidad hegemónica, entonces son objeto de burla y de presiones, o simplemente se los aísla. En la mayoría de los casos que hemos analizado, estos

hombres evitan compartir los lugares de socialización masculina como son los bares, encuentros de fútbol de fin de semana, etc., con el fin de no exponerse a estas presiones y ser pasto de mofas que intentan ridiculizarlos. Mientras tanto Noel, por las actividades de liderazgo en lo deportivo que lo obliga permanentemente a interactuar con otros varones, no ha podido librarse de estas situaciones que indudablemente le producen malestar. Hay que anotar que todos, en algún momento, tuvieron que interactuar con grupos de personas donde sus actitudes tolerantes, flexibles y equitativas con las mujeres, fueron interpretadas como muestras de debilidad, candidez o cobardía, y que esa impresión que causan los hizo sentir mal.

Sin embargo, todos ellos se sienten orgullosos de ser como son y actuar de acuerdo a sus convicciones, y evalúan que los beneficios conseguidos por ser diferentes son incomparables respecto a lo que pierden en lo amical. En realidad, el grupo de pares tiene la función de ser la fuente de reafirmación de una masculinidad siempre insegura que necesita permanentemente retroalimentarse con la aprobación de los demás. Es por eso que se da la práctica generalizada de compartir chistes homofóbicos y misóginos, donde se devalúa a los homosexuales y a las mujeres respectivamente, como mecanismo que compense inseguridades e intente reafirmar una masculinidad percibida como en constante peligro de perderse. También es el espacio donde se cubren, de alguna forma, vacíos respecto a la soledad y a la falta de afecto y se desfogan tensiones, emociones y sentimientos reprimidos mediante la ingesta de alcohol, única forma que resulta permitido hacerlo dentro de la masculinidad hegemónica. Para estos hombres, cuyas trayectorias de vida analizamos, el grupo de pares ya no les resulta funcional, porque se sienten seguros de sus masculinidades y porque las buenas relaciones con sus parejas hijas e hijos les resultan afectiva y emocionalmente gratificantes, aspectos de los cuales la mayor parte de los hombres que intentan emular la masculinidad hegemónica difícilmente pueden disfrutar.

Reflexiones finales

Las experiencias de vida de los hombres que participaron en esta investigación expresadas a través de sus discursos, de sus emociones y de la interpretación que hacen de sus propios actos, nos interpelan a reflexionar sobre la violencia en nuestras propias vidas. Comprender la violencia desde el lado de los agresores no significa complicidad con sus actos, sino que nos permite descubrir con evidencias que el ejercicio de la violencia, si bien produce terribles secuelas en la vida de mujeres y niños, tal como la literatura especializada lo ha demostrado fehacientemente, forma parte, a la vez, de un proceso doloroso en el cual están envueltos también los mismos agresores y que empobrece la vida de todos los seres humanos.

Las trayectorias de vida que hemos analizado nos muestran que uno de los baluartes del sistema de dominación masculina al interior de la relación conyugal es la violencia emocional. Cuando les preguntamos cómo evaluaban sus relaciones de pareja, la mayoría afirmó que éstas eran muy buenas y se desarrollaban de manera armónica. Sin embargo, el ejercicio de maltratos emocionales hacia sus parejas era un mecanismo cotidiano para imponer su autoridad y disfrutar de privilegios de manera contundente. Para estos hombres, lo socialmente esperado es que las mujeres obedezcan sin chistar y que el orden por ellos impuesto en el hogar se mantenga. Para ellos es natural que las mujeres adivinen las necesidades masculinas, que se auto-inhiban en sus relaciones con otras personas ajenas al núcleo familiar y que auto-restrinjan sus movimientos fuera del hogar, anticipándose así, a los deseos del marido, al margen de los sentimientos de malestar que estas prácticas ocasionan en las mujeres. Si lo anterior ocurre, entonces todo encaja perfectamente con los contenidos que la cultura patriarcal hegemónica les ha transmitido y, por lo tanto, a los ojos de ellos todo marcha bien. A diferencia de lo ocurrido con los hombres que ejercen violencia física, la práctica de la violencia emocional generalmente no les produce remordimientos ni mayores inseguridades.

Algunos de ellos utilizaron la violencia física al inicio de la relación cuando la violencia emocional no les resultó efectiva, lo que comprueba que el maltrato físico siempre será una posibilidad si la violencia emocional, más sutil, menos brutal, no consigue los propósitos del sometimiento. En estos casos se observa cómo el hecho de detener la violencia física no necesariamente resulta por sí sola un avance significativo en términos de la equidad de género. Varios de estos hombres descubrieron que podían alcanzar los mismos fines con la violencia emocional; otros la utilizan de manera naturalizada e inconsciente, sin los costos del abandono, las denuncias judiciales y la destrucción familiar, y sin el círculo vicioso del malestar que la violencia física produce. Muchos de estos hombres niegan ejercer violencia porque gran parte de estas prácticas no son visibles, generalmente se sienten muy cómodos dentro del sistema patriarcal y probablemente serán los más reticentes a los cambios hacia una cultura y prácticas equitativas y democráticas en las relaciones entre los géneros.

A través de los relatos de vida que hemos analizado comprobamos que el ejercicio de la violencia física y/o sexual de los hombres contra las mujeres, en la mayoría de los casos, es un recurso desesperado para mantener el estatus de autoridad sobre ellas, y es un reflejo claro de la debilidad del sistema de dominación masculino. En estas situaciones la hegemonía masculina ha sido resquebrajada por el cuestionamiento a ese poder, lo que se expresa en las diversas estrategias de resistencia que desarrollan las mujeres. Esta

confrontación con una voluntad o acción femenina que escapa a su control, sume a los hombres en un gran malestar porque quiebra las bases en las que se sostiene el modelo de dominación masculina internalizado desde la niñez. Con el uso de la violencia física se busca reestablecer un orden en el cual el hombre detenta privilegios siendo un receptor de servicios por parte de la mujer. Si ese objetivo es logrado con la violencia física, los malestares para el hombre se aminoran y creen que todo marcha “armónicamente”, muy al margen de lo que sientan ellas, como las situaciones logradas por quienes sólo ejercen violencia emocional. No necesariamente significa que no les importen los sentimientos de la pareja sino que existe, en estos hombres, una incapacidad de percibir los sentimientos de dolor o tristeza de las personas que los rodean, porque a la vez les es muy difícil identificarlos en ellos mismos, producto de la represión social experimentada desde la niñez a todas las emociones que reflejen vulnerabilidad.

Un problema mayor para ellos es cuando no consiguen el sometimiento de sus parejas, entonces la espiral de la violencia crece y con ello la percepción de diversos malestares se acumula. En casi todos los casos estudiados, los hombres que violentan físicamente a sus parejas son los más inseguros de su capacidad de ejercer autoridad frente a las mujeres, y los maltratos sólo les otorgan sensaciones momentáneas de poder. Los sentimientos de malestar que experimentan no nacen únicamente como consecuencia de las resistencias femeninas, sino que éstas últimas pueden actuar como disparadores que reviven experiencias de violencia y dolor desde la primera infancia, producto de la manera en que ellos han construido su masculinidad en interacción con padres, familiares, amigos y demás actores del medio. Esta construcción se desarrolla, como anteriormente señalamos, a través de pruebas constantes que deben superar para demostrar la masculinidad lo cual produce un temor constante a ser humillados por no alcanzar los estándares del verdadero varón, siendo uno de los pilares fundamentales para ello la demostración del poder y autoridad sobre las mujeres. Para estos hombres están en juego, entonces, aspectos cruciales que alimentan su autoestima y el reconocimiento social de su masculinidad. Por tanto, el ejercicio de la violencia física, no solamente encierra conductas aprendidas para mantener autoridad y privilegios, sino que además representa, desde su perspectiva, la lucha por la supervivencia de su identidad masculina.

La gran mayoría de hombres entrevistados reconoce que pegar a sus parejas es malo. En sus propias historias personales comprobaron las consecuencias negativas de hacerlo y una vez más lo comprueban en sus propios hogares. Pero sienten el imperativo de hacerlo pues lo contrario les significaría soportar profundos sentimientos de humillación y de desvalorización social que se anteponen a sus remordimientos y al dolor de presenciar la destrucción de su hogar producida por ellos mismo.

Hemos visto en la investigación cómo el temor a ser humillado puede ser más o menos incrementado por experiencias familiares desde la primera infancia, experiencias de abandono, de maltratos físicos, de humillaciones y de carencia de afectos que también son producto de la manera en que sus padres construyeron sus propias identidades genéricas y de las relaciones de género que entablaron con sus hijos. Tales vivencias aumentan la inseguridad en sí mismos y producen una autoestima muy baja con una propensión mayor a interpretar diversas conductas femeninas como amenazantes a ese poder, lo cual a la vez les ocasiona un sufrimiento permanente. A la vez, al ser sus temores infundados y paranoicos en la mayoría de los casos, harían que las mujeres

estuvieran asumiendo la violencia hacia ellas como injusta³⁶, y cuando estos episodios se vuelven constantes, las fuerzan a huir como estrategia de sobrevivencia.

Llegar hasta la diversa gama de sentimientos de dolor, vergüenza, miedo – que como hemos explorado, juega un papel fundamental en las conductas violentas porque detrás de ellas hay fuertes creencias enraizadas – fue un trabajo arduo y difícil, puesto que muchos de estos sentimientos no son identificados por la mayoría de hombres. Son confinados al mundo del inconsciente, desde donde actúan. A diferencia de quienes piensan que entender así el problema es “psicologizar” la violencia, porque suponen equivocadamente que nuestra dimensión psicológica constituye un mundo autónomo, somos enfáticos al decir que en la misma también se expresa la realidad social. Nuestros miedos y vergüenzas, entre otras emociones, tal como lo señala Norbert Elias, son social e históricamente determinados. Así, el sentido de lo que es humillante y vergonzoso o no, ha cambiado y sigue cambiando a lo largo de las culturas y de la historia (Eliás, 1994).

Los relatos de vida de los hombres que buscan conscientemente desarrollar relaciones equitativas y democráticas con sus parejas nos muestra, en primer lugar, que es posible experimentar otro modelo de ser varón, a pesar de que las estructuras sociales dominantes empujen en otra dirección. Ciertamente, el hecho que tengan que respirar cotidianamente de la cultura machista hegemónica e interactuar permanentemente con instituciones patriarcales, hace que las trayectorias que siguen estos hombres no estén exentas de contradicciones que se expresan en algunas incoherencias en su pensar y actuar respecto a las relaciones de género. Pero, indudablemente, sus esfuerzos por marchar hacia la equidad de géneros, aún a costa de la incompreensión del medio que los presiona hacia lo contrario, pesan más en la evaluación.

En segundo lugar, estas experiencias nos señalan la presencia de algunos hitos que fueron fundamentales para la construcción de una masculinidad diferente a la hegemónica y que tiene implicancias en las estrategias de trabajo que podamos emprender en la formación de hombres equitativos, no sexistas, autónomos y respetuosos de los derechos de las mujeres. Es indudable que las primeras vivencias en el contexto de una familia, no sólo libre de violencia sino donde las relaciones entre todos sus miembros eran democráticas y el afecto circulaba cotidianamente entre padre y madre y entre éstos y los hijos, juegan un rol fundamental y son las que más aportan a la formación de este hombre diferente.

A la par, la oportunidad de disfrutar tempranamente de otras experiencias distintas a las violentas que experimentan en casa, y que les muestra a los niños que hay otros modelos más gratificantes de relaciones familiares y de ser hombre, también puede producir el mismo efecto. Las trayectorias de vida que hemos analizado también nos muestran que hay otros caminos, con impactos más aleatorios en los hombres, como son el enriquecimiento intelectual que da la oportunidad de una amplitud de criterios y el acercamiento a corrientes de pensamiento humanista y democrático. Junto con ello, la práctica de disciplinas que propenden al control del cuerpo y del espíritu que traen detrás una filosofía de la tolerancia y de paz, también contribuye, de alguna manera, a la forja

³⁶ Hay que notar que ellas, al igual que los hombres, proceden en su mayoría de hogares en los cuales fueron maltratadas físicamente, y donde habrían aprendido a que existe la violencia justificada, la cual es aceptada si se acepta la autoridad de quien ejerce el castigo y se tiene conciencia de la falta cometida, pero también la injustificada, cuando no se sabe cuál es la trasgresión y por tanto no puede ser aceptada.

de hombres distintos. Sin embargo, si no ha existido a la vez la oportunidad de vivenciar formas diferentes de ser varón y de relaciones equitativas de género, y menos de cuestionar los supuestos en que se basan las creencias machistas, es posible que estos hombres sólo logren reprimir la violencia física y/o sexual, pero sigan experimentando malestar ante episodios que cuestionen su poder y el ejercicio de privilegios, los cuales pueden ser no conscientes. Por ello, evaden el conflicto, no dando la posibilidad a ser resuelto desde una negociación equitativa que no ha sido aprendida y creando un malestar permanente en ambos miembros de la relación.

En todos los casos se ha podido notar claramente que al ser una relación de dos, no bastan los intentos de una de las partes para alcanzar relaciones democráticas y equitativas con la pareja, por más que sea el hombre quien las propugne. Es necesario que ambos compartan las mismas concepciones, y también tengan y persigan objetivos semejantes o convergentes como pareja, pues de lo contrario la relación se hace frustrante y tiende a desgastarse.

Por último, constatamos que no existen mayores diferencias entre los varones de Lima y Cusco, pues en ambos lugares comparten las mismas creencias de género y trayectorias de vida similares – en su gran mayoría con familias de origen donde el ejercicio del autoritarismo y de la violencia masculina era cotidiano – y la construcción de sus identidades masculinas resultó muy similar. La única diferencia que notamos fue la mayor dificultad en ubicar a hombres que se esforzaran por establecer relaciones equitativas y democráticas con sus parejas en la ciudad de Cusco respecto a Lima, pues fuimos acumulando casos de hombres que aparentemente no violentaban porque no lo hacían físicamente, pero que ejercían el sometimiento de sus parejas mediante la violencia emocional.

Estas reflexiones finales en base a los resultados de la investigación, nos llevan a plantear algunas recomendaciones que puedan servir como lineamientos generales para el desarrollo de políticas y estrategias que conduzcan a la erradicación definitiva de la violencia de género.

- Trabajar con los niños y niñas en las escuelas inculcando nuevas formas de ser varón y de ser mujer y prepararlos para desarrollar una actitud no tolerante frente a la violencia en sus diversas formas, es una tarea imprescindible. No obstante, una buena parte de estos niños y niñas seguirán experimentando cotidianamente la violencia de sus padres hacia sus madres y contra ellos mismos y ellas mismas relaciones que serán interiorizadas con más fuerza que las prédicas contrarias, por más que éstas sean transmitidas mediante técnicas muy didácticas y/o vivenciales. Se hace entonces indispensable desarrollar programas que den la oportunidad a estos padres y madres de reeducarse hacia relaciones más equitativas de género y libres de toda forma de violencia.
- Con las mujeres, se deben continuar las estrategias educativas que las ayuden a empoderarse, aportando a su propio desarrollo como seres humanos en sus diferentes dimensiones, develando las diversas formas de la violencia contra ellas y haciéndolas reconocerse como sujetos de derecho pleno. Hay que anotar que el proceso que tienen que seguir las mujeres hacia su liberación deberá hacerse sobre condiciones que la hagan posible. En el estudio se trasluce que son precisamente las mujeres que viven en un contexto poco provisto de instituciones

que las protejan y que garanticen sus derechos, las que se adecuarían, al margen de sus voluntades, a las reglas que la cultura machista impone. El cuestionamiento al Estado por la desatención en este campo y la presión para que se creen y/o fortalezcan instituciones de atención y defensa de los derechos de las mujeres siempre será una tarea prioritaria.

- Con los hombres adultos que ejercen violencia, también se hace necesario abrir espacios donde se responsabilicen de su violencia, aprendan formas no violentas de resolver conflictos y se comprometan con erradicar toda forma de violencia contra las mujeres, las niñas y los niños. En Perú ya hemos iniciado el trabajo en esta perspectiva con el “Programa de Hombres que Renuncian a su Violencia”, apoyándonos en la asesoría del Colectivo de Hombres por Relaciones Igualitarias A.C. – CORIAC, de la ciudad de México, que cuenta con más de diez años de experiencia. Un número creciente de hombres se acerca cada semana, de manera voluntaria a los talleres grupales³⁷. La mayoría de ellos llegan desesperados porque el mundo donde ejercían su poder y autoridad y disfrutaban de privilegios se les derrumba y entienden que la violencia física y/o sexual está acelerando el desastre. Están a punto de ser abandonados o ya fueron abandonados, pero no tienen otro modelo de ser varón que el que aprendieron desde el nacimiento; por lo tanto, están a la búsqueda de alternativas que les permitan comprender estos procesos. Para que estos varones acepten que tienen problemas y sientan la necesidad de pedir ayuda, ciertamente las estrategias de resistencia de las mujeres juegan un papel primordial, pues los colocan “entre la espada y la pared”.

Muchas de las reflexiones de esta investigación fueron enriquecidas y confirmadas por mi trabajo en el Programa; a la vez, estas mismas se constituyeron en una herramienta útil que dio mayor solidez a mi labor de facilitación de los talleres reeducativos con varones que ejercen violencia. He aquí algunas líneas fundamentales que conducen nuestro trabajo.

En el Programa creemos que cualquier esfuerzo por erradicar la violencia de género sólo desde la crítica a las creencias de superioridad masculina y al sistema de dominación patriarcal – la cual por cierto es absolutamente necesaria³⁸ – sin además trabajar desde los sentimientos de dolor y malestar a través de la cuales se manifiestan esas creencias, tiende al fracaso. Por ello, el camino hacia el cambio de estos hombres deberá empezar, como dice Kaufman (1987), traspasando el duro muro represivo del super yo de cada individuo, haciendo consciente en cada individuo la constelación de sentimientos que está

³⁷ En Canadá y en Estados Unidos de Norteamérica, como también en algunos países de Sudamérica, los agresores son obligados judicialmente a acudir a programas de re-educación. Si bien en los primeros existe una institucionalidad pública y privada que ejerce un control social muy alto y dificulta que los hombres deserten y de esta forma se burlen de la medida judicial, en los países de este lado del continente no ocurre lo mismo, los agresores frecuentemente hacen abandono de los programas, sin culminar con el periodo exigido y no existe un procedimiento eficiente que haga seguimiento de los casos y los sancione. En estos casos, por el grado de impunidad, la medida se volvería contraproducente para la seguridad de las mujeres.

³⁸ Y esto fundamentalmente toca al trabajo que se deberá hacer para denunciar toda discriminación sexista y por razones de género en todas las instituciones que refuerzan y reproducen la dominación masculina, en el esfuerzo por incorporar contenidos de equidad de género y respeto a los derechos humanos en todas las instituciones educativas, y en el perfeccionamiento de leyes que protegen los derechos fundamentales de mujeres y niños, además del control social que se debe continuar para que estos derechos efectivamente se respeten y que se sancione cuando estos son violados.

detrás de cada comportamiento violento, y develando las creencias sobre las cuales estos sentimientos están sostenidos. Sólo entonces podrán ser deconstruidos cuestionando los falsos supuestos sobre los cuales se erigen y dándole un nuevo significado a la vivencia de la masculinidad.

Queda claro también que el trabajar sólo para que los hombres detengan la violencia física o sexual no basta para cambiar las relaciones de subordinación, sino develamos y cuestionamos las múltiples formas naturalizadas de “micromachismos”, que constituyen medios eficaces de los que se vale la perpetuación y reproducción del sistema patriarcal de dominación masculina.

En el Programa trabajamos con las propias historias personales, identificando la diversa gama de sentimientos que experimentan cuando el poder se pone en cuestión y/o perciben que el control de los cuerpos femeninos se les escapa. Entonces develamos las creencias enraizadas que están detrás de cada emoción, las cuestionamos y resignificamos. De esta manera creemos que podemos lograr que los hombres no sólo detengan su violencia sino que haciéndolo también se sientan bien, lo que garantiza cambios más sostenidos. Se trata de aprender maneras distintas de ser varón, más constructivas, autónomas y afectivas. Una de las enseñanzas que nos dejan las historias de hombres que intentan mantener relaciones equitativas con sus parejas es que reconocen las ventajas que les brinda, para su propio bienestar y el de sus familias, esta manera de interactuar; y al comparar con lo que pierden al no ser aceptados en los grupos de pares en el contexto donde viven, su balance es que no cambiarían por nada la satisfacción que experimentan con su comportamiento democrático, con los vínculos afectivos logrados y con el desarrollo humano alcanzado. Cuando los hombres empiezan a cambiar van reconociendo esos beneficios para ellos mismos, y esa experiencia se convierte en el aliciente más importante para la sostenibilidad de esos cambios.

¿Qué hacer entonces con el aún mayoritario número de hombres agresores a los que no les interesa cambiar y aún se sienten fortalecidos en su posición de poder? Considero que la sociedad deberá darles señales claras de que no permitirá que se continúen violando los derechos humanos de las mujeres, haciendo más expeditiva la ley que condena tales abusos y garantizando que los órganos de ejecución y control de la legalidad cumplan con establecer los mecanismos de protección a las víctimas de la violencia y sanciones disuasivas a los agresores, las cuales no necesariamente deberán ser carcelarias. Los trabajos físicos comunales canalizados a través de los municipios, contando con una buena estrategia de control social organizado, podría ser una buena alternativa disuasiva.

La lucha por erradicar la violencia de género requiere de una estrategia integral que apunte a desbaratar el sistema patriarcal desde el Estado y las instituciones que lo reproducen, pero también, simultáneamente, desde la vida cotidiana que es, como afirmaba Agnes Heller, el lugar donde se crea la posibilidad global y permanente de la reproducción social (Heller, 1982). En este esfuerzo deben estar involucradas las mujeres pero también los hombres pues de lo contrario podremos lograr solamente, como hasta ahora, algunos avances que son absolutamente insuficientes. Los derechos de las mujeres no pueden esperar, pero tampoco los de los varones, a quienes las exigencias sociales y culturales por emular una masculinidad hegemónica, tan opresiva también para ellos mismos, les ha impedido el disfrute de una vida más autónoma y más rica afectivamente.

BIBLIOGRAFIA

- AMOROS, Celia. 1990. "Violencia contra las mujeres y pactos patriarcales". En: Maquieira, Virginia y Sánchez, Cristina (Compiladoras). Editorial Pablo Iglesias. Madrid. Pags. 1 – 15.
- BONINO, Luis. 1995. "Develando los Micromachismos en la Vida Conyugal. Una aproximación a la desactivación de las maniobras masculinas de dominio". En: Corsi, Jorge et al.. "Violencia Masculina en la Pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención". Paidós, 1era. Edición. Buenos Aires. Pags 191-208.
- BEAUVOIR, Simone de. 1999. "El Segundo Sexo". Ed. Sudamericana. Buenos Aires.
- BOURDIEU, Pierre. 2000. "La dominación masculina", Anagrama, Barcelona.
- CACERES, Carlos y ROSASCO, Ana María. 2000. "Secreto a Voces. Homoerotismo masculino en Lima: Culturas, identidades y salud sexual". Universidad Peruana Cayetano Heredia – REDESS Jóvenes. Lima, Perú.
- CASTAÑEDA, Marina. 2002. "El Machismo Invisible". Editorial Grijalbo. México D.F.
- CHODOROW, Nancy. 1978. "The Reproduction of Mothering". University of California Press.
- CONNELL. R.W. 2003. "Masculinidades". PUEG-UNAM. México, D.F.
- CORIAN. 2002. Manual del Facilitador. Programa de Hombres renunciando a su violencia. 1er. Nivel. México D.F.
- CORSI, Jorge. 1994. "Una mirada abarcativa sobre el problema de la violencia familiar". En Corsi, Jorge (Compilador). "Violencia Familiar. Una mirada interdisciplinaria sobre un gran problema social". Editorial Paidós. Argentina. Pags. 15 – 63.
- CORSI, Jorge et al.. 1995 "Violencia Masculina en la Pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención". Paidós, 1era. Edición. Buenos Aires.
- DE KEIJZER. Benno. 2003. "Hasta donde el cuerpo aguante: género, cuerpo y salud masculina " En: Cáceres, Cueto, Ramos, Vallenás (Coordinadores). La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima, Perú. Pags. 137 – 152.
- DUTTON, Donald y GOLANT, Susan. 1999. "El golpeador. Un perfil psicológico". Ed. Paidós. Psicología, Psiquiatría y Psicoterapia 170. Buenos Aires, Argentina.
- ELIAS, Norbert, 1994. "El Proceso de la Civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas". Fondo de Cultura Económica. México, D.F. Primera reimpresión.
- FULLER, Norma. 1997. "Identidades Masculinas. Varones de la Clase Media en el Perú". Pontificia Universidad Católica del Perú. Fondo editorial, Lima
- FULLER, Norma, 2001. Masculinidades. Cambios y permanencias, Fondo Ed. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.

- GARCIA, Brígida y DE OLIVEIRA, Orlandina. 1994. "Trabajo Femenino y Vida Familiar en México". El Colegio de México. México D.F.
- GARCIA, Brígida. 1995. "Dinámica Familiar y Calidad de Vida". V Reunión Nacional De investigación en Demografía. SOMEDE. Ciudad de México.
- GARDA, Roberto. (Inédito). "Complejidad e Intimidad en la Violencia de los Hombres. Reflexiones en torno al poder, el habla y la violencia hacia las mujeres". Coriac. Mexico D.F.
- GOLEMAN, Daniel. 2000. "La inteligencia emocional. Por qué es más importante que el cociente intelectual". Ed. Vergara. Buenos Aires, Argentina.
- GUEZMES, Ana; PALOMINO, Nancy, y RAMOS, Miguel, 2002. Violencia sexual y física contra las mujeres en el Perú. Estudio multicéntrico de la OMS sobre la violencia de pareja y la salud de las mujeres, Lima.
- GUTMANN, Matthew. 2000. Ser Hombre de verdad en la ciudad de México. Ni macho ni mandilón. El Colegio de México. México D.F.
- HELLER, Agnes. 1982. "La Revolución de la Vida Cotidiana". Ediciones Península. Barcelona.
- HERNANDEZ, Héctor. 1989. "Las Muertes Violentas en México". CRIM – UNAM. Cuernavaca, Morelos. México.
- JACOBSON Neil & GOTTMAN John. 2001. "Hombres que agreden a sus mujeres. Cómo poner fin a las relaciones abusivas". Ed. PAIDOS. Barcelona, Buenos Aires.
- KIMMEL, Michael. 1997. "Homofobia, Temor, Vergüenza y Silencio en la Identidad Masculina". En: Masculinidad/es. Poder y crisis. Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.). Isis Internacional y FLACSO Chile. Ediciones de las Mujeres N°24. Santiago de Chile, Pags. 49 – 61.
- KAUFMAN, Michael. 2002. Cracking the Armour. Power, pain and lives of men. Ed. Viking. Canada. (Consultado en Mayo de 2005 en <http://www.michaelkaufman.com/articles/pdf/CrackingTheArmour1-3.pdf>)
- KAUFMAN, Michael. 1997. "Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres". En: Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.) "Masculinidades. Poder y crisis". Isis Internacional. Ediciones de las Mujeres N°24. Santiago, Chile.
- KAUFMAN, Michael. 1989. "Hombres. Placer, poder y cambio". CIPAF, Santo Domingo.
- LAGARDE, Marcela, 1992. "Identidad de Género". Mimeo. Curso ofrecido en el Centro Juvenil "Olof Palme", OCSD-OIT-OPS-AOS, Managua- Nicaragua.
- LIENDRO, Eduardo. 1998. "Masculinidad y Violencia, desde un programa de acción en México". En: "Masculinidad y Equidad de Género en América Latina". Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.). Santiago de Chile. FLACSO – UNFPA. Pags. 130 – 136.
- MARQUÉS, Josep-Vicent, 1997. Varón y patriarcado. En: Masculinidad/es. Poder y crisis. Valdés, Teresa y Olavarría, José (eds.). Santiago de Chile. Isis Internacional y FLACSO Chile. Ediciones de las Mujeres N°24. Pág s. 17 – 30
- MONTESINOS, Rafael. 2002. "Las rutas de la masculinidad". Editorial Gedisa. Barcelona, España.

- MONTOYA, Oswaldo, 1998. "Nadando contra corriente. Buscando pistas para prevenir la violencia masculina en las relaciones de pareja". Fundación Puntos de Encuentro. Colección Puntos en Agenda N°4. Managua.
- OLAVARRIA, José, 2001. "¿Hombres a la deriva?. Poder, Trabajo y Sexo". FLACSO - Chile.
- OLAVARRIA, José. 2004. "Masculinidades, poderes y vulnerabilidades". En: Cáceres, Frasca, Pecheny, Terto (Editores). "Ciudadanía Sexual en América Latina: Abriendo el debate". Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima – Perú. Pags. 287 – 301.
- RAMIREZ, Felipe Antonio, 2000. "Violencia masculina en el hogar". Editorial Pax México.
- PALOMINO, Nancy; RAMOS, Miguel; VALVERDE, Rocío; VASQUEZ, Ernesto. 2003. "Entre el Placer y la Obligación. Derechos sexuales y reproductivos de mujeres y varones de Huamanga y Lima". Universidad Peruana Cayetano Heredia – Population Concern. Lima, Perú.
- RAMOS, Miguel. 2003. "Salud mental y violencia estructural en varones de sectores urbanos pobres" En: Cáceres, Cueto, Ramos, Vallenás (Coordinadores). La salud como derecho ciudadano. Perspectivas y propuestas desde América Latina. Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lima, Perú. Pags. 309 – 318.
- RAMOS, Miguel. 2003. "¿Qué pensaban los hombres antes del proceso educativo?" En: Manuela Ramos – REPROSALUD. Abriendo nuestros ojos. Una experiencia de trabajo con hombres en temas de género y salud sexual y reproductiva. Lima, Pags. 35 – 54.
- RAMOS, Miguel. 2004. "Violencia sexual y física contra las mujeres adolescentes y jóvenes en el Perú". En: Arana, María Teresa et al. (Editores). Promoción y cuidado de la salud de adolescentes y jóvenes: Haciendo realidad el derecho a la salud. Sociedad Peruana de Adolescencia y Juventud. Lima, abril de 2004. Pags.329 – 342.
- RAMOS, Miguel; Chirinos, Jesús; Vásquez, Ernesto. (Inédito). "Los hombres y la Salud Sexual Y Reproductiva: Perspectiva de los hombres y de los proveedores de servicios. Identificación de necesidades". UPCH – UNFPA – MINSA.
- RAMIREZ, Felipe Antonio. 2000. "Violencia Masculina en el Hogar". Editorial Pax México. México, D.F.
- RAMIREZ, Martha Alida. 2002. "Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina". Instituto Jaliscience de las Mujeres – Plaza y Valdés Editores. México.
- SEIDLER, Víctor. 2000. "*La Sinrazón Masculina*". PUEG-UNAM. Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social. Editorial Paidós Mexicana. México, D.F.
- THOMAS, Florence.1997. "Conversaciones con un hombre ausente". Arango Editores. 1era. Edición. Bogotá – Colombia.

Bibliografía del contexto

- CUAVES, 1984. "Un pueblo, una realidad: Villa El Salvador. Resultados del II Censo CUAVES 84". Lima – Perú.

- INEI- PROMUDEH- FNUAP, 1998. "Perú: Estimaciones de Población por Departamentos, Provincias y Distritos 1995 – 2000). Lima, 1998.
- LAURENT, Abel et. al. 2000. "Movilizadoras de salud 7 años de acción. Diagnostico comparado del la zona noreste del Cusco". Centro Guaman Poma de Ayala. Cusco, Perú.

**OTRAS PUBLICACIONES DE LA UNIDAD DE
SEXUALIDAD Y SALUD REPRODUCTIVA
FASPA-UPCH**

Violencia Sexual y Física contra las Mujeres en el Perú. Estudio multicéntrico de la OMS sobre la violencia de la pareja y la salud de las mujeres. Co-editado con el Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán. Lima 2002

Autores: Ana Gúezmes, Nancy Palomino y Miguel Ramos

Entre el Placer y la Obligación: Derechos sexuales y derechos reproductivos de mujeres y varones de Huamanga y Lima. Lima 2003

Autores: Nancy Palomino, Miguel Ramos, Rocío Valverde y Ernesto Vásquez

Prisiones Domésticas, Ciudadanías Restringidas : Violencia Sexual a Trabajadoras del Hogar en Lima. Lima 2005

Autora: Teresa Ojeda Parra

¿Cómo entender la violencia de género si no es investigando también a los hombres, sus historias de construcción de género y sus experiencias de vida? ¿Cómo atender la violencia, además del indispensable trabajo con las víctimas, si no es trabajando también con los que generalmente la perpetran?

Masculinidades y Violencia Conyugal no sólo da una explicación desde la patología o desde lo puramente psicológico sino que incluye las relaciones de poder que se establecen en la pareja lo que permite al autor profundizar en las razones y las emociones de los hombres involucrados en esta investigación. Este libro logra recuperar desde la historia particular de los entrevistados los procesos de socialización en la familia y su relación temprana con la violencia, ya sea como víctima o como testigo de ella. El estudio también da cuenta de la trayectoria de la relación de pareja y de lo que sucede en algunos de sus ámbitos más importantes como son el del trabajo productivo y doméstico, la crianza, la sexualidad y la administración de los recursos.

Masculinidades y Violencia Conyugal abona a la comprensión científica y académica de la situación y trayectoria de los hombres en la violencia conyugal, además de dar pistas para programas de prevención e intervención con hombres y para la formulación de políticas públicas en este campo en América Latina.